



SUEÑOS DE UN ILEGAL

NOVELA

MARTÍN
BALAREZO GARCÍA



Cuando decidí escribir una novela sobre la inmigración en los Estados Unidos de América, estaba interesado en relatar muchas de las situaciones contradictorias, y a veces absurdas, que coexisten especialmente en el continente americano.

Como lo notará al leer el contenido, el protagonista lucha, casi permanentemente, para hacer prevalecer el bien sobre el mal, y tratar de realizar sus sueños dorados. Aquí se enfrentan la mansedumbre y la violencia, el amor y el odio, la verdad y el engaño, la solidaridad y el menosprecio, el placer y el sufrimiento, el mundo elevado de las acciones positivas y el submundo decadente de las desviaciones, como la corrupción y el tráfico o consumo de drogas.

Por otro lado, me complace describir la inmensa riqueza geográfica y cultural de los países americanos que el personaje principal atraviesa durante su odisea.

Aunque esta novela relata una historia de fines de la década de 1980, incluyo temas relacionados con el bienestar de la humanidad que no pierden actualidad.

En esta novela transmito el mensaje de esperanza y el realismo de los hechos que me inspiraron a crearla.



ISBN 9781545577615



9 781545 577615

90000



SUEÑOS DE UN ILEGAL

MARTÍN BALAREZO GARCÍA

SUEÑOS DE UN ILEGAL



MartinBalarezoGarcia.com

Facebook: Martín Balarezo García

Instagram: MartinBalarezoGarcia

Twitter: MartinBalarezoG

Martín Balarezo García
CreateSpace Independent Publishing Platform

Sueños de un ilegal

Copia registrada ©1991 por Martín Balarezo García
Derechos de autor reservados
Segunda edición: Junio de 2017
Centreville, Virginia

Library of Congress Control Number: 2017906513
ISBN: 978-1-5455-7761-5

Impreso en los Estados Unidos de América

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en/o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Dedicatoria

*A todos aquellos que tienen el coraje de luchar
y la esperanza de triunfar.*

Agradecimientos

A mis queridos hijos, Andrea, Giancarlo y Marco, y a mis pequeños y adorables nietos Bryant, Aviya y Elsyana, que me siguen impulsando y fortaleciendo con su presencia y entusiasmo.

A mis queridos familiares y amigos, a quienes no necesito nombrar porque son muchísimos y porque siempre me brindan ese gran apoyo que reconforta y motiva.

A todas las personas que de alguna manera contribuyeron para que este nuevo sueño se haga realidad.

Datos biográficos del autor

Martín Balarezo García nació en la ciudad de Lima, Perú, el 8 de enero de 1961. Actualmente reside en el condado de Fairfax, del estado de Virginia, en los Estados Unidos de América.

Su primera obra, *Reflexiones trascendentales*, fue auspiciada en 1989 por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología del Perú, donde presenta numerosos ensayos de contenido filosófico, social y científico y más de 300 reflexiones cortas.

En 1991 fue invitado como expositor a la VII Convención de Instituciones Peruanas realizada en Washington, D.C. con el tema *Causas y efectos de la emigración peruana*.

En 1994 publicó la novela *Sueños de un ilegal*, donde narra las aventuras de un escritor peruano que decidió emigrar a Estados Unidos al ser acosado por los guerrilleros terroristas de su país.

Su cuento *Una ventana hacia el gran imperio*, donde relata las aventuras de dos pequeños hermanos que llegan a contactarse misteriosamente con un imperio incaico evolucionado, fue seleccionado entre las mejores narraciones en el concurso convocado en 1998 por el Instituto de Cultura Peruana de Miami.

Su guion cinematográfico *Mortal Genesis (Génesis mortal)*, acerca de una organización neonazi internacional que ha desarrollado un virus con intenciones de controlar el mundo, fue seleccionado en 2003 a cuartos de final en el importante concurso de Hollywood organizado por *The Writers Network*, y fue publicado en 2017.

Su novela *El sendero de las guerrillas*, en la cual narra sucesos que van más allá de los inicios de la subversión de Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru en el Perú, quedó finalista en 2009 en el Premio de

Novela Diario El Comercio de Perú. En 2013 fue publicada, y en 2015 resultó ganadora del Premio a la Mejor Novela de Aventura o Drama (*Best Novel – Adventure or Drama in Spanish*) en el *International Latino Book Awards* de los Estados Unidos.

En 2013 publicó la novela corta *El racista*, donde aborda el tema del racismo en el Perú.

En 2015 publicó su libro *Relatos sin fronteras de la A a la Z*, donde narra cien historias interesantes, de 350 palabras cada una, sobre diversos temas que le atañen a la humanidad en su conjunto, desde el amor hasta la paz, dejando en todas ellas mensajes profundos que invitan a los lectores a reflexionar. En 2016 obtuvo el segundo lugar en la categoría Libro de Ficción Más Inspirador (*Most Inspirational Fiction Book – Spanish or Bilingual*) en el *International Latino Book Awards* de los Estados Unidos.

Constantemente está publicando sus reflexiones cortas en las más importantes redes sociales, incluyendo Facebook, Instagram y Twitter, las cuales están generando un interés creciente en sus lectores y seguidores.

Índice

Página legal	5
Dedicatoria	6
Agradecimientos	7
Datos biográficos del autor	8
Introducción	11
Capítulo 1 – Primer atentado	15
Capítulo 2 – Segundo atentado	27
Capítulo 3 – Rumbo al exilio - Norte Chico	44
Capítulo 4 – Senderos norteños	58
Capítulo 5 – Familia en Lima	72
Capítulo 6 – Guayaquil - Quito.....	76
Capítulo 7 – Estadia en Quito	81
Capítulo 8 – Familia en Arequipa	96
Capítulo 9 – Bogotá - Cartagena.....	101
Capítulo 10 – San Andrés y los narcos	114
Capítulo 11 – De paso en Costa Rica.....	133
Capítulo 12 – Nicaragua y los guerrilleros	144
Capítulo 13 – Una gringa en Guatemala.....	161
Capítulo 14 – Atravesando México	180
Capítulo 15 – Mojados.....	193
Capítulo 16 – Muerte en Texas	212
Capítulo 17 – Sueños de un ilegal.....	232
Capítulo 18 – Entre “El corralón” y las esperanzas	252
Reflexiones.....	14, 284
Otros libros del autor.....	285

Introducción

Cuando decidí escribir una novela sobre la inmigración en los Estados Unidos de América, estaba interesado en relatar muchas de las situaciones contradictorias, y a veces absurdas, que coexisten en el continente americano.

Como lo notará al leer el contenido, el protagonista lucha, casi permanentemente, para hacer prevalecer el bien sobre el mal, y tratar de realizar sus sueños dorados. Aquí se enfrentan la mansedumbre y la violencia, el amor y el odio, la verdad y el engaño, la solidaridad y el menosprecio, el placer y el sufrimiento, el mundo elevado de las acciones positivas y el submundo decadente de las desviaciones, como la corrupción y el tráfico o consumo de drogas.

Por otro lado, me complace describir la inmensa riqueza geográfica y cultural de los países americanos que el personaje principal atraviesa durante su odisea.

Aunque esta novela relata una historia de fines de la década de 1980, incluyo temas relacionados con el bienestar de la humanidad que no pierden actualidad.

En esta novela transmito el mensaje de esperanza y el realismo de los hechos que me inspiraron a crearla.

He decidido mantener el estilo original cuando la escribí durante el último trimestre de 1991 y corregí hasta 1993, porque es una muestra de la evolución como escritor que deseo descubrir; sin embargo, he realizado algunos cambios para adaptarla a los sucesos que narro en mi novela *El sendero de las guerrillas*, puesto que, junto a otra novela que escribiré —y que ha sido reclamada por quienes han leído la primera edición de *Sueños de un ilegal*, quienes esperan la continuación de la trama— forman parte de una trilogía que gira en torno a Diego Hernando, su personaje principal.

A continuación, tengo el gusto de insertar el prólogo que el destacado periodista y amigo peruano Alberto Mesones

Navarrete (Q.E.P.D.) escribió al presentar la primera edición de *Sueños de un ilegal*, de quien guardo gratos recuerdos y la inmensa gratitud por el apoyo que me brindó desde 1990, cuando realicé mi primer viaje de exploración a los Estados Unidos.

Prólogo a la primera edición

Cuando Martín Balarezo, promisorio valor de las letras peruanas, me envió una comunicación solicitándome que, por favor, le escribiera el prólogo de *Sueños de un ilegal*, por asociación de ideas me vinieron inmediatamente a la mente dos momentos inolvidables: El primero fue de dubitación absoluta ante una circunstancia que, salvando las distancias inmensas, me llevaba a mis días escolares en la secundaria cuando memoricé un verso clásico del gran Lope de Vega (*Un soneto me manda hacer Violante, / que en mi vida me he visto en tal aprieto...*). El segundo fue el de mi primer día en la redacción deportiva del desaparecido diario limeño *La Prensa*, cuando me senté frente a la máquina de escribir sin atinar a tocar una tecla. Eran los años en que *La Prensa* surgía con una potencia tremenda para convertirse en el mejor diario peruano.

Del doctor Alfonso Grados Bertorini, en sus días de editor, y el ingeniero Federico La Rosa, que jefaturaba la redacción deportiva del diario, obtuvimos los principios de un estilo que hizo de ese rotativo el preferido de los lectores limeños, porque un numeroso grupo de jóvenes tratábamos de seguir los pasos de esos insignes maestros, que crearon una nueva era dentro del estilo literario que requiere una información periodística. En el contexto de las expresiones anteriores puedo decir que sí me veo en un aprieto, pero también será necesario dejar establecido que con las experiencias adqui-

ridas y las enseñanzas de los maestros a los que me he referido, el aprieto se convierte en algo que resulta altamente agradable cumplir con el deseo del amigo dilecto y tratar de presentar esta obra que enorgullece a la patria peruana.

La obra, según le expresara a Martín cuando iniciaba la revisión del texto, me significó momentos de agradable recuerdo de la Lima lejana, a la vez que me presentó nuevos horizontes y panoramas con las incidencias que se suceden, interesantes y emocionantes, en cada paso por las diferentes piezas geográficas de este nuestro continente americano, me absorbió ya no como revisor o corrector ortográfico, sino como embebido lector, a la espera de cambiar de página para conocer el desenlace de las situaciones dilemáticas que se suscitan a cada paso, en cada página.

Me felicito por Martín porque se trata de una obra amena, que seguramente los hispanoamericanos sabrán apreciar por la narración minuciosamente realizada, y que pinta al autor como un escritor de grandes posibilidades inmediatas.

Los Ángeles, 1993.

Alberto Mesones Navarrete

«Infinidad de veces las circunstancias imponen los caminos, pero no hay que dejar que las imposiciones determinen los destinos».

Martín Balarezo García

Capítulo 1

Primer atentado

Aquella tibia mañana de verano, Diego Hernando había salido a correr alrededor del Club de Golf de San Isidro, costumbre matutina que venía realizando casi todos los días desde que era un adolescente fortalecido por las buenas costumbres. Como desde hacía un buen tiempo, lo acompañaba Jasón, su preciado y fornido pastor alemán. Curiosamente, no dejaba de inquietarlo una extraña sensación que le anunciaba un peligro inminente, como si el instinto de supervivencia le hubiera aflorado con una fuerza inusual, erizándole los vellos en una sensación escalofriante a pesar del calor evidente que el trotar le producía —instinto que seguramente había despertado desde que un tiempo atrás estuvo por perder la vida en un atentado que sufrieron mientras se encontraban visitando un fundo familiar en la sureña ciudad de Chincha—. Cuando terminó de dar la segunda vuelta, decidió no detenerse a efectuar los ejercicios que cotidianamente ejecutaba sobre una banca y una barra ubicada entre la acera y el borde del club, cerca de la embajada de Cuba, prefiriendo retirarse a su domicilio que estaba apenas a unas cuantas cuadras.

En el colmo de la osadía, cuatro subversivos, que se hallaban dentro de un auto mediano cerca al club, esperaban el momento oportuno para detonar un artefacto explosivo que habían colocado bajo la banca donde Hernando realizaría sus ejercicios; sin embargo, al percatarse de su cambio de rumbo, produjeron la detonación creyendo que los fragmentos acabarían con él. La onda expansiva de semejante explosión los levantó en vilo, envolviéndolos en una masa de aire caliente en aquellos segundos eternizados por la angustia y

la perplejidad. Aún en el suelo, y buscando con la mirada el origen de esa caótica situación, pudo ver que de la extraña humareda se precipitaba un auto ciertamente amenazante. Con una inusual agilidad, y guiado por el poderoso instinto de supervivencia que lo alertó minutos antes, pudo levantarse y tomar un impulso felino tan rápida y eficazmente que logró trasponer el arbusto que sirve de lindero al club de golf, evitando los proyectiles escupidos rabiosamente por las ametralladoras de los subversivos, quienes atentaban por primera vez contra el escritor al que consideraban una amenaza intelectual a sus fines de expansión ideológica. Pero Jasón no corrió con la misma suerte, mal herido y moribundo al cabo de algunos minutos expiró en los brazos del amo a quien probablemente le había salvado la vida.

Al poco rato y en presencia de las Fuerzas Policiales, que incluían al Escuadrón de Desactivación de Explosivos, Diego Hernando dirigió la mirada al lugar de los hechos con una asombrosa parsimonia que hubiera sorprendido a cualquiera. Las aceras y pistas estaban cubiertas por los innumerables fragmentos de las ventanas de los edificios vecinos y por los restos terriblemente seccionados y sanguinolentos de dos corredores, esparcidos en más de treinta metros a la redonda. De la banca de concreto donde hacía los ejercicios no quedaban sino unas marcas oscurecidas por la pólvora de los cartuchos de dinamita. Los agentes de seguridad de la embajada de Cuba ya lo habían señalado como el blanco principal de esa acción terrorista.

—Esos malditos miserables cómo no se van al infierno —dijo el jefe de la unidad policial mientras observaba el dantesco cuadro—. Así que usted era el blanco —agregó en un tono molesto al dirigirse al escritor—. Va a tener que acompañarnos porque necesitamos sus declaraciones —dijo finalmente.

No se extrañó al ver en la comisaría a su vigoroso padre, don Alfonso Hernando, quien había estado minutos antes en el lugar de los hechos, mientras en su hogar quedaban a la espera de las noticias su preocupada madre, la Sra. María Jesús y Juan Carlos, su hermano menor, a quien le llevaba seis años de diferencia.

En la dependencia policial se respiraba una atmósfera sobrecargada de nerviosismo y hasta de temor, lo que se reflejaba en los exteriores extremadamente resguardados. Luego de detallar el frustrado atentado contra su vida, y explicar las razones que lo hubieran motivado, él y su padre fueron llevados a su domicilio en un auto policial, recorriendo nuevamente aquel camino ensangrentado, sin poder evitar la visión asquenta de los cuerpos horriblemente mutilados que yacían todavía a la espera de las autoridades judiciales, panorama que lamentablemente se entristecía al ver el llanto copioso y desesperado de algunas personas que ya habían reconocido a sus familiares cercanos en aquellas víctimas desafortunadas. Al llegar a su casa fue recibido por su madre con un fuerte y prolongado abrazo, pues su instinto materno ya le había advertido del peligroso momento por el que había pasado su primogénito. Su hermano tomó las cosas con mayor calma, esperando que le narraran los sucesos, aunque identificado plenamente con los sentimientos que los afligían.

En la tarde de aquel sábado de terror, Diego Hernando, aparentemente tranquilizado por el silencio de las calles y el custodio policial que a partir de ese día le asignaron, se puso a recordar el origen de esa angustiada situación, inclusive con detalles que no había mencionado en sus declaraciones. Trasladó su memoria a 1980, cuando las noticias daban cuenta que en un día de mayo había sido atacado un poblado del Perú olvidado. El Gobierno minimizó el suceso o trató de ocultarlo, sin medir las consecuencias o sin reconocer que

la ignorancia es el verdugo de los pueblos, y la mentira el de los gobiernos. Aquellos funcionarios que denunciaron que se estaba forjando una organizada escalada terrorista fueron cesados. Ahora tenía que lamentar aquella aparente equivocación gubernamental, mientras su mirada imperturbable ante las imágenes de sus pensamientos se perdía entre las calles del distrito de San Isidro: preferido por embajadas y residentes de altos ingresos, y donde la pobreza del país apenas si se notaba en las visitas de los indigentes que pedían limosna, o de esa gente que se dedicaba a rebuscar entre la basura para encontrar algo que pudiera tener algún valor.

En el año de la fatídica aparición de la subversión iniciaba estudios de Periodismo en una importante universidad nacional de Lima, la capital del Perú. En ella muy pronto tendría los primeros enfrentamientos ideológicos con los estudiantes comunistas, quienes ya estaban contagiados por la enfermiza espiral subversiva. Poco a poco fue sometido a diversas presiones por parte de algunos dirigentes estudiantiles y profesores que secundaban a los primeros, tal vez por temor a las represalias. Él recordaba que solo pudo estudiar poco más de un año, hasta que las presiones llegaron a extremos absurdos a raíz de los ensayos que escribía y que eran publicados en uno de los diarios más importantes del país. De esa manera se frustraba su segundo intento de estudiar en la universidad. Anteriormente tuvo que suspender su asistencia a una universidad privada debido a los problemas económicos por los que atravesó su familia. Los ensayos que publicaba compensaban esa imperiosa necesidad de desarrollar su vocación literaria, a pesar de que de esa forma no satisfacía sus requerimientos económicos.

Algunos años antes había ingresado a una empresa distribuidora de productos de consumo masivo. Recordaba con gratitud aquella experiencia laboral, ya que de esa manera

había logrado un acercamiento importantísimo con la realidad social de su patria. Como vendedor y luego como supervisor general había recorrido los numerosos pueblos jóvenes de la capital peruana, donde millones de personas carecían de agua potable, electricidad y otros servicios indispensables, donde las condiciones sanitarias resultaban inaceptables, prevaleciendo en aquellas poblaciones una pobreza tan extrema que todo lo imaginable era rebasado por una pasmosa realidad.

A Diego Hernando no le resultaba difícil suponer que los subversivos se aprovechaban de la juventud indigente y anérgica, es decir, disminuidos física e intelectualmente, para engrosar sus filas, o que estuvieran promoviendo las invasiones de tierras para ir sitiando la capital. Justamente, en sus ensayos transmitía el análisis de tales circunstancias, sin medir las consecuencias que podrían generarse de sus ideas, las que ya influenciaban en la opinión pública, no obstante la juventud de sus 26 años.

Luego, se puso a recordar los gratos momentos de la presentación de su libro *Compendio del terror*, realizada ocho meses antes del sangriento atentado, obra en la cual se recopilaban veinticuatro de sus ensayos más importantes. La publicación había sido auspiciada por el Consejo Nacional de Desarrollo Social y Económico, siendo reconocido por los diversos medios de comunicación social. Pocas semanas antes de la presentación de su libro, había recibido algunas llamadas en la empresa donde trabajaba, en las cuales un sujeto que se identificaba como miembro de un grupo revolucionario, lo instaba prepotentemente a que dejara de escribir sobre los subversivos en la forma ofensiva en que venía haciéndolo. Sin embargo, las minimizó considerando que se trataba de algún individuo desquiciado o envidioso, sin aceptar todavía que los subversivos habían sido tan afectados por sus

expresiones. En esos instantes afloró a su memoria la imagen de la representante de una comunidad campesina que está ubicada en la sierra cercana de Lima, cliente a la cual le vendía grandes cantidades de mercadería regularmente. En alguna oportunidad, aquella señorita bien vestida y de buenos modales le compró algunos ejemplares de su libro, pero tiempo después quedó sorprendido al recibir un nuevo pedido, de un centenar de ejemplares, que supuestamente leerían los dirigentes y sus esposas y otros miembros selectos de la comunidad. Extrañado por la solicitud, negó la venta aduciendo que ya no disponía de tal cantidad. Lo raro del hecho era que los miembros de las comunidades campesinas son normalmente poco instruidos o analfabetos, y le resultaba dudoso el interés de aquellas personas por leer su libro. La situación era aún más extraña si se consideraba que esa zona estaba virtualmente dominada por los subversivos.

Supuso entonces que esa señorita de trato agradable bien podría ser la abastecedora de una hueste subversiva, puesto que no podía creer que una supuesta comunidad campesina pobre tuviera ingentes sumas de dinero para comprar enormes cantidades de mercadería, cuando se suponía que tal pobreza hacía que solo consumieran los productos que ellos sembraban y cosechaban. Quién sabe, aquella persona tal vez tenía intenciones de hacer conocer sus escritos a los dirigentes subversivos. Quizá, los pocos ejemplares que adquirió fueron suficientes para que ellos decidieran eliminarlo, y no solo amedrentarlo como cuando escribía únicamente artículos periodísticos. Mientras se disponía a evocar los momentos posteriores, una dulce y amorosa voz le llamó la atención.

—Diego, hijo mío —le dijo su madre—, veo en tus ojos que te estás alejando, que te alejarás de nosotros —recalcó con una tristeza evidente.

Al levantar la mirada, vio aquel rostro delgado y encantador con las arrugas incipientes que el tiempo había surcado en 55 años, unos tiernos ojos verdes ligeramente ocultos por los lentes y el atardecer, además de otros rasgos que hacía notar su ascendencia española, como la nariz algo aguilena y unos labios finos que en otros momentos embellecían su sonrisa, rostro que era coronado con un cabello ondulado naturalmente y con unas canas plateadas que brillaban aun en la penumbra.

Al cabo de algunos segundos, se levantó del asiento para estrechar el cuerpo delgado de su madre.

—Tal vez tenga que partir antes de que ustedes se perjudiquen con mi presencia —señaló mientras que su madre dejaba deslizar algunas lágrimas inevitables.

—Diego, tenemos que hablar muy seriamente —interrumpió su padre.

—Está bien —respondió—. Por favor, acompáñame a sacarle copias a los documentos que me ha solicitado la policía. Juan Carlos, quédate con nuestra madre, regresaremos en algunos minutos —le dijo a su hermano finalmente.

Mientras estuvieron juntos le explicó a su padre los por menores de las amenazas que había recibido y que no había comentado, no solamente para mantener a la familia alejada de mayores preocupaciones, sino también por la poca importancia que le había dado a las mismas. don Alfonso se quedó sorprendido por aquel silencio premeditado, aunque no tardó mucho tiempo en comprender las razones expuestas por su primogénito, quien además le mostró una carta amenazante que recibió pocos meses después de la presentación de su obra. En ella, los subversivos le ordenaron que retirara su libro de la circulación o sufriría las consecuencias, amenaza que también desestimó, y no precisamente porque adolecía de una despreciable sencillez, sino porque la consideraba

solamente intimidatoria. Mientras su padre leía con atención aquella misiva subversiva, se quedó contemplándolo, como si presintiera que muy pronto lo dejaría de ver con frecuencia. En su erguido y vigoroso físico se notaba una vida dedicada al deporte, costumbre que había fortalecido aquel cuerpo de 58 años, los que no aparentaba ni siquiera por los cabellos no muy abundantes y los profusos bigotes encanecidos; ni tampoco por las huellas de su rostro, que no parecían ser reflejo del tiempo transcurrido, sino las marcas de una sonrisa jovial, casi permanente, consecuencia de un carácter bastante alegre, generada por la mixtura de su ascendencia peruana y española, carácter que en aquellos instantes había quedado oculto por la preocupación manifiesta. Cuando terminó de leer la amenazante comunicación, don Alfonso fijó sus rasgados ojos pardos en los de Diego, entrecruzándose sus pensamientos que indicaban que lo más prudente era que abandonara el país a la mayor brevedad, ya que no podían confiar su seguridad en un solo guardia policial que probablemente andaba más asustado que ellos mismos.

Esa misma noche realizaron una junta familiar sentados en la mesa ovalada del comedor de su hogar, alumbrados con la tenue luz de las velas debido a que el fluido eléctrico normalmente era cortado por las detonaciones que producían los subversivos, quienes destruían con cierta frecuencia algunas de las torres eléctricas que abastecían de ese importante servicio a la capital. Como sería en lo sucesivo, esa noche fue retirada la custodia policial, pero solamente durante el toque de queda que estaba vigente desde hacía algunas semanas, entre las 8:00 p.m. y las 5:00 a.m. del día siguiente. Don Alfonso tomó la palabra para resaltar el gran peligro que significaba para Diego permanecer en el país.

El aludido interrumpió aquellas primeras frases para indicar que el peligro de su permanencia en el Perú afectaba a

toda la familia; por lo tanto, había tomado la decisión de viajar al extranjero lo antes posible, aunque sabía que los 2000 dólares que había ahorrado, gracias a la venta de su libro, solo le serían de utilidad para el impulso inicial.

Quedaba por dilucidar cómo iban a compensar la falta de su aporte económico, que no solo había servido para que Juan Carlos terminara sus estudios escolares en un colegio privado y pudiera dedicarse a estudiar geología a tiempo completo, sino también para equilibrar los gastos de la canasta familiar, amén del seguro médico que pagaba a través de la empresa donde trabajaba y que proveía de los servicios y asistencia necesarios a todos los miembros de la familia. En definitiva, los exiguos ingresos que recibía el matrimonio Hernando eran insuficientes para afrontar todos los gastos. Si vivían en San Isidro no se debía a sus altos ingresos, sino a las amistades que les habían alquilado el departamento que habitaban, el cual fue acondicionado de la hermosa casa que tuvieron que vender cuando dejaron de recibir los ingresos del fundo familiar de Chíncha que administraba el hermano de don Alfonso, y cuando fueron expropiadas las tierras norteñas que había heredado su esposa.

Con la lucidez que ni en aquellas circunstancias se alteró, la Sra. María Jesús dio con la solución. Irían a vivir a la ciudad de Arequipa, donde poseían una pequeña finca en la que habían invertido en su época de bonanza; de esa manera evitarían el pago del alquiler del departamento donde residían. No obstante Arequipa era considerada la segunda ciudad más importante del Perú, las actividades subversivas no habían calado tan profundamente como en otras regiones del país. De esa manera, sus ingresos alcanzarían ajustadamente para su manutención y la de Juan Carlos, quien continuaría sus estudios de geología en la universidad nacional de esa bella capital departamental. Ciertamente, lamentaban tener

que atenderse en los hospitales del estado, debido a las deficiencias generadas por la gravísima situación económica que aquejaba a la nación, que había llevado al sistema de salud del Perú al borde del caos, sin infraestructura adecuada, sin medicamentos ni implementos y con un servicio burocratizado muy deficiente. Sin embargo, era parte del sacrificio que tendrían que afrontar para salir adelante. Además, tenían la seguridad, más que la esperanza, de que Diego triunfaría en el extranjero como lo estaba demostrando en su país, situación que en el futuro podría beneficiar a toda la familia.

Al término de la reunión, poco antes de la medianoche, se disponían a acostarse cuando se escucharon numerosos disparos de pistolas y ametralladoras. No obstante estar acostumbrados a escucharlos en repetidas ocasiones, los hermanos se aventaron al suelo con una rapidez sorprendente, mientras don Alfonso y la Sra. María Jesús hacían lo mismo en su dormitorio. «Parece que estos regalitos de plomo no eran para nosotros», dijo Diego al cabo de algunos minutos cuando todavía yacía en el piso. En señal de respuesta solo recibió las miradas asustadas de todos los demás.

Al levantarse, Diego y Juan Carlos se quedaron prendados de sus imágenes reflejadas en el gran espejo de la sala, percatándose con mayor énfasis del enorme parecido entre ellos, como si fueran gemelos, con algunas diferencias sutiles que los años evidenciaban vagamente. Ambos de tez clara, medían 1.85 metros y estaban dotados de una contextura mediana con una musculatura bastante desarrollada por el ejercicio físico, aunque la de Diego sobresalía por el mayor tiempo dedicado al deporte; los dos tenían el cabello ligeramente ondulado, castaño oscuro y medianamente recortado; carecían de bigote o barba, dejando al descubierto sus rostros algo redondeados, sus rasgados ojos verduzcos, unos labios que eran la mixtura de aquellos finos de su madre y

aquellos otros más carnosos de su padre, y narices ni muy aguileñas como la de su madre ni tampoco tan anchas como la de su padre. No obstante ser extrovertidos, los sucesos habían apaciguado su notable jovialidad, pero no dejaban de mostrarse risueños y simpáticos y, por lo tanto, socialmente deseables.

Al día siguiente, luego de compartir una insomne noche familiar, el joven escritor se dedicó a ordenar documentos e ideas para el cercano viaje que le esperaba. Su pasaporte no estaba vigente, amén que nunca lo había utilizado puesto que solo había visitado ciudades fronterizas con el uso de salvoconductos. Su primer paso sería renovarlo y así poder solicitar la visa más conveniente. Archivó adecuadamente todos sus certificados de estudios, correspondencia, artículos originales, publicaciones y revistas que coleccionaba referentes a la situación política, económica y social del Perú principalmente. Posteriormente adjuntaría la denuncia policial sobre el atentado terrorista y las noticias publicadas al respecto y, por supuesto, la carta enviada por los subversivos. Sabía que ese archivo le traería malos recuerdos, pero presentía que algún día le sería de utilidad. Finalmente, adjuntó algunos ejemplares de su libro.

En forma paralela estuvo analizando el mejor sitio para emigrar. Tendría que viajar a algún país donde tuviera el apoyo de personas amigas o familiares cercanos. No obstante su ascendencia española, se había perdido toda referencia de sus ancestros lejanos. Hacia algunos países, como Chile, Argentina, Australia y Canadá, habían emigrado recientemente algunos conocidos, pero de hecho sabía que no podía tomarlos en cuenta, al menos no por un tiempo indeterminado. Estados Unidos resultaba ideal para sentar las bases de un futuro promisorio, donde tenía la seguridad de contar con el apoyo de una prima de su madre, casada con un

estadounidense afable con quien radicaba en Virginia desde hacía veinte años, y también con una pareja de jóvenes hermanos, amigos de la niñez e hijos de un antiguo compañero de trabajo de su padre, establecidos en California desde hacía seis años. Además, consideraba la valiosa ayuda de un gran amigo que tuvo desde la infancia, que estaba felizmente radicado con su familia en la ciudad de Nueva York.

Con todos ellos mantenía una correspondencia regular, incrementada desde cuando tuvo intenciones de estudiar alguna profesión en los Estados Unidos, deseos que se vieron frustrados básicamente por razones de orden económico. En todo caso, aquellos deseos lo impulsaron a seguir estudios de inglés, idioma que conocía por lo menos en un nivel intermedio. Estas razones, por demás poderosas, lo decidieron a preferir la gran nación norteamericana donde sabía que encontraría un mercado potencial para sus escritos. De hecho, su decisión fue secundada por todos los miembros de la familia.

Capítulo 2

Segundo atentado

La semana que siguió al atentado fue una de las más trajinadas para Diego Hernando, lo que se reflejó en los constantes permisos solicitados en la empresa donde trabajaría solo hasta mediados de marzo. Renovó su pasaporte en un largo y tedioso trámite que patentizaba el descontento de la gente que hacía colas interminables para realizar esa gestión.

Al amanecer del viernes, seis días después del fatídico suceso, se encontraba en la también larga cola de personas que pugnaban por obtener una visa en las muy resguardadas como bellas oficinas del consulado de los Estados Unidos.

Confiado en su calidad de intelectual más que en su solvencia económica, estaba casi seguro de que obtendría una visa de turismo, ya que era la alternativa más rápida para ingresar a los Estados Unidos, en donde vería después la forma de gestionar su residencia. El custodio policial se quedó esperándolo en las afueras de la oficina consular.

Después de llenar el formulario requerido, esperó el momento de la entrevista personal con el cónsul. Al cabo de algunos minutos estaba frente a un ciudadano estadounidense de tez morena y de una impresionante prestancia.

—Veo, Sr. Hernando, que desea realizar un viaje de turismo a los Estados Unidos —señaló el cónsul en forma muy apacible, a pesar de la presión que aparentemente debía sentir diariamente.

—Así es, señor cónsul, me entusiasma sobremanera la idea de conocer su país —indicó en forma tan serena que no dejaba traslucir los momentos angustiosos por los que estaba pasando—. Sobre todo, la zona oeste de los Estados Unidos —recalcó sin apresurarse.

—Usted viajaría sin acompañantes, y de acuerdo a su declaración tiene 26 años —dijo el cónsul mientras lo observaba sorprendido, ya que en esos momentos aparentaba mayor edad, resaltando por su impecable vestidura—. ¿Sería tan amable de mostrarme su declaración jurada y la prueba de sus ingresos actuales?

Le mostró la declaración jurada del año antepasado y las últimas boletas de pago de la empresa donde trabajaba. El cónsul observó con detenimiento aquellos documentos.

—Como comprenderá, la declaración jurada del año anterior todavía no la he presentado ya que estoy a la espera de los formularios que deben ser distribuidos en los próximos días — interrumpió—. Permítame mostrarle los movimientos de mi cuenta bancaria.

Al cabo de un tiempo muy breve, la respuesta del cónsul resonó con cierta pesadumbre en Diego Hernando.

—Debo informarle que usted no califica para que se le otorgue la visa de turismo; con un ingreso no muy alto, sin propiedades ni mayor movimiento bancario, además de su soltería, lo más probable es que tenga intenciones de quedarse en los Estados Unidos.

—Disculpe, señor cónsul —respondió levantando el tono de voz ligeramente, a la vez que le alcanzaba un ejemplar de su libro—, también soy un escritor reconocido en el país como usted podrá apreciar, y de la venta de la primera edición he obtenido ganancias suficientes para poder conocer su país, y si ese ingreso no se refleja en mis movimientos bancarios se debe a que he preferido ahorrar mi dinero en dólares —señaló finalmente.

—Tendría que demostrar que ese ingreso le permite calificar para obtener una visa de turismo, por lo que le agradeceré se sirva regresar con las pruebas suficientes —dijo por último el cónsul en un castellano casi perfecto.

—Así lo haré —respondió al momento de despedirse.

Decepcionado de aquel primer intento, pero a la vez consciente de que no le faltaban las razones al cónsul para negarle la visa de turismo, regresó a su hogar siempre acompañado por el custodio policial. Después de saludar a la familia, con el malestar evidente, se dedicó a recopilar las facturas de ventas de sus libros, e indicar en las mismas el equivalente en dólares, ya que por la gran inflación que sufría la economía peruana, la moneda nacional se devaluaba constantemente.

Desesperado por conseguir la tan ansiada visa de turismo, se dirigió el miércoles siguiente a la segunda entrevista con el cónsul. Esa vez también tuvo que salir de casa una vez terminado el toque de queda, no solo para estar lo más temprano posible, sino también para recoger al custodio policial, quien vivía en un barrio bastante pobre de la ciudad.

Al llegar al consulado nuevamente se encontró ante una larga línea y las aparatosas medidas de seguridad, comprensibles ante la delicada situación imperante por la violencia generada por los subversivos, que pocas semanas antes habían hecho estallar un coche bomba frente a esas oficinas, causando serios daños materiales y la muerte de dos guardias de seguridad y cuatro pequeños niños que se dirigían a una escuela cercana. Una vez dentro no tuvo que llenar de nuevo el formulario debido a que se presentaba por segunda vez. Sus datos no solamente habían sido archivados, sino que también estaban frescos en la memoria del cónsul.

Al estar frente al pulcro cónsul estadounidense, y luego del saludo protocolar, Diego Hernando inició el diálogo que había imaginado repetidas veces durante los cinco días transcurridos desde su primera entrevista.

—Señor cónsul, la semana pasada quedé en traerle la prueba de mis ingresos correspondientes a la venta de mi obra

Compendio del terror que le mostré en aquella oportunidad —señaló mientras entregaba las facturas originales.

—Sr. Hernando —dijo el cónsul pausadamente luego de revisar las facturas—, usted me está demostrando que ha tenido unos ingresos transitorios que no justifican su carácter permanente y, por lo tanto, tampoco su mayor solvencia económica. De esta manera usted no califica para que le conceda la visa de turismo.

—Disculpe, señor cónsul, pero yo estoy muy interesado en escribir sobre su país; además, tal vez no tenga una nueva oportunidad para viajar —replicó en un tono bajo que en cierta medida demostraba su desesperación.

—En ese caso le agradeceré se ponga en contacto con la Oficina de Asuntos Culturales de nuestra embajada, allí lo podrán orientar al respecto. De mi parte no hay nada más que decir —sentenció finalmente.

Al salir del consulado el novel escritor peruano no podía ocultar su desaliento, que en él se notaba en el sudor frío que discurría por su rostro sonrojado y en el nerviosismo manifiesto en sus ademanes, amén del tembloroso tono de voz que hasta él mismo advertía mientras hablaba con el custodio policial al dirigirse nuevamente a su domicilio. Estaba tan consternado que ni siquiera se percató de que había equivocado el camino a su casa, no obstante que se encontraba a unos quince minutos de San Isidro. Apenas fijaba la atención en las pistas, tratando de evitar caer en los innumerables buzones de desagüe sin tapas que había por doquier, las que eran sustraídas por sujetos inescrupulosos que las fundían para luego negociar el metal en el mercado negro. Por escasos momentos atendía al custodio policial, quien le contó que a principios de año uno de sus hijos había muerto horriblemente al caer en uno de esos hoyos, convertidos en verdaderas trampas mortales.

Como si hubiera despertado de un mal sueño mientras manejaba, su custodio policial lo alertó de un auto sospechoso que los venía siguiendo desde hacía unos cuantos minutos. Bajo esas circunstancias podían suponer que se trataba de unos subversivos maliciosos que les andaban siguiendo los pasos, aunque Diego se dio cuenta de que aquel vehículo difería por el color del que habían usado para atentar contra su vida. En cualquier caso, tomaron las precauciones necesarias para despistarlos. No tardaron mucho tiempo en notar la desaparición del misterioso automóvil. Sin embargo, volvió a sentir su cuerpo remecerse por los escalofríos, a pesar de encontrarse con un terno de lanilla en esa mañana calurosa de marzo. Mientras se imaginaba que aquella sensación bien podría ser un nuevo anuncio sobre un peligro inminente, y cuando ya se encontraban a pocas cuadras de su domicilio, el vehículo que los siguió apareció repentinamente, cerrándoles el paso en una estrecha calle de San Isidro. En el momento que el custodio policial se disponía a sacar su arma, los subversivos arrojaron un cartucho de dinamita sobre el lado derecho del frágil automóvil que la empresa le asignaba permanentemente, removiéndolo bruscamente y rompiendo los vidrios del mismo lado. Aquella explosión hizo que el custodio policial cayera sobre el cuerpo de Diego Hernando, quien todavía se mantenía al volante, mientras los subversivos los ametrallaron al momento de huir.

Luego del espectacular bullicio que llamó la cautelosa atención de los residentes, siguió un silencio sepulcral, alterado minutos después por las sirenas alarmantes de los carros patrulleros de la policía.

Con cierta dificultad los policías abrieron la puerta del maltratado vehículo y sacaron el pesado e inerte cuerpo del custodio policial, de quien emanaba sangre profusamente de diversas partes del cuerpo. Diego necesitó ayuda para salir

del auto, quien no cesaba de escupir la sangre del custodio policial. Resultaba aterrador verlo en aquel estado lamentable, visión magnificada por la sangre que prácticamente le cubría el cuerpo y que hacía suponer que estaba mortalmente herido. Desvariando por la fuerte impresión, logró ver a don Alfonso poco antes de caer desmayado en los brazos de un policía nacional. Su padre nuevamente estaba en el lugar de los cruentos hechos, alertado por el estallido del artefacto explosivo y las balas disparadas, y con la esperanza frustrada de que no hubieran sido dirigidas a su hijo.

Mientras la ambulancia se llevaba a Diego, los periodistas que se hicieron presentes con una rapidez sorprendente no se agotaban de tomar innumerables fotografías, ni tampoco los policías de escuchar declaraciones y realizar el peritaje respectivo.

A los pocos minutos, el sobreviviente escritor despertó al sonido de la sirena y al contacto de la tibia toalla con la que un enfermero limpiaba su ensangrentado rostro. Al lado de él se encontraba su padre, quien al verlo en sí le transmitió algunas palabras de aliento, aunque no pudo contener las lágrimas que le brotaban de los ojos, que contrastaban con la vigorosa actitud que siempre lo había caracterizado.

Al día siguiente despertó en el austero cuarto del hospital, deseando que todos los acontecimientos acaecidos hubiesen sido una horrible pesadilla, pero tenía que aceptar la realidad: había sobrevivido a un nuevo atentado terrorista y parecía haber sido salvado milagrosamente de las manos de la muerte. Don Alfonso, la Sra. María Jesús y Juan Carlos lo estaban acompañando esa mañana en que le darían de alta, pues solamente había sufrido contusiones leves y algunos cortes en el cuello y los brazos que no revestían ningún peligro para él.

Al salir del hospital y dirigirse a su domicilio se dio con la

sorpresa de que serían hospedados en casa de un familiar hasta el momento en que él viajara al extranjero y sus familiares lo hicieran a la ciudad de Arequipa. Además, a partir de ese día se les había asignado una dotación policial constituida por un auto patrullero y cuatro efectivos, aunque se le explicó que solamente contarían con esa protección por poco tiempo ya que los requerían para cumplir con los servicios regulares. De cualquier manera, Diego, sus padres y su hermano sabían que toda protección sería insuficiente ante la mansalva y despiadada acción de los subversivos que parecía no tener limitaciones. Aquella mañana también se toparon con las primeras planas de algunos periódicos en donde se mostraba el rostro totalmente ensangrentado del escritor, al lado del cadáver del que fue su custodio policial. La noche anterior y durante todo ese día los noticieros radiales y televisivos dieron cuenta de ese suceso, especialmente por la forma espectacular y sorprendente en que había salvado la vida por segunda vez consecutiva.

A la luz de los acontecimientos parecía que Diego Hernando se estaba enfrentando no solo ante un enemigo muy peligroso que buscaba eliminar a un escritor que echaba por tierra la ideología subversiva, sino también ante unos sujetos desalmados que no aceptaban la repetición de los errores, tomando su ejecución como un desafío. En cualquier caso, él no podía darse el lujo de prolongar su salida del país por más tiempo, sabía que tarde o temprano los subversivos darían con su nuevo paradero.

La casa del tío Adolfo, primo materno de don Alfonso, estaba ubicada en una esquina poco transitada del distrito de Lince, habitado por la típica clase media de la capital peruana. Ahí Diego estaba leyendo los artículos de su último atentado, lamentando sobre todo el fallecimiento del guardia policial que dejaba viuda y cinco menores hijos, a quienes

en vida ni siquiera podía mantener con decoro con un sueldo que apenas bordeaba los 40 dólares mensuales, no obstante los veinte años que había servido a la institución.

Él sabía que un oficial de rango medio ganaba unos 250 dólares al mes y un general apenas llegaba a los 500. Diego encontraba en esos magros ingresos una de las razones más poderosas que motivaban la corrupción en los miembros de las instituciones públicas de su país, quienes no hallaban otra forma de nivelarse económicamente. Pero no solamente aquello generaba la corrupción. Se sabía que muchos individuos, en extremo ambiciosos, una vez que ocupaban puestos claves en empresas públicas o privadas, prácticamente dilapidaban los ingresos, rebajados a niveles infrahumanos, sin sentir o sin importarles el daño que pudieran causar a los demás y a sí mismos.

En ese preciso momento sus pensamientos fueron interrumpidos por el hombre bonachón y carismático que había sido lo suficientemente valiente para cobijarlos.

—Sobrino —le dijo mientras daba una pequeña pausa para llamar su atención—, sé que todavía estás aturdido por lo sucedido, pero debes despabilarte pronto para que tus decisiones sean más rápidas que las de esos hijos de puta que quieren matarte. Cada segundo de demora puede significar la diferencia entre la vida y la muerte —le dijo con una compasiva dureza.

Aquellas palabras lo sacaron de ese aturdimiento que lo desanimaba. «Tienes razón tío Adolfo, no puedo dejar que unos miserables dispongan de mi vida cuando se les antoje». Luego se levantó bruscamente de su asiento y, como si hubiera sido inyectado con una dosis de adrenalina, se dirigió a la empresa donde trabajaba, esta vez dentro del patrullero que le habían asignado. Estando en la distribuidora le señaló al gerente que debido a las graves circunstancias no podía

seguir entrenando a la persona que lo reemplazaría, puesto que tendría que viajar al extranjero a la mayor brevedad posible. Los directivos de la empresa no solamente aceptaron aquella comprensiva decisión, sino que también dispusieron que uno de los autos de seguridad quedara a su disposición, así como dos de los mejores guardaespaldas.

Algo más tranquilo por ese apoyo recibido, se dedicó a preparar la documentación que llevaría a la tercera entrevista con el cónsul de los Estados Unidos, aunque sabía que sería la última ya que disposiciones internas de esa oficina señalaban que la cuarta visita podría realizarse después de seis meses.

El martes se dirigió presuroso al consulado, siendo uno de los primeros en llegar. Había tomado provisiones para salir al término del toque de queda de su domicilio y lógicamente fue uno de los primeros en ser atendido por el cónsul, para quien Diego Hernando era un perfecto conocido, no solo por sus visitas anteriores, sino también por las noticias de su sonado atentado.

—Señor cónsul —señaló con una pasmosa seguridad—, debo apelar a su comprensión para que me otorgue la visa de turismo y poder ingresar a su país. Estas son las pruebas de la necesidad que tengo de viajar a los Estados Unidos —indicó mientras le entregaba los periódicos donde se publicaron los atentados que sufrió.

Estupefacto ante las macabras informaciones y fotografías que veía, lo que no pudo apreciar en su verdadera magnitud en los noticieros televisivos, el cónsul solo atinó a cogerse la frente con la mano derecha, sin dar crédito a la terrible situación por la que estaba atravesando, simplemente por exponer y difundir sus ideas. Después de mantener un silencio que le estremecieron las entrañas a Diego, se dirigió a él con una mirada paternal sinceramente conmovida.

—Sr. Hernando, lamento muchísimo la situación que lo aqueja, pero mi decisión ha sido tomada, no puedo otorgarle la visa de turista que usted ha solicitado. Le recomiendo que se dirija a sus más altas autoridades, quienes comprenderán su caso para brindarle las seguridades que se merece, eso es todo —cortó abruptamente al momento que le devolvía los ejemplares que le alcanzó para luego dirigir su mirada a la persona que esperaba su turno para ser atendida. Diego solo atinó a darse media vuelta sin mencionar palabra alguna.

Sin medir el peligro, en los exteriores del consulado se encontraban don Alfonso, la Sra. María Jesús y Juan Carlos, quienes al ver su rostro decepcionado supieron que la visa le había sido negada.

—No te preocupes hijo —le dijo confiadamente su padre mientras le daba una cariñosa palmada en la espalda—, vamos a encontrar una solución adecuada e inmediata.

—Viejo, me parece que por esperar esa solución ustedes no pueden dilatar más tiempo el viaje a Arequipa. En la casa del tío Adolfo estaré seguro hasta el momento de mi partida —dijo Diego con tal pesadumbre que apenas se le escuchó.

—En ese caso yo me quedaré a acompañarte, lo que podría adelantarse es el viaje de tu madre y de Juan Carlos —señaló don Alfonso, mientras volteó a mirar los pocos instantes antes de subir al vehículo de seguridad que los esperaba a una cuadra de distancia.

—¡De ninguna manera! —enfaticó la Sra. María Jesús—, somos una familia unida y así estaremos hasta el último día en que Diego esté en el país. ¿Qué opinas, Juan Carlos?

—Estoy totalmente de acuerdo, ahora debemos dedicarnos a encontrar esa solución de inmediato —indicó con la madurez que siempre lo había caracterizado—. ¡Ahora recuerdo que tú tienes un amigo en el consulado de México que tal vez pueda ayudar! —le dijo a su hermano con un alborozo

desbordante que podía notársele hasta en el brillo de sus ojos.

—¡Por supuesto, el Zambo José puede ser la solución! — exclamó Diego con entusiasmo.

Sin pérdida de tiempo se dirigieron inmediatamente a la oficina consular de México. Ahí no tuvo que esperar mucho para ser atendido por ese amigo de colegio, al cual no veía desde hacía varios meses.

—¡Diego Hernando, qué gusto de verte! —exclamó el Zambo José mientras le estrechaba fuertemente la mano—. Antes que nada, lamento profundamente lo que te sucedió, Diego, pero dime, ¿en qué puedo servirte?, aunque ya me lo imagino.

—Bueno, Zambito, como comprenderás me encuentro entre la espada y la pared. Estoy vivo de milagro y sinceramente no creo tener siete vidas para seguir arriesgándome a permanecer en el Perú. Esta mañana he estado en el consulado de Estados Unidos, y por tercera vez me han negado la visa de turismo, como ves...

—Supongo que necesitas viajar a México lo antes posible —interrumpió el Zambo José.

—Así es, creo que es una alternativa viable.

—¿Piensas afincarte en México, o sigues con la idea de viajar a Estados Unidos?

—Realmente debo ir a los Estados Unidos. Allá es donde tengo el apoyo que necesito, es por ese motivo que he descartado, por el momento, viajar a otro país.

—Y... ¿cómo estás de billetes? —dijo el Zambo José con cierto interés que no dejaba traslucir claramente, pero que insinuaba los alcances de la corrupción.

—La verdad es que prácticamente no tengo dinero, pero lo poco que poseo debe permitirme dar los primeros pasos —respondió con la sinceridad que lo destacaba.

—¿Tienes a la mano tu pasaporte? —preguntó el Zambo José apresurando la conversación.

—Aquí lo tienes —señaló Diego, para luego continuar tras una pausa en la que su amigo se dedicó a revisarlo—. ¿Qué me recomiendas, José?

—El compañerismo escolar es algo que no es posible olvidar, Diego; felizmente he cultivado una amistosa relación con el cónsul, déjame hablar con él y regresa mañana a las cuatro de la tarde. ¿De acuerdo?

—Perfecto, Zambo, y desde ahora te agradezco toda gestión que puedas realizar —le dijo finalmente al momento de despedirse con un fuerte apretón de manos.

Durante la noche, oscurecida y silenciada por los apagones y el toque de queda, Diego Hernando y su familia platicaron sobre la posibilidad de su intempestivo viaje a México, que consideraban la mejor salida al problema, a pesar de que tendría que afrontar algunos otros, como el hecho de cruzar la frontera con los Estados Unidos, lo que suscitaría peligros inesperados.

Al día siguiente, con una puntualidad no acostumbrada por muchos peruanos, el joven escritor llegó al consulado de México. El Zambo José lo recibió con una amigable y triunfante sonrisa.

—Diego, aquí tienes tu pasaporte debidamente visado para que puedas ingresar a México en el lapso de tres meses. No fue difícil convencer al cónsul para que te ayudara, ya que tu caso es muy especial.

Diego Hernando sintió que un hálito de vida renovaba su ánimo decaído.

—Definitivamente no necesitaré de tres meses para viajar a México, la verdad es que no tardaré más de tres días en hacerlo. No sé de qué manera retribuirte este inmenso favor, Zambito.

—Olvídate amigo, sé que vas a triunfar y esa será la mayor retribución que nos puedas ofrecer —señaló finalmente el Zambo José al reincorporarse de su asiento, mientras Diego hacía lo mismo, para luego darse un abrazo caluroso en el silencio del agradecimiento.

Al finalizar la tarde se dirigió a comprar el pasaje aéreo. Como todos los días, estuvo acompañado de sus guardias personales, lo que llamaba la atención en algunas ocasiones, debido a que tal medida de seguridad por lo general era empleada por los empresarios con la suficiente capacidad económica y que se negaban a pagar los “cupos” o “impuestos revolucionarios” exigidos por los subversivos.

Cuando llegó a la agencia de viajes, fue atendido por una de sus primas hermanas.

—Liliana, ¿cuándo es el próximo vuelo a Ciudad de México? —le dijo a su preciosa prima luego de saludarla con alegría.

—En quince minutos, pero no creo que llegues a tiempo —le respondió graciosamente aquella bella y joven mujer—. El próximo vuelo sale el lunes a las 11:00 p.m. —señaló después de revisar los itinerarios en la computadora.

—Me parece bien, te agradeceré que me extiendas un boleto para ese vuelo. Aunque faltan pocos días estoy seguro de que terminaré de ordenar mis cosas —le manifestó con una sonrisa que reflejaba la tranquilidad que le producía su próxima partida.

—Así que nos dejas, primito —le dijo con un tono debilitado por la pena.

—Tú sabes, este viaje representa el futuro para mí.

—Creo que en tu lugar hubiera hecho lo mismo.

Mientras ella realizaba las coordinaciones del caso se escucharon dos fuertes detonaciones, quedando Diego Hernando en el suelo, pero no a causa de las explosiones, sino

del temor instintivo que en esos instantes se apoderó de él. Luego comprobaron que se trató de un atentado terrorista a la municipalidad de Miraflores, y que felizmente solo causó daños materiales. Para entonces la gente ya se estaba acostumbrando a las bombas, apenas se cobijaron en algún lugar cercano para continuar pocos minutos después como si nada hubiera sucedido. Diego recordaba que, cuando el terrorismo tocó las puertas de la capital con la furia de las detonaciones, las personas corrían despavoridas para refugiarse en sus hogares, como sucedió durante un día de otoño cuando él se encontraba paseando por las concurridas calles del distrito de Miraflores, y se produjo el primer atentado a la municipalidad. Ese distrito se había convertido en blanco favorito del terrorismo porque estaba habitado y visitado por las clases sociales más acomodadas de Lima, además de ser un centro turístico de importancia, ya que se trata de un bello balneario con una infraestructura similar a las ciudades más modernas del mundo. Sin embargo, las explosiones se dejaban sentir en diferentes puntos de la ciudad, donde hubiera embajadas, cuarteles, comisarías, industrias, bancos, o locales públicos de importancia. Los subversivos, en una muestra de su locura sanguinaria, ya empezaban a atacar lugares concurridos por los civiles. En muchos casos no les importaba usar a niños pequeños para introducir las bombas en sus blancos, haciéndolos volar una vez estuvieran dentro. Tampoco dudaban en emplear a los párvulos para abrirse camino entre los senderos minados que había alrededor de las torres eléctricas, en el afán desmedido por derribarlas.

Para regresar a San Isidro optaron por tomar la vía del circuito de playas, llamado Costa Verde, al que llegaron luego de descender por un bello y antiguo camino empedrado, al final del cual apreciaron el puente de mayor envergadura del distrito, desde donde algunos osados deportistas se lanzaban

al vacío amarrados por los tobillos a unas cuerdas muy largas, quienes estaban dispuestos a pagar con su vida los efectos de la adrenalina.

A solicitud de Diego, recorrieron los poco más de 10 kilómetros del circuito playero. Así fue como observó por última vez sus contrastes impresionantes: por un lado, playas limpias, de arena o de cantos rodados, donde los visitantes pueden disfrutar de los baños de Sol o del deporte de la tabla; por otro lado, playas sucias, llenas de desperdicios, sin servicios higiénicos, y contaminadas al igual que las zonas del océano que les corresponden. La contaminación se debía, principalmente, a que en la cercanía se encuentran varios emisores de desagüe, como el de Surco que descarga casi 7 metros cúbicos de desagüe por segundo, ubicado al norte de la playa La Chira, contaminando el mar y los peces con residuos fecales, cuyas bacterias van a parar a consumidores y veraneantes, haciendo de ese ciclo oral-fecal, inconcebible para muchos, origen de numerosos trastornos físicos.

Además, vio los pocos restaurantes que resaltaban por su suntuosidad desbordante, atiborrados de comensales nacionales y extranjeros que podían pagar por aquella atención de lujo. Pero también estaban aquellos otros establecimientos que no dejaban notar las condiciones deplorables en que preparaban y servían los alimentos, cuyos precios económicos estaban al alcance de las clases populares.

Otra de las situaciones que lamentó fue el hecho de ver algunas zonas del litoral convertidas en nauseabundos relleños sanitarios, lo que incrementaba los alarmantes niveles de contaminación.

Nuevamente en el calor del hogar, anunció su definitivo y muy próximo viaje a México. La algarabía inicial cundió en la familia, pero con la misma rapidez, y sin que se hubieran desvanecido aquellas sonrisas momentáneas, la pesadumbre

silenciosa cubrió hasta los rincones más diminutos, y las lágrimas de la Sra. María Jesús no se dejaron esperar. Ella sabía que su primogénito marcharía en un viaje singular hacia un destino que por momentos parecía incierto, alejado de toda esperanza, aunque por otro lado la consolaba la confianza de Diego y la compañía de don Alfonso y de su hijo Juan Carlos.

Los tres días que mediaban para el viaje fueron de una intensidad creciente, no solamente por los detalles relacionados al mismo, sino también por las numerosas visitas recibidas por Diego, lo que demostraba el afecto y la solidaridad de amistades y familiares. Bajo aquellas circunstancias, el toque de queda resultaba un mal necesario, ya que de lo contrario alguna de las visitas bien hubiera provocado la tertulia hasta el amanecer.

A pesar de los ajeteos, para el mediodía del lunes todo estaba dispuesto. Diego había preparado un maletín de mano donde llevaría algunas mudas de ropa, en una pequeña mochila impermeable había colocado copias fotostáticas de los recortes periodísticos y las denuncias policiales relacionadas a los atentados y de la carta que recibió de los subversivos. También incluyó algunas revistas que detallaban la grave situación que imperaba en su país y un ejemplar de su libro *Compendio del terror*. Estaba convencido de que toda esa documentación algún día le sería de utilidad. Además, ya habían ultimado las acciones que iban a tomar sus padres y hermano una vez que él hubiese salido del Perú. Ellos viajarían a la ciudad de Arequipa en un lapso no mayor de treinta días.

Aquel día, para su último almuerzo en Lima, la Sra. María Jesús se había esmerado en prepararle un succulento y variado menú criollo, compartido solamente entre los familiares más cercanos, los amigos más estimados por él y algunas bellas y cariñosas amigas, entre quienes se encontraban aquellas

Sueños de un ilegal

con las que había intimado, pero sin haber llegado a formalizar una relación duradera. Esos momentos permanecerían inalterables en su memoria durante la gran odisea que le esperaba y que hasta esos instantes ni siquiera podía imaginar.

Capítulo 3

Rumbo al exilio - Norte Chico

Debido al toque de queda que aún seguía vigente desde las 8:00 p.m., la familia Hernando se dirigió al Aeropuerto Internacional Jorge Chávez a las cinco de la tarde. En esa oportunidad, la empresa donde trabajó Diego puso a su disposición una unidad más de seguridad, la misma que quedaría al servicio de sus familiares.

En los treinta y cinco minutos del trayecto al aeropuerto tuvo poco tiempo para hablar debido a los innumerables consejos que recibía de su familia y que, sin lugar a duda, resultaban de gran valor en esos momentos, aunque por ratos hubiera preferido el silencioso vaivén de sus pensamientos; después de todo, estaba disfrutando de la compañía de los seres a quienes más quería. Mientras hablaban, grababa en su memoria esas palabras preocupadas para poder recordar luego aquellas voces que lo acompañarían.

Como era de esperar, el aeropuerto se hallaba prácticamente bloqueado por las extremas medidas de seguridad que se habían tomado desde que estalló estruendosamente un coche-bomba en uno de los parques de estacionamiento, el cual causó severos daños materiales y algunos decesos lamentables, además de empeorar la imagen del Perú en el extranjero. El ingreso estaba restringido a los pasajeros y el personal autorizado. Tras algunas lágrimas, un último abrazo familiar y la corta despedida, el escritor ingresó al aeropuerto a esperar que hicieran las llamadas correspondientes a su vuelo que saldría cuatro horas después. A través de los ventanales pudo ver a sus familiares que lo seguían con pasos lentos y miradas tristes; él solamente atinó a despedirlos con la mano, forzando una sonrisa de aceptación ante aquellas

circunstancias que no dependían de su voluntad. Pocos minutos después se retiraron, ya que el toque de queda amenazaba con alcanzarlos muy pronto.

Durante las tres horas que siguieron antes de la primera llamada, había recorrido por lo menos seis veces los recintos interiores del terminal aéreo y tomado varias tazas de café en uno de los restaurantes, viendo decolar y aterrizar los aviones. También observó que algunos de los recién llegados, asustados por la situación, solicitaban salvoconductos para circular por las calles de Lima, mientras que otros sencillamente preferían esperar hasta el amanecer para salir del aeropuerto. Además, había notado la presencia de turistas que estaban en tránsito hacia otras ciudades que consideraban menos peligrosas, como Cusco, Arequipa e Iquitos.

De pronto, unos gritos desesperados llamaron poderosamente su atención, al igual que a todos los demás. Se trataba de una mujer mestiza que aferraba en sus brazos a un recién nacido, mientras era perseguida por varios agentes de seguridad. A causa del esfuerzo, la angustiada y huidiza mujer cayó al suelo estrepitosamente, muy cerca del aturdido escritor, quien se acercó raudamente para tratar de auxiliar al párvulo que estaba rodando por el piso.

—Pero ¡¿qué es esto?! —exclamó Diego Hernando al darse cuenta de la inercia del bebé, su frialdad y las marcas de horribles cicatrices que se le notaban en el cuello, los brazos y las piernas.

—Con esta pobre criatura ya son 17 en lo que va del mes —dijo uno de los agentes que se acercó presuroso a llevársela del lugar.

—¡¿Qué le ha sucedido?! —interrogó Diego con una curiosidad lógica.

—Esta es una de las modalidades que usan los traficantes de drogas para llevar la cocaína a Estados Unidos y Europa

—empezó diciendo el agente—. Al parecer, raptan o compran a recién nacidos, los matan y luego les extraen las vísceras para rellenar sus cuerpos con pequeñas bolsas del polvo blanco.

—¡Eso es una locura! —dijo Diego estupefacto ante la macabra explicación.

—Así es la codicia por el dinero. Imagínese, aquí adquieren el gramo de cocaína pura a menos de 5 dólares y luego lo venden adulterado a más de 100 dólares en los grandes mercados.

—Si supieran las personas que se drogan que tal vez están consumiendo cocaína transportada en estos pequeños —señaló Diego Hernando bastante apesadumbrado.

—Olvídese amigo, la debilidad de esa gente es tal que difícilmente les importan los medios que se emplean en este tráfico maldito.

Al término de ese corto diálogo, los agentes se retiraron llevándose a la mala mujer y al malogrado infante, volviendo todo a la “normalidad”.

Imbuido por una nostalgia prematura, y todavía afectado por el suceso anterior, trató de llamar a la casa del tío Adolfo; sin embargo, no logró comunicarse debido a los frecuentes problemas en las líneas telefónicas. Cuando intentó marcar de nuevo, se escuchó por los altoparlantes la primera llamada al vuelo que lo llevaría a Ciudad de México, dirigiéndose con lentitud a la zona designada, luego de suspirar por el momento que se aproximaba.

Después de que la línea aérea chequeó su boleto, se encaminó a la salida de vuelos internacionales, en donde tuvo que hacer una nueva cola ante los oficiales de la Policía de Investigaciones. Cuando llegó su turno, notó que el chequeo de su pasaporte tomó más tiempo de lo acostumbrado. De rato en rato, el oficial encargado de la pesquisa le dirigía

miradas amenazantes, profundizadas por unos ojos negros que resaltaban más por unas ojeras pronunciadas y las cejas protuberantes, enmarcados en un rostro delgado y unos cabellos negros ligeramente ondulados.

—Señor Hernando, ¿sería tan amable de mostrarme el contenido de su equipaje? —le indicó aquel policía vestido de civil en una forma tan amable que contrastaba con la de su mirada.

—¿Algún problema, señor? —preguntó mientras entregaba sus pertenencias.

—Un momento, por favor —respondió el policía cuando revisaba lo poco que llevaba Diego, aunque demorando la inspección por revisar con detenimiento los documentos que tenía en la pequeña mochila impermeable. Luego prosiguió—: Recordaba algo respecto a usted, Sr. Hernando, ahora que he visto estos papeles sé de quién se trata—. Tras una pequeña pausa el policía continuó—: Le voy a explicar rápidamente el problema porque comprendo su situación. Debo informarle que la visa que ha obtenido para viajar a México es falsa...

—¡No es posible! —replicó Diego con los ánimos algo exaltados—. Esta visa me la han otorgado en el consulado.

—Estamos realizando las investigaciones del caso porque sabemos que estas falsificaciones se generan dentro del mismo consulado. No me extrañaría que usted haya sido timado, sobre todo si consideramos la premura que tiene por viajar, bastante comprensible, por cierto.

—Le aseguro que no sabía nada al respecto —señaló estupefacto ante semejante noticia—. Y ahora, ¿qué es lo que va a suceder? —preguntó visiblemente nervioso.

—Debería detenerlo para llegar al meollo del asunto, pero créame que comprendo perfectamente por los momentos que está pasando, Sr. Hernando. No puedo autorizar su viaje a

Ciudad de México, pero lo voy a dejar en libertad. Le recomiendo que se retire del aeropuerto para que vea qué va a hacer.

—Le agradezco su gesto..., pero realmente debo salir del país.

—Por favor, Sr. Hernando, retírese antes de que cambie de parecer —sentenció finalmente aquel compasivo policia.

Aturdido por lo que estaba sucediendo, Diego deambuló durante un cuarto de hora sin saber qué hacer. Al despejarse de la impresión, logró anular su viaje en las ventanillas de la línea aérea y luego se dirigió a la Oficina de Seguridad Civil para recabar el salvoconducto que necesitaba para circular por las calles de Lima. En definitiva, había decidido no regresar a la casa del tío Adolfo porque de lo contrario causaría mayores preocupaciones a su familia.

Al filo de la medianoche pudo salir del aeropuerto, dirigiéndose al centro de la capital en un taxi que compartía con algunos turistas. El vehículo se movía lentamente debido a las restricciones del toque de queda; además, tenía la luz interior prendida y una bandera blanca que sobresalía por la ventana del conductor. Esta vez lo acompañaban tres jóvenes nórdicos, quienes le explicaron, en un inglés casi perfecto, que habían tomado un “*tour*” bastante flexible por el Perú, ya que deseaban conocer no solo su bella geografía, sino también la sensación de estar en una zona considerada como una de las más peligrosas del mundo, lo que era consecuencia del avance casi incontrolable de las acciones subversivas. Sabían del peligro que corrían, sobre todo porque tenían intenciones de visitar diversas regiones del interior en las que prácticamente los subversivos dominaban la situación. También le explicaron que la agencia de viajes les exigió que firmaran un documento, el cual indicaba que ellos viajaban por su propia voluntad y se hacían responsables de cualquier

percance que pudieran sufrir. Durante el trayecto se escucharon disparos por doquier y encima fueron detenidos doce veces por las tanquetas del ejército o por las autoridades policiales, quienes se mostraron poco diligentes al revisar los documentos y salvoconductos. Durante las tres horas que demoraron en llegar al centro de Lima, los turistas alemanes sintieron repetidas veces aquella sensación que buscaban y que era una mezcla de temor y excitación, lo que se reflejaba en sus rostros tensos, sus brillantes miradas y unas sonrisas endurecidas. Aquellos ciudadanos alemanes habían decidido adelantarse a sus compañeros de viaje, quienes se habían quedado en el aeropuerto a la espera de que finalice el toque de queda.

Diego Hernando se hospedó en el céntrico Hotel Crillón, que estaba ubicado a pocas cuadras de la Plaza San Martín. Cuando se instaló en uno de los cuartos de un piso alto, se quedó contemplando la ciudad de Lima que no se veía totalmente iluminada, visión que le producía escalofríos, tal vez porque tenía el cuerpo descompuesto por las tensiones, las preocupaciones y la mala noche sobrecargada de emociones desagradables. Cansado y todavía confundido por los acontecimientos, se quedó profundamente dormido cuando ya faltaba poco para el amanecer. Entre sus sueños desfilaban las imágenes de don Alfonso, de la Sra. María Jesús y de Juan Carlos, a veces tristes y otras alegres, pero también se entrecruzaban las de sujetos acechantes, las de militares y policías. Sentía en su subconsciente el ruido de disparos y la detonación de explosivos. Finalmente, se despertó sobresaltado y sudoroso, al término de una pesadilla en que se repitió el primer atentado contra su vida, aunque durante ese ensueño angustioso las imágenes transcurrieron con una lentitud pesada y fatigosa. Por unos instantes perdió el sentido del tiempo y la ubicación, recordando luego, detalladamente,

todo lo acontecido desde que detectaron la visa falsificada en su pasaporte.

Casi al mediodía se dio un baño reparador que le hizo olvidar por algunos minutos la creciente escasez de agua potable. Ese era un pequeño ejemplo que confirmaba el hecho de que en el Perú los turistas contaban con las facilidades necesarias para no padecer carencias que pudieran afectar su estadía. Cuando, poco después, se encontraba en el balcón tratando de admirar la belleza arquitectónica del pasado colonial, pudo notar que el ambiente se encontraba saturado por la contaminación que producían los ómnibus y automóviles, avejentados y en mal estado no solo por el tiempo, sino también por la falta de mantenimiento y el deterioro de las pistas que estaban llenas de baches.

Entre la oscura humareda de los gases expelidos por los vehículos, observó las correrías de numerosos y descuidados niños que pugnaban por limpiar los parabrisas de los automóviles, o por congraciarse con los transeúntes nacionales o foráneos, para recibir algún dinero que les sirviera para su manutención o para comprar compuestos químicos —como el cemento transparente— que usaban para drogarse diariamente al inhalar los gases que los idiotizaban, apaciguando de esa manera las sensaciones de dolor y hambre, sin saber que estaban destruyendo sus células cerebrales. Aquellos pobres niños, futuros delincuentes o subversivos, quienes carecían de un hogar que los cobijara, ejemplificaban a los millones de menores latinoamericanos que estaban semi o totalmente abandonados, a merced de los peligros que se derivaban de aquel desamparo total, o casi total. Todas las visiones negativas que eran producto de la gravísima situación imperante contrastaban notablemente con las bellezas arqueológicas y geográficas del Perú, lamentándose de aquella disparidad que ahora percibía con mayor claridad.

Después de ingerir un almuerzo ligero en el restaurante del hotel, se quedó bebiendo una taza de café, pensando en los pasos que tendría que dar, sobremesa que se alargó durante un largo rato a causa de la indecisión. No podía permitirse el lujo de dar marcha atrás, ya había ocasionado bastantes sufrimientos a sus compungidos familiares como para darles un motivo más de preocupación. Sus seres queridos lo imaginaban en México y aquello era mejor que verlo regresar, fracasando antes de iniciar la lucha. La idea de no fracasar y salir adelante bajo cualquier circunstancia lo impulsó a decidir viajar por carretera hacia los Estados Unidos. Sabía que los 1800 dólares que todavía le quedaban, y que había camuflado muy bien en una doble costura del pantalón, les serían insuficientes para el largo viaje que le esperaba, pero para él era un reto que no podía eludir. No dudaba de que sería capaz de resolver cualquier problema que se le presentara.

Al dejar el hotel, se dirigió presuroso a la oficina postal, enviando por correo certificado una carta y el pasaje aéreo a México a su tío Adolfo, para que se lo entregara a su padre con el mayor sigilo posible. Al cambiarlo, don Alfonso podría recuperar el dinero que les sería de utilidad para poder dirigirse a Arequipa. En la carta le explicaba los pormenores de su decisión y le suplicaba que guarde aquel secreto para no alterar los ánimos de su madre, que de por sí ya estaban bastante decaídos; sin embargo, le pidió que su hermano siempre estuviera al tanto de la realidad.

Luego fue al terminal terrestre de una agencia de transportes para tomar el siguiente ómnibus que lo llevaría a la ciudad norteña de Tumbes, la capital del departamento fronterizo con el Ecuador. Desde la estación logró comunicarse con un antiguo amigo del colegio, quien le proporcionó el teléfono de un amigo mutuo cuya residencia estaba ubicada en Quito, la ciudad capital de ese país tropical.

El ómnibus partió del terminal terrestre poco después de las 6:00 p.m. Diego Hernando se había preparado para solventar sus gastos en territorio nacional, al haber cambiado algunos dólares por intis, hasta entonces la moneda oficial. Debido a los controles de precios y a la subvención que el Gobierno otorgaba a diferentes bienes de consumo, el dólar no fluctuaba sobre los índices inflacionarios, y a veces se encontraba por debajo. De hecho, aquellas medidas económicas generaron un mayor consumo y un crecimiento económico extraordinario, que pocos años después degeneraría en la peor crisis de la historia republicana del Perú, ya que en aquellos momentos se estaban dilapidando las divisas de la nación y se alejaba al país de la comunidad financiera internacional.

Al cabo de algunos minutos, cuando se disponían a ingresar a la Panamericana Norte, Diego se quedó estupefacto al ver a un indigente, totalmente desnudo, sentado sobre un fango asquiento que había producido con sus propios excrementos; sin embargo, aquel sujeto no dejaba de esbozar una sonrisa infantil, como si su mente se encontrara perdida entre los recuerdos de su infancia, cuando seguramente todavía mantenía la cordura, que luego había cedido ante la inconsciencia de la locura. En esos momentos, mientras observaba un panorama urbano miserable, también se puso a recordar imágenes semejantes cuando vendía en los pueblos jóvenes, que son asentamientos humanos paupérrimos que ocupan los desiertos y los cerros que rodean la capital.

Era común observar a los orates desnudos deambular por esos lugares de extrema pobreza. Ellos ya habían invadido las calles de la ciudad, ante la indiferencia de las autoridades o la impotencia de no hallar solución al problema. Recordó a otro sujeto caído en desgracia que se masturbaba risueñamente en una de las principales avenidas de Lima, ante la

mirada fugaz de los escandalizados espectadores. También se acordó que muchos de esos orates eran a veces tan conocidos que hasta sobrenombres tenían, como aquel de la cara chueca que le decían Marraquetita y que saludaba pacíficamente a la gente con un «¡qué tal, viejo!» constante, mientras realizaba un gesto propio de los militares: alzando la mano a la altura de la frente. Había otro al que le decían el Loco tira palo, porque siempre andaba con un palo de escoba sobre el hombro y un calzoncillo sobre la cabeza, reaccionando ante las burlas de los jóvenes golpeando las veredas con el palo avejentado, o persiguiendo a quienes lo fastidiaban con el propósito de tirarles un palazo, lo que nunca pasó de la intención. Curiosamente, muchos de esos orates desaparecieron desde que se declaró el toque de queda en la capital, y había quienes culpaban de ello a las fuerzas del orden.

Cuando el ómnibus se encontraba en las puertas de Lima, muy cerca del balneario de Ancón, cuya belleza había sido afectada por las restricciones de luz y agua potable, Diego Hernando evocó al Zambo José, causante de la trastada por la cual casi lo detienen, aunque imaginó que trató de ayudarlo al darle una visa falsificada, de las muchas que estaría negociando. Ahora comprendía la razón del interés solapado que tuvo por su situación económica, que de haber sido holgada seguramente le hubiera exigido el pago de rigor.

Al anochecer y luego de atravesar un peligroso serpentín conocido como Pasamayo, donde eran frecuentes los derrumbes de arena y los desbarranques, llegaron al fértil valle de Chancay que no tardaron mucho tiempo en atravesar. Después cruzaron uno de los muchos desiertos que caracterizan a la costa del Perú. De aquella aridez apenas se podían vislumbrar las tenues sombras de los cerros cercanos que eran alumbrados por la Luna que estaba próxima a entrar en la fase llena.

Cuando la trayectoria del ómnibus lo permitía, Diego se quedaba contemplando al brillante satélite de la Tierra, en el cual veía dibujado el contorno del mapa del Perú sobre su zona más oscura, como si la naturaleza estuviera indicando que en el suelo peruano se encontraban tesoros inimaginables y que apenas habían aflorado en su riqueza arqueológica indescifrable para muchos, y cuyos secretos tal vez algún día pudieran ser comprendidos por todos. No podía dejar de evocar al fabuloso santuario de Machu Picchu, ubicado en el departamento del Cusco, en donde se sintió atraído por una presencia sobrenatural e impresionado por las leyendas que indicaban que en ese fantástico lugar miles de indios habían desaparecido, al cruzar una ventana del tiempo, cuando estaban siendo diezmados durante la conquista. Recordaba también las impresionantes Líneas de Nazca, que eran consideradas el calendario astronómico más grande del mundo, cuyas figuras y trazos solamente pueden ser apreciados desde las alturas, las mismas que se mantienen inalterables debido a la dureza del terreno y a los fuertes vientos que las limpian constantemente. También quedó sumamente impresionado cuando visitó la meseta de Marcahuasi, ubicada en las alturas del departamento de Lima, muy cerca de la capital peruana, donde, a casi 4000 metros de altitud, se levantan misteriosamente una gran cantidad de esculturas pétreas en un ambiente sobrecogedor, casi sobrenatural, formadas por el capricho eólico de la naturaleza o, quién sabe, por ancestros sibilinos o espaciales.

De pronto, se sobresaltó al ver las luces del alumbrado público de una pequeña ciudad norteña, quedando sorprendido de encontrar aquel poblado con las luces encendidas, ya que esa zona estaba bastante maltratada por los actos subversivos. Habían llegado a Huacho, tras casi tres horas desde su partida, en donde algunos pasajeros bajarían y otros subirían.

Al cabo de algunos minutos continuaron el viaje. A pocos kilómetros pasaron rápidamente por el pequeño poblado de Huaura, conocido por un histórico balcón en donde el general San Martín voceó la independencia del Perú, y también por el famoso licor de guinda que se elabora. Otrora cuna de la independencia, se encontraba acosada por la demencia subversiva, que presionaba a los comerciantes y a los pocos agricultores privados para que pagaran los llamados “impuestos revolucionarios”. Aquella situación empeoraría en los años siguientes, hasta que aquellos propietarios estuvieran siendo aniquilados u obligados a abandonar el país.

Alrededor de las 11:00 p.m. se detuvieron en un restaurante ubicado al borde de la carretera, muy cerca de la ciudad de Barranca. Mientras disfrutaba, a la luz de una vela, de un humeante y algo grasiento plato de lomo saltado, su mente gozaba con los recuerdos de su infancia feliz, cuando solían visitar el balneario de Chorrillos de aquella pintoresca ciudad norteña, disfrutando del calor solar que no sofocaba, de la límpida arena blanca y de la frialdad reconfortante de las azuladas aguas del océano Pacífico.

El descanso duró más tiempo del acostumbrado, debido a un chequeo mecánico que le tuvieron que realizar a ese antiguo ómnibus; comprendieron entonces la mayor lentitud con la que se habían estado movilizand. Pudieron partir poco antes de la una de la madrugada; sin embargo, aquella lentitud mantuvo su constancia, atrasando aún más el itinerario.

Cuando se encontraban próximos a Fortaleza, un puerto peruano ubicado en el límite del departamento de Lima, el ómnibus fue forzado a detenerse por un contingente de tropas guerrilleras que asustaron tremendamente a los pasajeros y mucho más a Diego Hernando.

Él sabía que el viaje iba a resultar peligroso, pero a cada momento elevaba votos para no encontrarse nuevamente con

los subversivos. Su corazón empezó a latir tan fuertemente, que por algunos instantes sintió lejanas las voces de los aturdidos pasajeros.

El chofer fue obligado a abrir las puertas, y con los nervios endurecidos por el temor solo atinó a enmudecer y a prender las luces interiores, siendo reprendido severamente por el primer subversivo que subió al vehículo, quien parecía ser el comandante del grupo.

—¡Apaga la luz, mierda! —le gritó al asustado conductor mientras le propinaba un golpe con su fusil—. ¡Solamente los hemos detenido para hacer una inspección y recabar su colaboración voluntaria al movimiento revolucionario!

Debido a la oscuridad exterior y al resplandor de las linternas de los subversivos que estaban dentro del ómnibus, era difícil determinar la cantidad de guerrilleros que había, pero por lo menos llegaban al medio centenar. En aquellos instantes también detuvieron a un pequeño vehículo, otro de los pocos osados en viajar a esas horas.

Con el sudor que le discurría por el cuerpo y que prácticamente le empapó la camisa, el joven escritor esperó angustiosamente el momento de tener al frente al subversivo. En tres zancadas, el líder guerrillero, que también estaba cubierto con un pasamontañas que dejaba expuestos sus ojos y la boca, alumbró a Diego en la cara con una linterna que lo enceguecía. Al notar sus facciones nada amestizadas, le clavó una mirada llena de odio y volvió a expeler su vozarrón intimidatorio.

—¡Muéstrame tus documentos y dime a dónde vas, gringuito! —vociferó.

—A Tumbes, a visitar a unos amigos —obedeció, sin titubear.

—¡¿Cuánta plata llevas, blanquito?! ¡Dámela de una vez antes de que te desahueve!

—Esto es todo —respondió, entregándole el dinero que había cambiado en Lima, sin mencionar los dólares que llevaba ocultos.

Luego de coger el dinero, el subversivo revisó el pequeño maletín y la mochila impermeable que llevaba. Esos fueron los instantes más dramáticos para Diego. Si el guerrillero se percataba de las informaciones periodísticas o de su libro, sencillamente le hubiera llegado el fin de su existencia.

—¿Solo llevas esta basura?! —le preguntó, sin percatarse del contenido del material que llevaba—. ¡No tienes pinta de “perucho”! —continuó, rociando de saliva la cara de Diego.

—Pero lo soy, mi familia es del norte; es más, mi abuelo nació en Guadalupe.

Luego de una pausa tan silenciosa como angustiadora, el guerrillero finalmente soltó unas palabras antes de regresar por donde vinieron: «Te salvaste, blanquito, yo también soy de Guadalupe». «¡Patria o muerte! ¡Venceremos!», lo siguieron los demás vitoreando a su movimiento armado. «¡El pueblo al poder!», se alejaron a trote.

Tras aquella amarga experiencia, se dirigieron al puesto policial de Fortaleza con la finalidad de asentar la denuncia de aquel atropello. Los pasajeros todavía no se reponían del susto, y el conductor aún seguía sangrando ligeramente por el golpe que le propinaron en la frente. Diego respiraba con tranquilidad, agradeciendo que aquella incursión subversiva no hubiera terminado en una lamentable desgracia.

Tan temerosos como ellos, la pequeña guarnición policial tomó las medidas del caso en previsión de un ataque rebelde, asegurando fuertemente las barricadas y solicitando mayor apoyo. Por precaución, el ómnibus se quedaría en aquel lugar hasta que despuntara el alba.

Capítulo 4

Senderos norteños

Diego Hernando apenas pudo descansar un par de horas cuando se dispusieron a reiniciar el viaje. Esta vez se hizo cargo del volante el chofer reemplazante que se encontraba más reposado. La fresca mañana norteña poco a poco fue calentada con los primeros rayos del Sol que estaban apareciendo tras las lejanas montañas, luminosidad que empezaba a colorear bellamente el pequeño valle. Poco antes pudo cambiar algunos dólares a un entusiasta pescador que se dirigía a continuar sus labores cotidianas. A pesar de la lentitud con la que se desplazaban y que ya exasperaba a muchos de los pasajeros, al poco tiempo se detuvieron a tomar desayuno en Huarmey, una pintoresca ciudad costera del departamento de Ancash.

En el restaurante los comentarios giraban en torno a un solo tema. Las noticias, publicadas en los diarios matutinos y difundidas por emisoras radiales, daban cuenta de la espectacular fuga de medio centenar de guerrilleros a través de un túnel impresionante, entre los cuales se encontraban algunos de sus líderes más importantes. Supuestamente, habían estado recluidos en una de las cárceles de máxima seguridad del país; sin embargo, era de conocimiento público que dentro de ellas los subversivos prácticamente dominaban las actividades. Esa situación interna y sobre todo el sorprendente escape no solo humillaban a las fuerzas policiales, sino que también dejaban sobre el tapete errores inaceptables que debían corregirse sin demora. Como muchos pensaban, tanto el escape como la liberación “por falta de pruebas” de subversivos y narcotraficantes parecían consecuencia de la corrupción o el amedrentamiento.

Al continuar el viaje Diego dejó que sus pensamientos tomaran rumbos diferentes, recordando que en la sierra de ese departamento había tenido la oportunidad de practicar el montañismo, uno de sus deportes favoritos. Allí sobresalían admirablemente las cordilleras Negra y Blanca, esta última considerada la cordillera tropical más alta del mundo, que estaba coronada por el nevado Huascarán, que bordea los 7000 metros de altitud, y engalanada con el Alpamayo, la montaña más hermosa del planeta. En esos momentos se puso a recordar algunas de sus aventuras de montaña, que generalmente concluían con un renovador descanso en los baños termales ubicados cerca de la ciudad de Huaraz. Mientras dirigía su mirada nostálgica hacia el este, como queriendo encontrar las cimas nevadas, dejó escapar un suspiro de añoranza a la vez que se lamentaba del tiempo que tardaría en disfrutar nuevamente de todo aquello.

Habiendo transcurrido algunas horas hicieron una corta parada en Casma para después continuar hasta el puerto de Chimbote, uno de los más importantes del Perú. Ahí el fuerte hedor a pescado recargaba la atmósfera desagradablemente, al que seguramente ya estaban acostumbrados los lugareños. Esa ciudad, que sobrevivía en un medio natural fétido y muerto por la exagerada y poco controlada industria conservera, estaba condenada a convertirse en un foco de enfermedades y miseria, como sucedería poco tiempo después cuando brotara el cólera, con toda su furia dañina, que muy pronto afectaría no solo a casi todas las ciudades del Perú, sino contagiando también a otros países americanos. En aquellos instantes Diego Hernando no dejaba de lamentar las imágenes que veía y que eran el fiel reflejo de las condiciones sanitarias inaceptables que sufrían los chimbotanos, similares a las padecidas por muchos millones de peruanos. Aborto, miraba como unos niños desaliñados, sucios y con

poca ropa, jugaban cerca de unos inmensos basurales que estaban al borde de la carretera panamericana, mientras unos enormes gusanos verdes se paseaban libremente por las inmediaciones. No obstante aquellas visiones, él sabía de la existencia de barrios modernos y limpios, de bellas playas cercanas, y de algunos otros atractivos que solamente disfrutaban las personas que pertenecían a las familias más acomodadas.

Varias horas después llegaron a la ciudad de Trujillo, una de las más bellas e importantes del norte peruano, situada a casi 600 kilómetros de Lima, prácticamente a mitad del camino a la frontera con Ecuador. Diego la había visitado algunos años antes; en esta nueva oportunidad se regocijaba de encontrarla tan agradable como siempre, embellecida por su acrecentada vegetación y por su ambiente festivo y soleado. Ahora no podía recorrer a pie sus calles coloniales ni su Plaza de Armas, tan hermosa como antes, pero se sentía feliz de verla por algunos instantes. Por algo el antiguo reino Chimú sentó sus bases en aquella región norteña, dejando para la posteridad las famosas ruinas de Chan Chan y las huellas de su valeroso pasado, cuando resistieron fuertemente la dominación de los incas.

Permanecieron casi una hora en la estación, donde revisaron y repararon los desperfectos del vehículo, dirigiéndose luego a un restaurante de las afueras de la ciudad para almorzar. En esta ocasión el escritor estuvo acompañado por dos profesores, que algunas semanas antes habían estado ejerciendo su labor docente en la universidad nacional donde intentó estudiar Periodismo. La conversación se centró en la creciente actividad subversiva, por la cual tuvieron que retirarse de aquella universidad, en la que autoridades, profesores, empleados y alumnado estaban a merced de las decisiones que tomaban los elementos revolucionarios... Diego

Hernando comprendía y conocía esa lastimosa situación. Uno de los profesores, quienes se dirigían a ejercer su profesión en una universidad privada del departamento de Piura, señaló que era oriundo de Sayán, pueblo ubicado al este de Huacho, indicando que en los alrededores de esa zona eran los terroristas quienes realizaban patrullajes continuos, habiéndose quedado perplejo de que aquellos individuos estuvieran bien uniformados y disciplinados. Precisamente, recordaron que, cuando fueron detenidos por los subversivos en Fortaleza y a pesar de la oscuridad reinante, se pudieron percatar de que todos vestían de la misma manera: botas negras, chaquetas y pantalones pardo-verduzcos, cantimploras, morrales, y algunos cubrían sus rostros con pasamontañas. Aquellas imágenes y expresiones coincidían con las filmaciones que un osado equipo de periodistas había obtenido en la selva peruana, a inmediaciones de las zonas donde los narcotraficantes realizan sus operaciones. Ese era uno de los indicios del apoyo mutuo que se brindaban los traficantes de drogas y los guerrilleros: los primeros, otorgando parte del sostén económico; y los segundos, una mayor protección.

A partir de las afueras de la ciudad de Trujillo era más evidente el reverdecimiento producido por las abundantes lluvias que ocasionó la Corriente de El Niño durante un verano anterior —esta corriente de aguas calientes, que eleva la temperatura del océano Pacífico Sur, cambiando las condiciones climáticas en casi todo el planeta, debe su nombre a que se presenta con cierta regularidad para la Navidad—. Zonas otrora desérticas estaban colmadas de arbustos. Esa belleza contrastaba con las deterioradas carreteras que más bien parecía que habían sido bombardeadas. Las copiosas lluvias de entonces dañaron aún más las maltratadas carreteras norteñas, lo que hacía más fastidioso y pesado aquel viaje. También se notaba que muchos de los poblados todavía no

se recuperaban de los daños causados; sin embargo, aún no se encontraban en el lugar que había sido más afectado por el diluvio.

Al cabo de un rato Diego divisó a lo lejos la playa de Chicama, famosa por su encanto sin igual y por las fantásticas olas que hacen de ella un lugar predilecto para los amantes del deporte de la tabla.

Siempre con rumbo norte solo hicieron una breve parada en la ciudad de Pacasmayo. Poco después tuvo la fugaz oportunidad de ver, a través de los ventanales del ómnibus, el poblado de Guadalupe, donde nació su abuelo materno y de quien recordaba la mirada jovial de sus ojos celestes, que apenas habían envejecido con la edad. Luego hicieron una parada en Chepén, poblado que vive de la agricultura y de las pequeñas granjas de la zona.

Cansados tras el fatigoso viaje, arribaron a Chiclayo, capital del departamento de Lambayeque, cuna del antiguo reino preinca Moche, cuyos vestigios arqueológicos fascinaban a los hombres de ciencia y a los amantes de las culturas del Perú milenario. En ese privilegiado lugar sería descubierta, en una zona llamada Sipán, la tumba de un sacerdote guerrero que se le conocería como el Señor de Sipán, descubrimiento que sería considerado como la tumba intacta más rica excavada en el nuevo mundo y uno de los más importantes y ricos hallazgos arqueológicos del siglo. También se descubrirían otras tumbas de enorme importancia para la arqueología y con tesoros incalculables, como la del Viejo Señor de Sipán, lo que reforzaría el conocimiento de que la cultura Moche había sido una de las más desarrolladas del mundo preincaico, cuyos peruanos milenarios habían sido expertos en metalurgia e irrigación; quienes, a falta de escritura, relataban sus historias en magníficas cerámicas y en metales preciosos trabajados con una fineza extraordinaria y singular.

Allí fueron obligados a pernoctar por una disposición oficial que impedía a los transportes, de cualquier tipo, atravesar el conocido desierto de Sechura durante la noche; medida que se debía a los numerosos asaltos que cometían delincuentes comunes, quienes se parapetaban en los nuevos bosques de algarrobo que se habían desarrollado y extendido significativamente por toda la región y, por supuesto, por las terribles condiciones de las carreteras que, inclusive de día, eran las causantes de numerosos accidentes.

Diego estuvo agradecido de pasar la noche en Chiclayo, ya que de esa manera aprovecharía el tiempo para asearse y descansar a pesar de la cortedad del mismo, debido a que la salida del ómnibus estaba programada para las 6:30 a.m.

Cuando llegó al pequeño hostel donde se hospedó, que estaba ubicado a pocas cuadras de la Plaza de Armas, el encargado se quedó observándolo con una mirada que no ocultaba su perplejidad. Aquella fijación visual al cabo de algunos minutos le llegó a incomodar. Ese hombre que aparentaba unos 60 años, de cejas y bigotes muy poblados, y todavía con sus cabellos completos, aunque canosos, mostraba indicios de exaltación y nerviosismo a la vez. Cuando terminó de registrar a Diego y a una pareja de esposos maduros que también viajaban en el ómnibus, se dirigió al teléfono privado que estaba en una pequeña oficina tras el mostrador, cuyos ventanales dejaban visualizar todos sus movimientos, procediendo a realizar una llamada, pero sin dejar de mirarlo. El joven escritor ya se había imaginado que se trataba de algún elemento de apoyo a la subversión, como muchos de los que estarían infiltrados en los sindicatos, entidades del estado y hasta en las filas de las fuerzas armadas y policiales.

Cuando ya se estaba dirigiendo a su habitación, ese misterioso señor le hizo un pequeño gesto apresurado para que se detuviera en la sala de recepción mientras se dirigía hacia él.

—Disculpe, Sr. Hernando, pero estaba dudoso de encontrarme ante el escritor que mi esposa y yo consideramos muy especialmente. Para nosotros es un verdadero placer tenerlo como nuestro huésped.

—Le agradezco sus palabras, caballero; sinceramente, yo también tenía mis dudas respecto a usted, realmente me tenía preocupado con la agudeza de su mirada —le respondió Diego con una sonrisa tranquilizadora entre sus labios.

—Hemos leído con atención los artículos que ha escrito en el periódico, y de la misma manera el libro que publicó. Créame que su perspicacia nos ha acercado a una realidad que no veíamos, tal vez porque muchos estábamos cegados por la tolerancia de la rutina —dijo aquel hombre, que de un momento a otro se estaba convirtiendo en un interlocutor acucioso—. ¡Ah!, discúlpeme, me llamo Angelo Pierantoni, para servirle —le dijo mientras le daba un apretón de manos con bastante entusiasmo.

—¿Usted es italiano? —le preguntó, a la vez que su mente daba una pausa para recordar a su padre, rememorado por ciertos gestos de aquel hombre.

—Sí, yo nací en Verona, pero vivo en el Perú desde hace más de cincuenta años; la verdad es que mi corazón está en esta tierra, a pesar de todas las dificultades.

Esas palabras retumbaron fuertemente en Diego Hernando, quien solo atinó a bajar la mirada y quedar en silencio por algunos instantes.

—Disculpe la torpeza de mis palabras, Sr. Hernando, no pretendí mortificarlo. Sé de los enormes problemas que tiene con los terroristas; además, el Perú lo necesita a usted vivo con sus ideas y no muerto con su recuerdo. Me imagino que está en Chiclayo no por vacaciones, sino escapando de las manos asesinas de esos desgraciados que tanto daño le están haciendo a este país.

—Así es, Sr. Pierantoni es una partida necesaria, pero le aseguro que desde mi exilio el mundo escuchará el eco de mis palabras y sentirá la fuerza de mis escritos, porque desde donde esté trataré de despertar el interés por nuestra nación, y colaboraré para que este país sea gobernado con honestidad y sin las lacras lacerantes del terrorismo y el narcotráfico, así sea perseguido hasta los polos por mis ideas.

El Sr. Pierantoni se silenció mientras iba dejando consumir el cigarrillo que tenía en la mano derecha, con la que a la vez sujetaba la sien del mismo lado.

—Me va a disculpar, Sr. Pierantoni, pero debo retirarme a descansar; partimos de madrugada..., este viaje ha estado plagado de dificultades.

—Por supuesto, Sr. Hernando, disculpe que lo haya demorado tanto.

Sin lamentarse de aquellos minutos de conversación, Diego se dio un baño de agua tibia, largo y reparador, para luego dormir durante cinco horas seguidas, tan profundamente que al despertar se percató que no se había movido ni un centímetro, olvidando por completo los sueños que había tenido.

Al bajar a la sala de recepción se encontró con el Sr. Pierantoni, quien lo estaba esperando con un ejemplar del libro que había escrito. Luego de dedicarles el libro en una forma extensa y familiar, se dispuso a realizar el pago correspondiente al hospedaje, recibiendo una indicación negativa de parte del Sr. Pierantoni, que era de esperar.

Cuando el Sol alegraba de alguna manera el sendero de la mañana norteña, ya se encontraban atravesando el desierto de Sechura, ingresando a una zona donde los algarrobos se habían desarrollado espléndidamente, básicamente por sus profundas raíces que les permitían subsistir gracias a las aguas subterráneas, aunque no volviera a llover en mucho

tiempo, soportando inclusive el calor intenso y agobiante de aquel desierto, el más grande y caluroso del país que abarca más de 5000 kilómetros cuadrados. Las abundantes lluvias habían podido refrescar aquella aridez casi impenetrable, formando algunas lagunas impresionantes y cíclicas, entre las que se encontraba la Laguna de la Niña con más de 2000 kilómetros cuadrados.

Impresionado por los nuevos bosques que alfombraban el panorama, Diego Hernando siguió viajando hacia el norte, acercándose cada vez más al punto donde dejaría su país, con pena, por cierto, de estar más alejado de su familia y amigos, no obstante tenerlos presentes aún, tanto en su consciencia como en la inconsciencia onírica de sus escasos y pocos relajantes momentos de descanso.

A medida que los baches de la carretera aparecían a diestra y siniestra, el viaje se tornaba insoportablemente lento y movedizo. Había tramos que inclusive desaparecieron bajo la furia de las aguas diluviales; sin embargo, se encontraban tan atrasados que no había tiempo para más paradas, y menos en aquel lugar tan vulnerable.

Llegaron a Piura casi de milagro, otra de las importantes ciudades norteñas y capital del departamento del mismo nombre. Resultaba inconcebible que hubieran tardado más de siete horas en recorrer los poco más de 200 kilómetros que la separaban de Chiclayo.

En Piura descansarían algunas horas, no solamente para almorzar y desentumecer el cuerpo, sino para darle mantenimiento a ese vehículo que necesitaba un descanso tan necesario como el de los abatidos pasajeros. Después de almorzar un delicioso potaje piurano, Diego se dio el lujo de dar una caminata a los alrededores, atravesando la Plaza de Armas, que prácticamente estaba techada por las hojas verdes de los grandes y numerosos árboles que la cercaban, sintiendo casi

inmediatamente el bombardeo de pequeñas y ovaladas pepas del mismo color que caían a cada instante del arbolado, como si la naturaleza le estuviera apurando los pasos o juzgándole una mala pasada, emulando los bombazos que habían sido dirigidos a su persona. Al regresar al pequeño restaurante que estaba situado a una cuadra de la estación terrestre, notó que casi todos los pasajeros esperaban la hora de la partida, murmurando mientras bebían sendas tazas de café o refrescantes vasos de chicha morada o Inca Kola.

Al continuar el viaje hicieron una corta parada en Sullana y luego siguieron hasta llegar a Talara, importante centro de producción petrolífera, donde se toparon con una lluvia abundante, poco frecuente en ese lugar, dejando la ciudad industrial tan rápido como bajaron y subieron algunos pasajeros.

Para entonces ya se sentía fastidiado y pegajoso por el sudor que le producía viajar dentro del maltrecho ómnibus y por el calor del verano norteño que no disminuía a pesar de que el otoño se aproximaba, observando raudamente durante el trayecto los golpeados balnearios de Máncora, Punta Sal y Zorritos —que con el tiempo se convertirían en excelentes atractivos turísticos—. No veía las horas de arribar a la ciudad de Tumbes, ya que necesitaba un descanso reparador y merecido después de un viaje que ya se estaba prolongando demasiado. Por lo menos le quedaba el consuelo de que no serían nuevamente detenidos por los subversivos, debido a que esa parte de la costa peruana todavía no estaba tan convulsionada por el avance del terrorismo.

Después de dos días desde la partida de Lima llegaron a la ciudad de Tumbes, viaje que bajo condiciones normales no hubiera tardado más de quince o dieciocho horas. A pesar de eso, Diego Hernando no se arrepintió de haber preferido viajar por tierra, puesto que él siempre veía la forma de hacerlo,

considerando esa manera la más adecuada para tomar contacto con la realidad social y la geografía de los lugares recorridos.

En esa ciudad se hospedó en un conocido y económico hotel, que también estaba cercano a la Plaza de Armas. Después de dar una vuelta por el centro de la ciudad, cenó opíparamente en uno de los mejores restaurantes antes de irse al hotel a organizar sus pensamientos para dar los pasos más adecuados en el próximo tramo de su odisea.

Al día siguiente despertó tan temprano que se puso a esperar el alba en el amplio balcón que tenía su habitación. Durante los treinta minutos que permaneció a la espera de que el Sol asomara, trató de imaginarse a don Alfonso en todos los ajetreos para viajar a Arequipa lo antes posible; a la Sra. María Jesús elevando sus plegarias permanentes para que su primogénito no se encontrara ante mayores dificultades; a su hermano Juan Carlos tratando de visualizar el futuro desde su joven perspectiva. Sabía que, a más tardar en el transcurso de ese nuevo día, su padre y el tío Adolfo se enterarían del cambio significativo de su itinerario, al recibir su carta y el pasaje aéreo a México que no utilizó. También dejó que su mente se trasladara en el tiempo, para visualizar el desembarco de Francisco Pizarro en las costas del departamento de Tumbes, cuando inició la conquista del Perú en 1527. «¡Ah!, la conquista del Perú», dijo en voz alta como si quisiera dejarse escuchar sin limitaciones de tiempo ni espacio.

Aquella expresión resumía perfectamente lo que ocultaban sus pensamientos. Él sabía que su idioma, religión, raza, costumbres y mucho más eran consecuencias del proceso de colonización que empezó con el descubrimiento de América por los españoles, y que continuó con la conquista, pero la historia y los relatos daban cuenta de hechos brutales que no

podía olvidar.

Había leído que la España del siglo XVI se enriqueció súbita y enormemente gracias al oro y otros metales preciosos que extraían los indios comunes, del hasta entonces Imperio de los Incas, quienes trabajaban en las minas, muchos de ellos hasta morir.

Después de aquella reflexión se alistó y desayunó. Luego salió del hotel a recorrer la ciudad norteña, sin poder evitar la tentación de saber si todavía existía la misteriosa casa inhabitada que estaba ubicada en el centro, la cual le había descrito su hermano cuando la visitó un par de años antes, durante un austero y aventurero viaje que hizo con algunos de sus amigos. Según le narró, él y sus compañeros intentaron pernoctar en ese lugar a medio construir con el fin de ahorrar el dinero del hospedaje. Sin embargo, tuvieron que salir despavoridos al escuchar pasos y ver sombras en torno de ellos, mientras oían el crujir de las paredes y un sonido que imitaba el lejano tecleo de un piano.

Diego se quedó sumamente sorprendido de hallarla en las mismas condiciones detalladas por su hermano. Le bastó hacer un par de preguntas a unos tumbesinos, para saber que nadie se atrevía a concluir la obra, ni a demolerla, ni a comprar la propiedad debido a lo que ahí sucedía. Él se atrevió a ingresar a esa fantasmagórica construcción, bajo la mirada preocupada de los transeúntes que se persignaban al percartarse de sus intenciones. Sin embargo, no escuchó ni vio nada sobrenatural, aunque por momentos sintió que era observado por miradas penetrantes e invisibles..., y así era. Un sujeto mestizo de lento proceder estaba siguiendo los pasos de Diego en el departamento norteño. En realidad, se trataba de uno de los cientos de colaboradores que estaban a disposición del movimiento guerrillero, quienes se habían logrado infiltrar en numerosos negocios y dependencias del país. Ese

tipo muy pronto informaría a sus superiores sobre el paradero de Diego Hernando. De cualquier manera, el huidizo escritor dejaría el territorio peruano muy pronto.

Después de aquella singular experiencia se dirigió a la localidad de Aguas Verdes, frontera con la de Huaquillas, que pertenece a Ecuador, punto culminante de su trayectoria por el Perú, prometiéndose regresar algún día para recorrer los cercanos e impresionantes Manglares de Tumbes.

Antes de cruzar el puente que separa a ambos países, disfrutó de un suculento y apetitoso cebiche —tal vez el plato típico peruano más conocido—, elaborado con trozos de pescado cocidos con zumo de limón, sal, pimienta, ají y cebolla, acompañado de camote, choclo y lechuga, el cual terminó al sorber la última gota de la “leche de tigre”, el jugo resultante de esa deliciosa combinación. Mientras se regocijaba al ingerir aquel manjar peruano, divisó a la distancia el vaivén de numerosos burros que transportaban grandes bultos sobre el lomo de un lado al otro de la frontera, sin necesitar personas que los guiaran, como si hubieran estado recorriendo aquel camino, sobre el río que divide las naciones, desde el día en que nacieron. También advirtió que aquel hábito pesado lo ejecutaban hombres, mujeres y niños. La respuesta se la daría un comensal lugareño, quien le indicó que todos esos bultos estaban repletos de mercadería de contrabando, indicando que lo más lamentable de la situación era que gran parte del contrabando incluía productos subsidiados por el gobierno peruano, como la leche deshidratada y otros comestibles que las amas de casa peruanas tenían enormes dificultades para encontrar. Todo ello también dejó desconcertado al sorprendido escritor, sobre todo cuando veía que las autoridades fronterizas de ambos países consentían esos pasajes ilegales, involucrados en una actividad que ejemplificaba la corrupción que también afectaba a ese gran sector.

Sueños de un ilegal

Después de que autorizaron su ingreso a Ecuador, cruzó el puente divisorio y recorrió con curiosidad los locales comerciales de Huaquillas, abarrotados de mercadería de todo tipo. Luego tomó un transporte que lo llevaría a Machala, capital de la provincia ecuatoriana de El Oro, desde donde seguiría su viaje al norte.

Capítulo 5

Familia en Lima

En Lima, las tensiones de la familia Hernando no habían disminuido significativamente. Seguían muy preocupados por Diego a quien suponían en México, además de que estaba próxima su mudanza a la ciudad de Arequipa.

Al mediodía del tercer día de la partida del joven escritor estaban todos reunidos en la casa del tío Adolfo cuando el cartero llamó su atención tocando la puerta fuertemente, ya que en esos momentos el suministro de fluido eléctrico había sido suspendido para reparar algunas torres derribadas por los terroristas.

El tío Adolfo se dirigió presuroso a recibir la correspondencia, seguido por las miradas de la familia, quienes imaginaban que podría tratarse de una misiva de Diego a pesar del cortísimo tiempo que había pasado.

—No se preocupen, son unos documentos que estaba esperando —mintió el tío Adolfo para tranquilizarlos. Inmediatamente se dirigió a la pequeña biblioteca de su casa para abrir el misterioso sobre que remitía su sobrino. En una pequeña nota le suplicaba que la carta y el pasaje adjunto se los entregara a su padre con el mayor sigilo posible; también le explicaba brevemente del gran cambio de su itinerario.

—Alfonso, ¿me acompañas a la panadería?, el pan ya debe haber salido del horno —le dijo el tío Adolfo, sin levantar sospechas, ya que normalmente salía alrededor del mediodía para comprar pan caliente desde que se jubiló.

Ni bien habían salido de la casa, el tío Adolfo le dijo lo más tranquilamente posible: «Alfonso, lo que recibí hace unos momentos es una carta de tu hijo, pero por favor no te preocupes, él está bien».

Sobresaltado por la noticia, don Alfonso se quedó paralizado, para luego exclamar: «¡¿Qué dice?! ¡¿Cómo es posible que haya llegado algo de él tan pronto?! ¡¿De dónde ha escrito?!».

—Tranquilízate, hombre, entérate tú mismo —le dijo el tío Adolfo al entregarle el sobre.

—¡Dios mío! —exclamó don Alfonso al terminar de leer la misiva—. Diego sí que está pasando por pruebas sumamente difíciles. ¡Qué manera de complicarse las cosas!

—¡Tranquilízate, hombre!, él es una persona que sabe lo que hace, por algo es hijo tuyo.

—Y ahora ¿dónde estará mi muchacho?

—¿Cuál muchacho?, si Diego es todo un hombre, hecho y derecho.

—Ya lo sé, Adolfo, es un decir, pero no puedo dejar de preocuparme. Imagínate, atravesar los desiertos y las ciudades en donde los terroristas están haciendo de las suyas. Comprendo por qué no desea que María Jesús se entere de tales cambios, pero también ella se va a perturbar si no sabe algo de él muy pronto.

—Por el momento me parece que debes dejar las cosas como están, estoy seguro de que Diego se comunicará con nosotros en un plazo breve. Dedícate a arreglar todo para que puedan viajar a Arequipa tan pronto como sea posible.

Durante el almuerzo, la Sra. María Jesús notó cierto aislamiento en su esposo.

—¿Qué te sucede, Alfonso? Te veo algo extraño.

—Nada, mujer, es que estoy pensando en Diego.

—Bueno, yo tampoco puedo dejar de hacerlo.

—Ni yo —dijo Juan Carlos, haciéndose notar.

—Hijo, me gustaría que me acompañes a Miraflores, tenemos muchas cosas que hacer antes de que nos gane el tiempo.

Aquella tarde se dirigieron a cambiar el pasaje por dinero en efectivo. En el transcurso de esa gestión, don Alfonso le mostró a Juan Carlos la carta que su hermano había enviado.

—¡Qué barbaridad!, ese José sí que la malogró, deberíamos ir a buscarlo para que sepa en el lío que ha metido a Diego.

—Déjalo, quiso ayudar, aunque por el camino equivocado, en todo caso las autoridades se encargarán de él.

—Yo también me siento culpable, si no fuera por mí Diego no hubiera ido a buscarlo.

—¡Vamos, hijo!, la vida a veces nos depara sorpresas, y esta es una de ellas. Confiemos en que tu hermano tome las decisiones correctamente. Él va a salir adelante y nosotros también.

Los días siguientes fueron dedicados a las actividades que la mudanza exigía. Don Alfonso y la Sra. María Jesús comunicaron la nueva dirección que tendrían en Arequipa. Por otro lado, Juan Carlos recabó sus certificados de estudios para poder estudiar en la llamada “Ciudad Blanca”. Además, estuvieron vendiendo los muebles y enseres que no necesitarían, aunque para ello tuvieron que frecuentar su domicilio de San Isidro, haciéndolo con las precauciones que eran posibles tomar.

Una tarde, la Sra. María Jesús abrió la puerta del departamento, encontrando sobre el piso una comunicación de los subversivos. Temblando de los nervios al leerla, los subversivos les comunicaban que Diego Hernando había sido avisado en el norte del país, señalando que se sentían complacidos de que el escritor abandonara el Perú, pero los amenazaban a ellos y a Diego también si es que se atrevía a regresar. En esos momentos su esposo y su hijo menor la estaban acompañando sin saber lo que estaba leyendo, pero su gesto descompuesto reflejaba una mala noticia.

—¡Lean esto por favor, y díganme que estos sujetos están equivocados! ¡Y si ustedes me están ocultando algo, por mi bien díganme la verdad! —exclamó sollozando y con nerviosidad.

—Tranquilízate, mamita —le dijo Juan Carlos mientras la abrazaba tiernamente.

—Déjame explicarte, María Jesús —señaló don Alfonso consternado por la comunicación—. Diego decidió viajar por tierra debido a que le facilitaron una visa falsificada para ingresar a México. Felizmente no lo detuvieron en el aeropuerto, así que hace algunos días Adolfo recibió un sobre con una carta y el pasaje aéreo que no utilizó. Nos pidió que todavía no te mencionáramos esos cambios..., pero ahora llegó el momento.

—Me lo debieron haber dicho desde un principio y no ahora cuando ha llegado esto.

—Nos vas a tener que disculpar, creímos haber obrado con corrección para no causarte más pesares —dijo suavemente su esposo.

—Estos terroristas sí que le siguen los pasos —señaló Juan Carlos con la sorpresa reflejada en su rostro.

—Nos debe quedar el consuelo de que él está bien y lo más probable es que se encuentre en Ecuador. Por lo menos esos desgraciados no le han podido hacer daño —dijo don Alfonso.

—Dios quiera que así sea —manifestó la Sra. María Jesús algo más calmada—. A Él le pido que Diego se comunique con nosotros lo más rápido posible.

Capítulo 6

Guayaquil - Quito

Diego Hernando llegó a Machala sin ningún contratiempo, quedando sumamente sorprendido de que las carreteras de Ecuador hubieran sido reparadas tan pronto como el fenómeno de la Corriente de El Niño concluyó. Desde esa ciudad costera se dirigió inmediatamente a Guayaquil, la ciudad más grande y poblada de Ecuador. En ella, no obstante su importancia desde el punto de vista económico e industrial, él notó en el ambiente cierta frialdad urbana que le hacía recordar las calles del centro de Lima, mas no con nostalgia, sino con fastidio, ya que algunas zonas estaban sobrecargadas de edificios, contaminación y suciedad.

Por otro lado, tanto en esa ciudad como en la capital peruana existía una criminalidad creciente que se advertía en los sujetos amenazantes que deambulaban por su centro. A pesar de ello, él sabía de la existencia de hermosos, modernos y atractivos lugares en Guayaquil que la falta de tiempo no le permitiría conocer.

En el hotel donde se hospedó para pasar su única noche en esa gran urbe tropical, percibió de inmediato el rechazo de la recepcionista hacia su persona, imaginando la causa en el hecho de ser un ciudadano peruano. Él lamentaba aquella situación que no se presenta en el Perú respecto a los ciudadanos ecuatorianos. En esa ciudad se sentía poco acogido, por lo que prefirió quedarse en su habitación y descansar lo suficiente; al día siguiente tendría que madrugar para tomar el primer tren que saldría hacia Quito.

Antes de conciliar el sueño, se contactó con Raúl Santos-Salvatierra, amigo ecuatoriano con quien cursó los últimos años de la etapa escolar, quien entonces residió en el Perú

debido al puesto que desempeñó su padre como coordinador del Proyecto de Cooperación Internacional, que lamentablemente quedó trunco como consecuencia de unos enfrentamientos fronterizos entre ambos países.

Aquel amigo, con quien compartió momentos de gran compañerismo durante esos años mozos, se mostró sumamente complacido y halagado de recibir su próxima visita, puesto que no lo veía desde hacía varios años. Esa conversación le levantó el ánimo al peruano pues sabía que en Raúl tendría un apoyo invaluable para cumplir con sus objetivos.

Muy temprano por la mañana se dirigió a la estación del autoferro, una especie de autobús sobre rieles, o mejor dicho chiva sobre rieles. Las chivas, originalmente, son autobuses pintorescos que tradicionalmente son usados en Ecuador y Colombia. La Chiva Ferroviaria saldría a las 6:00 a.m. con dirección a Quito. Sin haberlo premeditado, estaba a punto de realizar uno de los viajes más espectaculares de su vida a través de los fabulosos escenarios andinos de Ecuador. Para ello contrató los servicios de una agencia de viajes que se encargaría de los detalles del “paseo turístico” de los siguientes dos días, el cual le saldría ligeramente más costoso que si lo hubiera hecho por su cuenta. Además, no le quedaba otra alternativa ya que los boletos habían sido vendidos con bastante anterioridad.

El escritor peruano no dejaba de regocijarse interiormente desde que partieron de la estación de Durán, ubicada a orillas del río Guayas, pues sabía que le esperaba un trayecto rodeado de maravillosas montañas y espléndidos volcanes. Hasta la estación de Bucay, ubicada a menos de 90 kilómetros y a una altitud de 300 metros, estuvieron acompañados de una lluvia torrencial, que no ocultó el panorama arbóreo en esa zona tropical. Desde ahí iniciaron el ascenso por la cordillera de los Andes. Con mucha lentitud subieron por el

escarpado camino hasta llegar a la ciudad de Alausí, luego de superar el sobrecogedor y zigzagueante tramo conocido como la “Nariz del Diablo”, una obra de ingeniería que impresionaba tanto, que le hizo recordar las similares dificultades que tuvieron que vencer los constructores de la vía férrea que va desde Lima hacia el centro del Perú. Mientras el autotferro ascendía sobre las vías enclavadas entre las montañas, o sobre los puentes que dejaban ver precipicios sobrecogedores, y atravesando los numerosos túneles —pasando de la brillante claridad andina a la oscuridad más penetrante y viceversa—, él se sentía especialmente atraído por aquellas imágenes vertiginosas. Desde Alausí, que es una pequeña villa ubicada a 143 kilómetros de Guayaquil y a poco más de 2600 metros de altitud, atravesarían los andes ecuatorianos hasta la ciudad de Quito, en un recorrido de 320 kilómetros y muchas horas de inigualable belleza.

En la estación de Palmira, en el kilómetro 166 y a 3240 metros sobre el nivel del mar, detuvieron el tren el tiempo suficiente para que todos pudieran hacer un pequeño recorrido por el lugar y disfrutar del aire frío de las alturas y de la claridad estimulante de su cielo, amén del deleite que producía la visión cercana de las montañas nevadas que se apreciaban por doquier. Sin embargo, algunos de los turistas, menos preparados para soportar los cambios de altura, sufrieron los malestares característicos del soroche: náuseas, vómitos, dolor intenso de cabeza, mareos y desfallecimiento, los que trataban de apaciguar tomando reconfortantes mates de coca o con medicinas modernas. Diego Hernando, lejos de sufrir en aquellos parajes, disfrutaba a plenitud de ellos; su fortaleza física y su preferencia por los deportes de aventura, como el montañismo y el canotaje, lo habían preparado para soportar los cambios de altitud y las diferencias climáticas extremas.

Luego de cruzar el bello lago Colta y el valle de Cajabamba llegaron a la ciudad de Riobamba, donde pasarían la noche en un hotel céntrico. Esa hermosa villa, situada en el corazón de los andes ecuatorianos, a 220 kilómetros de Quito y a 2750 metros de altitud, aún mantenía sus construcciones de estilo colonial, a pesar de los movimientos sísmicos que son relativamente frecuentes en esa zona volcánica. Durante la noche, el cielo adquirió una extraña brillantez producida por el reflejo del volcán Sangay, que llenaba el ambiente de cierto encanto misterioso.

De acuerdo al itinerario preestablecido, al día siguiente hicieron un recorrido en autobús hacia la pintoresca villa de Guano, que se había convertido en un importante mercado artesanal, desde donde retornaron a Riobamba a la espera del tren que los llevaría a Quito.

A 32 kilómetros de Riobamba llegaron a Urbina, el punto de mayor altitud del recorrido, a 3610 metros sobre el nivel del mar, a los pies del volcán Chimborazo, que es la montaña más alta del Ecuador y cuya cima está a casi 6300 metros de altitud. Desde ahí, Diego pudo apreciar una de las vistas más espectaculares del mundo. Se quedó impresionado también por las decenas de puentes y túneles que tuvieron que pasar antes de llegar a la importante ciudad de Ambato, que está a 2570 metros de altitud e igualmente muy cerca del Chimborazo. Ahí el tren hizo una parada lo suficientemente prolongada para que los turistas realizaran más compras de las famosas artesanías nativas.

Luego arribaron a una pequeña ciudad llamada Latacunga, cuya geografía circundante dejó realmente conmovido al visitante peruano, desde donde apreció la perfección cónica del Cotopaxi, uno de los volcanes activos más grandes del planeta, cuyo cráter de 800 metros de diámetro se encuentra a casi 5900 metros de altitud. Desde ese lugar esplendoroso

y claro pudo ver los conos de nueve volcanes más que embellecían aún más el panorama. En esos momentos le vino a la memoria el recuerdo de las decenas de volcanes que existen en Arequipa, en el denominado “Valle de los Volcanes”, algunos de los cuales son tan pequeños que apenas tienen 20 metros de altura, y otros son tan gigantescos como el Misti, el Coropuna y el Ampato, cuyos cráteres bordean o superan los 6000 metros de altitud, y cuya visión le resultó tan sobrecogedora como esos parajes ecuatorianos, que sintió que la naturaleza estrechaba los vínculos geográficos de ambas naciones, a diferencia de la desunión evidente entre sus habitantes.

Al atardecer visualizaron Quito, ciudad que se encuentra a 2840 metros sobre el nivel del mar y que se asienta muy cerca de la montaña volcánica Pichincha. Al llegar a la estación lo primero que hizo Diego fue comunicarse con su amigo Raúl Santos-Salvatierra, quien sin mayor demora lo recogió y llevó hasta su domicilio donde se hospedaría el tiempo que fuera necesario.

Capítulo 7

Estadía en Quito

La familia Santos-Salvatierra celebró la llegada de Diego Hernando con una fiesta inesperada por él, que incluyó la presencia de algunos familiares y amigos. De esa manera empezaron a retribuirle todo el afecto y apoyo que le brindó a Raúl en los momentos de mayor desorientación cuando vivieron en el Perú.

De hecho, el visitante peruano se sintió desconcertado y complacido a la vez, ya que aquellas personas le brindaban toda su amistad, dejando las diferencias de lado. La familia Santos-Salvatierra confirmó en el Perú que la amistad y la fraternidad son más importantes que las consignas políticas que llenaban de odio a las personas.

Don Augusto Santos-Salvatierra, el padre de Raúl, estuvo tan elegante, jovial y amigable como siempre, parecía que en él no hubieran pasado los años; su esposa, la Sra. Cecilia, esa noche lució espléndida como de costumbre, esbozando una sonrisa perfecta que resaltaba de su bello rostro poco maquillado. Diego se sorprendió gratamente al ver a Maribel y Carolina, las hermanas mellizas de Raúl, que para entonces se habían convertido en dos simpáticas y bien proporcionadas mujeres, quedando en el recuerdo aquellas niñas delgaduchas que les encantaba hacerle bromas y juegos cada vez que visitaba a Raúl; sin embargo, notó entre ellas cierto antagonismo que esa noche no pudo comprender.

Raúl Santos-Salvatierra detuvo la algarabía del agasajo por unos instantes para hacer un brindis en honor de su amigo peruano.

—Este es un momento especial para la familia Santos-Salvatierra y para mí en particular. Nos visita, más que un

amigo, un hermano del Perú. Diego Hernando supo brindarme su amistad cuando más la necesité. Durante los primeros días de escuela en ese país vecino me sentí desubicado entre las personas y el lugar que prácticamente odiaba, porque muchos ecuatorianos aprendemos a odiar a la nación peruana desde pequeños por culpa de errores y ambiciones del pasado y por ideas negativas que nos vienen transmitiendo de generación en generación. No obstante, existimos personas, como los que estamos presentes, que sabemos que ese odio no tiene futuro. Diego, te damos la bienvenida con los corazones y los brazos abiertos, en nosotros siempre encontrarás el apoyo que necesites porque te lo mereces. Estoy seguro de que los éxitos te acompañarán en el transcurso de tu vida, es el deseo de todos los que te acompañamos esta noche. ¡Salud, amigo!

Después de los prolongados aplausos del medio centenar de personas que asistieron, el joven escritor tomó la palabra.

—Agradezco esas emotivas palabras, Raúl, también la significativa presencia de todos ustedes y, por supuesto, la amable hospitalidad que me ofrece la familia Santos-Salvatierra. Realmente estoy conmovido por esta invalorable muestra de amistad que me ofrecen, que sinceramente no imaginé en tal medida. Son muchos los gratos recuerdos que llevo en mi mente de tu presencia, Raúl, y la de tu familia en suelo peruano. Tus palabras y esta señal de afecto no hacen sino ratificar la idea que también comparto con ustedes, de que los ecuatorianos y peruanos podemos vivir en un estado de paz y armonía, estrechando vínculos fraternos duraderos que enaltezca nuestra condición de seres humanos. Nosotros estamos unidos por lazos históricos, geográficos y étnicos, que no pueden desperdiciarse por los sentimientos negativos de las personas cegadas por los acontecimientos del pasado. Nuestras naciones ya tienen suficientes dificultades como

para sobrecargarlas con mayores pesares. Ya lo dijo Raúl: «Ese odio no tiene futuro». Yo simplemente agregaré que el porvenir de nuestros pueblos deberá estar acompañado de una fraternidad que involucre a todos nuestros compatriotas, la que ahora estamos compartiendo bajo este techo amigo. Muchas gracias.

Al término de ese pequeño discurso no se dejaron esperar las felicitaciones, los abrazos y la complacencia de sus palabras. En esos instantes Diego sintió lejana la rencorosa enemistad entre los ciudadanos de ambos países, generado básicamente por los permanentes reclamos territoriales de Ecuador.

Aquella velada concluyó entre chapuzones y refrescantes baños en la piscina techada de la hermosa residencia, ubicada en un lujoso y exclusivo barrio de Quito Norte. Hasta el momento, ese resultó el momento más relajante para Diego Hernando, luego de sus dramáticas experiencias en el Perú que eran conocidas al detalle por la familia anfitriona. Ahí se destacó la atractiva Maribel, quien vistió una ropa de baño tan diminuta que tuvo que ser reprendida por su madre.

Acostumbrado a despertar al amanecer, Diego se quedó prendado en la ventana panorámica de su dormitorio, admirando al cercano volcán Pichincha ligeramente iluminado por los primeros rayos solares. Desde ahí dirigió sus pensamientos a la ciudad de Lima, deseando que su familia no tuviera mayores contratiempos para el viaje que tendrían que realizar muy pronto.

Poco después, durante el desayuno, notó que todos actuaban con naturalidad en su presencia, y eso lo hizo sentirse como un miembro más de la familia. La más recatada fue Carolina, quien tenía dificultad para dirigir su mirada al ilustre invitado, además de estar alejada de la informalidad de los demás, sonrojándose cada vez que Diego le hablaba, sin

poder ocultar la timidez que la dominaba. Maribel, a diferencia de su hermana, se mostraba en extremo extrovertida. Tal era su coquetería que en todo momento parecía estar llamando la atención de Diego, lo que él notaba claramente. Aquella mañana estuvo con una bata bastante sugestiva, procurando hacer notar sus bellas piernas y sus senos ligeramente descubiertos, tratando de demostrar, por momentos, que debajo de su cómoda vestimenta se encontraba totalmente desnuda. De hecho, había logrado su objetivo; Diego no había podido evitar fijarse en ella con los deseos de su naturaleza masculina.

Alrededor de las 8:30 a.m. todos se dirigieron a las grandes tiendas comerciales, propiedad de don Augusto Santos-Salvatierra, en las cuales trabajaba toda la familia. Él se ocupaba de la administración general, Raúl de la gerencia de ventas, la Sra. Cecilia de las relaciones públicas, mientras que las mellizas estaban a cargo de las compras. Le mostraron a su huésped las instalaciones que prácticamente ocupaban todo un gran centro comercial de Quito Norte, las que habían desarrollado cuando dejaron el Perú, siete años atrás.

En los días siguientes Diego acompañaba a Raúl en sus cotidianas labores, aunque también se daban tiempo para recorrer esa hermosa, limpia y acogedora ciudad. Era sorprendente el parecido que tenía con Arequipa. Ambas estaban situadas a casi la misma altitud y ambas estaban cercanas a un inmenso volcán y a una geografía agradable. Pero, por otro lado, en esa urbe, al igual que en casi todas las ciudades peruanas, notó la presencia de innumerables niños que habían encontrado en las calles el medio para sobrevivir ante el desamparo evidente.

Durante las tardes era común ver a Diego, Raúl, Maribel y Carolina realizar paseos por los parques La Alameda y El Ejido o por las transitadas calles de la Avenida Amazonas,

que eran bastante parecidas al centro del distrito de Miraflores, en Lima. Como siempre, Maribel se vestía provocativamente, haciendo notar sus bellas curvaturas corporales de la mejor forma posible, mientras que Carolina procuraba esconder su incólume cuerpo de toda mirada maliciosa. Al juzgar por las apariencias, al peruano le resultaba difícil aceptar que ellas tuvieran las mismas amistades con aquellos caracteres tan diferentes.

Una tarde, Maribel se acercó a Diego, quien conversaba con Carolina, y en una forma muy insinuante le entregó una revista de gran contenido erótico.

—Toma, Diego, para que te entretengas un poco.

—Ya vino esta con sus obscenidades —dijo Carolina consternada—, ¿por qué no te largas con tus cosas a otra parte y dejas tranquilo a Diego?

—Por favor —dijo él—, no quiero ser motivo de discusión entre ustedes. Te prometo, Maribel, que voy a hojear esta “interesante” revista —señaló con cierta picardía, dirigiéndole la mirada a sus vivaces ojos.

—Yo mejor me voy. No quiero ser cómplice de estas cochinadas —replicó Carolina, muy enfadada, al momento de irse.

Cuando todos dormían aquella noche, Diego sintió un ruido extraño tras la puerta de su dormitorio. El ambiente estaba iluminado tenuemente por el fulgor de la Luna. Luego, vio a una mujer que ingresó en el mayor silencio posible, cerrando después la puerta con doble llave.

—¿Quién es? —preguntó, aunque imaginando de quién se trataba.

—Soy yo, precioso, Maribel. Te traigo un regalito —le dijo suavemente, con un tono tan sensual que Diego se dejó llevar por aquel juego peligroso.

—¿Cuál es el regalito? —preguntó sonriente.

—Yo soy el regalito —respondió Maribel mientras su figura encantadora se aclaraba, para dejarse ver con un camión entrecortado y transparente, llamando a la lujuria locamente.

Sin rechazar esa invitación al desenfreno del amor, la tomó por la cintura, sin levantarse de la cama, para besarla en el vientre y desvestirla con la pasión que los envolvía ciegamente. Inmediatamente, se dio una pequeña pausa para colocarse un preservativo. Luego, durante largos minutos eternizados por el placer, estuvieron acariciándose, abrazándose, amándose sin medida, pero en el silencio de la complicidad. Maribel trataba de contener sus gemidos mordiendo los labios o besando los de Diego apasionadamente. Cuando llegaban al clímax del acto sexual, se daban una pequeña tregua sin separar sus cuerpos sudorosos y ardientes para luego continuar sintiendo múltiples orgasmos, como si ella fuera una mujer insaciable y él un hombre sediento de amor que no se satisfacía.

Aquellas escenas las repetían cuando podían. Había días en que Maribel se salía de la oficina para ir al encuentro de Diego, quien se sentía extasiado de tenerla como compañera, aunque a veces ella daba muestras de una enfermiza codicia sexual lo que le preocupaba en sus momentos solaces y de reflexión. Él se imaginaba que esa escondida relación podría ser descubierta, temiendo perder la amistad de la familia Santos-Salvatierra; sin embargo, todos sabían que entre ellos se había desarrollado algo más que una amistad sin consecuencias. De hecho, Carolina estaba enterada de esa volcánica relación, pues Maribel le contaba con lujo de detalles la forma en que hacía el amor con Diego, pretendiendo animarla y hasta excitarla, ya que la pobre Carolina arrastraba desde su adolescencia un profundo complejo que había desarrollado en ella la erotofobia más perniciosa, detestando y

aborreciendo todo aquello que tuviera alguna conexión con los temas sexuales.

Diego se dio cuenta de ese sentimiento que la tenía perturbada a Carolina, sintiendo por ella una mezcla de compasión y extraña atracción. Por su lado, Carolina había despertado de su inconsciencia erótica bajo la influencia de las conversaciones que sostenía con su hermana, hasta el punto de sentir curiosidad por el amor y la virilidad del apuesto visitante.

Esa abstracción sexual lo había alejado de los pensamientos que lo unían a su patria, tomando el sentido de la realidad cuando una mañana lluviosa Raúl llamó la atención de todos al difundir las noticias del periódico matutino que indicaban el fin de una rebelión carcelaria de reclusos subversivos en el Perú, con la intervención de las fuerzas militares y la muerte de cerca de 400 sentenciados por delito de terrorismo. Esa acción fue tremendamente censurada por políticos ultraizquierdistas y era de esperar una ofensiva vengativa de parte de los guerrilleros. Esa noche, al terminar de cenar, logró comunicarse con Lima, hablando en un principio con el hospitalario tío Adolfo, quien luego de saludarlo y dirigirle algunas palabras lo puso en contacto con su padre. Intercambiaron noticias y avances de ambas partes, lo que los tranquilizó mutuamente. También tuvo la oportunidad de hablar con su madre y con su hermano, quienes dieron rienda suelta a la emoción de escucharlo.

La familia Hernando había planeado viajar a Arequipa en un lapso no mayor de quince días; en principio, quedaron en volverse a hablar para entonces. Por su parte, Diego trataría de quedarse un tiempo más en Quito, donde tenía, por cierto, más de lo que necesitaba: un alojamiento espléndido, ropa adecuada que le facilitaba Raúl directamente de sus almacenes, el magnífico trato que recibía de parte de todos, especialmente de la encantadora Maribel, y la oportunidad de

descansar de las tensiones sufridas y planear con calma sus próximos pasos.

En el transcurso de los minutos siguientes, el huésped peruano le solicitó a don Augusto Santos-Salvatierra que le permitiera desempeñar algún trabajo en cualquiera de sus locales comerciales mientras durara su permanencia en Ecuador, que posiblemente se prolongaría un mes más, pues quería tener la seguridad de que su familia estuviera debidamente establecida en su nueva residencia. La respuesta no se hizo esperar, a los pocos días estaría laborando en el departamento de control de calidad.

Antes de que se le venciera el plazo de treinta días, dispuesto por las autoridades ecuatorianas para que permaneciera en ese país, se dirigió a la oficina de inmigración para ampliarlo. Contrariamente a lo que había imaginado, recibió buen trato de parte de las personas que atendían al público, quienes accedieron a su solicitud.

Diego Hernando no se sorprendió de que por doquier encontrara indicaciones que trataban de demostrar que parte de la región nororiental del Perú debía pertenecer a Ecuador, como algunos mapas que señalaban como territorio ocupado una gran zona del nororiente peruano.

La familia Santos-Salvatierra notó su consternación y le manifestaron que no todos los ecuatorianos comulgaban con opiniones que no llegarían a ninguna parte. Para apaciguar su ánimo exaltado le prometieron llevarlo ese fin de semana a uno de los lugares de mayor atracción en Ecuador...: “La Mitad del Mundo”.

El domingo, temprano por la mañana, se dirigieron a aquel fantástico lugar, donde el planeta encuentra su punto medio, es decir, los 0 grados de latitud. “La Mitad del Mundo” está apenas a 23 kilómetros al norte de Quito. Los treinta minutos que demora el trayecto se ven gratamente acompañados por

un escenario montañoso sumamente bello. Poco antes de llegar, los visitantes son escoltados por una serie de monumentos conmemorativos, para divisar luego el más importante de todos, exactamente ubicado en el lugar donde pasa la imaginaria línea ecuatorial. Desde ahí pudieron apreciar un panorama sobrecogedor y hermoso, engrandecido por la extraña sensación de no estar ni en el hemisferio norte ni en el sur. En esos instantes, Diego Hernando se sintió, como peruano, más acogido por la naturaleza del impresionante país norteño que por muchos de sus ciudadanos, con la excepción de sus amistades.

La semana siguiente se caracterizó por el trabajo intenso al que estaba sujeto Diego, quedándole poco tiempo para el turismo. Sin embargo, se podía preciar de haber visitado los lugares más importantes de la ciudad.

Aunque con menor frecuencia, seguía recibiendo las visitas nocturnas de Maribel, disfrutando sus amorosos encuentros cada vez con menos temor de ser los causantes de algún escándalo. Conociéndola, Raúl ya sospechaba de su idilio secreto, considerándolo un hecho en el cual no debía entrometerse.

El sábado por la noche fueron al matrimonio de un joven ejecutivo de la empresa, al cual también fue invitado el escritor peruano, ya que era apreciado por sus compañeros de trabajo, no solo por la eficiencia con la que se desempeñaba, sino también por sus cualidades personales. No obstante, había algunos sujetos que daban muestras de envidias disimuladas por la hipocresía.

Al término de la ceremonia nupcial, la gente continuó la celebración en un conocido club provincial. Diego se quedó gratamente sorprendido con Carolina, que esa noche vistió un elegante y algo atrevido atuendo, como si quisiera llamar la atención de los hombres o la de él en particular; realmente

estuvo tan bella que en cierta forma opacó la sensualidad exagerada de Maribel.

Algunos de los presentes se percataron de que Diego Hernando era peruano, no solo por lo que decía, sino por la forma en que hablaba. Él notó que varios individuos, que no cesaban de beber licor, lo miraban de una manera fija y penetrante, como si el odio que llevaban dentro fuera a erupcionar con violencia de un momento a otro. Posteriormente, se le acercaron después de confabular la manera en que lo iban a humillar.

—¡Así que tenemos a una “gallina” cacareando por aquí! —dijo el que lideraba el pequeño grupo, sonriendo burlonamente, usando el término que emplean algunos ecuatorianos para referirse despectivamente a los peruanos—. Y se mueve tanto como si fuera a poner huevos más pronto de lo que canta un gallo —señaló el mismo sujeto al notar algo mortificado al pacífico peruano, quien continuaba bailando con Carolina.

—No les hagas caso a estos tipos, Diego, no vale la pena que te rebajes a su nivel —dijo Carolina, apartándolo del lugar para evitar un enfrentamiento inútil.

—¡Parece que esta “gallinita” está cacareando, pero de miedo! —vociferó aquel individuo, llamando la atención a su alrededor. Diego no pudo contener su ira evidente ante la humillante situación, acercándose al sujeto y enfrentársele con una mirada defensiva y desconcertante. En ese momento intervino don Augusto Santos-Salvatierra, tranquilizándolos momentáneamente. Esos beligerantes sujetos estaban férvidos por la ira hasta el punto de prepararle una emboscada en uno de los interiores del club provincial. En algún momento dado, lo rodearon bajo la anuencia de algunos espectadores temerosos y la evidente desesperación de Carolina quien lo acompañaba.

—¡Mira, “gallinita” de mierda, esto es entre tú y yo, a ver si puedes ganar esta guerra! —dijo el mismo individuo que lo había estado hostigando anteriormente.

Diego reaccionó con tal rapidez, que en cuestión de segundos volteó a su oponente, para sujetarle con fuerza ambos brazos, haciendo gala de su fortaleza física que no imaginaban sus contrincantes.

—¡Escúchame, “mono” desgraciado! Yo no he venido a tu país a causar problemas, me das lástima por ese odio interior que te debe estar quemando el alma; si no entiendes razones será mejor que veas a un veterinario o a un sacerdote —replicó Diego, mientras las otras personas trataban de separarlos y Carolina no cesaba de dar gritos.

Raúl y sus familiares no tardaron en aparecer para controlar la situación. Cuando se disponían a retirarse del lugar, el sujeto que lo agredió agarró una botella de vidrio en un gesto amenazante.

—¡Peruano mal nacido, no te mato en estos momentos porque te protegen esos traidores, pero de mí no te vas a librar hasta que te vea podrido en el infierno! —vociferó, mientras Diego y sus acompañantes se retiraban de la fiesta apresuradamente.

Camino a la residencia de sus amigos, la familia Santos-Salvatierra y Diego no dejaban de lamentar los sucesos acaecidos. Ellos sabían que tarde o temprano se iba a presentar una situación similar, como lo indicaban otros antecedentes.

Algo más tranquilos, en el transcurso de la semana todos desarrollaron sus actividades con normalidad. Maribel y su padre emprendieron un viaje de negocios a la vecina Colombia. Esa era la oportunidad que tanto deseaba Carolina para afianzar su amistad con Diego y llevarla hacia consecuencias ilimitadas. Bajo aquellas circunstancias ambos se sentían sumamente atraídos.

Carolina dejó que la libido despertara de su inconsciencia hasta sentirse cautivada sexualmente por su atractivo huésped. Temerosa, pero a la vez impulsada irremediablemente por el deseo, una de esas noches, embellecida por el firmamento colmado de centellantes estrellas, se dirigió temblorosa y asustada al dormitorio de Diego, quien tampoco podía conciliar el sueño, como si presintiera la llegada de Carolina. Cuando la vio entrar, se acercó a ella sin mencionar palabra alguna.

—Diego, quiero hacer el amor contigo —le temblaba la voz.

—Pero, Carolina... —fue interrumpido por ella.

—Quiero saber si soy capaz de amar y ser amada.

—No, Carolina, no bajo este techo —trató de impedirlo—. Tú no eres como Maribel. Tal vez yo no soy el hombre que deba hacerte el amor por primera vez.

—Entonces, bésame. Quiero saber si soy capaz de besar y ser besada —insistió volcánicamente.

Y se besaron tiernamente en un principio, apasionadamente después. Fue él quien puso la doble cerradura, mientras ella se dejaba llevar por el sendero del placer, como si estuviera posesionada de un sueño encantador del cual no quería despertar. Se dejó quitar la bata, descubriendo su hermosa desnudez y la tibieza de su cuerpo que no dejaba de temblar ligeramente, alterando el silencio con sus gemidos entrecortados.

Diego se sintió embelesado al lado de la virginal e inexperimentada Carolina, quien por ratos dejaba deslizar lágrimas por su rostro sonrojado, que provenían del ligero dolor que le producía el dejar la virginidad y la enorme excitación que parecía no tener fin.

Cuando terminaron de hacer el amor, se quedaron pensativos mientras se acariciaban con suavidad y ternura. Durante

un largo rato permanecieron así, alledados por la experiencia que le significó a Carolina el escape final a la erotofobia que la había cohibido tantos años.

—Diego, después de esta maravillosa experiencia no sé si algún día pueda separarme de ti —le dijo Carolina, sollozando con la premonición de la nostalgia futura.

—Siento algo muy especial por ti, Carolina, yo tampoco sé si pueda dejarte, pero debo hacerlo. Mi destino no está en Ecuador.

—Ahora que regrese Maribel tal vez te echarás en sus brazos nuevamente para dejarme abandonada en el olvido.

—Te prometo que eso no sucederá mientras te tenga en mi corazón.

Dicho y hecho, al regreso de Maribel, Diego habló seriamente con ella sobre su relación con Carolina. Lejos de reaccionar con furia o celos, demostró tal indiferencia que él comprobó que sus visitas nocturnas nunca pasaron de ser un juego erótico que disfrutó hasta la saciedad.

Al cabo de tres semanas desde que se comunicó con Lima, Diego Hernando se contactó nuevamente con su familia. La contestación telefónica se hizo esperar porque en aquellos instantes don Alfonso, la Sra. María Jesús y Juan Carlos se disponían a iniciar su viaje a la “Ciudad Blanca” de Arequipa. Lo más probable es que pasaría un largo tiempo antes de que volvieran a escucharse.

Más tranquilo con la noticia, el joven escritor anunció a la familia Santos-Salvatierra su próximo viaje a Colombia, en su afán de llegar a los Estados Unidos. Don Augusto le había tomado tal afecto que le ofreció un puesto permanente en su empresa y la posibilidad de seguir desarrollándose profesionalmente. Eran varias las razones por las que no aceptó el ofrecimiento. En primer lugar, ya había tomado la decisión de viajar a Estados Unidos, atraído por su intuición y por las

condiciones que allí podrían presentarse para dedicarse al periodismo; en segundo lugar, se sentía muy preocupado por el trato discriminatorio y violento que recibía en ese país en su condición de ciudadano peruano; y en tercer lugar, sabía que una relación sentimental prolongada con Carolina podría derivarse en situaciones conflictivas.

Como era de esperar, su decisión afectó tremendamente a Carolina, acostumbrada, o más que eso, subyugada ante las atenciones y compañía del hombre que había hecho de ella una mujer consumada. Vanos fueron sus intentos para vencerlo de que se quedara, y vanas fueron sus súplicas para que la llevara consigo. Ella pasaba largas horas al día llorando en su soledad, aunque también ante Diego, sus padres y hermanos, haciendo público su desenfadado enamoramiento. Por momentos Diego lamentaba haberla aceptado, pero por otro lado consideraba que la había liberado del cinturón de castidad que le frenó sus impulsos naturales. Felizmente para todos, ella aceptó su partida con resignación, llevando luego una vida normal y feliz con el recuerdo de su primer amor.

Pocas semanas después, Diego Hernando dejó el hogar Santos-Salvatierra, tomando rumbo norte hacia la fronteriza ciudad de Tulcán. Había dejado huellas imborrables en aquella familia generosa y hospitalaria. Atrás dejaba las grandes montañas nevadas, los impresionantes y sobrecogedores volcanes, los bellos escenarios naturales que le hacían recordar a su patria, los vestigios arqueológicos de un pasado compartido por ambas naciones; aunque también se alejaba del trato virulento del que fue objeto y de las amenazas que sufrió de parte de algunas personas que desarrollaron odiosos sentimientos hacia los peruanos, por considerar como suya una extensa área selvática del Perú que, supuestamente, les correspondía por derecho histórico. Aquella tesis bien podría

hacerle reclamar a los ciudadanos peruanos los territorios del antiguo Perú incaico, que actualmente corresponden a las naciones vecinas, incluido el Ecuador, lo que no sucede por razones obvias.

La falta de tiempo y de dinero le impidieron a Diego realizar sus otrora sueños, como escalar el Chimborazo, el Cotopaxi o el Pichincha, y visitar las maravillosas islas Galápagos, el excepcional archipiélago ubicado a 1000 kilómetros de las costas ecuatorianas, coronado de numerosos volcanes y dotado de una flora y fauna que despierta el interés de los naturalistas y visitantes de todo el orbe, como sucedió con el notabilísimo Charles Darwin, quien fue motivado por esos escenarios fastuosos y encantadores para desarrollar su famosa teoría de la evolución de las especies.

Él presentía que algún día regresaría para llevar a cabo sus deseos, y para fomentar la fraternidad entre los pueblos vecinos que ahora se encontraban distanciados.

Capítulo 8

Familia en Arequipa

La familia Hernando partió de Lima poco antes de que se iniciara el toque de queda. El trayecto de poco más de 1000 kilómetros hasta Arequipa no debería pasar de unas veinte horas, considerando los problemas de las carreteras sureñas, aunque estaban en mejores condiciones que las del norte.

Antes de dejar la capital, el ómnibus en que viajaban fue detenido en tres oportunidades por las fuerzas policiales y militares; además, de rato en rato se sentían algunos disparos de armas de fuego. Cuando ya habían tomado la Panamericana, escucharon una fuerte detonación al mismo tiempo que vieron el relampagueante estallido que se produjo en el Hipódromo de Monterrico. Después de todo lo que habían pasado, se quedaron atónitos por esa inesperada despedida.

La zona circundante al hipódromo la habitaban familias de altos ingresos. Resaltaba la urbanización Las Casuarinas, ubicada en las faldas de un cerro del lugar, sobresaliendo el excesivo lujo de sus construcciones que contrastaban con la extrema pobreza de cercanos pueblos jóvenes, de los cuales los separaba apenas un muro de concreto y ladrillos, y también aquel cerro no muy alto, en cuya ladera opuesta seguían desarrollándose los míseros asentamientos humanos, plagados de delincuentes y poblaciones desesperadas. Muchísimas veces, esa desesperación obligaba a niños y adultos a “visitar” aquellos hogares acomodados, sobre todo durante las celebraciones, para llevarse todo lo que encontraran de comidas y bebidas, ante la perplejidad de propietarios e invitados.

Como era de esperar, la primera garita del peaje estuvo atiborrada de elementos policiales, en busca de los subversivos

que esa noche habían cometido diversos atentados y homicidios. Luego de una severa inspección, el ómnibus donde viajaban fue autorizado a continuar. Era de extrañar que aquella noche el fluido eléctrico no hubiera sufrido mayores recortes. Los Hernando también lamentaron ver, entre las sombras de la noche, los inmensos y fétidos basurales que estaban ubicados a ambos lados de la Panamericana y a muy pocos kilómetros de Lima, siendo de conocimiento público que esos gigantescos focos de suciedad y contaminación son usados para alimentar a miles de cerdos, que luego son comercializados en los diferentes mercados de Lima y alrededores, bajo la indiferencia forzada de las autoridades que no podían encontrar solución a ese problema, como a muchos otros que habían convertido a la otrora “Ciudad Jardín” en la llamada “Lima, la horrible”, con la excepción de algunos distritos habitados por las personas más acomodadas.

Sin haber podido conciliar el sueño, a causa de la incomodidad interior del ómnibus y de sus pensamientos que sostenían la vigilia, descendieron del antiguo y poco conservado vehículo, en el transcurso de la primera parada, en la importante ciudad sureña de Ica, famosa por sus extensos viñedos que hacía prosperar la industria vitivinícola y la producción del conocido pisco peruano. Antes de llegar a ese valle habían atravesado algunos otros, aunque más pequeños, ya que prácticamente todo el trayecto recorrido de poco más de 300 kilómetros está constituido de vastos desiertos. Aquel panorama desértico no sufriría mayores variaciones hasta la “Ciudad Blanca”.

Al continuar con su viaje nocturno, cabeceando de rato en rato, los Hernando se sintieron algo apesadumbrados de no poder admirar las fabulosas Líneas de Nazca, a casi 450 kilómetros de Lima, debido a que las traspasaron raudamente y en la total oscuridad.

Antes de que madrugara salieron de la carretera Panamericana para dirigirse hacia el este, camino que los llevaría por la sierra del departamento de Arequipa, hacia la ciudad del mismo nombre. Si hubieran viajado durante el día se habrían percatado de las hermosas playas de la costa sur del Perú y de los bellísimos acantilados bañados por el océano Pacífico, dignos de los mejores cuadros pictóricos.

Los últimos 300 kilómetros de aquel tramo se sucedieron entre pequeños valles y mesetas, serpenteantes caminos, zonas desérticas y peligrosos desfiladeros. De cualquier forma, ya se notaba la mayor abundancia de montañas, y el aire seco y frío de las alturas que realmente reconfortaba a los cansados pasajeros. Poco a poco, el panorama se fue tornando más agradable hasta alcanzar las vistas impresionantes del escenario andino.

Cuando bordeaba el mediodía, los Hernando no pudieron ocultar su gozosa complacencia mientras admiraban a lo lejos el impresionante volcán Misti, en cuyas faldas se asienta la capital departamental donde residirían por tiempo indefinido. Aquellos momentos de felicidad pronto se desvanecieron para dar paso a la nostálgica sensación que se patentizó en sus rostros en forma simultánea, ya que la ausencia de Diego se hizo sentir con especial intensidad.

Arequipa está ubicada a casi 2400 metros sobre el nivel del mar. Se le conoce como la “Ciudad Blanca” por el aspecto angelical de sus construcciones en base al sillar, material de origen volcánico, sólido y blanquecino que abunda en las canteras de su alrededor.

Cuando llegaron el clima estaba esplendoroso, el Sol radiante calentaba agradablemente; el cielo, limpio y celeste, dejaba ver con claridad los volcanes y montañas que rodean la ciudad. Además, la circundaba una hermosa campiña que era considerada una de las más bellas de la nación.

Ellos sabían que el lejano Diego sentía especial predilección por ese lugar, no solamente por la tranquilidad relajante de su ambiente y ciudad, sino también por su espectacular geografía que supera todo lo imaginable, como el impresionante “Valle de los Volcanes”, que recordó en Ecuador, el cual se encuentra camino al cañón del río Colca, que es el segundo cañón más profundo del Perú y el cuarto en el mundo, casi duplicando la mayor hondura del gran cañón del río Colorado. También había escalado el Misti en varias oportunidades, en donde se encuentra una de las estaciones meteorológicas más altas del mundo, y realizado otras fantásticas expediciones.

Don Alfonso, la Sra. María Jesús y Juan Carlos llegaron sin contratiempos a la pequeña finca donde vivirían, ubicada en el distrito de Yanahuara, a pocos minutos del centro de la ciudad. Ahí los estaba esperando el Sr. Buenaventura, quien vivía en esa casa desde que enviudó, cuidándola espléndidamente durante los últimos quince años; en definitiva, él también seguiría en ella ya que se le consideraba como un miembro más de la familia. La casa estaba completamente amoblada, y aunque los objetos tenían cierta antigüedad, no por ello dejaban de ser útiles. Contaba con una línea telefónica que el Sr. Buenaventura había hecho instalar poco antes, después de varios meses de espera.

En poco tiempo se acostumbraron a vivir en la normalidad: con los servicios de agua potable y fluido eléctrico sin interrupciones, sin atentados dinamiteros ni asesinatos, salvo por algunas incursiones subversivas en el interior del departamento o en la ciudad, que eran esporádicos y de consecuencias poco importantes.

Muchos aseguraban que el motivo de la ausencia o limitada participación de la subversión en la región se debía al carácter de los arequipeños, quienes no se dejaban influir por

las erradas ideas revolucionarias que propugnaban la violencia en todas sus manifestaciones. Ese carácter decidido había desarrollado en ellos una imagen controvertida ante los ciudadanos de otras regiones, quienes los consideraban tal vez muy altivos y demasiado regionalistas.

El folklore popular está lleno de bromas al respecto, y no faltaron aquellos más creativos que idearon un “pasaporte arequipeño” que incluía cupones de descuentos para ser usados en diversos establecimientos. Lo cierto es que el arequipeño ama y respeta la tierra de una manera muy particular. También se podían preciar de su afanoso deseo de superación personal, que hacía de Arequipa la cuna de escritores y artistas renombrados, y un centro de gran desarrollo cultural.

Ni el carácter de don Alfonso ni el de la Sra. María Jesús se prestaban para sucumbir ante la rutina de la ociosidad, así que muy pronto idearían la manera de mantenerse ocupados y entretenidos y como consecuencia de ello tratarían de generar mayores ingresos ante las magras perspectivas de una economía nacional decaída.

Por su parte, Juan Carlos no tardaría en continuar sus estudios universitarios de geología, sin lamentarse demasiado de haber dejado atrás a sus amistades de siempre, ya que él también encontró en Arequipa el lugar ideal para desarrollarse profesional y personalmente.

Capítulo 9

Bogotá - Cartagena

En Tulcán, la última ciudad ecuatoriana de la cordillera andina, Diego Hernando realizó las gestiones en el consulado de Colombia para poder cruzar ese país, concediéndosele treinta días para quedarse en él.

El trayecto de 4 kilómetros hasta la línea fronteriza estuvo engalanado por la bella vista del volcán Chiles, cuya cima reflejaba un fulgor anaranjado a causa de un hermosísimo atardecer. La geografía del Ecuador se despidió del escritor peruano de la manera más encantadora que podía ofrecer.

Sin mayor demora, tomó un ómnibus que lo llevaría en un viaje nocturno hasta la ciudad de Cali. Sin dormir, recorrió la cordillera occidental de los andes colombianos, haciendo paradas cortas en Pasto, Popayán y Santander. Aquel tramo de la carretera Panamericana estaba bien asfaltado y señalizado.

En Cali apenas estuvo algunas horas —el tiempo suficiente para comer y descansar antes de seguir—. Aunque hubiese podido continuar directamente hasta Medellín, no quiso dejar pasar la oportunidad de conocer Santa Fe de Bogotá, la capital de Colombia, adonde llegó en la mañana del día siguiente.

Hospedado en un pequeño hotel de estilo colonial, muy cerca del centro de la ciudad, el primer día de su estadía se dedicó a realizar un prolongado paseo por las principales avenidas, basándose en las indicaciones de un folleto turístico que le habían proporcionado en el hotel.

En primer lugar, visitó la Plaza Bolívar, en cuyo centro se levanta una magnífica estatua del libertador Simón Bolívar. Poco después intentó visitar el famoso Palacio de Justicia, el

cual fue tomado por un grupo de guerrilleros que murieron como consecuencia de una enérgica intervención, pero no pudo ingresar debido a las restricciones que imperaban.

Luego, tuvo la oportunidad de conocer la impresionante Iglesia de San Ignacio, cuya espléndida arquitectura colonial la hacía resaltar notablemente.

Sin darse una pausa, recorrió con agrado las instalaciones del Museo de Arqueología, admirando los vestigios de un pasado cultural sorprendente que le hacían recordar aquellos que se forjaron en el antiguo Perú.

No obstante la importancia de los lugares que visitó, el que llamó su atención en forma especial fue el Museo de Oro, similar al existente en el Perú, donde se muestran piezas y objetos de valores incalculables que representan el gran nivel alcanzado por las antiguas y nativas culturas de América del Sur. En su interior se exhiben más de 25 000 objetos de extraordinaria belleza que hacen palidecer a los perplejos visitantes.

Pero no todo brillaba en esa ciudad andina. Entre los problemas que notó en ella, similares a los de cualquier país latinoamericano, destacaba la presencia de niños que deambulaban por las avenidas principales, trabajando de alguna manera o pidiendo limosna.

Cansado, pero satisfecho por las visitas realizadas, no estuvo interesado en la vida nocturna de Santa Fe de Bogotá, prefiriendo tener un descanso reparador para aprovechar de la mejor manera posible el único día que le quedaba en esa capital.

Al día siguiente el visitante peruano disfrutó nuevamente de un hermoso amanecer, teniendo como escenario la cordillera de los Andes, puesto que esa ciudad está situada a 2640 metros sobre el nivel del mar y se encuentra rodeada de bellas montañas.

Bajo un día despejado y soleado, acompañado de un viento suave y fresco, típico de la serranía, prefirió caminar las casi quince cuadras que lo separaban de la Quinta de Bolívar, donde vivió el Libertador hasta que se fue de Santa Fe de Bogotá, poco tiempo antes de morir. En ese lugar, donde el tiempo parece que se hubiera estancado, se encuentran preservados, en condiciones excepcionales, muebles, objetos de arte, documentos, armas y objetos personales del ilustre personaje, amén de la infraestructura y los jardines colmados de flores y árboles. Como les sucede a casi todos los visitantes, Diego sintió que el ambiente estaba cargado de una solemnidad sobrecogedora.

Casi al mediodía él ya se encontraba formado en la línea de espera del funicular que lo llevaría a la cima del Monserate, la hermosa montaña ubicada en la parte este de la ciudad. Aunque estaba acostumbrado a escalar montañas, el ascenso por ese medio de transporte le pareció particularmente especial, sobre todo por la fantástica vista de la ciudad. En la cima, a más de 3000 metros de altitud, permaneció durante varias horas extasiado por el espectacular panorama, disfrutando en el restaurante de un almuerzo típico colombiano, sin dejar pasar la oportunidad de reflexionar en el pequeño templo edificado en aquel lugar.

Desde ese punto se notaba con claridad las diferentes facetas de la capital colombiana: lo antiguo y lo nuevo, lo colonial y lo moderno; todo un espectáculo de la transformación sufrida por una antigua y gran ciudad. Ahí se quedó hasta que el último funicular lo condujo hasta la estación.

Muy temprano por la mañana del día posterior Diego ya estaba camino hacia Cartagena, ciudad ubicada en la costa caribeña, donde tomaría alguna embarcación que lo llevara en su peregrinaje hacia el norte.

Cuando había transcurrido poco tiempo desde su partida,

el ómnibus tuvo que detenerse abruptamente cerca de la ciudad de Armero, debido a un fuerte sismo que impidió al chofer seguir conduciendo el vehículo. Luego del susto evidente continuaron, deseando que ese movimiento telúrico no estuviera anunciando un nuevo despertar del volcán Nevado del Ruiz, que varios años antes causó un alud gigantesco que prácticamente sepultó a ese pacífico pueblo, ocasionando la muerte de miles de personas, acontecimiento funesto parecido al que sufrió la ciudad de Yungay, en Perú, que durante el fortísimo terremoto del 31 de mayo de 1970 quedó sepultada con sus 25 000 habitantes debido al desprendimiento de rocas y hielo del nevado Huascarán.

Su paso nocturno por Medellín fue bastante corto, pero pudo ver que se trataba de una ciudad moderna, muy iluminada y ubicada en un gran valle montañoso. Cuando el ómnibus se dirigió a la estación de esa ciudad a dejar a algunos pasajeros, se quedó bastante impresionado de ver la catedral, por lo menos en su parte exterior, conociendo la fama que tiene de ser el tercer edificio construido en ladrillos más grande del mundo, para lo cual se utilizaron 1 200 000 unidades.

Algo agotado por el viaje, Diego durmió durante casi todo el trayecto entre Medellín y Cartagena. De hecho, aquel descanso también fue posible gracias a los confortables interiores del ómnibus y al buen estado de las carreteras. Entre sus sueños aparecían y desaparecían sus familiares; no solo se hacían presentes sus imágenes, sino también sus voces, confusas y lejanas, viéndolos entre nevados y volcanes, entre ciudades y campiñas que no podía percibir si se trataban de escenarios peruanos, ecuatorianos o colombianos, o una mezcla de todos ellos.

A ratos soñaba con la desnudez y el amor de las mellizas Maribel y Carolina. Finalmente, soñó con el subversivo que

lo acosó en la costa norte del Perú, quien le alumbraba fijamente los ojos con una linterna, remeciéndolo fuertemente y repitiendo su apellido sin cesar, sintiéndose perturbado en la inconsciencia por aquel eco insoportable. En esos instantes estaba siendo despertado por el chofer del vehículo, quien le indicaba que ya habían llegado a Cartagena, despabilándose con los rayos del Sol que le caían de lleno sobre la cara.

Con su pequeño equipaje, que había sido aumentado por un maletín donde llevaba algunas prendas que le obsequiaron en Quito, estuvo deambulando por las calles de Cartagena, acalorado por el clima tropical. Al atardecer había llegado a un hermoso balneario llamado Boca Grande, dotado de una infraestructura hotelera realmente impresionante. No tardó en encontrar un hotel donde pasaría los dos o tres días que pretendía quedarse.

La tibieza de la tarde y la de la límpida arena cautivaron a Diego Hernando, sobre todo por una de las puestas de Sol más hermosas que haya visto en playa alguna. El astro rey, enorme y anaranjado, dejaba ver su silueta redondeada de una manera espectacular, reflejando sobre los grandes y numerosos ventanales de los edificios su impresionante fulgor naranja.

Aun después de que el Sol desapareciera tras las brillantes aguas del océano Atlántico, Diego Hernando se mantuvo ensimismado, dejando que sus pensamientos vuelen libres, como la sensación despreocupada y feliz que en ese momento le dio la tranquilidad que siempre añoraba.

Había decidido ir al gran muelle al atardecer en busca de algún navío que lo llevara a Centroamérica lo más pronto posible y a un precio razonable. Como no podía correr riesgos innecesarios, dejó en el hotel gran parte de los 1500 dólares que disponía, llevando solamente 100 dólares por si tuviera que adelantar algún pago.

El gran muelle estaba ensombrecido por los grandes buques que no dejaban pasar la luminosidad de los rayos solares. Al acercarse a unos marineros que se encontraban platicando, uno de ellos se sonrió al verlo, mostrándose extrañamente amigable.

Al explicarle sus intenciones de viajar, aquel sujeto le indicó el camino que tenía que seguir para hablar con un capitán que supuestamente zarparía pronto con destino norte. Siguió sus instrucciones con cierta desconfianza, sintiéndose realmente intranquilo y nervioso cuando de pronto se vio solo entre grandes almacenes cerrados. Al tratar de regresar por el mismo camino, de repente fue rodeado por aquellos marineros que se mostraban hostiles y amenazantes, aunque el que se dirigió a él anteriormente mantenía una sonrisa hipócrita en su rostro colmado de gestos burlones.

—¡Parece que el peruanito no encontró a su capitán! —vociferó ese marinero soltando una carcajada ruidosa mientras se dirigía a sus secuaces.

—¡Ya bastantes problemas he tenido para que ahora ustedes vengan a joderme! —replicó Diego ante la insinuante amenaza, tratando de abrirse paso entre los malhechores.

—¿A dónde crees que vas, so pedazo de gusano? —le dijo uno de ellos que dejaba ver en su rostro una cicatriz de unos veinte centímetros, a la vez que le mostraba una filuda y pequeña chaira.

Acto seguido los seis delincuentes lo golpearon hasta dejarlo inconsciente, habiendo sido vanos todos sus intentos por defenderse. Cuando despertó, al escuchar el sonido de la sirena de un barco cercano, amplificado por el fuerte dolor de cabeza y por la silenciosa y oscura noche, notó que su vestimenta estaba rasgada y ligeramente ensangrentada por los pequeños cortes que le hicieron para encontrar el dinero que poseía. De hecho, le robaron los 100 dólares y los pocos

pesos que tenía, además de un reloj de bajo precio que compró en Ecuador.

De regreso al hotel fue detenido por la policía colombiana, ya que más parecía un delincuente al que habían maltratado a causa de alguna rencilla, que un intelectual de paso por Colombia al que habían asaltado. Luego de comprobar de quién se trataba, le tomaron sus declaraciones y lo condujeron a su hotel.

Después de esa amarga experiencia, y todavía sin reponerse de la golpiza sufrida, el escritor peruano durmió desde la madrugada hasta el mediodía.

En la tarde trató de pensar en lo que debía hacer, quedándose sentado en la playa que estaba al frente de su hotel, con la esperanza de encontrar la respuesta a su incertidumbre. Un grupo de jóvenes personas, que se encontraban a unos cincuenta metros de él, se percataron de su soledad; durante un largo rato solamente lo veían tomando gaseosas y meditando con su mirada perdida en el horizonte. Uno de ellos se le acercó bajo la anuencia de sus amistades.

—¡Hola, amigo!, ¿qué haces por aquí tan solitario?, ¿esperas a alguien? —le preguntó mostrándose algo compasivo.

—No, la verdad que no. Estoy de paso por Colombia. Me hospedo en aquel hotel.

—¿De dónde eres? —le interrogó al notar el acento diferente.

—Del Perú —dijo con una sonrisa que no dejaba ocultar su nostalgia.

—¡Ah!, lindo país. Con el Perú tenemos muchas cosas en común: la geografía, la gente alegre, algunas comidas, el pasado histórico, pero también un presente con pobreza, narcotráfico y guerrillas.

—Así es, pero aquí esos problemas no son tan graves como en mi patria, allá la situación se está tornando insostenible.

—Disculpa que te lo diga, pero parece que te hubiera atropellado un camión.

—Lo que pasa es que ayer estuve en el gran muelle, viendo la forma de viajar a Centroamérica para poder continuar a los Estados Unidos, cuando unos desgraciados, que pretendieron ayudarme, me asaltaron y me golpearon, robándome parte del poco dinero que tengo. Pero, bueno, ya sucedió..., son gajes del viajero. Precisamente, ahora estaba pensando en lo que iba a hacer.

—No nos hemos presentado, me llamo Luis Alberto Mariño —le dijo mientras le extendía la mano, ofreciéndole su amistad.

—Yo soy Diego Hernando, me ha dado mucho gusto conocerte.

—Mira, Diego, estás pasando por un mal momento; como colombiano me siento comprometido a ayudarte. En ese hotel estás gastando mucho dinero. Acepta pasar unos días en mi casa hasta que decidas qué hacer. Con toda seguridad, serás bienvenido por mi familia.

—¡Caramba!, Luis Alberto, no sé qué decirte..., desde ahora te agradezco tu hospitalidad —señaló sorprendido por el generoso ofrecimiento, al que consideraba un verdadero milagro.

—Estoy seguro de que tú hubieras hecho lo mismo por mí. Ven que te voy a presentar a unos amigos.

Diego fue presentado ante un numeroso grupo de jóvenes de ambos sexos, quienes inmediatamente lo acogieron como un nuevo amigo, como si emanara de él una energía especial que hacía que la gente le tuviera confianza.

Se quedó prendado de una bella joven llamada Lorena, quien tenía un largo cabello negro que le llegaba casi a la cintura, un escultural cuerpo bronceado que dejaba ver gracias al estrecho bikini que llevaba, y sus grandes ojos negros,

su nariz algo respingada y sus labios, tan perfectos como su sonrisa cautivante, la hacían sobresalir de entre todas las mujeres que la acompañaban, resaltando además por su estatura que bordeaba el metro ochenta.

Por fortuna para Diego, Lorena era una chica difícil de seducir y se encontraba sin compromiso alguno, aunque por la sensualidad de las miradas que le dirigía parecía que él lo había logrado, no obstante estar magullado por la paliza recibida.

En casa de Luis Alberto fue recibido muy bien por su familia: el capitán Santiago Mariño, su padre, quien había envidado el año anterior; Álvaro, su hermano mayor, marino mercante igual que su padre; y Ana Rosa, su hermana menor, quien vivía ahí con su esposo y sus dos pequeños hijos.

Esa misma noche los puso al corriente de los problemas que había tenido en el Perú, mostrándoles las publicaciones que tenía y su libro *Compendio del terror*. El más fascinado con sus escritos fue Luis Alberto, quien estaba cursando el último año de bachillerato en Sociología.

Diego Hernando se quedó enormemente sorprendido con el físico y la prestancia del capitán Mariño, ejemplo viviente de los capitanes de antaño, que imaginaba por las historias marinas que le contaban o leía cuando niño. Era un poco más alto que él, algo regordete, pero con un porte tal que impresionaba; su cara redondeada mostraba unos ojos pequeños y claros, una nariz chata y gruesa, y unos labios que apenas se veían por la gran pipa que fumaba, por la barba copiosa, pero no muy larga, y por los grandes bigotes, que eran tan blancos como sus pobladas cejas y su cabello recortado; además, tenía puesto un clásico gorro de marino de color azul.

—Bueno, mi joven huésped —dijo el capitán Mariño dirigiéndose al golpeado visitante—, antes que nada, déjame decirte que en esta casa difícilmente acogemos a un extraño,

aunque para nosotros ya has dejado de serlo. Soy un viejo “lobo de mar” que presiente que no nos vas a defraudar, así que este será también tu hogar por un tiempo prudencial. Sé que necesitas del mayor capital posible para culminar con la empresa que te has propuesto. En esta casa no te faltará techo ni comida, pero no sería recomendable, ni tampoco me agradaría, que estés inactivo durante el tiempo que permanezcas aquí. Si deseas puedo conversar en el puerto para que trabajes de estibador, es un trabajo duro, pero bien remunerado, y según veo tienes la fortaleza suficiente para poder sobrellevarlo. ¿Qué dices?

—Tiene usted razón, capitán Mariño, realmente necesito el dinero para poder continuar. Le agradezco muchísimo su hospitalidad e interés. Estaré a la espera de sus noticias para empezar a trabajar.

La residencia Mariño estaba ubicada muy cerca del mar, y prácticamente todo el día se sentía el ambiente cargado agradablemente por la brisa marina. Su arquitectura resaltaba en el lugar debido a que se asemejaba a un barco moderno, cuyo interior era tan acogedor que resultaba placentero recorrerlo, sobre todo porque tenía el encanto de la sencillez y el verdor de las numerosas plantas que lo engalanaban.

El dormitorio que le asignaron era pequeño, pero funcional. En general, él se sentía bastante bien entre sus nuevos amigos colombianos.

Durante un tiempo estuvo extrañado de la manera en que habían sucedido los acontecimientos, como si alguien desde las alturas estuviese guiando sus pasos.

Al cuarto día de su llegada a la casa de los Mariño, Diego empezó a trabajar como estibador en el gran muelle, muy cerca del lugar donde fue asaltado. Nunca más volvió a ver a aquellos delincuentes, los que seguramente se encontraban en alta mar o en otros puertos haciendo de las suyas. Sus

labores cotidianas empezaban antes del amanecer y concluían casi al atardecer.

Si bien es cierto que estaba realizando un trabajo de tipo manual, sumamente intenso y extenuante, vio resultados positivos por los ingresos que obtenía y por la experiencia que ganaba.

Durante el transcurso de la primera semana terminaba tan cansado que ni bien llegaba a la casa se quedaba profundamente dormido hasta el día siguiente. El capitán Mariño, cada vez que lo veía entrar después de cada jornada, esperaba a que se diera vuelta para esbozar una sonrisa comprensiva, recordando que él también empezó como estibador antes de convertirse en un marinero sacrificado, carrera que lo llevó a ser considerado uno de los mejores capitanes de América del Sur.

Con los músculos más acostumbrados, Diego no dejaba que el día terminara sin darse un chapuzón en el mar y gozar de los atardeceres más espectaculares. En ocasiones, disfrutaba de la grata compañía de Luis Alberto y sus amigos, alegrándose sobremanera cuando contaba con la presencia de la hermosa Lorena. No faltaban aquellos días, especialmente románticos, en que ambos estuvieron solos, atrayéndose mutuamente con una progresiva e irresistible intensidad, hasta que una de esas tardes, cuando el Sol ya se había ocultado, se miraron fijamente a los ojos, sin mencionar palabra alguna, terminando estrechados sobre la blanca arena, besándose con la pasión que solamente el amor puede provocar.

Una noche prolongaron sus caricias a niveles insoportables, dejándose seducir por el lugar y la soledad. Sin testigos que los acosen y amparados por la oscuridad reinante, se quitaron sus diminutas prendas para hacer el amor sin freno alguno, acostados sobre sus toallas entibiadas por la arena y

sus calurosos cuerpos. Así continuaron hasta que el cansancio amoroso los dejó felizmente exhaustos, dejando que el cielo estrellado se convirtiera en el único espectador de su bella desnudez. Desde entonces se les veía juntos con frecuencia, sin ocultarle a nadie que entre ellos se había desarrollado algo más que una simple amistad.

En el transcurso del mes siguiente la rutina de Diego Hernando no sufrió mayores variaciones. Trabajaba como estibador, pero siempre había nuevas mercaderías, buques y personas que venían de todas partes del mundo; hacía el amor con Lorena casi todos los días, pero cada ocasión la sentía como si se tratara de la primera vez; todas las noches escuchaba al capitán Mariño, pero nunca le relataba la misma historia de mar.

No perdía ocasión alguna para pasear al lado de Lorena por la ciudad; ella le mostró todo el encanto colonial de su arquitectura y, por supuesto, los lugares de mayor interés, llamándole la atención el Museo de Oro, que era más pequeño que el existente en Santa Fe de Bogotá, pero igualmente impresionante. También se sorprendió al visitar el Palacio de la Inquisición, similar al que se encuentra en Lima, en cuyo primer piso se muestran las maquinarias de tortura que empleaban entonces los eclesiásticos contra los herejes.

Se le presentaron diversas oportunidades para asistir a reuniones sociales. Tanto en ellas como en el servicio de inmigración, donde estuvo para renovar su visa, encontró un trato amigable por lo cual se sintió muy complacido. Solamente extrañaba la lejanía de su familia y de las montañas.

No faltaban momentos en que deseaba afincarse en esas tierras de ardiente calor tropical, donde podría desarrollarse en el campo del periodismo, pero luego recapacitaba dejándose llevar por su intuición, por un impulso extraño o por su espíritu aventurero que lo guiaba hacia el norte, al país de las

grandes oportunidades, pero también de los inmensos desafíos, donde podría alcanzar sus sueños o alejarse de ellos.

En la concurrida fiesta que se llevó a cabo en un prestigioso hotel de la ciudad, en honor del capitán Mariño que sería condecorado por las autoridades, el homenajeadado intercedió por Diego ante el capitán Barrionuevo, amigo de la familia, para que lo considerara en su tripulación cuando se dirigiera al norte.

A la semana siguiente el capitán Barrionuevo visitó al capitán Mariño para manifestarle que en tres días zarparía a San Andrés, una isla paradisíaca situada en el mar Caribe. Consultado Diego al respecto, decidió aceptar el ofrecimiento de viajar a esa isla que, entre otras ventajas, contaba con un aeropuerto internacional, además de numerosas embarcaciones que salían regularmente.

Por momentos quería desistir de dejar Cartagena, más que nada porque se sentía atraído por Lorena; sin embargo, lejos de pretender detenerlo, ella lo motivó para que continuara, pues no quería sentirse en el futuro culpable de alguna frustración, prometiéndole que algún día le seguiría los pasos porque ella sí se había quedado profundamente enamorada de aquel peruano emprendedor.

Capítulo 10

San Andrés y los narcos

A las nueve de la mañana el capitán Barrionuevo dio la orden para zarpar. Además de él, la tripulación la constituían ocho marineros y Diego Hernando, quien se encontraba bastante excitado por la travesía que le esperaba, pues era la primera vez que viajaba en alta mar por un tiempo tan prolongado. A él le resultaba dudoso que una barcaza usada en la segunda guerra mundial, ahora acondicionada para el transporte de mercadería, tuviera la fortaleza adecuada para navegar por el mar de las Antillas; pero ya estaba ahí, y sus dudas no cambiarían en nada la situación.

Los bultos de madera ocupaban casi todo el espacio disponible, apenas había sitio para que la tripulación pudiera descansar, comer y asearse. En una pequeña habitación, que contaba con un baño diminuto, se apiñaban cinco personas en turnos de doce horas; sobre ella se sostenía un gran tanque de agua dulce, la que tendría que ser suficiente para los seis días que tardarían en llegar. Por ser el menos experimentado, a Diego se le asignó el turno de día, que compartiría con el capitán y tres antiguos marineros.

Las horas transcurrieron pacíficamente. La barcaza era naturalmente remecida por los tumbos o las grandes olas del océano Atlántico, movimiento que no afectó en absoluto al inexperto peruano, quien solo se mostraba preocupado cuando el mar se embravecía por momentos prolongados, preocupación que su rostro no podía ocultar, causando las sonrisas comprensibles de los marineros, acostumbrados a los cambios marítimos.

Sobre la pequeña cubierta no solo disfrutaba gratamente de la chispeante brisa marina, que refrescaba permanentemente

su caluroso y sonrojado rostro que protegía con un sombrero de pajilla, sino también de la agradable compañía de los avezados marineros, que no cesaban de contarle fascinantes historias o de aconsejarlo con su sabiduría valiosa, al saber de la odisea que estaba protagonizando. A pesar de que no podía dormir por largos períodos, se sentía bastante gratificado por esa nueva experiencia.

Cuando anochecía, a veces se quedaba contemplando la oscuridad más sobrecogedora, mientras sus pensamientos viajaban con rapidez hacia Cartagena, Santa Fe de Bogotá, Quito, Lima y Arequipa; aunque también trataba de imaginar el futuro que se le aproximaba.

Generalmente, se alimentaban con productos marinos que ellos mismos pescaban y también de exquisitos manjares de los enlatados que almacenaban. Los festines más suculentos eran consumidos durante los cambios de turno, por las noches, cuando todos se juntaban para cantar y platicar alegremente. Durante la hora que duraba cada velada, aprovechaban para saborear los vinos más deliciosos, aunque sin abusar de su ingestión, tal como lo disponía el prudente capitán Barrionuevo.

Al atardecer del quinto día, sobre el horizonte divisaron los pequeños montes arbolados de la isla Providencia, donde tenían que descargar diez de los bultos que llevaban. Estando ahí, Diego Hernando se quedó fascinado por la impresionante belleza de la isla. El verdor de su exuberante vegetación contrastaba magníficamente con la blanca arena de sus playas; las grandes palmeras y las rústicas construcciones de madera daban el toque final a esa visión paradisíaca.

Esa noche fueron hospedados en la acogedora casa de un lugareño amigo, quien también era propietario de un pintoresco restaurante del lugar que todas las noches estaba atiborrado de turistas nacionales y extranjeros, y en donde las

opíparas cenas eran acompañadas por la música que tocaban los nativos, y que deleitaban a todos, sin excepción.

Al igual que en Cartagena, Diego no desperdició la oportunidad de nadar en las tranquilas y cristalinas aguas del mar, para luego quedarse profundamente dormido, cayendo en un sueño relajante, imperturbable.

Cuando amaneció, fue despertado suavemente por el sonido de las pequeñas olas marinas y de las hojas que se remecían al vaivén del tibio viento tropical. Pocas horas después se encontraba nuevamente navegando en la barcaza con dirección a la cercana isla de San Andrés.

A media tarde se les presentó la silueta lejana de la isla colombiana, resaltada por el impresionante azul celeste de un cielo totalmente despejado y soleado. De mayor tamaño que Providencia, pero igualmente bella, se notaba el gran flujo de turistas no solo por los aviones que aterrizaban y decolaban con cierta frecuencia, sino también por la infraestructura hotelera sobresaliente.

Al anochecer, luego de almacenar la mercadería que trajeron, el capitán Barrionuevo los llevó a un hotel cercano, no muy lujoso, pero agradable, en donde pernoctarían las dos noches siguientes. Los propietarios, Anselmo Céspedes y su esposa Catalina, los recibieron muy amigablemente, ya que conocían al capitán desde hacía mucho tiempo.

Muy bien recomendado, Diego Hernando se quedaría hospedado en ese hotel hasta que realizara las gestiones para viajar a un país centroamericano, tal vez Guatemala, desde donde pudiera entrar a México.

Los Céspedes tenían un hijo, cuya pinta de malandrín reflejaba la vida relajada que llevaba, por lo que Diego trataba de evitar su compañía casi siempre. Aunque se llamaba Anselmo, igual que su padre, todos le decían Anselmillo; sus cabellos largos y ensortijados, otrora seguramente castaños,

se habían tornado amarillentos, quizá por el exagerado soleamiento; su sonrisa permanente, sus inyectados ojos achinados y su despreocupada mente daban la impresión de que estaba siempre drogado. La Sra. Catalina le llamaba continuamente la atención porque no cumplía con sus obligaciones. Ella tenía que estar supervisando la limpieza del hotel, trabajo que le correspondía a Anselmillo, además de atender en la recepción. El Sr. Céspedes se encargaba de la administración general, del pequeño restaurante y de mantener la existencia de mercaderías almacenadas, necesarias para el buen funcionamiento de ese negocio familiar.

Muy temprano por las mañanas Diego salía a correr por las hermosas playas, deseoso de mantener un buen estado físico, práctica aeróbica que alternaba con otros ejercicios.

Durante el día se dedicaba a visitar los lugares más pintorescos de San Andrés. Casi siempre, al atardecer, disfrutaba a plenitud de los encantos de esa isla paradisíaca: de los brillantes rayos del Sol, hasta que su resplandor se tornara bellamente anaranjado; de las verdinas y cristalinas aguas del mar, hasta sentirse gratamente refrescado de nadar en ellas; de los blanquecinos y suaves arenales, hasta que se desvaneciera la tibieza de sus minúsculas partículas. Por las noches solía conversar con el Sr. Céspedes o con la Sra. Catalina, quienes fueron apreciándolo poco a poco hasta considerarlo un miembro más de la familia. Tampoco tardaron mucho tiempo en identificarse con él, en calidad del escritor que fue vapuleado por los subversivos de su país.

Los Céspedes lo orientaron en los próximos pasos que tendría que dar, recomendándole que viajara a Guatemala, aprovechando de que podría obtener la visa en el pequeño consulado de ese país que había en la isla. También le explicaron que optar por viajar a otro país centroamericano podría resultar contraproducente, ya que ello significaría prolongar su

viaje innecesariamente o correr el riesgo de tener que cruzar Nicaragua, donde se libraba una encarnizada guerra civil. Además, se le podrían presentar serias dificultades en Guatemala, donde también había un conflicto interno, como para arriesgarse demasiado.

Obtuvo la visa para ingresar a Guatemala con bastante facilidad, disponiendo de un mes para hacerlo, aunque tenía intenciones de viajar a la mayor brevedad.

Al salir del consulado se dirigió al restaurante de uno de los mejores hoteles de San Andrés, lo que hacía casi todos los días al mediodía, donde disfrutaba de una de las mejores vistas de la isla. Además, en ese lugar se reunía con unos jóvenes turistas costarricenses con quienes había entablado amistad. Se trataba de tres parejas de esposos que se encontraban disfrutando de sus períodos vacacionales. Diego, bastante medido en sus gastos, solamente se limitaba a beber una que otra cerveza o algún jugo apetitoso.

En ese hotel se percató de la presencia de algunos sujetos que siempre estaban rodeados de hermosas mujeres y de numerosos guardaespaldas, suponiendo que eran importantes hombres de negocios, quienes no ocultaban la dispendiosa manera en que despilfarraban el dinero. Comentando sobre ellos con el Sr. Anselmo Céspedes, él le indicó que se hablaba en la isla de que algunos de esos individuos eran poderosos traficantes de drogas, colombianos principalmente, quienes dirigían la comercialización de la cocaína desde el puerto de San Andrés hacia los Estados Unidos. De hecho, le sugirió que se mantuviera alejado del celo de esos peligrosos mafiosos, quienes no aceptaban intromisiones de ninguna índole.

Una noche despejada, precedida de una lluvia persistente, sirvió de marco para una espléndida fiesta organizada en el hotel donde se hospedaban los costarricenses, siendo Diego

invitado a asistir a ella. De esa manera, el propietario del hotel, un tal Rómulo Dizzola, celebraba los 18 años que ese día cumplía su hija Teresa. Se trataba de una colombiana agraciada, de estatura mediana y contextura delgada; sus cabellos castaños, no muy largos, también le cubrían la frente; sus ojos cafés, grandes y redondos, armonizaban con su nariz algo respingada; sus delicados labios le permitían esbozar sonrisas agradables.

Diego y Teresa no tardaron en ser presentados —algo que ellos habían anticipado con miradas atrayentes—. Desde ese momento casi no se separaron, salvo por los requerimientos de su divorciado padre y algunos amigos que pugnaban por bailar con ella. Su receloso padre le pidió que al día siguiente invitara a almorzar al muchacho que había acaparado su atención. Esa solicitud era una constante a la que ella estaba acostumbrada. Sin embargo, la cercana entrevista entre su nuevo amigo y su padre revestía singular importancia por la especial atracción que había sentido por el peruano.

Diego se despertó bastante tarde, y sin pérdida de tiempo se alistó para cumplir con la invitación ofrecida por el Sr. Dizzola. Al salir de su habitación se compadeció del excesivo trabajo que realizaba la Sra. Catalina a causa de la pereza de Anselmillo.

—Sra. Catalina, usted no puede seguir así, déjeme darle una mano —le dijo con el único interés de ayudar.

—Gracias, Perú —le respondió con el sobrenombre que cariñosamente le habían puesto—, pero tú vas a viajar pronto y yo necesito una persona que reemplace al descarriado de Anselmillo.

—No se preocupe por eso, le prometo que la ayudaré hasta que consiga la persona adecuada.

—Bueno, Perú, pero no vas a trabajar gratis, déjame hablar con Anselmo y conversamos luego.

Al llegar al lujoso hotel el peruano fue recibido por Teresa, quien lucía tan simpática como la noche anterior. Daba la impresión de que ella hubiera estado al tanto de su llegada. Después de saludarse amigablemente lo condujo ante su padre, quien los aguardaba en una mesa ubicada en el restaurante exterior. Luego de presentarse y pedir unos tragos, iniciaron un diálogo que a Diego lo dejaría bastante alterado.

—Así que eres peruano —dijo el padre de Teresa.

—Así es, Sr. Dizzola —respondió Diego.

—¿Y qué te trae a San Andrés?

—En realidad estoy de paso. Me dirijo hacia Estados Unidos aprovechando que tengo unos amigos y familiares, lo que me va a facilitar conocer ese país.

—¿Y por qué no hiciste el viaje directo?

—Es que también estoy preparando algunos artículos para un periódico de Lima, que tratan precisamente sobre la vida y geografía de los países latinoamericanos y de los Estados Unidos.

—Muy interesante... Así que eres periodista.

—Bueno, estoy tratando de afianzarme en ese campo.

—Te felicito. Yo soy un buen amigo de los periodistas, pero aborrezco a los que se meten en mi vida privada o en la de mi familia —señaló con cierta brusquedad que incomodó a Diego y a Teresa también.

—¡Vamos, Papi! —dijo Teresa algo consternada.

—¡Vamos, Teresita! —replicó su padre—. Solo estoy tratando de ser sincero con nuestro amigo peruano.

—No se preocupen. Comprendo perfectamente lo que quiere decir, Sr. Dizzola.

—¿Ves, hijita?, Diego y yo nos estamos entendiendo muy bien —dijo ese sujeto a la vez que le daba un ligero palmazo en la espalda a su invitado, y sin disimular una cínica sonrisa que era muy evidente.

—Está bien —señaló Teresa—. Ahora discúlpenme un momentito, voy a ver cómo va la comida —terminó diciendo mientras se levantaba de la mesa para dirigirse a la cocina. Ella había escogido el menú y quería cerciorarse de que todo saliera como lo había planeado.

Cuando se quedaron solos, el padre de Teresa le hizo una advertencia clara y directa.

—Escúchame, Diego. Quiero que sepas que soy un padre extremadamente celoso, mucho más con los desconocidos y, para mí, tú eres un perfecto desconocido. Así que desde ahora debes saber que de ninguna manera podrás sobrepasarte con Teresa. Ambos estarán muy poco tiempo en San Andrés; tú seguirás camino a Norteamérica y ella regresará a Cali a seguir sus estudios universitarios.

—Discúlpeme, Sr. Dizzola —replicó Diego bastante perplejo por esa arremetida verbal—. Si ha surgido esta amistad entre Teresa y yo, eso no significa que vaya a sobrepasarme con ella.

—Eso espero, por el bien de mi hija... y por el tuyo también —sentenció amenazante, poco antes de que se sentara nuevamente la agraciada Teresa.

Después almorzaron “animadamente”, tomando la conversación rumbos diferentes y “amigables”, aunque a Diego le resultaba difícil disimular la preocupación ocasionada por las palabras del Sr. Dizzola.

Al atardecer, y teniendo de fondo una hermosa puesta de Sol, Diego y Teresa terminaron reunidos con sus amigos costarricenses, bajo la acuciosa mirada del guardaespaldas que permanentemente la vigilaba.

De regreso al hotel de los Céspedes, durante un momento más descansado de aquella noche, la Sra. Catalina le ofreció a Diego, por sus futuros servicios, 15 dólares diarios más la gratuidad del hospedaje y los alimentos.

Complacido por la propuesta, que le permitiría incrementar el capital que tanto necesitaba, empezó a trabajar con el ahínco esperado. Durante los primeros días aprendió las funciones que desempeñaría, para finalmente encargarse de la supervisión de la limpieza en las mañanas, y la atención de las reservas por las tardes.

La víspera del 20 de julio todos los hoteles y restaurantes se encontraban especialmente acondicionados para celebrar un nuevo aniversario de la independencia de Colombia.

Aquella noche se les sobrecargó el trabajo a los Céspedes y a Diego también. Para esa ocasión eran muchos los turistas nacionales y extranjeros que se encontraban visitando la isla de San Andrés.

El jolgorio fue desbordante, sobre todo a la medianoche cuando el cielo se iluminó magníficamente tras el estallido sucesivo de los fuegos artificiales, provenientes básicamente de los numerosos castillos que fueron armados sobre las blanquecinas playas.

Como era de esperar, Teresa prefirió compartir esas visiones con Diego, además de ayudarlo en lo que podía, en vez de disfrutar de la pomposa fiesta en el hotel de su padre.

Al amanecer, después de finalizado el bullicio general, Diego y Teresa caminaron por la playa tomados de las manos y, como siempre, vigilados a la distancia.

Daba la impresión de que la gente había cambiado la suavidad de las camas por la tibieza de la arena, ya sea para descansar de la festividad o porque la resaca no les dio tiempo para encontrar el hotel.

De todos modos, ellos también encontraron un lugar donde pudieron platicar y descansar. Teresa no podía expresarle a Diego los deseos que tenía de ser amada por él, y dejar así la forzada virginidad que ataba sus sentimientos. Por su parte, el peruano no se atrevía a forzar la situación para intimar con

ella, frenado por aquel asedio que no solo le molestaba, sino que también le preocupaba.

Pero aquella mañana no solamente estaban siendo vigilados por el guardaespaldas de Teresa. A la distancia, Rómulo Dizzola los había estado viendo con unos potentes binoculares. Enfadado al verlos tomados de las manos, ordenó a uno de los sujetos que lo acompañaban que averiguara todo respecto al periodista peruano. En menos de cuarenta y ocho horas tuvo toda la información que necesitaba, transmitiendo su decisión a su segundo.

—Este Diego Hernando nos puede causar problemas —dijo mientras ojeaba el informe, los artículos escritos por el peruano y la información aparecida en la prensa acerca de él.

—Tiene usted razón, don Rómulo —asintió el otro individuo—. ¿Qué quiere que hagamos?

—Vamos a darle un plazo, sin mencionárselo, para ver si se va de San Andrés y de la vida de Teresita. Si persiste en quedarse o en tratar de intimar con mi hija, haremos de él carnada para los tiburones.

El 28 de julio Diego Hernando no celebró solo el aniversario de la independencia del Perú. Poco después de la medianoche, los esposos Céspedes, Diego, Teresa y los demás trabajadores del hotel —a excepción de Anselmillo— se encontraban reunidos para hacer un brindis emotivo. La Sra. Catalina se había esmerado en preparar una enorme jarra de *pisco sour*: delicioso cóctel que mezcla el pisco, que es un aguardiente peruano destilado de la uva, con limón, azúcar o jarabe de goma, clara de huevo, hielo y unas gotas de amargo de Angostura.

—Bueno, Perú —empezó diciendo el Sr. Céspedes —, supongo que no habrás pensado que nosotros, tus amigos, nos habíamos olvidado del aniversario patrio de tu país. Levantemos nuestras copas porque esta es una ocasión perfecta

para renovarte el cariño familiar que te tenemos. Eres un trabajador eficiente y honesto, un intelectual sincero y, más que un amigo, un hijo para nosotros. Brindemos porque tu ejemplo se multiplique, haciendo que el mensaje de esperanza que llevas sea recibido por muchos jóvenes latinoamericanos. Te deseo el mejor de los éxitos en la futura jornada que te espera. ¡Viva el Perú!... ¡Y viva Perú!

Después de agradecer con sencillez aquellas palabras y el gesto de los Céspedes, además de desear la mejoría para su país y el bienestar para su lejana familia, Diego siguió departiendo gratamente con los presentes.

Sin duda, esos momentos reafirmaban los sentimientos de unidad latinoamericana que muchos ya compartían.

Una tarde, cuando culminó con sus tareas del día, se le acercó el huidizo Anselmillo, sin dejar de mostrar esa sonrisa ida que reflejaba una extraña alegría.

—Así que me “serruchaste el piso” —le increpó a Diego, pero sin enfado, al referirse a que había tomado su lugar en el hotel. Antes de recibir una réplica agregó—: «Pero no te preocupes, en realidad te lo agradezco porque estaba harto de trabajar con mis viejos».

—Discúlpame, Anselmillo, pero yo no te he quitado el puesto que no desempeñabas, solamente quise ayudar y eso es precisamente lo que estoy haciendo. Además, tú sabes que pronto debo seguir viajando.

—Bueno, Perú, yo no he venido a discutir, solamente quería preguntarte si deseas acompañarme a recorrer la isla, estoy seguro de que te resultará interesante..., hay tanto que ver aquí.

Diego dudó un instante si acceder o no a aquella invitación, más que nada porque se trataba de un desaforado declarado. Sin embargo, no le molestaba la idea de salir con él a conocer, tal vez, “el reverso de la medalla” de esa isla paradisíaca.

—Está bien, Anselmillo, con la condición de que regresemos antes de que empiece la tormenta que han anunciado para esta noche.

—Trato hecho, solo tengo que hacer un par de asuntos y regresaremos.

Anselmillo iba al volante del Jeep de su propiedad, desconcertado a su acompañante peruano, quien no imaginaba de dónde había adquirido el dinero para comprarlo. Ni bien avanzaron algunas cuadras, el joven malandrín sacó del abultado bolsillo de su camisa un cigarrillo de marihuana, fumándolo con placer hasta terminarlo, no sin antes ofrecérselo a Diego, quien lo rechazó de inmediato, recibiendo a cambio un gesto burlón acompañado de una carcajada estrepitosa... «No sabes lo que te pierdes», le dijo luego.

En poco tiempo, el camino asfaltado fue sustituido por otro de tierra; los hermosos hoteles y restaurantes quedaron atrás para dar paso a rústicas y poco cuidadas casuchas de madera; los turistas multinacionales pasaron casi al olvido ante las imágenes de sujetos morenos que tenían sus cabellos trenzados y las barbas crecidas, quienes saludaban a Anselmillo con una familiaridad impresionante. Por lo general, esos sujetos estaban reunidos en pequeños grupos, fumando marihuana, aspirando cocaína, bebiendo licor, cantando en un *patuá* confuso y bailando al son de la música *reggae*.

Aquel sendero terroso los llevó hasta uno de los muelles de la isla, donde muy pronto se toparon con un grupo de individuos con similar pinta a los anteriores, aunque saturados de collares y sortijas. A pesar de que le hablaron en *patuá* a Anselmillo, Diego pudo deducir el pequeño diálogo que generaron.

—Anselmillo, amigo, siempre me da gusto verte de nuevo. Veo que vienes acompañado, pero...

—Despreocúpate, Perú es un amigo de confianza.

—¿Dijiste Perú? —preguntó confundido aquel individuo.

—Así le decimos porque es peruano.

De pronto fueron interrumpidos por el capitán del barco al que estaban trasladando la barcada de uno más pequeño.

—¿Quién dijo Perú? —preguntó el capitán.

En ese momento hasta los marineros que estaban cerca lo rodearon a Diego sin ocultar la algarabía que los embargaba.

—¡Ah!, ¡tierra bendita que produces el oro blanco de cada día! —exclamó el capitán en alusión al primer país productor de coca y cocaína del mundo.

Diego Hernando supo entonces que estaba frente a narcotraficantes de esa droga maldita. Aunque se encontraba preocupado de estar entre ellos, trató de demostrar afinidad ante su actividad delictuosa.

—Bueno, Anselmillo, ¿qué necesitas esta vez? —le preguntó el capitán con entusiasmo.

—¿Qué te parecen dos kilitos de “la blanca” y una caja de tu mejor “hierba”? —respondió Anselmillo, refiriéndose a la cocaína peruana y a la marihuana colombiana, mientras sacaba un fajo impresionante de billetes de 100 dólares.

Luego de dar las indicaciones del caso, el capitán les alcanzó 9 bolsas de 250 gramos cada una y una pesada caja con marihuana prensada, la cual bastó que la abriera para sentir el olor penetrante de la planta narcótica. Después, Anselmillo abrió con la mayor naturalidad la bolsa sobrante de cocaína, probándola primero, para luego aspirarla por ambas fosas nasales, ayudado por una diminuta cucharita de plata, que parecía haber sido fabricada especialmente para ese fin. Posteriormente, y como si se tratara de un ritual por el cual sellaban el negocio, todos los presentes procedieron a hacer lo mismo. Cuando le llegó su turno, Diego pudo evitar aspirar la droga señalando que «...el estar con Anselmillo significaba tener más que suficiente», de lo contrario los hubiera

incomodado, y él sabía que no podía darse el lujo de que dudaran de su futuro silencio. Al verlo y oírlo, Anselmillo soltó una risotada contagiosa, aunque sin levantar sospechas de ningún tipo.

—¿Qué te trae por aquí, amigo peruano? No has venido a hacernos la competencia, ¿verdad? —le preguntó el capitán colombiano.

—No, solamente estoy de paso, voy camino a los Estados Unidos.

—Bueno, los amigos de Anselmillo son también mis amigos, así que si te animas puedes viajar con nosotros a Miami, en dos días partiremos; y si te piensas quedar más tiempo por aquí, puedes contactarte conmigo en veinte días, ya que nosotros siempre estamos llevando “la merca” a Estados Unidos.

—Le agradezco el interés. Dependiendo de algunos asuntos que debo terminar yo me pondré en contacto con ustedes.

Cuando la transacción fue concluida, ambos regresaron por el mismo camino, que se había oscurecido por la nubosidad que anunciaba la tormenta inminente. Mientras lo recorrían, Diego se imaginaba los efectos que la droga estaría produciendo en Anselmillo mientras circulaba por su sangre: el paladar, la lengua y la garganta los tendría adormecidos, una euforia anormal le estaría nublando por momentos sus pensamientos, su pulso se habría acelerado y su presión sanguínea estaría elevada, es decir, su corazón estaría sufriendo las consecuencias.

Anselmillo ignoraba que se había convertido, desde que probó la cocaína por primera vez, en un candidato perfecto para un ataque al corazón, una embolia o algún tipo de epilepsia. Su cerebro estaría siendo afectado, sobre todo en la zona donde se establecen las emociones, la cual también controla el corazón y los pulmones.

Diego se puso a recordar cuando leyó acerca de los efectos que la cocaína ocasionaba en el organismo, comprendiendo entonces la súbita muerte de un conocido del barrio donde residía, quien cayó al suelo al morir en forma instantánea durante una concurrida fiesta de año nuevo; sencillamente, se había interrumpido la señal eléctrica que va del cerebro al corazón y los pulmones, aunque nunca se supo si murió a causa de una dosis excesiva o una sobredosis acumulada de cocaína.

Recordó la entereza y el valor de los padres de aquel sujeto desgraciado, que habían declarado públicamente que a su hijo le habían detectado rastros de esa droga maldita en su cerebro.

De pronto, sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de Anselmillo que había detenido el auto para aspirar más cocaína.

—Vamos, Diego, ánimo a probar esta maravilla, te vas a sentir en el cielo.

—¡Estás loco, Anselmillo!... Me das lástima —le respondió—. ¡Ni siquiera la pienso probar! —enfaticó.

—Pero una vez no te va a hacer daño.

—¡No!, lo mismo le dijeron a un pobre muchacho que ahora no solo se siente en el cielo, sino que está allá, o quién sabe dónde.

—¡Allá tú, Diego! Jódete por no probar “las cosas buenas de la vida”.

—¡Tu vida es la que se está yendo a la mierda por esa “huevada” que te estás metiendo! —dijo finalmente el peruano, mientras Anselmillo se reía a carcajada tendida a medida que hacía avanzar el vehículo nuevamente.

Poco antes, Diego se había referido a un compañero de la secundaria que había muerto fulminado en el baño de la escuela al consumir cocaína por primera vez —por desgracia,

su organismo no tenía la capacidad de elaborar un producto que diluye la droga.

Antes de que cayeran las primeras gotas de lluvia pararon en varias de las casuchas de madera que habían pasado en el camino de ida, donde Anselmillo vendió parte de la droga que llevaba, a casi el triple del precio que la adquirió, además de haberla adulterado con otros productos para sacarle mayor utilidad. En ese momento Diego supo de dónde provenía el dinero que gastaba a manos llenas.

—Ahora te das cuenta de que estaba perdiendo mi tiempo en el hotel, cuando con este negocito gano el dinero que quiero.

—Te estás metiendo en un callejón sin salida, en el cual no ingresaré, así que desde ahora te digo que no vuelvo a acompañarte en estos paseítos delictuosos.

—Te iba a proponer que te conviertas en mi asociado, pero ya veo que eres un santurrón empedernido.

Cuando llegaron al hotel, la tormenta se había desatado con tal intensidad que ahogaba cualquier sonido conocido, a pesar de ello, Anselmillo le vociferó a Diego una macabra advertencia: «¡Escúchame bien, Diego! ¡Si no mantienes cerrada la boca, tu vida valdrá menos que en el Perú!».

El escritor peruano no pudo conciliar el sueño esa noche. Entre el constante zigzaguear de los rayos, el rugir de los truenos y la brillantez de los relámpagos, se le cruzaban las palabras de Anselmillo y las imágenes de los drogadictos y narcotraficantes que había visto pocas horas antes.

Pero también su memoria lo trasladó mentalmente a la ciudad de Lima, donde algunos amigos y amigas de la infancia se habían convertido en consumidores de marihuana y cocaína, atraídos en principio por la curiosidad y porque se sentían estimulados sexualmente. Pero con el correr de los años se había patentizado en ellos no solo impotencia o frigidez,

sino también pérdida completa del interés por las relaciones sexuales. Desde la distancia pensaba en la posibilidad de que algunos de esos “amigos”, idos a menos, se hubieran suicidado al no poder superar la profunda y viciosa depresión que sufren los adictos a la cocaína. Pero no solo las drogas los habían maltratado. Precediendo a su nefasto consumo, ellos empezaron fumando cigarrillos de tabaco a diario, y bebiendo licor todos los fines de semana, muchas veces hasta vomitar, sin que aquello detuviera su desafortunada manera de divertirse. Pocos lograron controlar ese errado impulso juvenil; lamentablemente lo hicieron después de que se les perforaron úlceras en el duodeno o el estómago, de ver que orinaban sangre, o de haber sufrido hepatitis u otros males.

Diego se puso a analizar, mientras estuvo en vela, las razones por las que él, su hermano y muchísimos otros jóvenes, carecían de ese interés por probar o consumir drogas y alcohol. Se daba respuesta en los hechos de haber tenido una familia estable, con padres preocupados en su bienestar, quienes siempre respondieron a sus curiosas preguntas, brindándoles no solo su cariño, sino también su amistad, que los hacía confiables; por supuesto, en la actividad deportiva que había sido una constante desde que eran pequeños, y en el conocimiento que tenían sobre los efectos que causaban las drogas en el organismo. Para él, esas eran las bases de las preferencias saludables y las decisiones adecuadas.

Al día siguiente, aprovechando que tenía el día libre, Diego fue en busca de sus amigos costarricenses a solicitarles alguna orientación, pues tenía intenciones de dejar la isla lo antes posible. Ellos le manifestaron que en seis días regresarían a su país, y que con mucho gusto podrían cobijarlo por algunas semanas, indicándole que en el consulado de México, en San José, tal vez podría obtener la visa para viajar a ese país. De buen grado aceptó la propuesta.

Al salir de ese lujoso hotel se topó con el narcotraficante capitán colombiano con quien estuvo el día anterior, el que estaba conversando animadamente con el Sr. Dizzola, lo que confirmaría la versión que le dio el Sr. Anselmo Céspedes, sobre la existencia de una red organizada de traficantes de drogas, al parecer vinculadas con organizaciones internacionales conocidas, lamentando que Teresa estuviera indirectamente involucrada, aún sin saber de las actividades en las que estaba metido su padre. Así fue como comprendió la razón del constante resguardo a que era sometida su nueva amiga, y la extraña prepotencia demostrada por ese sujeto.

Luego de recoger su pasaporte se dirigió al consulado de Costa Rica, donde obtuvo la visa para viajar a ese pacífico país centroamericano. El viaje que había previsto a Guatemala lo desestimó por la nueva oportunidad que se le había presentado.

Felizmente para Diego y la Sra. Catalina, ese mismo día encontraron a la persona idónea que lo reemplazaría.

En la mañana del sexto día Diego y sus amigos costarricenses se encontraron en el pintoresco aeropuerto de San Andrés, a la espera del vuelo que los llevaría a la capital de Costa Rica.

Teresa no perdió la oportunidad de acompañar a su amigo peruano, despidiéndose de él con un cariñoso beso en los labios y un abrazo efusivo, sin importarle la cercana presencia de su guardaespaldas y el posible enfado de su padre. De hecho, el narco Dizzola fue el más complacido por su partida.

El despegue fue uno de los más espectaculares que jamás habían visto. Mientras el avión se elevaba en el cielo azul celeste, totalmente despejado, podían ver, a través de las ventanillas, como el manto verde de la vegetación isleña iba creciendo hasta dejar ver casi toda la silueta de la isla, apreciándose con mayor claridad el hermoso contraste de las

blanquísimas playas, engalanadas con una sucesión casi perfecta de palmeras. También pudieron admirar los verdecidos islotes que sobresalían del mar, tan cristalino que su fondo se veía sin dificultad.

Diego dejaba atrás uno de los lugares más hermosos que había visto, y a las inolvidables personas que había conocido, pero también se alejaba de la peligrosa presencia de los traficantes de drogas que lo habían puesto en peligro otra vez.

Capítulo 11

De paso en Costa Rica

Desde que aterrizaron en el aeropuerto internacional de San José, Diego Hernando se percató del ambiente agradable que los rodeaba, más pacífico de lo que suponía. Por doquier veía rostros alegres, y recibía, complacido, el buen trato de las simpáticas personas que lo atendían en las diversas dependencias, como si todos estuvieran felizmente contagiados de aquella evidente tranquilidad.

Dos de las parejas que lo acompañaron en el viaje se separaron de él y de Humberto y Margarita Echevarría, la pareja de esposos con quienes estaría durante su estadía en San José. Ellos vivían solos en un pequeño apartamento, muy cerca del centro de la ciudad.

Dispusieron para su huésped sudamericano una pequeña habitación que normalmente era usada como depósito auxiliar. Ambos retornarían pronto a sus labores cotidianas como empleados de una gran fábrica textil costarricense que exportaba sus productos a Panamá, Venezuela y, principalmente, a Estados Unidos.

Durante las primeras semanas de su permanencia en ese pequeño país se dedicó a planear con cuidado los pasos que daría, amén de las visitas turísticas de rigor, las numerosas cartas que escribía a sus familiares y amigos más íntimos, incluyendo aquellos que se encontraban en Estados Unidos, y algunos nuevos ensayos que había decidido redactar.

Al igual que en San Andrés, él no perdía la oportunidad de trotar por las mañanas, aunque lo hacía alrededor de un hermoso parque del lugar que le recordaba al conocido y apreciado Olivar de San Isidro, en el corazón del distrito donde residió en Lima.

De hecho, se quedó gratamente impresionado de aquella limpia y encantadora ciudad, donde se levantan modernos centros comerciales y edificios de oficinas, los que curiosamente armonizan con las iglesias y casas de estilo colonial.

Los Echevarría, complacidos de hospedar al intelectual peruano, ocupaban su tiempo libre en mostrarle los encantos de la capital costarricense, sus restaurantes más representativos, sus antiguas construcciones, la belleza de su folklore, el bagaje de su cultura y también su vida nocturna. Generalmente iban acompañados de Ester, prima de Humberto, la que no era muy agraciada, pero desbordaba en simpatía y siempre mantenía una alegría sin par. Aunque no llegaron a intimar durante el tiempo que Diego estuvo en San José, ambos disfrutaron de una amistad de la que pocas personas se pueden ufanar.

Una mañana tranquila y calurosa, aunque también humedecida por una lluvia copiosa que había caído durante dos días continuos, Diego se dirigió al consulado de México, a tentar la suerte de adquirir la visa que le permitiera viajar a ese país cada vez más cercano.

Al ingresar a la oficina consular, donde no había muchas personas, se percató del enorme parecido que la cónsul guardaba con su madre, inclusive con detalles asombrosos, como las gafas que llevaba y la forma en que estaba peinada.

—Disculpe que la observe con extrañeza, señora cónsul, pero usted tiene un parecido sorprendente con mi madre, que noté de inmediato al verla —dijo ante su presencia.

—Le agradezco el cumplido joven. ¿En qué puedo servirlo?

—Verá, como escritor y periodista peruano estoy realizando un largo viaje por América con la intención de escribir ensayos sobre la realidad de nuestras naciones latinoamericanas. Como podrá advertir en mi pasaporte, la visa que me

otorgaron para ingresar a México venció hace algún tiempo, ya que me vi forzado a retrasar mi viaje por diversas circunstancias. Precisamente, deseo apelar a su comprensión para que se sirva ampliarla pues estoy próximo a llegar a su país.

Después de pronunciar esa solicitud, la señora cónsul mantuvo una larga pausa mientras revisaba su pasaporte.

—Como comprenderá, Sr. Hernando, este es un trámite que solamente puede realizar en su país. Es algo inusual, pero... déjeme hacer algunas consultas. Le agradeceré que se comunique conmigo en horas de la tarde —le dijo la señora cónsul con una ligera sonrisa en los labios, como si hubiera quedado gratamente impresionada por la forma lisonjera, no planeada, con que Diego se presentó.

A media tarde se comunicó con la amable funcionaria que ya le tenía una respuesta.

—Sr. Hernando, para contemplar su solicitud requerimos que nos indique su actual dirección en Costa Rica, la de México, donde piensa permanecer durante su breve estadía, y el pasaje aéreo de ida y vuelta.

—Muy bien, señora cónsul, pronto la visitaré nuevamente.

La dirección en Costa Rica la tenía. Humberto Echevarría le proporcionó la de su hermano, quien estudiaba en una universidad mexicana, en la importante ciudad de Mérida. El pasaje aéreo lo adquirió en una agencia de viajes, conocida por sus amigos, con la condición de que si no obtenía la visa le devolvieran el íntegro del dinero.

Dos días después de su primera audiencia Diego se presentó ante la Cónsul mexicana.

—Señora cónsul, aquí tiene mi pasaporte, el boleto aéreo y las direcciones que me pidió.

—Muy bien, Sr. Hernando. Ahora solo queda que llene este formulario de inmigración, después de lo cual le ruego regrese mañana a primera hora por su resultado.

—Le agradezco esta gestión especial, señora cónsul. Hasta mañana.

Luego, Diego estuvo deambulando por el centro de la ciudad, disfrutando de sus calmadas calles, de su clima templado y de la amabilidad de su gente, lo que continuó haciendo inclusive después de merendar, pensando en todo momento en la posibilidad de obtener la visa a México, aunque también extrañado de que en el consulado no le pudieran dar una respuesta hasta el día siguiente. El viaje se le estaba alargando demasiado, el dinero que le quedaba se le iba reduciendo día a día. A veces anhelaba terminar de una vez la odisea. Todo ello le hacía desear tanto que le dieran la visa, que sus amigos, los Echevarría, se percataron de la impaciencia que por ratos se exteriorizaba en él, lo que contrastaba con la placidez que había demostrado en días anteriores.

El preocupado escritor se despertó más temprano que de costumbre, pero no para prolongar sus matutinas prácticas deportivas, sino para llegar minutos antes de que empezaran a atender en el consulado de México..., estaba ansioso de tener la respuesta.

Estando ahí, pudo ver que la señora cónsul, lejos de esbozar una sonrisa serena y confiada, se mostró seria, pero amigable.

—Sr. Hernando, no le tengo buenas noticias. Teníamos intenciones de otorgarle la visa, a pesar de ser algo inusual; sin embargo, en el consulado de México en el Perú nos han manifestado que no tienen el número de su visa registrado en los archivos, y sin que nos lo confirmen nada podemos hacer por el momento. Podemos insistir hasta saber qué es lo que ha sucedido. Si usted desea puede regresar el viernes de la próxima semana.

—No sé qué decirle al respecto; esta situación va a modificar todos mis planes.

—Lo lamento, pero ahora nada puedo hacer para ayudarlo. Le sugiero que regrese a mediados de la próxima semana para insistir con Lima.

—Creo que no hay alternativa, de lo contrario no podré visitar su país. Le agradezco todo lo que hizo.

En ese momento se sintió tan apesadumbrado como cuando le negaron la visa en el consulado estadounidense, en Lima. Sentía que las puertas se le cerraban, y parecía que hasta la naturaleza participaba del desencanto, pues durante gran parte del día el cielo estuvo nublado, enviando garúas persistentes.

Al atardecer, cuando ya se encontraba acompañado de los esposos Echevarría, la angustia que padecía no se le dispó del todo, y menos aún cuando un fuerte temblor remeció la capital costarricense y a los amigos reunidos, quienes ya habían comentado que existía la posibilidad de una nueva erupción del volcán Poás, cuyo cráter de más de un kilómetro y medio de diámetro es considerado uno de los más grandes del mundo. Fue peor el escuchar las decaídas palabras de sus amigos costarricenses, que en cierta forma se sentían culpables por las recomendaciones que le dieron en San Andrés.

Humberto, Margarita y Diego trataron de mejorar sus ánimos asistiendo, el día posterior, a la fiesta de cumpleaños que le habían organizado a Ester. En ella, la alegría y la camaradería desbordaron hasta el amanecer, para beneplácito de los anteriormente cabizbajos amigos.

En esa fiesta, Diego tuvo la ocasión de conocer a un individuo gracioso y extrovertido que más parecía un perillán animoso, quien se jactaba de haber estado en tres oportunidades en Estados Unidos sin haber obtenido la visa. Le juró que él podría contactarlo con la persona que lo podría llevar directamente al país del norte, aunque para ello tendría que viajar al puerto de Limón, ubicado en la costa caribeña, a

unos 150 kilómetros de San José. Por ese dato le cobraría 80 dólares, y en algunos días le confirmaría el valor del viaje y el día que tendría que estar allí.

Toquicho, como se le conocía al perillán, se contactó con Diego los primeros días de la semana siguiente, visitándolo al apartamento donde se hospedaba.

—Bueno, amigo peruano, está todo resuelto.

—Cuéntame todo, Toquicho, que esto es muy importante para mí.

—Tranquilo no más, y escúchame con calma. Dentro de dos semanas va a zarpar de Limón el buque mercante *El Bonacho Caribeño*, que va a llevar bananos a Miami. El capitán es mi amigo, se llama Jacinto Cantero, él te esperará, pero no te confíes, procura llegar en unos diez o doce días. Eso sí, te va a cobrar 600 dólares por el viajecito. ¿Qué dices? —señaló Toquicho con vivacidad.

—Ni modo, acepto el riesgo, aunque me parece alto el precio—respondió Diego con cierta preocupación.

—Tal vez cuando converses con él personalmente se lo bajes un poco. Además, ten presente que tienes fija tu llegada a los Estados Unidos —enfaticó Toquicho con mayor entusiasmo.

—Creo que tienes razón, entonces... ¡trato hecho! —exclamó Diego contagiado por su entusiasta interlocutor.

—¡Venga esa mano y los 80 dólares también! —replicó Toquicho con donosidad.

Enterados de la decisión que había tomado, en lugar de alegrarse, Humberto y Margarita se mostraron bastante cautelosos.

—Fíjate bien, Diego —empezó diciendo Humberto—, Toquicho generalmente frecuenta a nuestras amistades, pero no por ello debes ofrecerle toda tu confianza; ese tipo no es de fiar.

—Además, a nadie le consta que él haya viajado a los Estados Unidos —señaló Margarita.

—Y hasta ahora no se sabe nada de las personas que supuestamente viajaron a Estados Unidos gracias a su intermediación —continuó Humberto.

—Vamos, amigos, no tomen las cosas tan a pecho —replicó Diego calmadamente—. En el peor de los casos perderé algunos dólares, y si noto algo extraño me tendrán de regreso por aquí... si me lo permiten.

—Tú siempre serás bienvenido por nosotros, pero, por favor, medita acerca de este viaje, antes de que lo inicies —dijo finalmente Humberto.

—No sé por qué, esto me da mala espina —dijo Margarita al momento de despedirse, después de aquella charla nocturna.

No obstante las indicaciones de sus atribulados amigos, Diego Hernando mantuvo su decisión de tentar suerte en Limón; después de todo, carecía hasta el momento de una alternativa que pudiera hacer viable su ansiado arribo a los Estados Unidos.

Antes de que partiera de San José, Humberto, Margarita y Ester le organizaron una velada inolvidable que se inició en un apacible restaurante, terminando en una festiva peña folklórica donde disfrutaron de la maravillosa música latinoamericana, que incluyó un fabuloso repertorio de canciones típicas de su recordado Perú, ya sea al son de las quenás o los charangos cuando se trataba de huaynos serranos, o de tambores y guitarras de la marinera costeña, o de la encantadora música negra. Aquella despedida se quedó impregnada gratamente en su memoria, guardando las imágenes que veía y el gran afecto de sus amigos costarricenses en el lugar de honor que merecían, a quienes estaba convencido de que volvería a ver en alguno de sus futuros periplos.

A primera hora de la mañana del día designado, Diego Hernando partió de la estación del ferrocarril que lo llevaría a Limón. Desde ese momento tuvo la seguridad que dejaría muy pronto ese pequeño y pacífico país, que se daba el lujo envidiable de no poseer ejército, confiado tal vez de tener una estrecha relación amistosa con el poderoso país norteamericano.

Rápidamente dejaron el valle donde se asienta San José, percatándose que la línea férrea bordeaba el último tramo de la Cordillera Volcánica o de Guanacaste, llegando primeramente a la importante ciudad de Cartago. Luego de una parada de rigor, continuaron hasta Paraíso y después a Turrialba —desde esos puntos pudo apreciar la magnífica presencia de los volcanes Irazú y Turrialba—. Por otro lado, también notó la gran actividad agrícola y ganadera que destacan en Costa Rica.

A medida que se acercaban a la costa caribeña, después de traspasar la ciudad de Peralta, Diego sintió que la temperatura se incrementó notablemente, viendo además que la vegetación se tornaba cada vez más tupida. Muy pronto los sorprendió una lluvia torrencial que no amainó el calor reinante. A pesar de ello, él mantuvo constante su apetito que satisfacía con los deliciosos tamales costarricenses.

A media tarde llegaron a la estación de Limón, viaje que resultó más largo y de mayor duración que el estimado por Diego, pero no importaba, él estaba satisfecho de estar en el último punto de su itinerario por Centroamérica, el que también sería el primero de su viaje directo a los Estados Unidos.

Como pernoctaría dos o tres noches en aquel lugar no le fue difícil encontrar un cómodo hospedaje. De inmediato se sorprendió de la infatigable actividad portuaria de Limón, lo que comprobó al observar la apreciable cantidad de buques que esperaban anclados para atiborrar sus almacenes con la

gran variedad de productos que la rica tierra costarricense le ofrecía al mundo, aunque, a todas luces, su principal mercado era Estados Unidos.

Al ganarle la oscuridad de la noche prefirió esperar hasta la mañana siguiente para ubicar al mercante *El Bonacho Caribeño* y al capitán Jacinto Cantero. Después de su experiencia en el gran muelle de Cartagena no estaba dispuesto a arriesgarse nuevamente a ser asaltado por sujetos inescrupulosos. Esa noche se dedicó a descansar y a soñar que surcaba con éxito las aguas del océano Atlántico.

Al alba fue despertado por las numerosas voces de las personas que empezaban su agitado día, la mayoría de las cuales eran de raza negra, mestizos e indios. No tardó mucho tiempo en alistarse pues estaba ansioso por encontrarse con el capitán Cantero.

Antes del mediodía ubicó a *El Bonacho Caribeño* anclado en un pequeño muelle casi inactivo, a diferencia del movimiento intenso que había visto antes. Era un buque de medianas proporciones y bastante avejentado. Sobre la cubierta escuchaba incansables carcajadas, resaltando una entre todas por su exagerada intensidad.

—¡Capitán Cantero! —gritó Diego, tratando de ahogar el estruendoso jolgorio.

—¿Qué deseas, muchacho?! —le dijo un tipo barbudo mientras se asomaba desde la cubierta, al igual que una decena de individuos, al parecer marineros o estibadores.

—¡Me llamo Diego Hernando! ¡Vengo de parte de Toquicho, él ya le habló de mí!

—¡Por supuesto, chico, te estaba esperando, sube a bordo para que conozcas mi nave y para hablar de negocios! —le dijo el mismo sujeto.

Al subir por las escalinatas se dio cuenta del descuidado estado en que se encontraba el transporte marítimo, y ello

era, sin duda, reflejo de las personas con quienes trataría. Cuando llegó donde estaban, fue recibido en una forma en extremo amigable, lo que le hizo recordar la amabilidad encubridora de los apocados sujetos de Cartagena. A pesar de eso siguió interesado en viajar con ellos a Miami, pensando que las dudas de Humberto y Margarita y aquellas apariencias no fundamentaban el que cambie de opinión.

—Bueno, capitán Cantero, usted dirá —inició Diego la parte seria de las conversaciones.

—Antes que nada, quiero que sepas que no es la primera vez que llevo a alguien a Miami. Todas las personas que han viajado conmigo están felizmente instaladas en los Estados Unidos. Así que ahora todo depende de ti y de los “dolariillos” que tienes. Nosotros zarparemos pasado mañana al amanecer —le dijo ese capitán panameño, rechoncho, de barba y grandes bigotes castaños, de extraños y pequeños ojos negros que no fijaban la mirada, que además tenía puesto un grasiento gorro azul y exhalaba un penetrante humor de aguardiente.

—Muy bien, capitán, solamente tengo una dificultad; la cantidad de dinero que usted le mencionó a Toquicho sobrepasa mis posibilidades.

—Mira, chico, 600 dólares es una ganga, es lo menos que puedo cobrarte.

—Lo que sucede es que solo cuento con esa cantidad, y necesito algo de dinero al llegar a Miami —le dijo Diego, mintiendo, no solo para rebajar el monto que le exigía, sino también para evitar la codicia de aquellos desconocidos.

—De ninguna manera te hago rebaja, pero déjame ayudarte de otra forma. En Miami te puedes quedar con nosotros por unos cinco días, y para entonces ya te habrás podido comunicar con tus amigos o familiares, que debes tenerlos, ¿verdad?

—Sí, así es. Bueno, no insistiré más, nos vemos pasado mañana.

El capitán Cantero lo acompañó a Diego hasta que salió del buque, sonriendo ligeramente, tal vez complacido de haberlo convencido. Ni bien se había alejado, sobre la cubierta empezaron nuevamente las risotadas y carcajadas estruendosas que aun a la distancia las podía escuchar.

Los dos días siguientes transcurrieron para él con demasiada lentitud. No solamente pensaba en el viaje que se acercaba, suponiendo que muy pronto avistaría las costas de Estados Unidos, sino también en la situación del Perú. Por esos motivos escribió una carta extensa a sus familiares de Arequipa, dando las nuevas noticias de su itinerario y deseando que todos se encontraran bien, superando los problemas generados por el terrorismo. También aprovechó el tiempo para comunicarse telefónicamente con los esposos Echevarría, quienes continuaron muy preocupados por su porvenir.

De cualquier modo, Diego había tomado una decisión y nada lo haría cambiar de parecer. Equivocado o no, era la única manera de ir forjando el futuro que desconocía.

Capítulo 12

Nicaragua y los guerrilleros

La partida de Limón se atrasó algunas horas debido a que no se logró cargar a tiempo la embarcación con los verdes bananos, demora que tenía exasperado al capitán Cantero. Mientras tanto, Diego permaneció sobre la cubierta a la espera de que zarparan. Con su innata curiosidad, se percató de la existencia camuflada de numerosas cajas de madera, quedándose extrañado de que poco a poco las ocultaran recelosamente bajo numerosos racimos de esa fruta.

Alrededor del mediodía todo estaba dispuesto: los almaces atiborrados, los marineros en sus puestos, la inspección aduanera realizada, el capitán Cantero más apaciguado y Diego Hernando con la expectativa que se le reflejaba en sus brillantes ojos.

—Bueno, mi amigo peruano, ahora solo falta arreglar nuestro asunto —dijo el capitán mirándolo fijamente y estirando la mano con la palma hacia arriba, a la vez que movía los dedos, en señal de que requería del dinero pactado.

—Supongo que no le molestará que le pague cuando lleguemos a Miami, ¿verdad, capitán? —preguntó Diego como si tratara de asegurar el fin de la travesía.

—¡Sí me molestaría, muchacho, el pago es por adelantado o viajamos sin ti! —replicó algo exaltado el capitán Cantero.

—Está bien, está bien—asintió Diego mientras sacaba de su bolsillo un fajo con 600 dólares exactamente, guardando 900 dólares en dos bolsillos secretos que se había esmerado en acondicionar en la cintura de sus pantalones.

Luego de contar el dinero con rapidez y seguridad, el capitán Cantero miró a Diego de reojo, sonrió brevemente y luego ordenó que levaran las anclas para zarpar.

La travesía por el mar Caribe o de las Antillas se desarrolló con bastante lentitud. A pesar del cargamento que llevaban, la nave fue igualmente remecida por el oleaje marino.

A diferencia de los días anteriores, la tripulación de *El Bonacho Caribeño* estuvo tranquilizada como consecuencia de la copiosa libación, de la cual Diego había sido testigo el primer día que los conoció.

Al anochecer, el escritor peruano no tardó mucho en quedarse profundamente dormido en el pequeño espacio que le habían designado. Poco antes del amanecer fue despertado por el ruido que producía uno de los marineros al revisar las pertenencias que tenía en su escaso equipaje. Cuando trató de reaccionar ante ese atropello, otro sujeto que se encontraba a su lado lo sujetó fuertemente de un brazo, a la vez que le puso un afilado cuchillo bajo el cuello. Al sentir los ruidosos forcejeos y al vociferante pasajero, hizo su aparición el capitán Cantero sin mencionar palabra alguna.

—Este cabrón solo está lleno de papeles y de ropa, mi capitán —dijo el sujeto al que le decían Chileno.

—¡A ver, revísale la ropa que tiene puesta! —ordenó el capitán Cantero, ante la sorpresa de Diego.

—¡500 dólares, mi capitán! ¡Este no estaba tan pelado! —expresó Chileno después de revisarlo minuciosamente y lograr detectarle uno de los dos bolsillos secretos.

—Así que no era cierto que no tenías más dinero —le dijo el capitán Cantero al aturdido y enfurecido Diego.

—¿Está loco? ¿Qué pretende? —replicó el peruano.

—¿Crees que soy tan imbécil como para llevarte a los Estados Unidos, cuando los de inmigración me tienen hinchado? —le dijo el capitán—. Allá el cojudo de Toquicho que piensa que me arriesgaré con sus recomendados, todo porque una vez lo llevé a Miami, y no precisamente porque lo quisiera. Pero con gente como tú me gana algún dinerillo.

—¡Es usted un miserable embustero! —dijo Diego enrojecido por la ira.

—Mira, chico, me importa un bledo lo que digas —replicó el capitán—. Además, tú ya llegaste al final del viaje. ¡Sube rápido, carajo!

En la cubierta, Diego advirtió que estaban ingresando por una pequeña ensenada que ya mostraba su belleza tropical bajo el tenue resplandor de la incipiente luminosidad matutina. Cuando el buque estuvo cerca de una playa solitaria, colocaron a Diego sobre un bote, siendo vigilado por el amenazante sujeto que tenía el enorme cuchillo y el pérfido capitán Cantero, quienes lo llevaron hasta la pacífica playa haciéndolo remar de espaldas a ellos.

—Por lo menos deberían decirme dónde estamos —dijo Diego Hernando.

—Eso lo averiguarás por tu cuenta, peruanito..., aunque tal vez no tengas tiempo para hacerlo —manifestó el capitán con una maliciosa carcajada.

Cuando llegaron a la playa, lo arrojaron sobre la arena junto con sus pertenencias, alejándose inmediatamente del lugar. Extrañamente, habían apagado todas las luces del buque, pretendiendo no llamar la atención de entidades que se ocultarían tras la espesura de la vegetación.

—¡Canallas de mierda! —gritó Diego a todo pulmón, enneguecido por la furia.

—¡Dicen que algunas son de cal y otras son de arena, pues a ver cómo te va con la arena en abundancia! —le replicó burlonamente el capitán Cantero. Después de eso solo se escuchaban sus risotadas que poco a poco el viento y la distancia iban apagando.

Arrodillado sobre la blanca arena, Diego no salía del aturdimiento que lo postraba, mientras su mirada se mantenía fija en el barco que se alejaba, repitiendo en voz baja: «¿Por

qué a mí?... ¿Por qué a mí?»... «Pero sigo con vida, después de todo». A su mente le vinieron las advertencias de Humberto y Margarita, la confiada voz de Toquicho, los preocupados rostros de don Alfonso, la Sra. María Jesús y Juan Carlos. De pronto, recapacitó ante un súbito ventarrón que acompañaba a la mañanera brisa marina, como si la naturaleza estuviera tratando de despabilarlo, de alejarlo de ese estado apesadumbrado.

Diego reaccionó, él sabía que podía enfrentarse a las situaciones más difíciles. Cogió su inseparable mochila impermeable y el pequeño maletín, colgándolos sobre su espalda, a la vez que ubicaba la colina más alta del lugar, a la cual tendría que ascender para determinar dónde se encontraba, presumiendo que lo habían dejado abandonado en alguna isla del Caribe.

Llegar a la colina y empezar a ascenderla le tomó algunas horas, lo que se le dificultaba debido a la espesura de la vegetación, pero no tenía alternativa.

Cuando se encontraba a media distancia de la cima, se tropezó y cayó al suelo, percatándose del macabro obstáculo que lo detuvo: un cadáver esquelético que aún mostraba partes de su peludo cuero cabelludo y un ropaje podrido y descolorido. De un sobresalto felino quedó recostado sobre un árbol, quedándose petrificado, observando estáticamente aquel hallazgo asqueroso y nauseabundo, notando además el orificio de bala que el malogrado sujeto tenía en la frente. Aunque por un momento se imaginó que ese desgraciado bien podría ser alguno de los individuos que el capitán Cantero habría abandonado en el lugar, tomó aquel encuentro como una advertencia del mayor cuidado que tendría que guardar.

Después del mediodía llegó a la cima de la colina, desde donde pudo divisar el océano Atlántico por un lado y, por el

otro, un extenso y verde panorama boscoso. Aquello revelaba que se encontraba en territorio continental, aunque sin poder determinar a cuál país pertenecía. En definitiva, la situación se le complicó enormemente pues sabía lo penoso que resultaría ubicar alguna población en lo enmarañado de la selva. Finalmente, tomó la decisión de ir bordeando la costa hasta toparse con una de las villas que, de hecho, existirían en las inmediaciones.

El calor era sofocante. Diego se quedó en aquel lugar, sediento y cansado, a la espera de la lluvia que la nubosidad y los vientos anunciaban. Mientras tanto, preparó un pequeño refugio entre los árboles, con ramas y hojas que lo protegieran de las copiosas gotas que se avecinaban.

Sobre el techo de su pequeño refugio formó un diminuto canal que usaría para beber el chorro de agua que permanecería en tanto durara la lluvia. El hambre apenas pudo mitigarlo con algunas galletas saladas que siempre mantenía entre sus pertenencias. Después de eso tendría que ingeniárselas para conseguir el alimento que necesitaba.

Al atardecer se quedó dormido no obstante el goteo inevitable que el improvisado refugio dejaba discurrir, tratando de controlar el problema con una delgada casaca impermeable que adquirió en Ecuador.

Al día siguiente, después de escampar, Diego fue bruscamente despertado por un sujeto que lo sacó a rastras de su refugio, jalándolo por las piernas, mientras que otro individuo lo apuntó con su fusil, colocándose en la cabeza.

—¡Debe ser un cochino espía! —vociferó el que lo sujetó.

—¡Ahorita lo mando al infierno de un solo tiro! —gritó el otro cuando ya se disponía a disparar.

—¡Maldición!, ¿qué está pasando aquí? —manifestó Diego Hernando, sin saber si ese momento era parte de la realidad o una pasmosa pesadilla.

—¿De dónde mierda eres, blanquiñoso?! —le interrogó con energía el que estaba pronto a disparar, al notar su deajo diferente.

—¡Del Perú! Pero ¿qué sucede?, ¿quiénes son ustedes? —respondió Diego terriblemente sorprendido, sin poder creer que eso le estuviera sucediendo precisamente el día de su cumpleaños.

—¡Calla la boca, nosotros hacemos las preguntas! —dijo un tercer individuo que se había acercado y que vestía uniforme verde olivo, al igual que los otros—. ¡¿Qué haces por acá?!

—He sido abandonado por un capitán que supuestamente tenía que llevarme a los Estados Unidos.

—Eso no te lo cree ni tu abuela —replicó el mismo individuo—. ¡Compañero, revísele todas sus cosas! —le indicó al que lo había sacado a rastras.

—Solamente llevo ropa... —trató de explicar cuando fue interrumpido.

—Ropa, papeles, periódicos y... un libro con su foto —dijo el examinador dejando todo desperdigado.

Después de un prolongado silencio, en que los tres sujetos revisaron la obra *Compendio del terror*, el que parecía liderar al pequeño grupo se dirigió a sus compañeros: «Que el comandante J.J. decida qué haremos con él». Luego le dio una orden a Diego: «Por ahora seguirás con vida, ¡recoge tus cosas y vámonos!».

Caminaron por algunas horas sobre los senderos fangosos de aquella selva desconocida para Diego. De rato en rato, uno de los individuos juntaba sus manos para imitar el sonido perfecto de un ave del lugar, recibiendo respuestas similares que fueron sucedidas por la aparición de otras personas, hombres y mujeres, que vestían de la misma manera y portaban armas parecidas.

El grupo fue creciendo paulatinamente hasta llegar a la media centena de personas. Diego comprendió entonces que estaba ante un contingente de guerrilleros de algún país centroamericano que no podía determinar. De pronto, entre la espesura de la selva, surgió un claro poco extenso donde se había levantado un campamento bastante bien acondicionado, con enormes carpas impermeables y vigías adecuadamente situados.

Como había sucedido durante el trayecto, los guerrilleros que estaban en el campamento también comentaron acerca de la presencia del extraño, quien fue obligado a sentarse muy cerca de la carpa donde estaba instalada la comandancia. A ella solo ingresó el que lideraba el contingente llevando las pertenencias del escritor peruano. Al cabo de unos minutos Diego fue llevado ante el comandante J.J.

—Mi comandante, aquí traigo al detenido —señaló el guerrillero.

—¡Que pase! ¡Y usted, también quédese! —ordenó.

Diego Hernando no daba crédito a lo que veía. Frente a él se encontraba erguida, en férrea posición, una enérgica mujer de unos 35 años, quien lucía una femenil simpatía que le llamó la atención a pesar de la seriedad que demostraba y no tener maquillaje en el rostro. Sus facciones amestizadas, sus rasgados ojos negros, sus cabellos oscuros amarrados de tal manera que dejaban ver una cola no muy larga, su estatura mediana y su ancha vestimenta describían de la mejor manera a aquella rebelde agraciada.

—Vayamos por partes —dijo la comandante J.J., quien se silenció por algunos segundos al ver al fornido y bien parecido Diego—. Todos los documentos señalan que es un ciudadano peruano. Siendo así, dígame ¿qué lo trae por aquí?

—La verdad, comandante, es que ni siquiera sé dónde me encuentro.

—¡Explíquese!

—Pues bien, como usted podrá notar en algunos artículos periodísticos que traigo, mi vida corre un gravísimo peligro en mi país. En mi afán de darle la espalda a la muerte, decidí viajar a los Estados Unidos, empresa en la que me encontraba hasta que un desgraciado capitán, apellidado Cantero, me dejó abandonado en una playa después de cobrarme por trasladarme desde Limón a Miami y robar mi dinero.

—Ahora sé que lo que me dice es cierto —dijo la comandante soltando una incomprensible risotada—. Ese Jacinto Cantero siempre haciendo de las suyas.

—Disculpe, pero no comprendo —señaló Diego desconcertado.

—Resulta que a Cantero lo conocemos desde hace algún tiempo. En ocasiones él traslada municiones que necesitamos para seguir combatiendo.

—No se vaya a molestar, pero me puede explicar ¿dónde estoy y de qué se trata todo esto?

—Estamos en Nicaragua, en el departamento de Zelaya, el más grande del país, muy cerca del río Prinzapolca, es decir, casi a la misma distancia de Honduras, por el norte, que de Costa Rica, por el sur.

—Debo presumir que ustedes son de la guerrilla.

—Así es, pero una guerrilla en pro de la democracia que trata de restablecer el orden y la confianza del pueblo en sus gobernantes. No como esos desalmados de su país que casi lo asesinan. Nosotros no hubiéramos actuado de esa manera.

—Pero por la forma en que me capturaron sus guerrilleros pensé que no pasaría de este día.

—Solamente trataron de amedrentarlo. De ninguna manera le hubieran hecho daño.

—Es que en la mañana de ayer me topé con un cadáver esquelético que tenía un pequeño forado en la frente...

—No, nosotros no fuimos. Lo más probable es que hayan sido los del ejército —le dijo la comandante para tranquilizarlo—. Supongo que estará hambriento.

—Hace casi dos días que no pruebo bocado.

—Pero... está fuerte como un toro —le dijo con cierta sensualidad no disimulada—. ¡Isidro! —le dijo a su segundo, quien esperaba en la entrada de la carpa— El señor se quedará en calidad de “transeúnte invitado”, facilítele alimento y ropa apropiada.

—¡Así se hará, mi comandante! —le respondió—. Sígame —le dijo con mayor suavidad a Diego.

—Le agradezco, comandante, pero eso ¿qué significa? —preguntó Diego antes de retirarse.

—Por su seguridad y la nuestra deberá acompañarnos de regreso a nuestra base de operaciones cuando hayamos terminado nuestra misión en esta región. De allí facilitaremos su ingreso a Honduras o Guatemala.

A Diego le proporcionaron un uniforme completo de la guerrilla después de que comiera opíparamente, ante las miradas y sonrisas comprensivas de los guerrilleros que lo acompañaban.

Por indicaciones de la comandante J. J., para su enorme sorpresa durante los tres días siguientes fue entrenado en el uso básico de algunas armas. Bajo aquellas circunstancias solo se limitaba a aceptar las “sugerencias” de los guerrilleros. Poco a poco se fue familiarizando con ellos, inclusive con aquellos que salían a recorrer la selva por uno o dos días.

La comandante J.J. no perdía las oportunidades que se le presentaban, o que las buscaba, para platicar con Diego Hernando, como si estuviera fascinada por su compañía; sin embargo, él no se atrevía a cortejarla por temor a una reacción imprevisible que le pudiera dificultar las cosas. De hecho, ella era la mujer más atractiva del grupo.

Por más tensa que estuviera la situación, Diego y los guerrilleros aprovechaban los instantes en que las mujeres iban a asearse a los riachuelos cercanos para intercambiar bromas eróticas al respecto; después de todo, aun entre las batallas, la libido mantenía su presencia natural.

Un día, muy temprano por la mañana, la comandante J.J. pasó revista al contingente completo, y luego procedieron a levantar el campamento.

Durante un día completo, entre lluvias copiosas y escampadas calurosas, estuvieron caminando entre trochas que apenas se percibían o caminos que abrían en la selva virgen, hasta llegar a un pequeño villorrio que estaba bajo la tutela de las fuerzas guerrilleras.

Fue ahí donde Diego y la comandante J.J. afianzaron una amistad que parecía estar llegando a la intimidad.

Una buena tarde Diego visitó a la comandante J.J., quien estaba escribiendo el informe sobre la misión realizada. Ella se hospedaba en una menuda cabaña de madera que había acondicionado de una forma bastante sencilla, pero muy agradable.

—Adelante, Diego. Espérame unos minutos —le dijo la comandante, tuteándolo como venía haciéndolo desde hacía varios días.

Él estaba interesado en saber, con mayor detalle, cuándo y de qué manera saldría del territorio nicaragüense. Cuando estuvieron sentados, uno frente al otro, iniciaron un diálogo que derivaría en un hecho impresionante.

—Comandante... —dijo, siendo interrumpido inmediatamente.

—Vamos, Diego, deja a un lado los formalismos, tutéame y si prefieres... dime Josefina —dijo con una sonrisa sensual y una mirada vivaz que habían permanecido ocultas tras la jerarquía miliciana.

—¿Josefina? —preguntó él con extrañeza.

—Me llamo Josefina Juárez. De las iniciales surgió mi nombre de campaña. ¿Te agrada? —le preguntó mientras se mordía el labio inferior con mucha suavidad.

—Me parece muy femenino y... sensual —respondió pausadamente Diego, dejándose seducir por la atrevida Josefina.

—Y yo, ¿te agrado? —preguntó Josefina a la vez que recorría con la lengua sus humedecidos labios.

—Negarlo sería como negar mi propia existencia —señaló, aceptando las insinuaciones de la rijosa guerrillera.

—Quédate, Diego, y participa de nuestra revolución —le dijo suavemente.

—Eso es imposible, Josefina... Yo solamente soy un ave de paso.

—Entonces... déjame ser tu nido de paso —le dijo ella sin detener su acercamiento facial hasta besarlo con delicadeza en los labios.

Dejándose besar, dejándose seducir por aquel irresistible atrevimiento, Diego puso sus manos ardientes sobre las rodillas de Josefina, acariciándole luego los bellos muslos que todavía ocultaba bajo los pantalones, levantándose de la silla, sin soltarla, alzándola mientras se aferraba a su cintura, deslizándose sus dedos para manosearle los túrgidos pechos sobre la ropa. La despojó de su uniforme con lentitud, mientras ella hacía lo mismo con él, sin dejar de lanzar gemidos excitantes. De la tibia desnudez de Josefina brotaba un fresco y agradable aroma, como si se hubiera preparado especialmente para aquel encuentro amoroso. Entre besos, suspiros y caricias se dirigieron hasta el pequeño dormitorio donde había un catre con un colchón delgado, sobre el cual se amaron con un desbordante furor que lindaba con el frenesí, tal vez porque ambos no habían tenido un contacto tan íntimo desde hacía algún tiempo.

—¡Ay, Diego!, has logrado que me sienta una mujer apasionada nuevamente. Estaba hastiada de ser solamente la estricta comandante que tiene que dar órdenes, muchas veces a machistas recalcitrantes, teniendo que ocultar, tras la jerarquía, todo lo que una mujer quisiera ofrecer o mostrar. Aunque no me arrepiento de lo que hago, a veces deseaba fervientemente cambiar las armas por la coquetería, el uniforme por un vestido escotado, el sudor del rostro por un poco de maquillaje, la autoridad por un hombre que me protegiera y diera su calor. Ahora sé que todo eso algún día será otra vez realidad. Tú has hecho renacer en mí esa esperanza, aunque no seas quien me acompañe a experimentarla.

—Mi destino está en el norte, Josefina, lo presiento. Tu destino está al lado del pueblo que te necesita. Ambos debemos seguir esos caminos. Por ahora son nuestras únicas alternativas.

—Sí, Diego, creo que estás en lo cierto.

—¿Hasta cuándo nos quedaremos en este lugar, Josefina?

—En dos días partiremos hacia nuestra base en el río Coco, en la frontera con Honduras. Desde allí, como te prometí, te ayudaremos para que continúes con tu viaje..., aunque me pese dejarte ir.

—Tal vez algún día nos veamos de nuevo.

—Diego... —dijo Josefina, quedando en silencio.

—Diga, mi comandante —manifestó él, tratando de alegrar el rostro de su compañera que se estaba entristeciendo.

—¿Te quedarás conmigo estos dos días que faltan?

—Por supuesto que sí. Estaba esperando que me lo pidieras, porque yo también lo deseo.

Repitieron sus impetuosos encuentros amorosos tanto en lo que quedó de aquella noche apasionada, como en los momentos en que las obligaciones se lo permitieron a Josefina, sin que nadie se atreviera a cuestionarla.

Cuando llegó el momento de la partida, se habían enfilado una docena de vehículos, entre carros destechados y camiones que transportaban a un numeroso grupo de guerrilleros y sus pertrechos militares. Por lo menos tardarían tres días en llegar a su base norteña, ya que en las dos noches siguientes pernoctarían en villas indígenas.

Para Diego era una experiencia sobrecogedora formar parte de ese convoy miliciano. Él se sentaba en el tercer vehículo de la hilera motorizada, que compartía con Josefina, otros dos jefes rebeldes y el chofer. Ellos le explicaron que ocupaban el tercer lugar por medidas de seguridad si en caso eran atacados, posibilidad que bajo aquellas circunstancias no eran remotas.

El rugir de los motores llamaba poderosamente la atención de los nativos de las zonas que atravesaban, quienes se quedaban mirándolos o saludándolos a su paso, lejos de escapar asustados. A esas alturas del viaje el intelectual sudamericano tenía el aspecto de un auténtico guerrillero nicaragüense, no solo por el uniforme que vestía, sino también por el fusil que le habían dado y que podía usar con cierta destreza.

El primer día transcurrió sin mayores sobresaltos, salvo por las dificultades generadas por la lluvia que duró algunas horas. La noche se mantuvo clara y todos pudieron descansar sin problemas en la pintoresca aldea, alumbrada magníficamente por el fulgor impresionante de la luna llena.

Al día siguiente reiniciaron la travesía poco después del amanecer. Diego imploraba al cielo porque ese segundo día transcurriera tan pacíficamente como el primero. Él estaba viviendo momentos tal vez tan angustiantes como los que padeció en el Perú.

Después del mediodía, cuando se disponían a hacer un alto necesario, Diego fue remecido por escalofríos inusitados y

preocupantes. Pocos instantes después fueron sobresaltados por una estrepitosa explosión que hizo volar por los aires al primero de los vehículos, mutilando horriblemente los cuerpos de sus ocupantes. Casi al mismo tiempo se escucharon numerosos disparos provenientes de la espesura de la selva. Habían sido emboscados por las fuerzas regulares del ejército. En cuestión de segundos casi todos los guerrilleros se parapetaron detrás de los árboles más cercanos, complicándose la situación porque el fuego provenía de ambos lados.

Diego no se separó de Josefina, pretendiendo salvar su vida merced a la experiencia de su compañera, sin animarse a hacer ni un solo disparo en una guerra que no era la suya, pero estaba dispuesto a hacerlo si de ello dependiera su existencia. Luego de algunos minutos de encarnizado desafuero, un momentáneo alto al fuego silenció el ambiente selvático, sin escucharse tampoco el sonido de las aves que antes los habían acompañado. Josefina solo atinaba a observar y escuchar a Diego, que una y otra vez repetía: «¡¿Qué hago en Chincha?!... ¡¿Qué hago en Chincha?!», sin entender a qué se refería, preocupada de que estuviera perdiendo la razón ante esa aterradora experiencia.

Después la descarga cerrada de tiros prosiguió y se prolongó por un tiempo indeterminado, siendo muchas las bajas guerrilleras y pocos los soldados que caían inertes desde las copas de los árboles.

De repente sucedió algo muy extraño. Cuando ya perdían la esperanza de sobrevivir, los efectivos del ejército fueron diezmados por una fuerza oculta que los atacó por detrás. Al percatarse de lo que sucedía, los soldados que estaban en tierra avanzaron sobre los maltrechos guerrilleros, pretendiendo huir por ese lado más debilitado. Entonces Diego disparó sobre uno que tenía intenciones de liquidarlo, derribándolo al herirlo en las piernas. Un instante después, el soldado

fallecía fulminado por una bala disparada por Josefina, quien se percató que ese sujeto estaba pronto a meterle un tiro a Diego. Al cabo de un rato no quedó un soldado vivo, de los cincuenta que aproximadamente arremetieron contra los rebeldes.

Los revolucionarios sobrevivientes y Diego muy pronto vieron un contingente de indios misquitos, también alzados en armas, que se acercaron para brindarles ayuda después de sacarles de encima a la hueste enemiga. El peruano no daba crédito a la asombrosa manera en que habían superado aquella escalofriante situación. En esa fatídica incursión perdieron la vida la mitad de los ciento cuarenta rebeldes, es decir, hasta ese momento, Diego había salido airoso del 50% de probabilidades que tenía de sobrevivir.

Restablecidos de la batalla continuaron su camino hacia el norte, sabiendo que si eran nuevamente atacados difícilmente saldrían con vida. Los combatientes muertos que quedaron esparcidos serían sepultados por los indios misquitos que los socorrieron.

Bastante tarde, por la noche, llegaron a la segunda población donde pernoctarían por última vez antes de llegar a su base principal. Josefina no tardó en hacerle una pregunta a Diego cuando se encontraban mirando hacia el disco lunar en una actitud bastante reflexiva.

—Diego, cuando estábamos siendo atacados tú no dejabas de preguntar... ¿Qué hago en Chincha? ¿A qué te referías?

—¡Ah! —exclamó sonriendo—. Esa frase la usamos los peruanos cuando nos sentimos fuera de lugar. Te lo voy a explicar. Chincha es una bella ciudad rural de la costa del Perú, al sur de Lima, que se caracteriza por tener una gran población afroamericana. Todo empezó cuando un hombre de raza negra le preguntó a Dios: «Señor, ¿por qué me has creado con esta piel tan oscura y el cabello tan ensortijado?»;

recibiendo como respuesta: «Porque en África el calor del Sol es infernal y necesitas estar bien protegido»; a lo que el humano agregó: «¿Y por qué tengo estas manos y estos pies tan grandes y fuertes?»; señalando el Señor: «Porque en el África requieres de buenas condiciones para cazar y sobrevivir»; a lo que el hombre de color exclamó con extrañeza: «Entonces, ¿qué hago en Chincha?!» —Diego soltó una carcajada—. Y como en Chincha las condiciones geográficas no ameritan tener semejantes facultades, entonces aquel hombre sencillamente se sentía fuera de lugar.

Aunque Josefina estaba dolida por la pérdida de sus compañeros, no pudo evitar soltar una corta risotada ante la ocurrencia peruana. Luego de algunos segundos ambos se quedaron mirando en silencio para terminar estrechados por un fuerte abrazo que durante todo el día habían necesitado.

En la mañana del día siguiente se desató una tormenta tan fuerte que tuvieron que aplazar su salida por veinticuatro horas más. Ese temporal permitió que Diego y Josefina se amaran por última vez.

Muy temprano, en la madrugada, el contingente guerrillero, bajo el mando de la comandante J. J., partió de ese diminuto poblado con la seguridad de que no serían atacados nuevamente pues estaban en un territorio totalmente dominado por ellos.

Al cabo de ocho horas llegaron al campamento más importante que tenían. Estaba ubicado en las márgenes del río Coco, el cual constituye la frontera entre Nicaragua y Honduras. Todos los recibieron con muestras de apoyo y manifestaciones de júbilo.

Diego Hernando se quedó bastante sorprendido por ese campamento de miles de combatientes que vestían uniformes de camuflaje, ya que más parecía una ciudadela floreciente en medio de la selva. No tardó en ser presentado ante

jefaturas superiores que aceptaron de buena gana el apoyo que se le podía brindar.

Permaneció en el campamento una semana, al término de la cual se despidió muy brevemente de Josefina, siendo luego trasladado a Puerto Lempira, en territorio hondureño, donde realizaría los contactos necesarios para viajar a la vecina Guatemala.

Capítulo 13

Una gringa en Guatemala

Diego Hernando llegó a Puerto Lempira acompañado de dos rebeldes nicaragüenses vestidos de civil. En el muelle se contactaron con Rosendo Aguilar, capitán del navío mercante *Don Facundo*, quien aceptó llevarlo a Guatemala gracias a las recomendaciones que le hicieron sus amigos de Nicaragua. Le cobraría 100 dólares por dejarlo en Puerto Barrios, alejado del asedio de las autoridades portuarias guatemaltecas puesto que no tenía vigente su visa para ingresar a ese país.

Durante los tres días que permaneció en ese lugar, prácticamente se mantuvo dentro del navío, relajándose después de su turbulenta estadía en Nicaragua, reflexionando sobre su porvenir, analizando los próximos pasos que tendría que dar, recordando a su familia y a su país, sin dejarse vencer ante las circunstancias que no había elegido, pero a las que había enfrentado.

Cuando se encontraba sobre la cubierta del barco, dejando que su mirada se perdiera en la inmensidad de la selva, recordó la maravillosa realidad de la Amazonía peruana que él conocía muy bien. Había navegado sobre las aguas del grandioso río Amazonas, que no solo es el más caudaloso del orbe, con la quinta parte de las aguas dulces del planeta, sino también el más largo, pues tiene una longitud de 7062 kilómetros. Desde allí había disfrutado a plenitud del paisaje selvático y observado a las tribus ribereñas en sus cotidianas labores. Desde sus riberas realizó impresionantes caminatas a través de la selva, no solo para sentir próxima su fauna y flora, sino también para tener un contacto personal con las comunidades indígenas Yaguas y Boras, cuyas gentes son

amigables, inteligentes y creativas, quedando en el recuerdo el otrora canibalismo practicado por los Boras.

En algunas ocasiones el canto melodioso de las entrañas de la selva se silenciaba ante el estruendo de las tormentas tropicales. Sin embargo, le resultaba gratificante y espectacular sentir la copiosa lluvia y la furia de los rayos, truenos y relámpagos, acompañados del sonido mágico de los numerosos tambores que le añadían al ambiente una nota fascinante y muy tranquilizadora.

Bajo ese panorama selvático del Perú su espíritu se regocijaba gratamente al admirar parte de las numerosas especies de animales y plantas. Pero Diego recordaba mucho más de la enorme zona boscosa de su país, que abarca el 60% del territorio peruano, con casi 700 000 kilómetros cuadrados de junglas. Había visitado el gran lago Yarinacocha, cerca de la ciudad de Pucallpa, en cuya cercanía viven desde hace más de 2200 años los famosos indios Shipibo, quienes sobresalen por ser excelentes ceramistas y porque se basan en un sistema social matriarcal. También recorrió parte de la Reserva de Tambopata, ubicada al sudeste del Perú, en el departamento de Madre de Dios, que cuenta con 5500 hectáreas de extensión, en donde se alberga una fauna impresionante: solo el importante lago Cocococha cuenta con una de las más abundantes de Sudamérica, pues en esta reserva existen casi 600 especies de aves, 1200 especies de mariposas y 150 de libélulas.

Lo que más llamó su atención fue el Parque Nacional del Manú, hogar de los indios Machiguenga. Constituye la mayor parte de la Reserva de la Biósfera del Manú, con casi 2 millones de hectáreas. Esta zona es uno de los tesoros naturales más preciados del Perú y del mundo. En ella se encuentra la flora y fauna más rica del planeta. Se calcula que allí existen más de 1000 especies de aves, 200 de mamíferos,

numerosas especies de peces aún no determinadas, más de un millón de especies de insectos y otros invertebrados, y 5000 especies de plantas con flores, con la posibilidad de que la décima parte de todas las especies de plantas sean nuevas para la ciencia. Además, en cada hectárea se pueden encontrar más de 250 clases de árboles. El Parque Nacional del Manú es reconocido por los investigadores como una reserva tropical de importancia trascendental para estudios científicos a largo plazo..., una verdadera joya de la naturaleza.

Desde esa posición expectante y meditativa, Diego abrigaba la esperanza de que todo el conjunto de especies naturales del mundo, animales y plantas, conocido con el nombre de Biodiversidad o Diversidad Biológica, se viera fortalecido y no afectado por la peligrosa presencia depredadora del hombre. Era sabido que en las últimas décadas se habían destruido bosques que ocuparían el territorio de los Estados Unidos de América. Este proceso de desertificación creciente no parecía estar disminuyendo, calculándose que cada año se destruyen 17 millones de hectáreas aproximadamente, lo que estaría limitando el equilibrio ecológico.

Pero no podía olvidar que la selva peruana se había convertido en el centro de operaciones de narcotraficantes y guerrilleros, principalmente en la zona conocida como el Alto Huallaga. El Perú se había convertido en el principal productor de hojas de coca y de cocaína en el mundo. Algunas cifras señalaban que allí se producía el 80% de esa nefasta droga. Al igual que en Bolivia, se estimaba que solamente entre el 20% y el 30% de la producción de hojas de coca se destinaba al comercio legal. Para los campesinos peruanos, que se dedican a la siembra ilegal de coca, esa era la única alternativa que les permitía sobrevivir en un país donde las dificultades lindaban con la desesperación. Por otro lado, resultaba sumamente difícil erradicar o sustituir el

cultivo de esa planta de uso ancestral, pues se había convertido en un producto básico para millones de indígenas andinos, quienes la consumían para superar las condiciones climáticas y los medios geográficos.

Al mediodía del tercer día zarparon de Puerto Lempira, que estaba enclavado en la laguna de Caratasca del departamento Gracias a Dios. Al atravesar la enorme laguna tuvieron que sortear algunos canales hasta que desembocaron en el mar Caribe por la única salida existente.

El capitán Rosendo Aguilar era un tipo larguirucho, cincuentón, de ojos menudos, mandíbula pronunciada y bigotes pequeños. Como casi todos los capitanes, siempre llevaba puesta una gorra clásica en ellos. Aunque nunca se reía a carcajadas, procuraba mantener una sonrisa amable, acorde con su buen carácter. Le gustaba confiar en la gente, lo que demostró al no exigirle a Diego el pago por adelantado. Su afabilidad también se reflejó en la tripulación de su navío que se veía sana, trabajadora y amigable, y dispuesta a colaborar en bien del bienestar común.

Los marineros, al saber que tenían por pasajero a un escritor peruano, le proporcionaron varias revistas de temas marinos que no solamente lo entretenían, sino que aumentaban su bagaje de conocimientos. En una de ellas leyó, con asombro y expectación, la historia de unos polizones que fueron descubiertos en su clandestinidad cuando estaban en alta mar, siendo abandonados, uno por uno, en destartaladas balsas de madera en medio del peligroso océano, a merced del oleaje furioso y de los acechantes tiburones, sin más compañía que una botella de agua dulce. El autor del artículo, que guardaba el anonimato, demostró los hechos con fotografías que había tomado furtivamente. Aquellas imágenes coincidían con las recomendaciones que los marineros colombianos le dieron cuando se dirigió a San Andrés. Felizmente,

esa macabra idea no se le ocurrió al capitán Cantero, quien lo abandonó en la costa de Nicaragua.

Para suerte de todos, la travesía fue bastante tranquila. Borearon la costa de Honduras hasta que llegaron a la bahía de Amatique, en uno de cuyos extremos se halla el importante Puerto Barrios. Como arribaron al anochecer, luego de varios días de recorrido, prefirieron esperar hasta el día posterior para encaminar a Diego por el siguiente tramo de su odisea hacia algún punto de la frontera con México.

En la mañana el acomedido capitán Rosendo Aguilar lo condujo a un tumultuoso barrio, donde un conocido suyo, experto falsificador, le cambió la fecha que lo autorizaba a ingresar a Guatemala en la visa que se le había otorgado en San Andrés, siendo tan perfecta la transformación que Diego no podía notar la diferencia, pagando por el servicio la suma de 25 dólares. Poco después se dirigieron a la Oficina Central de Inmigración de esa localidad, donde un amigo del capitán, a cambio de nada, le selló el ingreso al país. Toda esa gestión fue producto de una iniciativa personal del diligente capitán, quien no deseaba que ese joven y emprendedor peruano pasara mayores dificultades, sobre todo en ese país donde la guerra civil continuaba sin visos de solución.

Hasta ese momento él no había sido enterado de la forma tan sorprendente en que sería ayudado. Y sin que aquello fuera todo, fue llevado a la estación del tren ya que había decidido viajar a la capital guatemalteca. Pero antes, para cerrar con broche de oro todas sus atenciones, el solícito hombre de mar le cambió algunos dólares por quetzales, la moneda nacional.

El trayecto de poco menos de 300 kilómetros demoró algunas horas por las numerosas paradas que efectuaron en los incontables pueblos de los departamentos de Izabal, Zacapa, El Progreso y Guatemala. A pesar de la imperante situación

de emergencia que vivía el pequeño país centroamericano, a Diego solamente le exigieron que mostrara sus documentos al partir de Puerto Barrios, en la ciudad de Zacapa y al llegar a la capital de la nación.

A diferencia de los otros lugares que había visitado durante su periplo, él se percató inmediatamente de la gran pobreza de la gente. Las ciudades no eran precisamente ejemplos de modernidad, pero resultaban encantadoras por el tradicional aspecto que mostraban.

Por considerarlo conveniente, Diego Hernando se hospedó en un céntrico y económico hotel de la ciudad de Guatemala.

Desde los ventanales de su habitación, en un hecho común de casi todas las ciudades que había visitado, nuevamente observó a numerosos niños que pugnaban por congraciarse con los peatones y automovilistas. Él se lamentaba de la situación de abandono que padecían millones de niños en Latinoamérica, porque de su integridad física y moral podía depender el futuro de sus naciones.

Al segundo día de su estadía en esa capital, cuando se encontraba deambulando por la plaza principal, escuchó el sonido inconfundible de una quena que era tocada armoniosamente. Al acercarse a un grupo de personas que rodeaban al gestor de la melodiosa música peruana, descubrió a una joven y rubia mujer que tenía toda la pinta de una aventurera estadounidense. Su cabello, largo y algo desaliñado, prácticamente le cubría el rostro mientras tocaba el instrumento indígena; tenía puestos collares y pulseras artesanales; vestía un conjunto vaquero celeste nevado, y calzaba un desgastado par de botines negros. Cuando terminó de tocar, se escucharon algunos aplausos del público improvisado, y fueron dispersándose tan rápido como se aglomeraron. Diego fue el único espectador que se quedó admirándola cuando quedó en silencio.

—¿De dónde eres? —le preguntó a la joven mujer.

—De los Estados Unidos —respondió ella en un castellano bastante bueno—. ¿Y tú?, no eres de Guatemala, ¿verdad?

—No, soy peruano, y como tal me quedé escuchándote. Realmente tocas muy bien la quena. Además, hablas el castellano casi perfectamente.

—Esa es la ventaja de ser hija de diplomático. He vivido muchos años en países latinoamericanos, y desde un principio me sentí atraída por su cultura milenaria, por el caluroso trato de su gente, por su geografía. Nunca desperdicio las oportunidades que tengo para venir a estas tierras, inclusive sola, como ahora.

—Bueno, ya somos dos los viajeros solitarios —dijo Diego—. ¿Cómo te llamas?

—Susan Lakeberg, ¿y tú?

—Diego Hernando.

—Tu aspecto no es muy peruano que digamos.

—Bueno, tengo un mestizaje poco pronunciado, pero me siento muy peruano y profundamente vinculado a la tierra que me vio nacer. El Perú se deja querer a pesar de sus tremendas dificultades, y ahora que te oí tocar de repente fui sacudido por esa nostalgia que produce escalofríos.

—¿Y qué te trae por acá? —le preguntó Susan.

—Es una historia muy larga. Vayamos a almorzar mientras te la voy contando.

La norteamericana aceptó de buen grado la compañía de Diego. Ella era de su misma edad; su físico delgado, pero agradable, mostraba un rostro vivaz con pequeños ojos celestes y una menuda sonrisa, y su estatura mediana la colocaba a la altura de sus hombros.

Hasta el anochecer estuvieron paseando por esa ciudad, la más grande y moderna del país. Recorrieron barrios de estilo colonial y también algunos otros que se destacaban por su

modernismo. Ella se quedó sorprendida por la fascinante historia de Diego, sobre todo cuando él le mostró los recortes que tenía en el hotel donde se hospedaba.

—Diego —le dijo cuando estaban en su habitación, dejando transcurrir una pausa no muy prolongada—, ¿te gustaría acompañarme a mi hotel? Está muy cerca de aquí. De esa manera ambos nos ahorraremos algún dinero y también... podremos platicar mucho más —terminó diciendo a la vez que se sonrió con vivacidad.

—Me parece una magnífica idea —le respondió con la misma picardía.

Estando ahí, Diego se echó sobre una de las camas de la habitación para descansar, mientras que Susan se sentó sobre la otra para tocar algunas bellas melodías incaicas.

—Bueno —dijo ella—, basta de música por hoy. Me voy a dar un largo duchazo.

—Yo también necesito un buen baño —dijo Diego.

En el momento en que Susan se disponía a entrar al cuarto de baño, ella se volteó provocativamente, con la liberalidad que la caracterizaba.

—Entonces... bañémonos juntos —le dijo guiñándole un ojo.

—Es la mejor propuesta que recibo en mucho tiempo —señaló Diego mientras se dirigía hacia ella.

Sin cerrar la puerta, se desvistieron lentamente, hasta quedar atrapados bajo el chorro de agua tibia y la magnífica sensación de ser jabonados suavemente, el uno al otro, recorriéndose los cuerpos resbaladizos, con la mutua complacencia generada, sin discontinuar los besos mojados, ni las caricias, ni las risotadas que el cosquilleo les producía. Sin secarse, con las gotas de agua que les discurrían por sus cuerpos, Diego la levantó, poniendo las piernas de ella alrededor de su cintura, mientras que Susan le sujetaba el cuello con

los brazos extendidos. Mirándose a los ojos fijamente, la llevó, despacio, hasta posarla sobre una de las camas. Con la previsión necesaria, y adelantándose a Diego, Susan colocó un preservativo en el agraciado miembro viril de su compañero. Después se amaron con entusiasmo, entre mordiscos y abrazos sensuales.

La noche transcurrió entre ensueños y despertadas amorosas, entre el silencio y la planificación de sus próximas actividades. Finalmente, decidieron estar juntos mientras durara su permanencia en Guatemala ya que Susan viajaría después a Honduras, siendo su último destino la ciudad de Caracas, en Venezuela, donde residían sus padres.

Dos días después se dirigieron a la hermosa ciudad de Antigua Guatemala, también llamada La Antigua, ubicada en el departamento de Sacatepéquez, que fuera la capital del país entre 1543 y 1773. A una altura similar a la capital actual, es decir, a casi 1500 metros sobre el nivel del mar, está rodeada de maravillosas montañas, verdecidas por la vegetación tropical, y por tres impresionantes volcanes que la engalanan en forma especialísima.

Ni bien bajaron del ómnibus en que habían viajado, tomaron un transporte local para dirigirse al centro de la ciudad. Se tuvieron que sentar en lugares diferentes, no sin antes notar que los pasajeros los siguieron con sus miradas, algo sorprendidos por su entusiasmo de nuevos visitantes.

—¿De paso por Antigua? —le preguntó a Diego el joven que se sentaba a su lado.

—Sí, así es —le respondió—. ¡Qué ciudad tan acogedora!

—Ya lo creo, es un orgullo para nosotros.

—No hace mucho que hemos llegado, y estamos un poco desorientados. Viajamos con poco dinero, por lo que necesitamos hospedarnos en un lugar bueno, bonito y barato. ¿Nos podrías recomendar alguno cerca del centro?

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse?

—Por lo menos una semana.

—Mira, mi casa es grande, y ocasionalmente rentamos las habitaciones que no usamos. Por 20 dólares a la semana, cada uno, podrán disponer de cuarto y desayuno todos los días. De hecho, no van a encontrar nada más cómodo en ninguna otra parte.

—Vayamos a tu casa, entonces —dijo Diego en señal de asentimiento.

Después se presentaron. Jesús Hurtado era el nombre de ese joven ladino, que es el término con que se conoce en Guatemala a los mestizos y que constituyen más de la mitad de la población. Él estudiaba medicina y estaba próximo a graduarse.

Cuando llegaron a su casa, encontraron a toda la familia a punto de almorzar, reunión favorecida porque era sábado no laborable. Fueron recibidos con bastante simpatía por esa familia de guatemaltecos trabajadores. Su padre, Armando Hurtado, era doctor en medicina general; su madre, Matilde, se desempeñaba como profesora de historia en una escuela local; sus hermanos Julián y Abelardo, estudiaban administración de empresas. Uno iba en pos del bachillerato, y el otro del post grado. Ambos estaban asociados y dirigían una pequeña ferretería; sus hermanas Mónica y Liliana todavía estudiaban en la escuela, precisamente donde su madre enseñaba.

Esa misma noche, durante la cena, Diego Hernando puso al corriente de su situación a esa familia católica, tanto acerca de los motivos por los que salió del Perú, como de sus intenciones futuras. Ellos inmediatamente se identificaron con su huésped porque también les había tocado ser testigos de serios problemas generados por la dantesca guerra civil en Guatemala.

Después de acostarse, Diego y Susan hicieron el amor nuevamente, escenas que se repetirían siempre que las circunstancias lo permitieran.

Al día siguiente la pareja de visitantes y la familia Hurtado en pleno fueron a un templo católico cercano de hermoso estilo colonial, el que había sido reconstruido en varias ocasiones debido a los innumerables terremotos que habían asolado esa pintoresca ciudad. Precisamente, la constancia de los movimientos telúricos, entre otras razones, fueron las causantes de que la capital de la nación fuera trasladada a otra zona.

Después de la misa se dirigieron a lo alto de una pequeña colina, coronada por una gran cruz, desde donde divisaron la ciudad en toda su magnitud: sus calles y avenidas con poco tráfico vehicular; sus hermosas iglesias, balcones y casas que mostraban su bella arquitectura colonial; su plaza de armas, embellecida por su parque central y por un antiguo pórtico con medio centenar de arcadas; su paisaje sobrecogedor, con montañas, volcanes, y una alfombra boscosa, totalmente verde, que cubría el valle magníficamente; y sus construcciones modernas que contrastaban con otras semiderruidas por los destructores sismos. Ese panorama fulguraba por el soleado día, mientras los absortos espectadores se regocijaban con las notas musicales que brotaban de la quena de Susan, quien tocaba los compases de *El cóndor pasa*, una de las canciones peruanas más bellas y conocidas. Diego Hernando disfrutaba más de todo ello, y no era difícil suponer que su mente se hubiera trasladado a la ciudad de Arequipa, por lo menos para acompañar con sus pensamientos a sus alejados familiares.

Pocos días después, el 12 de octubre, celebraron el aniversario del descubrimiento de América por los españoles. Aunque muchos festejaron ese controversial acontecimiento que

cambió la visión del mundo y el futuro del continente “descubierto”, hubo otros que se lamentaban por sus consecuencias. Diego sabía que aquel “encuentro de dos mundos” significó la discontinuidad de algunas de las culturas más fabulosas del planeta, y tal vez el principio de muchos de los problemas y otros tantos aciertos de los que ahora padecemos o disfrutamos en Latinoamérica. Pero también sabía que dio origen al intercambio de importantes y numerosos recursos, y al nacimiento de naciones pujantes y progresistas, como los Estados Unidos, convertido en el país más desarrollado del orbe y refugio de millones de hispanoamericanos e inmigrantes de todos los rincones de la Tierra, quienes también ansían desarrollarse y vivir con dignidad y seguridad. No le cabía la menor duda de que se trató de un trascendental acontecimiento, por lo tanto, prefería recordarlo sin odio alguno, aceptando que las intenciones de Cristóbal Colón fueron loables en su tiempo. De ninguna manera podía culpar a la gente del presente por los actos miserables de los conquistadores del pasado. Además, estaba convencido de que nunca es tarde para hacer algo en favor de la unificación de criterios positivos, y presentía que los hispanoamericanos hallarían el camino para lograrlo.

Diego y Susan se sentían tan bien en Antigua Guatemala que tenían dificultad para decidir cuándo partirían de ahí. Estaban tan complacidos por la compañía de la familia Hurtado y por los deliciosos potajes que preparaba la señora Matilde que por momentos deseaban prolongar su estadía. Sin embargo, se anteponian el poco dinero que poseían y el largo trayecto que les quedaba por recorrer.

Una noche en amena tertulia surgió de pronto una sabia recomendación del doctor Armando Hurtado, quien le dijo a Diego que no le parecía conveniente que precipitara su ingreso a los Estados Unidos en esos últimos meses del año ni

en los primeros del siguiente, debido al clima frío del invierno norteamericano, sugiriéndole que se quedara con ellos algún tiempo más. Él estuvo de acuerdo y Susan quedó encantada con la idea. Además, a ella no le esperaban obligaciones mayores que pudieran impedir quedarse con él. No obstante la lógica recomendación, quedaba por dilucidar la manera en que generarían ingresos económicos, pues de lo contrario tendrían que seguir adelante con sus planes, a pesar de las inclemencias del clima norteño.

La solución ya la tenía el doctor Hurtado, previendo la aceptación de Diego. Podrían trabajar en la culminación de un nuevo templo católico, por lo que les pagarían 40 dólares a la semana a cada uno. Por otro lado, les rebajarían el monto que les cobraban por la pensión a solo 15 dólares semanales. De esa manera les quedaría la diferencia para otros gastos que necesitarían al viajar. Aunque no era una cantidad muy elevada, ellos aceptaron con entusiasmo el ofrecimiento, agradecidos por el interés del doctor Hurtado.

Las semanas transcurrieron entre los trabajos del templo, los paseos por la ciudad y alrededores, los descansos apacibles, la música latinoamericana que Susan tocaba con la quena, las amorosas noches en su habitación acogedora, y el calor de un hogar que siempre se extraña.

El último jueves de noviembre, Susan se esmeró en preparar una cena deliciosa tal cual la preparaban en su casa todos los años, consistente básicamente en un jugoso y apetitoso pavo relleno asado al horno, puré de papas con salsa de carne, camote al horno con malvavisco, salsa de manzana y el infaltable maíz sancochado, siendo esa la mejor manera de demostrar su agradecimiento a la familia Hurtado.

Después de bendecir los alimentos antes de cenar, como siempre lo hacían, la señora Matilde inició el diálogo con una lógica curiosidad.

—Susan, ¿por qué elegiste este día para ofrecernos esta estupenda comida?

—Verá, señora Matilde. En mi país celebramos el cuarto jueves de noviembre de cada año el *Día de Acción de Gracias*. En este día tan particular compartimos en cada hogar las gracias que elevamos a Dios por el buen año transcurrido. También es motivo de especiales muestras de afecto y de celebraciones multitudinarias que estrechan a la gente.

—¿Desde cuándo celebran el *Día de Acción de Gracias*? —preguntó el doctor Armando Hurtado.

—Es una historia muy interesante —empezó respondiendo Susan, para luego continuar hablando entre bocado y bocado—. Se sabe que el 4 de diciembre de 1619 los colonizadores ingleses que se establecieron en Charles City, Virginia, se reunieron de manera singular para agradecerle a Dios el haber culminado la difícil travesía de cruzar el océano Atlántico. Pero en realidad se reconoce que la primera celebración se llevó a cabo en Plymouth, Massachusetts, en 1621, cuando los colonizadores ingleses —conocidos como *pilgrims* en Estados Unidos, o peregrinos por su traducción al español— festejaron durante tres días las fabulosas cosechas de ese año después de haber sufrido tremendamente el año anterior. Los peregrinos invitaron a los indios del lugar en agradecimiento a las enseñanzas que les brindaron, y juntos comieron pavo, pescado, pan de maíz y otros alimentos.

—¿Y desde cuándo es fiesta nacional en los Estados Unidos? —preguntó nuevamente el doctor Hurtado.

—Bueno, durante la guerra civil, la escritora Sarah Joseph Hall convenció a Abraham Lincoln para que hiciera algo al respecto. Entonces, él proclamó el último jueves de noviembre de 1863 el *Día de Acción de Gracias*. A partir de 1941 el Congreso estadounidense reglamentó el cuarto jueves de noviembre como el día oficial de la celebración. En Canadá

se celebra el segundo lunes de octubre. Antes se le consideraba la festividad de las cosechas, ahora es un día muy especial que tiene la amplitud que les señalé al principio —explicó finalmente la joven.

Luego de aquella amena charla, continuaron disfrutando de la cena y de la complacencia de estar reunidos, sin que por ello Susan y Diego olvidaran enviar sus pensamientos a sus lejanos familiares.

Un sábado por la mañana, Diego y Susan acompañaron a la señora Matilde a comprar en el mercado local, que era parecido a muchos de los que existen en los otros países latinoamericanos, con sus puestos de madera abarrotados de mercadería, pero cuyas condiciones sanitarias dejaban que desear, sobre todo donde se expendía la carne de res o cerdo, el pescado y las aves, todo colocado a la intemperie, y con el lunarejo aspecto que le daban las moscas. Esa visión, que sorprende y asquea a los habitantes de los países más desarrollados, es la más generalizada del comercio de alimentos en las regiones pobres del continente.

Por otro lado, aprovechando la cercanía del lago Atitlán y de la generosidad de un familiar materno de Jesús Hurtado, quien residía en la localidad de Sololá, ellos visitaban en ocasiones ese fantástico lugar, rodeado de volcanes y montañas de la Sierra Madre, que es el nombre con que se conoce a la cordillera de los Andes. En esa villa, como en las otras que circundan el lago, ya sea en Santiago Atitlán o en Santa Catarina, pudieron apreciar el gran colorido de las vestimentas de los lugareños, predominando el azul intenso y el rojo, lo que inclusive se notaba en las fachadas de las casas. Además, por doquier se les acercaban niñas y niños nativos, ofreciendo su bella artesanía multicolor.

La Navidad fue celebrada con mucho entusiasmo por ese pueblo fundamentalmente católico, con fuegos artificiales y

cenar tradicionales. Para Diego fue una experiencia sin par, pero a la vez motivo de mayor nostalgia. Aunque escribía con frecuencia a sus familiares, tuvo deseos fervientes de escuchar sus voces, lo que resultó imposible debido a unos desperfectos en las líneas telefónicas generadas por recientes incursiones guerrilleras. Susan, acostumbrada a su independencia, no se sintió muy afectada por estar tan lejos de sus padres.

Después vendría la celebración del Año Nuevo, jolgorio popular que animó a aquel pueblo pacífico, organizándose fiestas en las calles empedradas. Todos parecían haber dejado en el olvido la pobreza y la guerra civil para dar paso a los bailes generados bajo al ritmo de las innumerables marimbas. La Quinta Avenida, una de las principales de la ciudad, estaba engalanada con papeles de colores. Ahí, poco antes de la medianoche, la gente fue ocupando sus espacios, bajo el arco sobre el cual descansaba un inmenso reloj con números romanos, o a lo largo de ella.

A la medianoche la algarabía fue total. El retumbar de los cohetes era apenas precedido por el fulgor de sus estallidos en el firmamento. La gente se confundía entre abrazos sin distinciones, y las botellas de licor corrían de mano en mano entre los amigos. Diego y Susan, contagiados por la alegría, caminaron el trecho que los separaba hasta la casa, llegando al amanecer, al igual que toda la familia Hurtado.

Luego, sonriendo y tarareando canciones, se dirigieron a su habitación para amarse por primera vez en ese nuevo año.

Una semana antes de que quedara listo el templo, la ciudad fue remecida por un sismo de mediana intensidad que solamente afectó algunas edificaciones deshabitadas por el mal estado en que se encontraban.

El templo quedó listo para fines de enero, por lo que Diego y Susan decidieron que había llegado el momento de dejar

Antigua Guatemala. En la despedida corrieron algunas lágrimas y fuertes abrazos, ya que la simpatía inicial se llegó a convertir en una afectuosa familiaridad.

Diego Hernando se dirigiría a Mérida, en México, donde contactaría a Ernesto Echevarría, hermano de Humberto, el costarricense. Susan iría a Tegucigalpa, la capital de Honduras. Pero antes harían un rápido recorrido por algunos puntos de importancia de ese bello país.

Como habían visitado varias veces el lago Atitlán, fueron directamente a la ciudad de San Marcos. Desde ahí admiraron la enormidad y belleza del volcán extinguido Tajumulco, la montaña más elevada de América Central, con 4220 metros de altitud.

Desde ese lugar Diego estuvo tentado a viajar a Ocos, en la costa del Pacífico, desde donde podría cruzar el río Suchiate hacia Tapachulas, en México. Aunque ese era el camino por donde pasaba la mayoría de ilegales latinoamericanos en dirección a los Estados Unidos, él desestimó esa alternativa por consejo de varios guatemaltecos, quienes le indicaron que atravesar México desde ese punto le iba a significar un gasto tremendo por las innumerables coimas que tendría que pagar a las autoridades policiales corruptas de ese país, que habían encontrado en los ilegales un pingüe negocio. Además, Susan lo había convencido de acompañarla a conocer las famosísimas ruinas mayas de Tikal en las junglas del norteño departamento de El Petén, porque dejar de visitarla sería como viajar a la ciudad peruana de Cusco y no ir a la ciudadela inca de Machu Picchu.

Desde San Marcos continuaron viajando hasta Huehuetenango a través de la cordillera y luego por caminos rurales, percatándose de la sencillez y la pobreza en que vivían muchos campesinos, y recordando las palabras de la señora Matilde, quien les había indicado que en ese país el 45% de la

población era analfabeta. Luego siguieron hasta la ciudad de Cobán, en el departamento de Alta Verapaz, donde pernataron.

Muy temprano por la mañana salieron con destino a la ciudad de Flores, capital departamental de El Petén, para lo cual tomaron un ómnibus que prácticamente estaba colmado de turistas estadounidenses que se dirigían a admirar las ruinas mayas.

Al cabo de algunas horas, cuando habían pasado el río de la Pasión, fueron interceptados por un contingente de guerrilleros bien pertrechados. Perturbado por el hecho, Diego se sobresaltó sobremanera, tal vez recordando la amarga experiencia sucedida en las costas del Perú. Susan trató de calmarlo, como si supiera las intenciones de los subversivos. En realidad, él estaba más preocupado por su compañera y los otros ciudadanos estadounidenses, ya que en su país lo más probable es que los hubieran ultimado.

Dos de los guerrilleros subieron al vehículo. Después de inspeccionarlo les solicitaron a todos los extranjeros una cuota estrictamente voluntaria —Diego y Susan se despojaron de 20 dólares cada uno—. Luego de recabar el dinero, los guerrilleros los dejaron ir sin mayores exigencias. A diferencia de Susan y otros pasajeros, Diego y algunos turistas se quedaron sorprendidos por el trato benigno que recibieron. Como era de esperar, desde ahí hasta que llegaron a Flores el tema de las guerrillas fue básicamente el que acaparó la conversación.

Esa pintoresca ciudad, ubicada en una isla del lago Petén Itzá, resultó ser un lugar mucho más agradable de lo que supusieron. El resto del día lo dedicaron a disfrutar de paseos en el lago, sobre pequeñas y románticas balsas para dos personas, y también de sugestivos recorridos por sus bellos alrededores.

Todo ello le recordaba a Diego la ciudad de Iquitos, la más importante del nororiente del Perú. Por sus características se le conocía como “La Perla de la Amazonía”, aunque a diferencia de Flores, está ubicada a orillas del portentoso río Amazonas.

Al atardecer se hospedaron en un albergue rústico, pero muy acogedor, donde se amaron al ritmo de los sonidos naturales de la jungla.

Al día siguiente madrugaron para disponer de un lugar preferencial en los transportes que se dirigían a las ruinas de Tikal. La demanda por visitarlas era tremenda en aquella época del año.

Cuando llegaron a Tikal, se quedaron tan impresionados por su extensión y fascinación, que solo le encontraron paralelo a la magnífica ciudadela de Machu Picchu.

En la Gran Plaza de las ruinas de Tikal gozaron a plenitud al admirar las magníficas estructuras que la rodeaban, entre ellas el fabuloso templo piramidal que cuenta con un centenar de escalinatas. El templo domina el área en forma realmente imponente. Después de recorrerlas, extasiados por la solemnidad que envolvía a esos vestigios mayas, regresaron a la ciudad de Flores donde volvieron a pasar la noche..., la última que compartieron entre su fogosidad amorosa.

Al día siguiente Diego Hernando se encaminó, solitario, hacia la selvática localidad de Piedras Negras, fronteriza con México. De Susan, de la familia Hurtado y de Guatemala solo quedaría el recuerdo.

Capítulo 14

Atravesando México

Toparse con tantos extranjeros en Piedras Negras fue algo que no se imaginó Diego Hernando. Por doquier veía grupos de personas organizándose para pasar a la ciudad mexicana de Temosique.

Al entrar en un pequeño restaurante no pudo evitar escuchar la conversación de dos peruanos que se encontraban recordando sus vivencias personales acaecidas en el Callao, el puerto más importante del Perú. Después se acercó a ellos en forma amigable, deseoso de platicarles en su calidad de compatriotas alejados de la tierra natal. Poco a poco el diálogo fue derivando hacia el tema inevitable de la ilegalidad. Las cervezas iban y venían hasta que, entre trago y trago, aquellos “chalacos” lo invitaron a formar parte de un grupo multinacional que se dirigía a la ciudad de Mexicali, fronteriza con los Estados Unidos. Le confesaron, pausada y reservadamente, que desde ese lugar cruzarían la frontera a través de túneles, y que todos tenían que llevar un cargamento de cocaína. Por ese motivo no tendrían que realizar pago alguno, por el contrario, recibirían una buena paga y la promesa de trabajo estable y bien remunerado. Ni bien habían terminado de hablar hizo su aparición un mestizo mexicano, rechoncho y bigotón, quien indicó que esa noche pasarían a Temosique. Además, le confirmó a Diego que, si quería, podría acompañarlo hasta Mexicali a cambio del pago por adelantando de 200 dólares por el viaje. El punto de reunión sería el hotel que se encontraba al cruzar la calle, que en realidad era una casa de tres pisos de mal aspecto.

Diego no lo pensó dos veces para evitar involucrarse con aquellos delincuentes, no solamente por el enorme riesgo

que podría correr, sino porque esa proposición iba en contra de sus principios éticos.

Esa misma tarde se contactó con el chofer de un transporte que regularmente viajaba a Temosique, quien aceptó llevarlo por un pago de 50 dólares, adicional al costo del pasaje. La partida se fijó para esa misma noche.

Por el aspecto que tenían los viajeros, Diego supuso que casi todos estaban en su misma condición. Fue en el trayecto cuando más se lamentó de que aquel falsificador de Guatemala no le hubiera modificado la fecha de vigencia de su visa mexicana, tal como lo hiciera con la de ese país que estaba próximo a dejar.

Cruzar las garitas de Guatemala y México no entrañó dificultad alguna. Solo bastó que el chofer entregara unos sobres con dinero a los policías fronterizos de turno, sin que hubiera necesidad de ninguna revisión para continuar hasta la ciudad mexicana. Diego solamente dio una que otra cabeceada, no pudiendo descansar a causa de la atmósfera sobrecargada del interior del ómnibus y por el llanto frecuente de incómodos párvulos que eran llevados en los brazos de sus madres.

Estando en Temosique se hospedó en una casa pensión, muy cerca de la estación de ómnibus. Después de asearse y descansar por más de diez horas tomó el tren que lo llevaría a la ciudad de Mérida.

Al llegar a la capital del estado de Yucatán, caracterizado este por su clima tropical, se comunicó inmediatamente con Ernesto Echevarría. El sorprendido costarricense sabía de él por las cartas recibidas de Humberto, su hermano, y aunque tenía conocimiento de que posiblemente se contactaría con su persona, no se imaginó que aquel peruano llegara con tanta demora. De todos modos, lo recibió y hospedó en el pequeño apartamento que compartía con otros dos estudiantes universitarios.

Muy pronto obtuvo la amistad y la admiración de esos jóvenes, que de alguna manera querían facilitarle su paso por México. Uno de ellos, natural de Jalapa, capital del cercano estado de Veracruz, pudo proporcionarle, con cierta dificultad, un carné que lo acreditaba como estudiante de la universidad, con el cual podría identificarse ante las autoridades policiales. Además, lo instruyeron sobre algunas frases y palabras usadas con regularidad en ese país para que pudiera pasar desapercibido cuando tuviera que responder a las preguntas policiales.

Ansioso por llegar a los Estados Unidos y siguiendo los consejos de sus nuevos amigos, planeó su itinerario que en un principio lo llevaría a la ciudad de Veracruz, ubicada en el estado del mismo nombre, para luego dirigirse a Matamoros, ciudad fronteriza con el estado de Texas.

Luego de haber permanecido por muy pocos días en esa ciudad del estado de Yucatán, tomó un ómnibus que lo trasladaría directamente a Veracruz. A diferencia del tramo entre Temosique y Mérida, en que su transporte no fue detenido ni una sola vez, en el nuevo trayecto las inspecciones eran frecuentes. Muchas veces se topaban con policías corruptos que andaban tras las coimas entregadas por los ilegales que se dirigían al poderoso vecino del norte. Fue en esas paradas en que se percató de que siempre bajaban a un nicaragüense larguirucho y de cara triste, y siempre regresaba visiblemente mortificado.

En una parada que hicieron para almorzar en la ciudad de Villahermosa, Diego se le acercó al también solitario nicaragüense; estaba intrigado por saber algo más de aquel extraño sujeto.

—Disculpa, ¿puedo acompañarte a almorzar?

—Claro, siéntate —asintió el nicaragüense.

—Así que eres de Nicaragua —señaló Diego.

—Se nota, ¿verdad?

—Bueno, por tu forma de hablar y por lo que decías.

—¿Y tú?, no pareces mexicano, aunque te escuché decir que estudias en Mérida.

—Entre nosotros... —respondió bajando el tono de voz—, la verdad es que soy peruano. Lo de la universidad es un ardid para sacarme de encima a los policías.

—Quién como tú... Ojalá yo pudiera hacer lo mismo. Esos desgraciados me sacan por lo menos 20 o 30 dólares en cada registrada. Si parece que se pasan la voz. Y... ¿cuál es tu gracia?

—Diego, ¿y la tuya?

—A mí me dicen Flaco no más.

—Está bien, Flaco. Dime, ¿viajas a los Estados Unidos?

—Sí, como todos, creo. ¿Y tú?, me imagino que igual.

—Así es. De Veracruz pienso seguir a Matamoros.

—Matamoros... —dijo el Flaco para detenerse ante una pausa—. No me parece muy buena idea. Allá las cosas están calientes, y no por los mexicanos que solo buscan el billete, sino por los “gringos” que han intensificado el resguardo de la frontera.

—Pero... ¿tú por dónde piensas pasar? —le preguntó Diego preocupado.

—Por un lugar que está cerca de Piedras Negras.

—¿Piedras Negras? Ese nombre coincide con el de un poblado guatemalteco. Yo estuve ahí.

—Sí, yo crucé a Tamosique desde ese lugar.

—¿Ya tienes algún contacto para cruzar la frontera? —preguntó Diego con notoria preocupación.

—Un compañero que trabaja en un rancho del sur del estado de Texas me ha dado el dato de un tipo que pasa gente —empezó a darle ciertos detalles.

—¿Cuánto te va a cobrar?

—No lo sé. Hay que hablar con él al llegar —le respondió el nicaragüense, mirándolo fijamente al notar el creciente interés de Diego—. Mira, si tú gustas puedes venir conmigo. Creo que será lo mejor para ti.

—Ya te lo iba a pedir, Flaco. Es preferible a lanzarme al vacío.

—Sí, además es bueno acompañarse, especialmente para la parte brava que se nos viene.

Después de ese diálogo decisivo continuaron el viaje hasta llegar a Veracruz, el puerto más importante del Golfo de México. Como arribaron casi al anochecer, prefirieron hospedarse en un sencillo hostel del lugar para pasar la noche.

Al día siguiente tomaron un ómnibus que los llevaría hasta Tampico. En el trayecto, cuando se encontraban cerca de Jalapa, tuvieron la oportunidad de apreciar la imponente presencia del Pico de Orizaba, la montaña volcánica más elevada de México, con 5700 metros de altitud.

Estando en Tampico pudieron percatarse de su importante actividad portuaria, sobre todo al notar la presencia impresionante de numerosos barcos petroleros que esperaban llenar sus bodegas con el oro negro que México exporta en enormes cantidades.

Sin pérdida de tiempo tomaron el primer tren que los llevaría a la importante ciudad de Monterrey, capital del estado de Nuevo León. En el camino Diego recordó el viaje que hizo entre los Andes ecuatorianos ya que tuvieron que atravesar las magníficas montañas de la Sierra Madre Oriental. Esa capital estatal se embellecía, de hecho, por el deslumbrante panorama montañoso de esa zona cordillerana.

Ahí disfrutaron repetidamente de unos deliciosos tacos mexicanos y de apetitosos tamales, tal vez presintiendo que en adelante tendrían menos ocasiones para alimentarse con platos suculentos. En ese lugar Diego les escribió por última

vez a sus familiares del Perú; después tendría que enfocarse en intentar cruzar la frontera.

Hacia Piedras Negras se dirigirían igualmente por vía férrea. Antes de partir de la estación de Monterrey notaron el impresionante despliegue de policías federales que querían detectar a los ilegales. Felizmente para Diego, el que le solicitó su identificación creyó la versión de que era un estudiante universitario que estaba haciendo un viaje de investigación social. Por el contrario, al Flaco lo bajaron del tren a empujones. Cuando partieron, el nicaragüense no había regresado al vagón. Desde ese momento Diego se quedó sumamente preocupado. Había perdido el contacto más importante para cruzar la frontera. Pero no tenía alternativa; seguiría hasta Piedras Negras, en donde vería la forma de ingresar a los Estados Unidos. Ya había superado bastantes dificultades en su odisea, por lo que no iba a rendirse ante un nuevo escollo.

Las horas de viaje transcurrieron entre paradas ocasionales, que le permitían degustar unos deliciosos tamales ofrecidos por los vendedores que esperaban en las estaciones el paso del tren.

Algunas veces estuvo tentado de bajar del tren para dar breves caminatas, pero se desanimaba tan pronto veía a numerosos “federales” rondando el ferrocarril. Era suficiente con aquellos que andaban solicitando documentos de identidad, a quienes enfrentaba con una sagacidad digna del mayor elogio, porque le había permitido sortear con éxito los breves interrogatorios que le hacían.

Al estar próximos a Piedras Negras fueron detenidos en el temido Punto de Inspección Federal, donde además de las instalaciones regulares había un conjunto de grandes carpas alineadas, descoloridas y avejentadas por el tiempo que estaban a la intemperie. En esta oportunidad Diego fue bajado,

al igual que muchas otras personas, sin haber podido convencer a un perspicaz policía federal, quien había dudado de sus aseveraciones.

Repentinamente, el peruano fue obligado a formar una línea de personas que venían de diferentes ciudades de México y de otros países de Centro y Sudamérica. Como los demás, estuvo cargando sus escasas pertenencias con extrema cautela. No podía permitir que sustrajeran o se extraviaran las cosas que más valoraba y que hasta entonces había podido retener casi por milagro después de una travesía tan accidentada. De pronto se pasmó al notar que en otra de las líneas se encontraba el Flaco, quien estaba tratando de buscarlo con la mirada. Cuando sus ojos se encontraron, uno de los “federales” se dio cuenta de los gestos que compartían y que delataban su amistad. Diego no sabía que el nicara-güense formaba parte de la línea de aquellos que estaban indocumentados.

El escritor sudamericano ingresó a la carpa que le correspondía, percatándose de un gran letrero que señalaba la entrada. Estando adentro vio otro letrero de similar medida que indicaba la salida. Casi en el centro del interior había un “federal” sentado tras un rústico escritorio. Tenía el rostro paralizado y una mirada que inspiraba temor; su mestizaje era evidente; sus cejas y bigotes, bastante poblados; una barba corta y descuidada como si no se hubiera afeitado en varios días; y un carácter malhumorado con el que pretendía infundir el miedo a los demás.

Estuvo solo frente a ese individuo apenas por unos segundos, cuando se presentó el policía que se había dado cuenta de sus gestos comunicativos con el Flaco, murmurando al que estaba sentado aquella extraña situación.

—¡A ver!, ¡muéstreme sus documentos! —le dijo prepotentemente.

—Aquí tiene —dijo Diego mientras le entregaba el ficticio carné universitario.

—¿Cuál es la razón de su visita a Piedras Negras? —le preguntó el “federal” sin dejar de revisar el carné.

—Estoy realizando un trabajo de investigación social...

—¡Ah!, ya veo... ¡¿Tú me has visto cara de menso?! —le replicó el “federal” exaltado tremendamente.

—Claro que no, jefe, pero... —no lo dejó terminar.

—¡En primer lugar, tú no eres mexicano! ¡En segundo lugar, este carné universitario es tan falso como lo que dices!

Después de eso se dirigió al otro sujeto que estaba junto a él.

—Trae al cabrón que está en la otra línea.

—Pero ¿por qué no me cree? —preguntó Diego bastante nervioso.

—¡Calla la boca! —le dijo el “federal”, molesto.

Unos instantes después entró el Flaco acompañado por el mismo policía que fue en su busca.

—¡Ustedes se conocen!, ¡¿verdad?! —preguntó el que dirigía el interrogatorio.

—Así es, ¿y eso qué tiene que ver? —respondió Diego mientras que el Flaco se mantuvo en silencio, tratando de no empeorar las cosas si abriera la boca.

—¡Que los dos tienen intenciones de cruzar la frontera! ¡Pongan sus cosas sobre la mesa, par de “huevones”!

Después de revisar rápidamente sus pertenencias, el mismo sujeto se dirigió a ambos.

—¡Tú sí que tienes problemas en el Perú! —le dijo a Diego—. ¡Y tú debes ser un cochino desertor del ejército de Nicaragua! —le gritó al Flaco.

—Bueno, no la hagamos larga —replicó el Flaco— el tren ya está por partir. Dígame, ¿cuánto quiere por dejarnos en paz?

—¡El tren saldrá cuando hayamos terminado con todos ustedes! —señaló el policía—. ¡150 dólares cada uno y lárquense rápido!

—¿Usted está loco? —replicó el Flaco a punto de explotar, envalentonado ante tanto abuso.

—¡Entonces se regresan por donde vinieron, mierdas!

Ante las amenazas y la cercanía de Piedras Negras, ellos decidieron despojarse de la cantidad exigida por el corrupto policía. A Diego Hernando se le incautó el carné que llevaba, pero le devolvieron todas sus pertenencias. Después de unos treinta minutos el tren inició el recorrido de los pocos kilómetros que faltaban por llegar. En aquel Punto de Inspección Federal quedaron detenidos individuos y familias que no tuvieron el dinero para la “mordida” (nombre que se le da en México a la ilícita exigencia monetaria).

—Oye, Flaco, ¿por qué dijo ese policía que tú debes ser un desertor?

—Esa es la verdad, Diego. No sé cómo se dio cuenta ese desgraciado.

—Tú y yo sí que estaremos alejados de nuestros países por un buen tiempo —dijo Diego.

—Sí, ya lo creo. La verdad es que estaba cansado de la guerra, de las matanzas, de los abusos, de sufrir y ver a mis compatriotas desesperarse por los racionamientos de todo tipo: la leche a la que no todos los niños tienen acceso, un jabón al mes, un par de zapatos o una prenda interior por año, son algunas de las pocas cosas que el gobierno asigna a cada persona, y muchas ni siquiera logran adquirirlas. Yo ya me olvidé de lo que es usar calzoncillos. Además, he sido testigo de todo lo que hacían los miserables que me acompañaban. Violaban a las mujeres hasta dejarlas casi moribundas, mataban a personas inocentes y las enterraban en fosas comunes, y lo hacían contra los nuestros, contra su propio pueblo, y

contra gente de otras nacionalidades, quienes pretendían cruzar el territorio para alcanzar luego los Estados Unidos, al igual que tú.

—Yo felizmente me topé con los guerrilleros y no con esos sujetos desalmados.

—Por momentos pensaba adherirme a las fuerzas guerrilleras, pero en una de las batallas me metieron un culatazo que me abrió el cráneo. Cuando salí del hospital, decidí escapar de toda esa mierda.

—Debe haber sido una experiencia terrible.

—Lo peor de todo es que casi me entierran vivo en una fosa común, pensando que estaba muerto. Ya te imaginarás las caras que pusieron mis compañeros cuando me vieron salir de la fosa con el rostro ensangrentado y el cerebro a la vista.

—Pero has quedado muy bien.

—Sí, aunque tengo una placa de metal que reemplaza la parte del cráneo que me falta, y de vez en cuando me dan unas migrañas insoportables.

—Bueno, mejor olvidémonos un poco del pasado y pensemos en nuestro futuro —señaló Diego, pretendiendo darse ánimos para lo que se les venía.

—Sí, tienes razón. Pues bien, cuando lleguemos a Piedras Negras me comunicaré con un “coyote”, uno de esos tipos que se encargan de llevar a la gente a algún lugar seguro de los Estados Unidos. El dato me lo dio un antiguo compañero de armas que se llama Arnaldo; él también desertó del ejército. Siempre me enviaba cartas con un nombre ficticio. En las cartas me decía que viniera a disfrutar de la vida en los Estados Unidos. Arnaldo viajó por motivaciones económicas, aunque también detestaba la vida militar. Es un buen tipo, pero también es sumamente ambicioso. Todavía no sabemos por dónde cruzaremos la frontera, pero a mi amigo

lo encontraremos en una ciudad del sur de Texas que se llama Del Río.

Ni bien llegaron a Piedras Negras, llamaron por teléfono al “coyote” Gutiérrez. Él formaba parte de una banda bien organizada que tenía por negocio el cruzar indocumentados. Aunque no lo encontraron en ese momento, les indicaron dónde lo podían ubicar al atardecer del día siguiente.

Se sorprendieron al notar en esa ciudad la presencia de centenares de ciudadanos chinos, enterándose después de que aquellos orientales habían sido deportados de los Estados Unidos después de pagar miles de dólares por el largo viaje y la esperanza de saborear el sueño americano. De alguna manera habían desembarcado en México o Centroamérica para intentar regresar a suelo estadounidense.

Diego y el Flaco decidieron hospedarse en los altos de un restaurante que también ofrecía ese servicio por una módica suma. Aquella noche compartieron el hospedaje con numerosas personas, entre hombres, mujeres y niños de diferentes edades y nacionalidades, pero todos tenían la misma intención: vivir y trabajar en Estados Unidos.

Al día siguiente se reunieron con el “coyote” Gutiérrez. Era un tipo rechoncho, de unos 35 años, de tez morena y grandes bigotes. Su carácter, en extremo dominante, hacía de él un sujeto serio que no dejaba escapar una sonrisa.

—¡Bueno! ¿Qué los trae por acá? —empezó diciendo el “coyote”.

—Venimos de parte de Arnaldo Tapia, un amigo que usted pasó hace un tiempo —dijo el Flaco.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó el individuo.

—A Del Río —respondió Diego.

—En ese caso, están en el lugar incorrecto.

—Pero... —el Flaco trató de decir algo cuando fue interrumpido.

—Ustedes deben ir a Ciudad Acuña, que está frente a Del Río. Si quieren los puedo enviar allá y contactarlos con un miembro de mi grupo.

—Me parece buena idea —dijo el Flaco.

—Eso les va a costar 50 dólares a cada uno.

—Ni modo, aceptamos —dijo Diego después de decidirlo con el nicaragüense a través de la mirada.

—En ese caso, los acomodaré en el ómnibus que sale mañana a primera hora de la estación que está frente a la iglesia. Allí los veré a las siete en punto.

A la hora estipulada se encontraron con Gutiérrez, quien les dio un papel donde estaba anotado el número telefónico de un “coyote” apellidado Hernández, quien los llevaría a Estados Unidos por una suma que él mismo fijaría.

En el trayecto fueron detenidos dos veces por los “federales”, quienes solamente se pasearon sonrientes por el pasadizo del ómnibus, sin hacer ninguna revisión. Ellos recibieron unos sobres cerrados del chofer, lo que al parecer era una práctica regular.

Cuando llegaron a Ciudad Acuña, ubicaron rápidamente al “coyote” Hernández. Ese sujeto aparentaba unos 30 años y su fisonomía no distaba de la de un típico mexicano: mestizo, de mediana estatura, mirada vivaz y bigotes no muy poblados. Él les manifestó que en un par de días pasaría a un numeroso grupo por una zona montañosa conocida como las Serranías del Burro, que por su geografía no estaba muy vigilada. El “coyote” les aseguró que no habría dificultades porque conocía el lugar a la perfección. Además, les indicó que ya había cruzado esos parajes innumerables veces, hasta el punto de conocer la ubicación de cuatro cámaras de televisión instaladas por los estadounidenses. Inclusive se daba el lujo de burlar la vigilancia aérea en territorio de los Estados Unidos. Les confirmó que ese viaje demoraría dos días,

más o menos, y que por sus servicios cobraba 180 dólares por persona hasta llegar a una pequeña localidad texana. Tendrían que hacer el pago por adelantado antes de salir de Piedras Negras. También podría llevarlos a otras ciudades por una cantidad adicional. Finalmente, acordaron pagarle 50 dólares más para que los dejara en Del Río.

En esa pequeña ciudad fronteriza se quedaron a la espera del día señalado, caminando a vista y paciencia de “federales” que no molestaban, como si supieran que todos los que estaban allí ya habían pagado su cuota de permanencia, o tal vez dándose por vencidos ante la oleada de personas que era imposible controlar, o mostrándose comprensivos ante aquellos que buscaban un porvenir con dignidad, con paz y bienestar, que en sus países ni siquiera abrigaban la esperanza de alcanzar.

Capítulo 15

Mojados

El día de la partida había llegado. Al Flaco se le veía nervioso y preocupado, mientras que Diego no podía disimular la excitación que le embargaba, ya que cruzar la frontera era una gran aventura que ocultaba su desenlace. Al igual que todos los indocumentados que viajarían con ellos, fueron instruidos sobre el limitado equipaje que podrían llevar, permitiéndoles solamente un morral o mochila con alimentos y agua, y la ropa que llevaban puesta. Aunque Diego se desahizo de todo lo demás, no dejó de cargar su pequeña mochila impermeable con los documentos que traía desde Lima.

Al atardecer todos se reunieron en una desagradable vivienda ubicada al costado de una estación de gasolina. El grupo lo conformaban mexicanos en su mayoría, destacando la presencia de diez niños, cuyas edades fluctuaban entre los 5 y 12 años. A Diego, sobre todo, le resultaba difícil creer que aquellos párvulos tuvieran la fortaleza adecuada para superar una caminata de dos días entre montañas y desiertos. Sin duda, era una muestra de la desesperación de esa gente por escapar de un pasado escalofriante.

Poco antes del anochecer el “coyote” Hernández hizo su aparición con un ómnibus en el que viajarían hasta el punto señalado para cruzar el río Bravo, llamado río Grande en los Estados Unidos. La partida se llevó a cabo sin ningún problema. Previamente, el “coyote” cobró la suma estipulada y dio las instrucciones pertinentes. En el trayecto tuvieron que superar una garita de control, aunque para ello solamente fue necesario que el “coyote” le hiciera un gesto amigable al encargado de ese puesto policial, lugar que parecía haber sido improvisado recientemente.

Al cabo de pocas horas se detuvieron cerca del río Grande. La oscuridad reinante era pasmosa. Los niños, evidentemente atemorizados, no dejaban de aferrarse a sus padres, y los más pequeños lloraban desconsoladamente, pero sin gritar, como si sus diminutas gargantas hubieran sido anudadas por el miedo. Felizmente para todos, aquella noche estuvo calentada por los tibios y suaves vientos, lo que facilitaría la travesía del primero de los tramos. Tan pronto como bajaron del ómnibus el chofer se dio media vuelta para estacionarse y esperar a que todos cruzaran el río antes de abandonar el lugar. Si se presentaran problemas al otro lado de la frontera, la organización había previsto el regreso del ómnibus todos los días. Los “coyotes” sabían perfectamente los itinerarios y los lugares donde podrían ubicar el ómnibus que regresaba a Ciudad Acuña.

Dirigiendo el grupo quedó el “coyote” Hernández. Tenía como ayudante a un sujeto más o menos de su misma edad. De acuerdo a sus instrucciones, todos se despojaron de sus vestimentas, quedándose en ropa interior, salvo algunos sujetos que se vieron forzados a quedarse desnudos, como el Flaco, y dos jóvenes mexicanas que dejaron el busto al descubierto. A pesar de eso, las circunstancias no permitían que la libido aflorara a sus mentes, preocupados por atravesar el río.

Mientras que los indocumentados guardaban sus ropas en morrales, mochilas o simplemente dentro de bolsas de plástico, el “coyote” Hernández cruzó el río con una gran sogá a cuestras. La corriente estaba tranquila y, al parecer, no revestía mayor peligro. Luego de asegurar la cuerda por el lado estadounidense, habiendo hecho lo mismo su asistente por el lado mexicano, las personas fueron pasando una por una, aferrándose a la tirante sogá. Primero cruzaron las mujeres y los más jóvenes, luego los padres con sus hijos pequeños, a

quienes se les había provisto de flotadores, y finalmente lo hicieron los otros hombres.

Antes de que cruzara el río el ayudante del “coyote” Hernández, un enorme bulto arrastrado por la corriente se quedó atascado en la cuerda, impidiendo que pudiera ser desanudada. Sin tener otra alternativa, el “coyote” Hernández se metió nuevamente al río para liberar la sogá del objeto desconocido.

Ayudándose con la linterna, que llevaba en su casco de minero, se fue acercando al bulto hasta quedarse paralizado por unos instantes al notar que se trataba de un deforme y hinchido cadáver. Después de algunos intentos fallidos logró que el cuerpo inerte siguiera su curso por el río. Los más supersticiosos del grupo consideraron ese hecho como augurio de mala suerte, el preámbulo de un nefasto viaje, una clara señal de que la muerte estaba al acecho, pero para Diego y algunos más era una simple coincidencia.

Sin mayores retrasos se encaminaron hacia las cercanas montañas. No podían permitir que los detectaran en el campo abierto donde se encontraban. Aunque por esa zona el patrullaje era más frecuente durante el día, existía la posibilidad de alguna incursión nocturna. Al cabo de algunas horas de fatigosa caminata, llegaron a un pequeño refugio natural situado en una ladería de fácil acceso. Ahí se alimentaron ligeramente y descansaron hasta que la penumbra de los montes cedió ante la presencia luminosa y calurosa del astro rey.

Muy pocas habían sido las horas de sosiego antes de iniciar el segundo día de trájín. No obstante, todos reiniciaron el viaje sin protestas de ningún tipo, salvo el fastidio evidente que se notaba en los pequeños.

Toda la mañana la dedicaron a cruzar una quebrada que los “coyotes” llamaban la quebrada de Hornillos, tal vez en mérito al sofocante calor que ahí se sentía.

—Oye, Flaco, yo ya me siento agotado y soñoliento. No me imagino cuánto tiempo más soportarán estos niños y sus madres —dijo Diego.

—Si supieras las tremendas jornadas a que está sujeta esta gente para sobrevivir —dijo el Flaco—. Te lo digo por experiencia porque yo sufrí muchísimo cuando era niño, tanto que ni siquiera recuerdo si tuve infancia.

—Lo lamento, Flaco. Creo que tienes razón, pero todo esfuerzo tiene un límite...

—No te olvides que ellos han vivido en el límite por mucho tiempo, Diego.

—¿Eres supersticioso? —le preguntó el peruano.

—Creo en algunas señales, como si las almas del purgatorio enviaran mensajes de advertencia. No creas que no estoy preocupado por ese finado que apareció en el río.

—Puede haber sido una aparición casual —replicó Diego—. Y, por último, si nos van mal las cosas, sucederán con o sin el muerto ese.

—No lo sé, Diego, no lo sé.

—No te había contado que en Guatemala me propusieron pasar droga a los Estados Unidos. Me aseguraron que era la forma más rápida y segura de hacerlo, pero sinceramente prefiero estar entre estos parajes antes de volverme cómplice de una actividad tan despreciable.

—Así hay gente de mierda en este mundo. Y muchas veces por ese tipo de delincuentes es por lo que no nos quieren en este país.

Ni bien habían terminado de hablar, apareció sobre los montes una pequeña avioneta que, de hecho, formaba parte de la patrulla fronteriza de los Estados Unidos. El “coyote” Hernández dio un grito alarmante: «¡Todos, a correr!». Pero ya era demasiado tarde. La avioneta sobrevoló sobre ellos lo que indicaba que habían sido detectados.

—¡Maldición, ya nos vieron! —vociferó el “coyote” Hernández—. ¡Ahora sí que estamos jodidos!

El ruido que producía la avioneta sonaba rasante, pero nadie levantó la vista para verla. Solamente fijaban la mirada en el camino pedregoso que les impedía correr con facilidad. Diego y el Flaco tenían en sus brazos a dos de los niños, que de otra manera se hubieran quedado rezagados junto a sus padres. El desconcierto se apoderó de la situación. Las aparatosas y frecuentes caídas ensangrentaban a los ilegales, el llanto y los gritos de las mujeres y los niños por ratos silenciaban el ruido del motor de la aeronave. No podían dejar de correr pues sabían que era cuestión de tiempo para que se presentaran los policías fronterizos a quienes, sin duda, habría llamado el piloto de la avioneta.

El “coyote” Hernández tenía la seguridad de que podría confundir a sus perseguidores cuando terminaran de cruzar la quebrada de Hornillos.

Cuando lograron su objetivo, se escondieron bajo una saliente rocosa. Todos estaban extenuados, aunque unos más que otros. Entre ellos había una pareja de esposos mexicanos y su hijo, de unos 8 años, quien yacía en el suelo jadeando en forma alarmante, tratando de hablar sin conseguirlo, aferrando a su padre con una mano y a su madre con la otra. Era un cuadro patético y sumamente lastimero. A los tres les brotaban lágrimas por la angustia y la desesperación.

Al cabo de algunos segundos el pequeño dejó de jadear... y de respirar también. Había dado su último suspiro en un lugar extraño e inhóspito, tal vez sin comprender a cabalidad la razón de ese viaje, ni el origen del correteo desafortunado que le costó la vida. El pobre quedó con la boca y los ojos abiertos, dirigiendo su mirada a la nada. Sus padres gritaban y lloraban desconsoladamente a su lado; ella, abrazando su cuerpecito inerte; él, dando golpes a la pared de piedra, como

si quisiera golpearse a sí mismo o a su fatídico destino. En ese momento se sintieron más miserables que en la pobreza de su antiguo hogar, porque si se habían aventurado en esa empresa fue por el único hijo que ahora volaba a las alturas más elevadas.

Cuando la avioneta dejó de sobrevolar aquel lugar, todos, menos los acongojados padres, emprendieron la caminata, repuestos del cansancio, pero no de la impresión que les causó la pérdida irreparable de su joven compañero.

—Ahora sí que tenemos un serio problema —dijo el “coyote” Hernández—. Muy pronto vamos a tener encima de nosotros a los “gringos” y a sus perros. Tarde o temprano nos darán el alcance.

—Entonces, ¿qué nos propones? —preguntó Diego Hernando.

—Regresar. Es la única opción que tenemos.

—¡Carajo! —dijo Diego, exaltado—. ¡¿Quieres decir que no valió la pena la muerte de ese muchacho?!

—¡Cruzar la línea siempre es un riesgo! ¡Estas cosas a veces suceden! —replicó el “coyote”.

—¡Pues yo sigo adelante! —vociferó Diego.

—Ése es tu problema —dijo el “coyote”—. Yo les recomiendo a todos que me sigan. Ustedes no conocen la zona y tal vez no lleguen a ninguna parte, o quién sabe, terminen como carroña para los gallinazos.

—¿Por dónde vamos a regresar si nos vienen siguiendo los de la “migra”? —preguntó uno de los padres de familia, al referirse a los oficiales de inmigración.

—Rodearemos la montaña, y después cruzaremos nuevamente el río Bravo por el mismo sitio —explicó el “coyote” Hernández—. Yo sé dónde ubicar a mi gente. Les prometo intentar de nuevo el cruce de la línea muy pronto y por un lugar más seguro.

—A mí explícame cuál es el camino para continuar —señaló el intelectual sudamericano.

—Yo voy contigo, Diego —dijo el Flaco—Estamos juntos en esto.

—Bueno, les voy a indicar por dónde deben ir, pero que conste que es su responsabilidad. Eso sí, no me pidan que les devuelva el dinero porque no lo tengo.

—Empieza, “coyote”, que el tiempo se acaba —dijo el Flaco.

—En primer lugar, tienen que dirigirse siempre al norte. De ello se darán cuenta por la posición del Sol. Nunca caminen después del atardecer porque podrían perderse. Aquí tienen un mapa con las indicaciones necesarias. ¿Saben leer mapas?

—Claro que sí —dijo el Flaco—. ¿Qué más?

—Nunca prendan fuego de noche, así se caguen de frío. Con las cámaras de televisión escondidas podrían detectarlos aun a grandes distancias. Cuando deseen descansar o comer algo, háganlo siempre bajo los arbustos o entre las grandes rocas. Llévense esta linterna.

—Está bien. Eso es suficiente —dijo Diego confiando en sus habilidades y en las del Flaco. Ambos tenían conocimientos suficientes para sobrevivir, él por sus actividades de montaña, y el nicaragüense por su experiencia militar.

Luego se separaron, pero Diego y el Flaco no iban solos. Al final decidieron acompañarlos dos jóvenes guatemaltecos y dos hermanas mexicanas cuarentonas. Al principio ellos trataron de convencerlas de que no continuaran; sin embargo, fue tal su insistencia que finalmente tuvieron que aceptarlas en el grupo.

Cuando llegaron las autoridades policiales estadounidenses, se toparon con la dramática escena del niño fallecido acompañado de sus traumatizados padres, quienes todavía

no cesaban de llorar. Apoyados por dos helicópteros y varios vehículos especialmente acondicionados, capturaron a todos los ilegales que acompañaban al “coyote” Hernández, suponiendo que se trataba del grupo completo. De esa manera, Diego Hernando y sus acompañantes pudieron continuar la caminata, sin saber que ya no eran perseguidos por los agentes estadounidenses.

Presionado por las circunstancias, el pequeño grupo casi no se detenía a descansar. Por indicaciones del Flaco todos llevaban a rastras unos arbustos secos que supuestamente usarían en caso de necesitar un camuflaje inmediato. Como era de esperar, las rechonchas hermanas mexicanas iban aminorando la marcha y, consiguientemente, atrasando a todos los demás.

Al anochecer se detuvieron para pernoctar luego de cruzar otra de las quebradas que caracterizaban la zona. A diferencia de la noche anterior el frío fue intenso. Felizmente para ellos, en el transcurso del día siguiente, tras unas montañas de poca altura, deberían avistar una pequeña ciudad.

La noche transcurrió entre la incomodidad, el frío, la total oscuridad, el hambre y la sed producto del racionamiento. Una tremenda migraña estaba a punto de volver loco al Flaco, y los quejidos de una de las hermanas eran constantes ya que tenía adoloridas ambas piernas —al parecer, el esfuerzo había excedido su capacidad.

Al amanecer del tercer día prácticamente devoraron el poco alimento del que disponían, confiados en encontrar en pocas horas la tan ansiada villa estadounidense. Casi todos habían coincidido en llevar enlatados de atún, frutas, galletas y agua. Aunque tenían que cruzar una amplia zona desértica para llegar a las montañas señaladas, prefirieron bordar los montes que tenían del lado derecho, pues temían ser descubiertos si iban a campo raso.

A medida que pasaban las horas, sin quererlo, el grupo se dividió en tres pares algo distanciados entre sí. Adelante caminaban Diego y el Flaco; unos cien metros atrás iban los amigos guatemaltecos; y luego, bastante rezagadas, las hermanas mexicanas que se detenían con regularidad para descansar. Los guatemaltecos hacían lo mismo, aunque con menos frecuencia. Y no era para menos. El calor y la necesidad de beber más a menudo los tenía sofocados y al borde del desfallecimiento.

En una de aquellas pausas momentáneas, uno de los guatemaltecos fue mordido en el brazo por una culebra venenosa y comenzó a gritar de la desesperación más que del dolor. Diego y el Flaco corrieron hacia ellos tan rápido como pudieron, adelantándose a la solicitud vociferante del otro sujeto que no tenía la menor idea de cómo auxiliar a la víctima que al cabo de algunos segundos se desmayó, casi sin aliento. Cuando el Flaco estuvo al lado del desafortunado individuo, sacó de su morral un pequeño adminículo que también servía de afilada cuchilla y, sin pérdida de tiempo, le metió un tajo sobre la mordedura ponzoñosa, procediendo a succionarle con la boca la mayor cantidad de veneno posible. Mientras él, con vehemencia seguía en su intento, Diego le puso la mano en el hombro, tratando de convencerlo de que ya nada podía hacer por el infortunado, quien figuraba ahora como la segunda víctima de esa fatídica travesía. Sepultaron el cadáver bajo un montículo de piedras; era lo menos que podían hacer por él para que su cuerpo no se convirtiera en carroña del desierto.

Cuando los cinco sobrevivientes estuvieron juntos, decidieron no volverse a separar, sobre todo considerando el lamentable estado en que se encontraban las piernas de la mexicana. Estaban tan hinchadas que parecían una sola; sus pies estaban tan deformes que daban la impresión de carecer de

dedos, por lo que tuvieron que improvisar una especie de sandalias para poder continuar con la caminata. Siguieron adelante suponiendo que pronto terminarían ese sacrificado viaje, ayudando a la pobre mujer, que derramaba sentidas lágrimas cada vez que daba los dolorosos pasos.

Las horas transcurrían tan lentamente como avanzaban en el camino; tanto, que era imperceptible el acercamiento a las montañas adonde se dirigían. Al atardecer se convencieron de que la mexicana era un lastre imposible de sobrellevar. Muy a su pesar tuvieron que dejarla, junto a su hermana, en aquel lugar desolador. Les prometieron regresar a la mayor brevedad posible con la ayuda que requerían. Tan pronto como ellos les entregaron todo el alimento que poseían, en realidad saldos insignificantes, y casi toda el agua disponible, apresuraron la caminata de manera admirable, tal vez con una impetuosidad exagerada.

A varios kilómetros de distancia, en el interior de un puesto policial fronterizo, se generó un diálogo preocupante entre las autoridades estadounidenses.

—¡Observen la pantalla! —exclamó uno de los policías, llamando la atención de los demás—. Tenemos visitantes en el sector F6.

—Parece un grupo de pocas personas —dijo otro.

—Ya está anocheciendo. Va a ser imposible ubicarlos. Además, el helicóptero se arriesgaría demasiado al sobrevolar esa zona montañosa a estas horas.

—Estoy de acuerdo —dijo el de mayor rango—. También debemos tener en cuenta que ellos no van a poder avanzar de noche. A primera hora iremos en su búsqueda. Tal vez encontremos más indocumentados cerca de allí.

Diego Hernando y su grupo habían sido detectados al pisar un terreno cubierto de modernos aparatos subterráneos que enviaban señales intermitentes al puesto policial, donde una

avanzada computadora se encargaba de transformarlas en signos visuales.

Llegaron a la base de la montaña casi al anochecer, por lo que decidieron esperar hasta que aclarara el nuevo día. Poco abrigados, y al borde de la inanición, se arriesgaron a prender una fogata que los librara de los vientos sumamente fríos que arremetieron con una furia sin igual aquella noche. Debilitados por el cansancio, pero reconfortados con el fuego abrigador, hicieron turnos entre los tres para mantenerlo encendido; para ello recogieron arbustos secos de los alrededores, sin tocar aquellos que llevaban para usarlos como camuflaje.

Mientras tanto, las hermanas mexicanas, indefensas y solo guiadas por el instinto de supervivencia, pernoctaron abrazadas, quejándose lastimosamente, lloriqueando, tiritando, rogando que su situación no fuera una cruel realidad; que las sombras lúgubres que las rodeaban, los intensos dolores que sentían, la angustia y la desesperación, que maltrataban sus almas, fueran solo fruto de una espantosa pesadilla. Pero sus plegarias no encontraban eco alguno, como si la Providencia tratara de responder, con su silencio, que todo ello era consecuencia de su libertad para decidir, de su humano proceder, de su libre albedrío.

Al despertar del cuarto día, los debilitados ilegales emprendieron el ascenso a la montaña, sin mayor seguridad que sus extremidades, sin más energía que la poca grasa que tenían almacenada en sus cuerpos y la adrenalina que producían sus organismos ante el desafío que tenían por delante. Diego Hernando tomó la delantera por ser el único experimentado para abrir la ruta adecuada. El “coyote” Hernández había indicado en el mapa que se debía rodear la montaña, pero aquello les resultaba más tedioso que subirla porque no era muy alta, pero sí de ancha base. Cuando se encontraban dando sus primeros pasos ascendentes, escucharon a lo lejos

el sonido inconfundible de un helicóptero que se acercaba hacia ellos. Como si los tres se hubieran comunicado con el pensamiento, regresaron rápidamente para recoger su camuflaje de ramas secas que habían abandonado al comenzar a escalar. Entre las rocas y bajo el forzado follaje, vieron pasar rasante al helicóptero, que luego sobrevoló la zona sin percatarse de su presencia. Finalmente, el aparato aterrizó cerca del lugar donde se hallaban las hermanas mexicanas.

Ante la perplejidad de los policías se presentaba un cuadro pavoroso: las hermanas estaban tendidas sobre el suelo terroso y pedregoso. Una de ellas estaba completamente enloquecida y con una fiebre delirante. No cesaba de acariciar la cabeza de su hermana, conversándole, entre lloriqueos y sonrisas idas, sin aceptar que estaba muerta, pálida como la cera, totalmente desangrada a causa de la explosión de las venas de sus piernas, que no soportaron la presión enorme de la hinchazón. Cuando la que estaba con vida vio a los atónitos policías, solo atinó a mirarlos con unos ojos desorbitados y perdidos por la demencia. Luego, las dos fueron subidas al helicóptero y trasladadas al hospital del condado.

Diego, el Flaco y el guatemalteco, al ver que el aparato se alejó del lugar, con la seguridad de que llevaba de pasajeras a las mexicanas, emprendieron nuevamente el ascenso. Ellos sabían que de un momento a otro podía aparecer la patrulla fronteriza.

A diferencia de las escaladas a las que estaba acostumbrado Diego, ahora carecían de cuerdas de seguridad. Felizmente para ellos, eran muy pocos los tramos que revestían cierta peligrosidad. De todos modos, una caída podría terminar en fatalidad.

Avanzaban con lentitud, descansando de vez en cuando, sudando a causa del esfuerzo y el calor del desierto que parecía tener intenciones de exprimirlos.

Cuando estaban próximos a llegar a la cumbre, el guatemalteco, que iba al final, se quejó de unos calambres espantosos que le estaban sobreviniendo en sus extremidades. El Flaco trató de bajar a auxiliarlo, pero, de pronto, el acalambrado sujeto también fue presa de mareos intensos que fueron suficientes para que se produjera su aparatoso despeñamiento, acompañado de un grito desgarrador que se apagó súbitamente al chocar con las rocas de la ladera. Su cráneo quedó virtualmente reventado, y sus extremidades, horriblemente dislocadas.

Diego Hernando y el Flaco se quedaron paralizados al observar tan aterrador cuadro. Ya nada podían hacer. Muy pronto el guatemalteco sería alimento para los insectos y las aves de rapiña.

Estando en la cima los dos compañeros de viaje no daban crédito a lo que veían: solamente quebradas y montes. Ni rastros de la supuesta ciudad. O habían equivocado la ruta o el “coyote” Hernández los había engañado.

—Oye, Diego, creo que llegamos al final del camino —dijo apesadumbrado el nicaragüense.

—De ninguna manera, Flaco. Todavía no hemos muerto.

—La verdad es que yo ya no sé si estoy vivo —replicó el nicaragüense.

—Escúchame, compañero... —dijo Diego, con signos que evidenciaban su agotamiento—, no tendremos ni agua ni comida, pero aún nos quedan seis horas de luz. ¡Sigamos caminando! Además, debemos tener presente que empezamos a ser fuertes desde el momento que reconocemos que las peores circunstancias son más débiles que nosotros, pero lo somos cuando las superamos.

Dicho y hecho, continuaron ese infernal sendero, impulsados más por el afán de sobrevivir que por ese futuro promisorio que veían tan distante.

Al cabo de algunas horas, tras haber descendido de la baja montaña y cruzado una pequeña quebrada, se toparon con un gran descampado donde pastaban innumerables cabezas de ganado vacuno. Estaban cercadas naturalmente por los montes que las circundaban. Distanciados entre sí, existían muchos abrevaderos rebosantes del líquido elemento que necesitaban con desesperación. Desde que los vieron supieron que de aquellos se surtirían del agua que ansiaban.

El Flaco tomó la iniciativa, y después de pedirle a Diego las cantimploras vacías se dirigió cautelosamente hacia el abrevadero más cercano. Tenía que hacerlo tan lentamente como soportara su paciencia; no podía correr el riesgo de llamar demasiado la atención del ganado, pues de lo contrario se podría producir una estampida que dejaría sus huesos desperdigados por el terreno. Entre la bazofia de los animales estuvo caminando hasta que, de pronto, uno a uno, los mamíferos rumiantes fueron deteniendo sus actividades para dirigir sus miradas al intruso de paso lento. Cuando el Flaco se percató de que las vacas y toros se habían inmovilizado para observarlo, se detuvo por algunos instantes, y luego de mirar a Diego, como si necesitara de su energía o de su compañía visual, continuó avanzando pausadamente, seguido por los centenares de ojos vacunos, hasta alcanzar el abrevadero.

Mientras estuvo llenando las cantimploras, varias vacas se le acercaron pacíficamente sin importarles compartir el agua con aquel extraño. De regreso, el Flaco tomó la misma actitud cautelosa hasta llegar al encuentro de su amigo. Quiso gritar, en señal de triunfo, pero su clamor se quedó detenido en su interior debido a la inflamación de la garganta y el paladar ocasionada por la deshidratación que ya estaba mellando su organismo.

En un principio dieron un sorbo desesperado, pero luego se calmaron para ir bebiendo poco a poco. Aunque habían

notado la pérdida de la sensación de hambre, el Flaco sugirió una alternativa para alimentarse.

—Diego, ¿qué te parece si nos “bajamos” una de esas vaquitas para recuperar las fuerzas?

—¡Estás loco! —le respondió con la voz enronquecida—. Si se dieran cuenta de que matamos alguna nos perseguirían como si fuéramos alimañas.

—Pero tenemos que comer algo antes de que desfallezcamos y no podamos continuar.

—Tú sabes que no nos vamos a morir de hambre —le dijo Diego—. Primero sigamos ese camino agreste, a ver a dónde nos conduce. Después decidiremos lo que comeremos. ¿Qué dices?

—Bueno, ni modo. Vayamos de una vez.

Estuvieron caminando durante unos treinta minutos por ese camino desconocido cuando decidieron darse un descanso. Tremendo susto sufrió el Flaco al sentir que una víbora le mordió una de las botas. Agradeció el tener puesto ese legado del ejército de Nicaragua. Casi inmediatamente Diego aplastó al ofidio con una gran roca, cerciorándose luego de su inmovilidad total.

—Aquí tienes, Flaco, la especialidad de la casa —le dijo mientras sujetaba a la víbora entre sus manos.

—Si tú me garantizas que no voy a morir envenenado comiéndola, sigue adelante con el menú.

Después de decir estas palabras se alejaron un poco del sendero terroso, escudándose tras unos arbustos. Entonces, Diego, haciendo uso de la cuchilla del Flaco, seccionó la cabeza y la cola de la víbora, más o menos cuatro dedos por lado. Acto seguido la abrió para limpiarla, le quitó su escamosa piel y la trozó de la mejor manera posible. Los pedazos los fue introduciendo en delgadas ramas humedecidas. Para entonces el Flaco ya tenía preparada una pequeña fogata que

haría las veces de parrilla casera. Lentamente fueron cocinando la parte mollar del ofidio hasta que pudieron comerla. Era la primera vez, y deseaban que también fuera la última, que ingerían “anticucho” de víbora, cuyo indefinido sabor no les pareció muy agradable que digamos.

Después de saciar el hambre y la sed continuaron la caminata hasta que llegaron a un enorme campo abierto, desde donde divisaron, a lo lejos, unas torres de alta tensión y una línea oscura sobre el terreno que suponían se trataba de una carretera poco transitada porque no veían tráfico vehicular. Aunque ya estaba por anochecer, decidieron atravesar ese gran yermo para aprovechar hasta el último instante de luz. Si las fuerzas se lo permitían seguirían caminando en la oscuridad pues ya sabían qué dirección tomar.

Como había sucedido las dos noches anteriores, nuevamente se hizo sentir la presencia de un viento frío que bajó la temperatura del ambiente rápidamente. No obstante que se pusieron las delgadas chaquetas que tenían, la frialdad de la noche les impedía avanzar como quisieran. Entumecidos y soñolientos improvisaron dos pequeños lugares para pernoctar. Consistían en dos fosas poco profundas y unos montículos de piedras y ramas que les servían de frontis protectores para evitar la arremetida furiosa de ese extraño viento helado.

Ahí permanecieron hasta que el alba del quinto día los despertó casi simultáneamente. Habían descansado, pero sin dormir con la continuidad deseada y también sobresaltados por los quejidos del Flaco, que por ratos no soportaba los dolores de cabeza y el latir de su cerebro. Durante la noche sus recuerdos conscientes se habían entremezclado con la inconsciencia de sus sueños que, para entonces, ellos no habían podido diferenciar, lo que demostraba el debilitado estado en que se encontraban.

Al llegar a la carretera estuvieron caminando por algunos minutos cuando un auto particular pasó cerca de ellos, haciendo caso omiso a las señas que hacían para que los llevaran. Sin haberse aseado durante la travesía y después de todo lo que les sucedió lucían unos aspectos espantosos que atemorizaban a cualquiera. Reflejaban las apariencias combinadas de náufragos, orates, delincuentes, indigentes, alcohólicos y drogadictos.

Un tiempo después divisaron un moderno camión de transporte que iba a moderada velocidad. Nuevamente pidieron que los llevaran, con la fortuna de que esta vez sí les hicieron caso.

—¡Suban, amigos! —les dijo el joven chofer en castellano, con un definido acento mexicano.

—¡Gracias, compañero! —dijo el Flaco, secundado por Diego.

—¿A dónde se dirigen? —preguntó el conductor mientras reanudaba la marcha y bajaba su ventanilla al percatarse del humor penetrante de sus pasajeros.

—A Del Río —respondió el Flaco.

—Bueno, están con suerte. Yo voy a pasar por allí.

—Vaya. Ya era hora de escuchar algo agradable —dijo alegremente Diego.

—¿Hace cuántos días que han cruzado la línea? —preguntó con curiosidad el joven mestizo.

—Ya perdimos la noción del tiempo, compañero —respondió el Flaco—. Tal vez hace tres o cuatro días.

—Se nota que la han visto brava. Si parecen salidos de una película de terror.

—Por momentos pensé que estábamos muertos —manifestó el nicaragüense.

—Créanme que los comprendo. Mi padre también fue un “mojado”, por esa razón me detuve a ayudarlos, aunque yo

también me corro un riesgo. Esta zona es constantemente patrullada. Realmente ustedes han tenido mucha suerte para que no los ubicaran —dijo el joven estadounidense de padres mexicanos.

—Esperamos que esta misma suerte nos acompañe en adelante —señaló Diego.

—Escuchen, amigos —dijo el chicano—, de esa manera van a llamar la atención de la gente y los policías en Del Río. Vayamos primero al motel que un tío mío tiene cerca de aquí. Necesitan un buen baño, ropa limpia y comida. A mi padre también lo ayudaron cuando llegó a este país. Es lo menos que puedo hacer por ustedes.

—Estamos muy agradecidos por lo que estás haciendo, amigo...

—Antonio.

—Amigo Antonio, mi nombre es Diego y a él solo le dicen Flaco.

—¿Cómo se llama este río, Antonio? —preguntó el nicaragüense.

—En realidad es un riachuelo llamado Sycamore.

Después siguieron platicando sobre sus orígenes, aunque la mayor parte del tiempo se dedicaron a escuchar los consejos que Antonio les daba; ellos estaban muy extenuados para mantener conversaciones fluidas.

Fueron atendidos espléndidamente en el motel del tío de Antonio. Se asearon y pusieron ropa adecuada que él les consiguió.

Luego de comer emprendieron el recorrido hacia Del Río. El chicano seguiría hasta la ciudad mexicana de Acuña luego de dejar a los ilegales. En aquella ciudad descargaría el cargamento que llevaba.

Diego y el Flaco aprovecharon el tramo para dormir con la tranquilidad que les había producido el superar con éxito la

Sueños de un ilegal

fatigosa y angustiante travesía, agradecidos de toparse con Antonio, quien no les quiso cobrar ni un centavo por sus favores.

Capítulo 16

Muerte en Texas

Diego Hernando y el Flaco se quedaron bastante impresionados por la modernidad y el colorido que pudieron advertir en Del Río. Se notaba que habían ingresado a un nuevo mundo, alejado de las misérrimas condiciones en que vivían muchos pobladores al otro lado de la frontera. Ni bien llegaron se comunicaron con el antiguo compañero de armas del Flaco, quien quedó sorprendido gratamente al escuchar a su amigo. Luego de hacer las coordinaciones del caso ese individuo los recogió de una céntrica avenida, llevándolos a su lujoso apartamento en una camioneta de último modelo de su propiedad.

Arnaldo Tapia era un sujeto bastante extrovertido, un poco más bajo que el Flaco y tan delgado como él; fumador empedernido, muy blanquiñoso para tener rasgos mestizos; sus ojos, al igual que su boca, eran más bien pequeños a diferencia de su protuberante y aguileña nariz; se había dejado unos bigotes delgados y escasos, típicos del lampiño que pretendía no serlo.

—¿Qué les parece mi guarida? —preguntó.

—¡Oye, Arnaldo, este apartamento es un paraíso! —le respondió el Flaco.

—Lo he comprado al contado, y solamente llevo tres años aquí. No hay duda de que en este país está la “lana”—dijo aquel sujeto al referirse al dinero que se podía ganar.

—¿No trabajabas para unos rancheros? —preguntó el Flaco bastante asombrado por la fastuosidad en que vivía su antiguo compañero.

—Sigo trabajando para ellos. Desde aquí coordino las entradas de ganado y de otros de nuestros productos a diversos

comerciantes del sur de Texas. Yo no solo gano un buen sueldo, sino también comisiones por las transacciones.

—Ya veo. Por eso tienes este moderno equipo de comunicaciones—señaló el Flaco al verlo instalado en uno de los cuartos.

—Así es, Flaco —le dijo Arnaldo Tapia.

—Se ve que te llevas bien con los propietarios —señaló Diego Hernando.

—Este es un negocio de confianza, y yo he sabido ganármela desde el principio.

—¿Qué perspectivas tienen? —preguntó el peruano.

—¡Fabulosas! Cada día crecemos más y siempre se necesita gente nueva. La paga es mayor que en cualquier otro sitio, pero se le exige al personal buen rendimiento.

—Estoy ansioso por empezar, Arnaldo. Me imagino que Diego también —señaló su compatriota.

—No se preocupen, muchachos. Tómense unos cuantos días de descanso, que lo necesitan. Así me dan tiempo de hablar con mis jefes. Bueno, vamos al centro a comer algo y regresamos. Supongo que van a querer dormir por lo menos veinticuatro horas.

Al día siguiente el Flaco se quedó todo el día viendo televisión y algunas películas pornográficas que su amigo tenía por docenas. Mientras tanto, Diego pasó las horas escribiendo cartas interminables a sus familiares y amigos; estaba deseoso de que todos supieran que había llegado a Estados Unidos, sobre todo por lo tranquilizadora que sería la noticia para sus padres y para su hermano. En vano trató de comunicarse con su tía de Virginia, a donde pensaba dirigirse en un corto plazo. La operadora solo le indicó que no contestaban el teléfono.

Poco antes del anochecer recibieron la llamada de Arnaldo Tapia, quien desde el rancho les confirmó que el próximo fin

de semana se trasladarían allá para trabajar. También les dijo que tenía que atender unos envíos por lo que se quedaría un día más en ese lugar. Finalmente, les recomendó el nombre de un club nocturno donde podrían distraerse sin ningún tapujo. Solamente tendrían que mencionar que iban de su parte para ser bien atendidos.

—Diego —dijo el Flaco—, yo me voy para el club de todas maneras. Ver tanta fornicación me ha excitado y en ese sitio debe haber un montón de mujeres bonitas y dispuestas a todo. ¿Tú también vas?

—Claro, Flaco. Un poco de diversión no nos vendría mal. Creo que la merecemos después de la aventura que pasamos.

Cuando llegaron al club nocturno, casi no los dejan pasar si no fuera porque mencionaron el nombre de Arnaldo Tapia. Estando adentro se quedaron deslumbrados al ver varias mujeres que bailaban desnudas sobre unas mesas circulares que se movían lentamente.

Además de ellas, otras jóvenes rubias, morenas y mestizas estaban solas y disponibles para quienes quisieran bailar o tomarse un trago con ellas.

De pronto, se acercó un sujeto bien vestido y lleno de alhajas de oro, trayendo a dos de las más bellas: una rubia y una morena, ambas despampanantes, diciéndoles en presencia de Diego y el Flaco: «Chicas, estos caballeros son invitados especiales esta noche, así que trátenlos muy bien».

Luego se dirigió a ellos para darles las manos en forma amigable y con suavidad, a la vez que les expresó: «Los amigos de Arnaldo son también mis amigos».

En ese momento, Diego recordó al traficante de drogas de San Andrés, quien se dirigió a él de la misma manera, deseando ahora que el grupo que los rodeaba no estuviera vinculado a esa actividad. No obstante sus deseos, el ambiente se fue sobrecargando no solo del humo de tabaco, sino

también de marihuana. Realmente no se podía saber quién fumaba lo uno o lo otro.

A pesar de los olores del alucinógeno que iban y venían, Diego y el Flaco estuvieron entretenidísimos con sus bellas acompañantes y, lo más probable, afectados en alguna medida por el humo que aspiraban en el ambiente, ya que no dejaban de esbozar sonrisitas estáticas y estúpidas.

En uno de los momentos de descanso, las chicas que estaban con ellos sacaron sendos cigarrillos de marihuana, prendiéndolos con el mayor desparpajo y dándoles pitadas profundas, como si quisieran colmar su organismo con esa droga alucinógena. Después intentaron pasárselos a sus compañeros, recibiendo de ambos una delicada negativa.

Después de un rato más de diversiones, bailes y tragos, que Diego trataba de no ingerir en demasía, se definieron las parejas. El Flaco se quedó con la rubia, y Diego, con la hermosa morena. Las dos, sin duda alguna, eran una invitación a la más desenfadada lujuria: altas, de rostros finos, cabellos largos y ensortijados, y ceñidos vestidos que mostraban sus contorneadas figuras.

Alrededor de la medianoche ellas los llevaron a unos pisos más arriba, usando un ascensor encubierto, hasta llegar a unas habitaciones acondicionadas para el amor: con espejos en las paredes y techos, con interruptores de luces multicolores, una enorme cama de agua en forma de corazón, adornos y grabados de gran contenido erótico, pero de una fineza sobresaliente, un bar completo empotrado en la pared, un televisor colgante y numerosos videos pornográficos y, por si fuera poco, en medio de la habitación había una bañera de contornos sexuales con sistema de hidromasaje.

—¿Desean compartir la misma habitación o prefieren que nos separemos? —preguntó la rubia.

—Cada uno por su lado —dijo el Flaco.

—Sí, por supuesto —lo secundó Diego.

Cuando Diego y la morena estuvieron dentro, ella colocó cerrojo a la puerta en señal de que estaban solos y que no serían molestados. Después puso música suave, reguló la iluminación y sirvió dos vasos de escocés.

Al término del primer trago se acercó a una diminuta cajonería empotrada al lado izquierdo del bar, en cuyo interior había cigarrillos de tabaco y de marihuana. También cocaína y crack, que son trozos de cocaína básica cuyos efectos potencializan los del polvo blanco. Además, se guardaban ahí una serie de adminículos que usaban para servirse la droga: pequeños aparatos que enrollaban cigarrillos, aspiradores de cocaína y pipas de diversos tamaños. La bella mujer le hizo un gesto de ofrecimiento a Diego, pero él rechazó con otro la nueva invitación.

Luego ella se dirigió con mucha sensualidad hacia la bañera central, llenándola de agua ligeramente caliente; instantes después se desvistió con lentitud, desvistiendo seguidamente al atónito escritor.

Él no podía creer que aquello estuviera sucediendo, apenas unos días después de haber sufrido penurias en el desierto. Ese era un recibimiento totalmente inesperado. Ante aquella beldad que lo turbaba, sus preocupaciones se disiparon casi por completo. Aunque estaba disfrutando el momento, sabía que el frecuentar aquellos lugares casi ocultos y a esas supuestas amistades encaminadas hacia la total perdición hundían a la gente a profundidades abismales.

En la bañera se acariciaron placenteramente, excitándose aún más con los ondulantes masajes que el agua les producía. Después, sobre la cama, recorrieron sus cuerpos apasionadamente.

Diego se extasiaba al sentir el agradable y exótico aroma de la encantadora morena, que entre sus atributos tenía los

senos turgentes y las nalgas perfectas. Complacidos mutuamente, continuaron amándose de “mil maneras”, Diego protegido con preservativos, como siempre, y la bella mujer de color derrochando sensualidad y haciendo gala de su experiencia. Después de eso se quedaron dormitando hasta el amanecer, cuando repitieron todo aquello antes de los succulentos desayunos que les llevaron al cuarto.

Al retirarse de aquel lugar, donde no tuvieron que hacer pago alguno, el Flaco no salía de su embeleso.

—Después del traspase ya se me olvidó el infierno que pasamos, Diego.

—No puedo negar que hubo momentos agradables, pero me parece extraño y exagerado el regalo que nos ha hecho tu amigo Arnaldo.

—¡Vamos, hombre! Ya te estás preocupando en vano. Este es el país de las oportunidades. Arnaldo tuvo la suya y la ha sabido aprovechar, así de simple. Tal vez pronto nos toque tener la nuestra.

—No lo sé, Flaco. Escúchame; no se lo vayas a decir a tu amigo, pero yo trabajaré en ese rancho hasta juntar un poco de dinero. La verdad es que quiero irme de Texas lo antes posible.

—Bueno, esa es tu decisión, no tengo por qué adelantársela a Arnaldo.

—Gracias, Flaco. Cuento contigo.

—Hasta que me muera, compañero.

Al llegar al apartamento de Arnaldo Tapia notaron que él todavía no había llegado del rancho. Entonces Diego decidió aprovechar las circunstancias para dejar en el correo todas las cartas que escribió el día anterior. Si no las remitía todos podrían suponer que pasó a formar parte de los desafortunados que quedaron en el camino antes de llegar a los Estados Unidos.

Al ir camino a la oficina postal, que estaba localizada muy cerca de ahí, no pudo evitar detenerse ante un hispano que se encontraba sentado en la vereda al lado de un establecimiento comercial. No dejaba de llorar desconsoladamente, en extremo adolorido por la hinchazón de sus deformados pies, que a Diego le hicieron recordar a la malograda mujer que intentó cruzar la frontera.

—Pero... ¿qué le sucede, compañero? —dijo Diego para tratar de consolarlo de alguna manera.

—¡Ya no puedo más!... ¡Ya no puedo más!... ¡Ya no puedo más! —le empezó diciendo ese sujeto sin dejar de llorar y cubriendo su afligido rostro con ambas manos—. Llevo diez días caminando... ¡Ya no puedo más!

—¿Esta persona está con usted? —interrogó de pronto un policía que llamó la atención de Diego al ponerse a su lado en forma sorpresiva.

—No... No lo conozco —respondió el indocumentado escritor, perplejo por la cercanía de ese oficial.

—Entonces, por favor, retírese —le ordenó para que no estorbare.

Mientras el policía trataba de interrogar al sufrido hispano, Diego continuó hacia la oficina postal, apresurando el paso y sudando por aquel encuentro casual. Pero aquella experiencia con una persona hispanoamericana no sería la única que tendría ese día. Antes de ingresar al correo se topó con una mujer, al parecer mexicana, que gritaba y lloraba con desesperación. Caminaba de un lado a otro, totalmente trastornada.

—¡Ay, Diosito! ¡¿Dónde están mis hijos?! —vociferaba la mujer, mientras miraba una fotografía con las imágenes de un par de niños trigueños y mellizos—. ¡Los “coyotes” me los robaron!... ¡Los malditos “coyotes” se los llevaron!... ¡Ay, Diosito!... ¡¿Por qué, Diosito?! —

Diego Hernando ni siquiera quiso acercarse a ella, al igual que los otros transeúntes. Todos sabían que en cualquier momento llegarían las autoridades para saber qué sucedía. Sin embargo, ella se le acercaba al que podía y el peruano fue uno de ellos.

—¡Usted me tiene que ayudar!... ¡Por favor, ayúdeme! —suplicaba vacilante, mientras lo detenía forzadamente.

—¡Pero, señora!... ¿Qué puedo hacer? Avísele a la policía de su problema —le respondió Diego a diferencia de las otras personas que la rehuían rápidamente.

—¡Yo le tengo miedo a la “migra”!... ¡No tengo papeles!... ¡No sé qué hacer!... ¡Ellos me pasaron a mí primero y me dijeron que me entregarían después de dos horas a mis niños!... ¡Ay, Virgencita de Guadalupe!... ¡Eso fue ayer, señor!... ¡Ayúdeme, por favor!...

Ni bien terminó de hablar la aturdida mujer, se acercó un sacerdote español que había escuchado parte de la explicación que ella había dado.

—No se preocupe, joven. Yo me encargo de esta pobre madre —señaló el clérigo, para luego llevársela, aunque sin poder aplacar su tormento.

Este suceso puso a Diego frente a una realidad de la cual solo tenía referencias. Se trataba de la existencia de mafiosos que aprovechaban el paso de los indocumentados a Estados Unidos para raptar a menores o adultos, a quienes luego explotaban de diversas maneras, incluyendo la prostitución o traficando con ellos en el ilícito negociado de las adopciones o de órganos humanos.

Después de depositar las cartas en el servicio de correos, el cual era considerado el más eficiente del mundo, no dejó pasar la oportunidad para dar un solitario paseo por el centro de esa pequeña ciudad, admirando sus históricos edificios y templos del siglo pasado, atravesando exuberantes parques y

pintorescos canales de irrigación sobre puentes curvados, desde donde veía a numerosos chiquillos mestizos dándose chapuzones refrescantes sobre las tranquilas aguas.

De regreso al apartamento Diego convenció al Flaco para ver un interesante especial televisivo dedicado a analizar la problemática laboral en las áreas fronterizas. Ahí se destacaba la importancia del Programa de Visas Fronterizas, otorgadas a trabajadores agrícolas temporales de México, con lo cual se trataba de aliviar el ingreso de ilegales a los Estados Unidos. Pero también se mostraba las condiciones infrahumanas en que vivían muchos de esos trabajadores y sus familiares, mezclados con los indocumentados. Ellos se apiñaban en casuchas construidas en determinados tramos cercanos al río Grande, sin servicios de agua, luz y desagüe. Ese era el sacrificio que estaban dispuestos a hacer por unos cien o ciento cincuenta dólares a la semana, más o menos, pero que representaban mucho más de lo que podrían aspirar al otro lado del río Grande. Esas visiones les recordaban a ambos la forma similar en que sobrevivían millones de personas pobres en sus debilitadas naciones.

Cuando Arnaldo estuvo de regreso, no pudieron evitar tocar ese tema, entre otros, señalándoles que en el rancho donde trabajarían las condiciones eran totalmente diferentes. Además, ellos recibirían un trato especial por tratarse de sus recomendados.

Durante los dos días siguientes, antes del fin de semana, arremetieron sobre la zona tormentas tan severas que más parecían huracanes. Se generaron tornados gigantescos en diversos puntos de ese estado sureño, cuyas aterradoras figuras giratorias pudieron observar en los noticiarios televisivos. Diego sabía que ese fenómeno atmosférico se presentaba con cierta frecuencia en los estados del centro, y que eran causados generalmente por el choque violento de las

corrientes de aire frío del norte y las de aire caliente del sur. No obstante, las abundantes lluvias y las tormentas eléctricas caen en casi todo el territorio nacional, las que precisamente eran la base de la tremenda riqueza agrícola de los Estados Unidos. Esa noche también se enteró de que los rayos no solo producen nutrientes que alimentan a las plantas, sino también el ozono que protege a los seres vivos de los peligrosos rayos ultravioletas.

El sábado, temprano por la mañana y bajo un día soleado y caluroso, se dirigieron al rancho donde trabajarían. Como siempre, Diego estuvo acompañado de su inseparable mochila impermeable que después de la odisea se encontraba bastante maltratada, pero aún protegía su valiosa documentación.

No fue difícil saber la ruta que tomaron: primero, la autopista 90; después de cruzar el riachuelo Sycamore, salieron hacia un camino asfaltado de doble vía que recorrieron por casi una hora; luego, tomaron un camino sin asfaltar en dirección a un grupo de montes, entre los cuales hicieron el último cambio de ruta hasta que llegaron al rancho.

La granja era magnífica. Por doquier se veían camionetas nuevas, camiones cargados de ganado Santa Gertrudis, enormes almacenes cerrados, una clínica veterinaria, una inmensa casa de campo de lujoso acabado que mostraba jardines y piscinas, y caballerizas con ejemplares hermosísimos. También se podía observar centenares de cabezas de ganado que se perdían de vista entre los pequeños montes.

Diego y el Flaco fueron presentados por Arnaldo a los que dirigían esa gran empresa ganadera. Uno era alto, de porte atlético, cabello encanecido, tez blanca, bien afeitado y de vestimenta sobria. El otro era un sujeto obeso, siempre sonriente, de ojos pequeños y achinados, también de tez blanca, pero con bigotes en forma de herradura que le llegaban a la

barbilla, además llevaba puesta la clásica ropa de vaquero que incluía un hermoso sombrero texano. Ambos eran ciudadanos estadounidenses. Su oficina estaba exquisitamente decorada con adornos tan finos que podrían ser la envidia de los rancheros vecinos.

—Bueno, muchachos —dijo el hombre canoso en un español bastante fluido—, por ser amigos de Arnaldo pueden tener la oportunidad de ascender a posiciones de mayor confianza. En principio trabajarán limpiando los establos y las caballerizas o cualquier otra cosa que les indique el capataz general. Arnaldo los llevará a recorrer el lugar y a presentarlos con el capataz.

—Solo deben hacer lo que se les indica —señaló el hombre obeso, también en español—. ¿Entendido, amigos?

—Pierda cuidado, jefe —respondió el Flaco.

El escritor peruano solamente asintió con la cabeza como si presintiera algo malo.

Arnaldo los guio por aquellas instalaciones que deslumbraban por su modernismo. Diego quedó intrigado de que en algunos sectores, como el laboratorio y uno de los almacenes, el ingreso estuviera totalmente restringido, habiendo sujetos armados que custodiaban esas entradas. También se quedó preocupado por la tristeza que se patentizaba en los rostros de numerosos trabajadores, quienes trataban de estar sonrientes para complacer a los capataces. El Flaco no se había dado cuenta de ello, cegado tal vez por el éxito que veía en su antiguo compañero de armas y que él también quería alcanzar.

El conocer al capataz general no fue un hecho para nada agradable: se trataba de un mexicano descomunal, quien incluso de lejos era capaz de inspirar temor. Ante ellos se mostró muy amable y sonriente; sin embargo, por su profunda mirada que hipnotizaba y el ceño permanentemente fruncido

se notaba que tenía un carácter explosivo. Era el más grande y fuerte de todas las personas que habían visto en el rancho, tenía una cabellera tan negra como sus enormes bigotes, su actitud agresiva al andar daba la impresión de querer derribarlo todo a su paso, su corpulencia encebada denotaba que había sido un gigantesco practicante de la lucha libre o el levantamiento de pesas. Para todos sus asustados subalternos las órdenes que daba eran ley.

Fueron instalados en una barraca bastante cómoda, que compartirían con otros nuevos trabajadores. Desde sus ventanales se pudieron dar cuenta de la existencia de puestos de vigías instalados en altas torres, como si ese rancho fuera un campo de concentración o un centro de detención. Los sujetos que desde allí vigilaban más parecían francotiradores. El Flaco lo consideró una medida de seguridad, pero Diego se imaginó que además era una postura amedrentadora.

Conversando con los otros sujetos coincidieron en que todos eran inmigrantes ilegales, aunque a la mayoría de ellos los habían traído de México expresamente para trabajar en ese rancho. Ese fue un motivo adicional de preocupación para el suspicaz peruano.

Cuando empezaron a trabajar, en la mañana del día siguiente, fueron supervisados asiduamente mientras les indicaban la forma en que tenían que hacer las cosas, lo que hasta cierto punto era una medida natural. Sin embargo, durante los días siguientes el asedio continuó sin tregua. El capataz general les había indicado, al igual que a los otros novatos, que procuraran mantenerse alejados de los antiguos trabajadores mientras durara su “período de entrenamiento”, pero ellos ya se habían dado cuenta de que todos les rehuían.

El viernes por la tarde, cuando pagaban el salario correspondiente al régimen semanal que terminaba cada miércoles, Diego se percató de que le habían dado la mitad del dinero

que le correspondía. Furioso, se dirigió al capataz general, que estaba sentado tras una rústica mesa en una caseta destinada a realizar los pagos. Ante la mirada atónita y temerosa de los trabajadores que todavía estaban en fila, se le enfrentó visiblemente mortificado, pero trató de controlar su tono de voz.

—Oiga, aquí debe haber alguna equivocación, solo me han pagado la mitad.

—Ninguna equivocación —replicó el grandulón—. ¿No sabías que el resto se deposita en una cuenta de ahorros hasta que dejes de trabajar con nosotros?

—¡A mí nadie me dijo eso! —respondió Diego, exaltado.

—¡Pues ahora ya lo sabes, insecto! —repuso el agresivo capataz, sujetándolo con ambas manos de la camiseta, sin levantarse de su asiento, atrayéndolo y gritándolo en la cara mientras despedía un fuerte aliento alcoholizado—. ¡Si no te agrada este sistema anda a reclamárselo a tu amigo Arnaldo o a los propietarios! ¡A mí no me vengas a gritar, mierda! —vociferó finalmente, mientras le daba un empujón.

—¡Ya verás, carajo! —dijo Diego, muy mortificado.

En compañía del Flaco, quien vio todo lo que sucedió, se dirigieron a pedirle explicaciones a los dueños, quienes en forma hipócritamente amable les dijeron que se trataba de un malentendido del capataz general y que a ellos les pagarían su salario completo.

Aquella actitud desafiante le valió a Diego la admiración de los miedosos trabajadores, que nunca se habrían atrevido a hacer reclamo alguno por temor a ser enviados al “Caldero”, un lugar desconocido por ellos que siempre era mencionado por los capataces cuando trabajaban mal o cuando pretendían dejar el trabajo. Nunca supieron cuál había sido el destino de aquellos hombres que insistieron en retirarse..., simplemente desaparecieron.

En la noche, un mexicano arrugado por los años y por el excesivo trabajo bajo el Sol, que abrasaba el lugar, se acercó furtivamente a la barraca donde pernoctaba Diego Hernando, despertándolo silenciosamente, para luego suplicarle que escapara de ese rancho maldito que en realidad era un centro de distribución de cocaína a gran escala, y que cuando lo hiciera depositara una carta en el correo. La misiva estaba dirigida a un hijo que vivía en San Angelo y en ella le detallaba los pormenores de esas actividades delictuosas. El escritor hispano quedó sorprendido por la audacia del anciano, más que por las declaraciones que confirmaban sus sospechas. Le prometió que llevaría consigo esa misiva cuando se fuera del lugar.

El sábado, mientras limpiaba las caballerizas, Diego se escabulló hacia donde estaban cargando ganado en un gran camión, percatándose de que antes de subirlo atiborraron un compartimiento secreto con unas cajas delgadas, sobre las cuales pusieron un falso piso donde iba el ganado... Era, sin duda, un cargamento de cocaína cuyas entregas se encargaba de coordinar el corrupto de Arnaldo Tapia. Ahora comprendía por qué el nicaragüense había escogido a Del Río como centro de operaciones. Desde allí no solo se le facilitaba el control de la distribución de la droga, sino también el ingreso de cocaína a través de Ciudad Acuña y que rara vez detectaban las autoridades estadounidenses.

Al regresar a las caballerizas fue interceptado por uno de los capataces a quien le pareció sospechosa su ubicación, lo que comentó al capataz general, quien desde ese momento lo supervisó personalmente.

Ese mismo día, el gigante mexicano alertó a los jefes de la sospechosa curiosidad del peruano. Ellos coincidieron, juntamente con Arnaldo, en que Diego era un elemento negativo para sus fines comerciales, por lo tanto, sería enviado al

“Caldero” a la primera oportunidad, y esa primera oportunidad tendría que llegar a la mayor brevedad posible.

Como si presintiera esas intenciones, Diego habló con el capataz general acerca de sus deseos de retirarse.

—¡Conque el peruanito quiere marcharse y ni siquiera ha trabajado dos semanas! —vociferó como si quisiera que todos los que estaban esa tarde se enteraran de la situación, a la vez que soltaba una estrepitosa carcajada.

—¡Ah, eso quiere decir que no me van a dejar marchar cuando yo quiera! —replicó él.

—¡Oye, gusano, deja de joder o adonde te voy a mandar es al infierno! —le gritó el capataz después de darle un empujón y derribarlo al piso.

—¡Un momento! ¡¿Qué demonios está sucediendo aquí?! —intervino el propietario canoso.

—¡Este marrano dice que quiere irse! —respondió el capataz.

—Si eso es que lo desea, que se vaya —dijo el jefe—. ¡Y tú mismo lo vas a llevar a la ciudad! —le ordenó.

Diego Hernando no era tan ingenuo como para creer que lo dejarían ir de buenas a primeras. Deseoso de hablar con el Flaco de todo lo que había sucedido y de haber descubierto la forma en que transportaban la cocaína, recién pudo hacerlo al anochecer cuando se encontraron en la barraca. El más sobresaltado fue el Flaco, ya que había escuchado el rumor de que su amigo peruano sería llevado al “Caldero”—hablilla que había corrido por todo el rancho cual mecha encendida de pólvora.

Esa noche, como cada tercer sábado de mes, se produciría un jolgorio organizado por los mafiosos dueños, que incluía prostitutas latinas de baja categoría que prestarían sus servicios tanto a los secuaces como a los trabajadores. Era una medida que tomaban para mantener los ánimos calmados de

aquellos trabajadores que se habían convertido en presidiarios de los narcotraficantes.

—Flaco, no me arriesgaré a que estos sujetos me liquiden —dijo Diego con nerviosismo—. Esta noche me fugaré aprovechando el bullicio y la distracción de los guardias.

—Ya somos dos los que nos fugaremos —dijo el nicaragüense—. Yo tampoco me quedo en este lugar de mierda para convertirme en cómplice de estos delincuentes.

—¿Tú crees que tengamos posibilidades de escapar? —preguntó Diego, visiblemente preocupado.

—En el ejército he recibido entrenamiento para evasiones —respondió el Flaco—, esta es la oportunidad para ponerlo en práctica.

Cuando la algarabía comenzó a la llegada de las ramerás, ellos ya tenían un plan de fuga. Al igual que a todos los novatos de la barraca, no les permitieron salir a uno de los almacenes que acondicionaron para que la gente bailara y bebiera, siendo vigilados por un tipo armado que estaba al otro lado de la puerta. No tardaron mucho en traerles cinco de las mujeres para que se las repartieran entre los diez individuos que compartían el lugar. Ahí, el grupo de nuevos trabajadores empezó su fiesta privada, mientras que Diego y el Flaco se alistaban para la huida.

El Flaco, ayudado de un objeto puntiagudo que usó como ganzúa, abrió lenta y silenciosamente la puerta, percatándose de que el centinela se encontraba de espaldas a ellos. Con un movimiento rápido y brusco le propinó un soberano golpe en la nuca que lo durmió de inmediato; luego le amarraron los brazos y las piernas, lo amordazaron y escondieron tras la barraca.

Poco a poco fueron sorteando los obstáculos sin que nadie se percatara de ello. Cuando llegaron a las caballerizas, montaron en sendos caballos con los cuales traspusieron la cerca

del lado norte, lugar que escogieron al ver que estaba vacío el puesto de vigilancia de esa zona. El vigía que debía estar ahí se encontraba seduciendo a una de las prostitutas.

El capataz general, después de haber fornicado con dos de las rameras, salió a dar un vistazo a la situación. Primero estuvo en el almacén donde se llevaba a cabo el baile; acto seguido fue a ver a los novatos, sobresaltándose al notar la falta de vigilancia y la puerta entreabierta. Al entrar a la barraca solamente vio a las mujeres desnudas teniendo relaciones con los nuevos indocumentados, notando inmediatamente la ausencia de Diego y el Flaco.

Desesperado y molesto, el grandulón salió para disparar al aire un par de veces y así llamar la atención de sus secuaces. Los que estuvieron entretenidos con las libertinas pronto regresaron a sus puestos, y los que no, rápidamente se aparecieron ante él.

—¡Se han escapado dos malditos perros recién llegados! —vociferó—. ¡El peruano y el nicaragüense! ¡Búsquenlos y tráiganlos, pero ya!

—¡Jefe, faltan dos caballos! —dijo uno de los capataces.

—¡Maldita sea! —exclamó el grandulón—. ¡Yo mismo voy a encontrar a esos gusanos!

Posteriormente tomó el volante de una camioneta y se hizo acompañar por dos individuos armados de escopetas. Para mala suerte de los fugados, la noche estaba iluminada por la luna llena lo que facilitaría descubrirlos. Ellos tampoco podían escoger otra ruta que no fuera la única que comunicaba el rancho con la vía más cercana.

Diego y el Flaco escucharon el eco de los disparos, deduciendo inmediatamente que habían detectado su fuga. De pronto, vieron a la distancia las luces del vehículo que los perseguía. Sabían que no tardarían en darles el encuentro, por lo que tomaron la decisión de abandonar los caballos y

trepar un peligroso monte ríscoso donde tratarían de perder a sus perseguidores.

El capataz general detuvo el vehículo al notar que los caballos regresaban al rancho sin los jinetes. Luego, apagó las luces de la camioneta para observar el lugar con unos potentes binoculares. Avanzando lentamente, escudriñó la zona hasta que al cabo de unos cuantos minutos los vio escalando la montaña, soltando a la vez una risotada incomprensible.

—¡Los muy imbéciles están yendo directamente al “Caldero”! —dijo sarcásticamente.

Después se dirigieron hacia ellos por un sendero secreto que los llevaría directamente a la cima del monte. Hasta entonces, los perseguidos ni siquiera se habían dado cuenta de que habían sido avistados por el malvado mexicano.

Cuando estuvieron en la parte más alta, creyendo estar a salvo, Diego y el Flaco escucharon un disparo tronante cuyo proyectil dio de lleno en los pulmones del pobre nicaragüense. El peruano solo atinó a arrastrarlo para protegerse detrás de unas rocas.

—¡Maldición! ¡¿Qué mierda está pasando?! —exclamó al ver moribundo a su amigo.

—Diego —dijo el Flaco tan despacio que apenas se le podía escuchar—, me estoy muriendo...

—No digas eso, compañero, pronto te aliviarás —trató de recomfortarlo.

—En la basta del pantalón... —dijo el Flaco casi sin respirar—, hay dinero..., tómallo y vete pronto..., amigo.

Dicho esto, el Flaco expiró en los brazos de Diego, cuya mirada hervía por la congoja y la ira que le producía la repentina muerte de su compañero de viaje. Cumpliendo con sus premonitorias palabras, había contado con él hasta el fin de su existencia terrenal. Al dejarlo sobre el suelo, sus manos y sus brazos quedaron enrojecidos por la sangre de su amigo.

Luego tomó el dinero que estaba envuelto en una bolsa plástica y se apresuró a escapar.

Cuando sus perseguidores estaban a punto de alcanzarlo, se dio con la ingrata sorpresa de que la cima terminaba abruptamente en un profundo precipicio cuyo fondo se podía ver con el fulgor de la Luna. Sin otra alternativa, pretendió esconderse en una cueva cercana donde se horrorizó tremendamente al toparse con innumerables cadáveres calcinados e irreconocibles. ¡Estaba dentro del “Caldero”! Ahí también había algunos cuerpos que parecían haber sido asesinados recientemente, los que aún no estaban quemados. El hedor mefítico era insoportable y él se encontraba “entre la espada y la pared”, entre sus perseguidores y el vacío. Después de algunos segundos de vacilación se quitó la camiseta que llevaba puesta y se la colocó como pudo a uno de los inertes cuerpos, arrojándolo luego sobre el despeñadero. Inmediatamente después se escondió entre los putrefactos cuerpos que yacían en el “Caldero”. Cuando llegaron los malvados sujetos, tanto el capataz general como sus acompañantes no dejaron de reír a carcajadas por un largo rato al ver al Flaco desangrado y al supuesto Diego Hernando destrozado al fondo del precipicio.

—¡Metan a ese miserable dentro del “Caldero”! —ordenó el gigantesco capataz al referirse al Flaco—. ¡Al otro lo suben mañana temprano para mandarlos juntos al infierno!

—Muy bien, jefe —dijo uno de ellos—. No puede negar que estuvo fácil la cacería —continuó mientras ejecutaba la orden.

—Sí, realmente ha sido algo muy divertido —dijo el capataz—. Ahora vayamos al rancho a seguir la jarana.

Después de que se fueron, Diego salió del “Caldero” vomitando abundantemente hasta que se le acalambraron los músculos abdominales. Luego, se quedó tendido con la faz

Sueños de un ilegal

hacia el firmamento, agradeciéndole al cielo el estar todavía con vida al cabo de semejante experiencia.

Recuperado de esa terrible vivencia, se dirigió hacia algún poblado cercano, con el torso desnudo y su inseparable mochila sobre la espalda.

Capítulo 17

Sueños de un ilegal

Al terminar de darse un chapuzón en un riachuelo, Diego caminó algunas horas siguiendo su cauce hasta encontrar un hostel, donde no se sorprendieron mucho por su informal aspecto. Con parte de los 500 dólares que recibió en herencia del Flaco consiguió ahí ropa adecuada, se aseó, alimentó y durmió hasta el amanecer.

Unos amables ancianos que se dirigían a Uvalde, y que también habían pernoctado en esa hostería, lo llevaron a un restaurante especializado en atender a camioneros, ubicado en una de las salidas de la autopista 90. Solamente bastó que entrara en el establecimiento para ser recibido con variadas muestras de afecto provenientes de unos sujetos desconocidos. No tardó en dialogar amablemente con un chofer texano que se dirigía a la importante ciudad de San Antonio, aceptando llevarlo sin compromiso alguno hasta aquella localidad sureña.

Sin salirse de la autopista 90 ni detenerse en el trayecto, charlaron amablemente sobre diversos temas, inclusive el de la inmigración ilegal. El campechano camionero opinó que muchas empresas de su país subsistían o se enriquecían gracias al aporte de la mano de obra de los indocumentados, los que hacen trabajos que el estadounidense sencillamente no está dispuesto a realizar. También le manifestó que era de conocimiento público el descomunal negociado de documentos falsos que daban acceso a los ilegales a las fuentes de trabajo, lo que inclusive sabían los empleadores, quienes preferían no darse cuenta de ello, o se veían forzados a aceptarlos ante la imposibilidad de reconocer su autenticidad. Además, entre los estadounidenses existía la idea de que el

inmigrante ilegal solo traía consigo malas costumbres y actitudes delincuenciales, lo que era cierto en alguna medida, pero que no debería ser una idea generalizada.

Mientras hablaban, Diego notó que constantemente excedía el límite de velocidad señalado, disminuyendo la misma al sonido de una alarma proveniente de un pequeño aparato que había sobre el tablero. El joven chofer le indicó que se trataba de un pequeño radar que lo alertaba de la proximidad de los autos patrulleros. De esa manera podían avanzar con mayor rapidez y frenar a tiempo para evitar ser detenidos y multados; de igual forma actuaban muchos conductores particulares.

A Diego le llamó mucho la atención esa forma de infringir las disposiciones en el país más rico del mundo, pues sabía que una de las razones de su progreso era consecuencia del respeto por las normas. A pesar de ello, por doquier se veían signos del desarrollo alcanzado por esa gran nación: espléndidas carreteras bien señalizadas, enormes granjas que irradiaban su pujanza, infinidad de transportes colmados de mercaderías, y autos modernos circulando por sus autopistas bien asfaltadas.

Al llegar a San Antonio, Diego se dirigió al famoso Paseo del Río, intrigado por las recomendaciones que le había dado el camionero. Al estar en ese pintoresco lugar almorzó bajo una de las sombrillas que un restaurante disponía para sus comensales, mientras observaba el lento caminar de familias enteras y bellas mujeres que no cesaban de entrar y salir de las numerosas tiendas y restaurantes que existían a lo largo de ese tramo del río San Antonio. Después hizo un largo recorrido por el lugar, aprovechando la ocasión para adquirir una mochila nueva que reemplazó a su desgastada compañera. Finalmente, dio un paseo relajante en unos botes rectangulares en las tranquilas aguas fluviales. Como ya estaba

atardeciendo, se instaló en un hotel cercano a pesar del alto costo que le significaba pernoctar en él.

Al anochecer nuevamente fue al Paseo del Río, quedando deslumbrado por la fantástica iluminación. En un pequeño y acogedor restaurante satisfizo su apetito con creces, disfrutando de una opípara cena italiana que había extrañado durante tanto tiempo.

Al día siguiente dejó ese pacífico lugar para seguir su camino hacia el destino decidido: la ciudad de Fairfax, ubicada al norte del estado de Virginia, donde residía la prima hermana de su madre.

Antes de dejar San Antonio cumplió con la promesa de depositar la carta que el anciano mexicano le había encargado en el rancho. No cabía duda de que era la mejor forma para que las autoridades se percataran de las actividades delictivas que allí sucedían y que tanto daño les hacían a los pobladores más débiles de ese estado, los que se dejaban seducir por la maligna influencia de las drogas.

Un rato más tarde se detuvo en una gasolinera para comprar algo de tomar. Al salir de la tienda le llamó poderosamente la atención una hermosísima rubia, de suaves facciones y esbelto cuerpo que se encontraba surtiendo de combustible a un auto blanco, demasiado sobrio para la juventud que ella aparentaba. Su bello cabello dorado, largo y ondulado estaba atado de tal manera que dejaba ver una abultada cola en la espalda y unos mechones que caían sobre su rostro ligeramente bronceado. Ella, al sentir de alguna manera la penetrante mirada de Diego, lo miró brevemente con sus encantadores y relucientes ojos azules que no ocultaban su indiferencia. Luego ingresó presurosa a la tienda para pagar el consumo de gasolina y seguir su camino de inmediato.

El escritor peruano solamente atinó a realizar un gesto de conformidad para continuar su caminata por el borde de esa

avenida, solicitando a los conductores que lo llevaran. Al poco rato vio pasar a la joven estadounidense, quien no mostró el menor interés hacia su persona. No pasaron ni quince minutos cuando se detuvo a su lado un auto deportivo descapotado, de color negro, conducido por un sujeto sumamente alegre, al que parecía no preocuparle la vida. Ese individuo aceptó llevarlo de buen grado. Se trataba de un estadounidense de contextura mediana, cuyo cabello castaño recortado contrastaba con una menuda barba descuidada. Sus ojos achinados lucían enrojecidos, y su comportamiento vandálico por ratos parecía surgir con energía, sobre todo cuando notaba la ausencia de elementos policiales.

Diego no tardó mucho en comprobar que se trataba de un malandrín definido, notando que la lata de gaseosa que tenía la llenaba constantemente con una mezcla de licor que había debajo de su asiento. En el colmo de la desfachatez prendió un delgado cigarrillo de marihuana que fumó con desparpajo, ofreciéndoselo a Diego, que lo rechazó en forma sutil. De repente salió de la autopista hasta que tomó otra vía asfaltada, pero solitaria, señalando que necesitaba algo de dinero y que sabía dónde encontrarlo. A los pocos minutos sacó un diminuto paquete de cocaína, valiéndose de sus dedos para meterse dos “tiros” por la nariz. Acto seguido detuvo el vehículo al lado de la carretera para orinar, dándole la droga al sorprendido escritor. Le indicó que aspirase lo que quisiera. Sin hacerlo, por supuesto, le devolvió el paquete al bellaco cuando subió a su auto nuevamente.

Ese sujeto no perdía oportunidad alguna para molestar a los pocos conductores que pasaban. Algunas millas más adelante se toparon con la joven rubia de la gasolinera que parecía haber reconocido el rostro de Diego, haciendo un gesto de evidente desagrado. Tales fueron las bruscas maniobras que hacía el conductor malicioso, no obstante la reprimenda

del enfadado escritor hispano, que el auto de la asustada estadounidense terminó saliéndose de la carretera para quedar atascado en una pequeña zanja.

El malandrín se detuvo solamente para mofarse de la rubia que quedó llorando dentro del vehículo. Ese fue el momento que Diego aprovechó para bajar y correr a auxiliar a la bella joven.

—¡Peruanito al rescate! —gritó el maleante para luego continuar riéndose sin medida, sin recibir respuesta alguna de Diego que ya estaba próximo a alcanzar el vehículo de la joven—. ¡Váyanse a la mierda, los dos! —vociferó finalmente pocos instantes antes de partir de modo aparatoso.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Diego.

—¡Maldición! ¡¿Por qué tenían que cruzarse en mi camino?! —vociferó la rubia, nerviosa y consternada.

—Lo siento. Ese tipo debe estar loco. Yo nada tengo que ver con él. Solamente me estaba llevando.

—Ahora, ¿cómo salgo de acá? ¡Oh, Dios! ¡El carro ni siquiera es mío!

—Por favor, déjame ayudarte —dijo él.

—¡Lárgate de acá! ¡Prefiero estar sola y esperar a que otros me auxilien! —replicó ella.

—Esta zona es poco transitada. Por favor, déjame ayudarte —insistió Diego.

La alterada estadounidense, que ni siquiera había mirado a Diego, de pronto dirigió sus bellos y humedecidos ojos a los del escritor peruano, quien le inspiró una confianza incomprendible.

—Está bien, pero después cada uno se irá por su lado.

—De acuerdo —asintió Diego.

Al cabo de algunos minutos lograron sacar el auto del atolladero. La bella joven, que estaba al volante, al sentir el carro libre decidió acelerar y dejar el lugar sin decirle palabra

alguna al escritor hispano, quien se sorprendió por aquella reacción. Sin embargo, mientras se alejaba, ella sintió una extraña mezcla de compasión y atracción por Diego, al verlo por el espejo retrovisor tan aislado en aquel paraje desértico y montañoso. De pronto detuvo el vehículo y luego retrocedió rápidamente hasta ponerse a su costado.

—Sube. Te voy a llevar hasta la ciudad más cercana.

—¡Gracias! Por un momento pensé que me dejarías.

—Espero no equivocarme contigo.

—Te prometo que me voy a portar bien.

A los pocos segundos de reiniciar la marcha empezaron a platicar amigablemente.

—No sé cómo aceptaste que te llevara el hombre ese.

—Como tú no quisiste llevarme... —dijo Diego sonriendo.

—Es que nunca llevo a desconocidos. Bueno, tú eres el primero y el último —replicó ella sonriendo ligeramente. Después de una pequeña pausa continuó con bastante suavidad: «No pareces una mala persona».

—Por supuesto que no.

—¿De dónde eres? —preguntó con su encantadora voz.

—Del Perú —respondió Diego mientras contemplaba el perfil de su bello rostro.

—¿Perú? —repitió sorprendida—. Es la primera vez que conozco a un peruano. Sé de tu país por Machu Picchu y por lo que dicen de la guerra civil.

—En realidad no se ha declarado una guerra civil y espero que no suceda tampoco —replicó Diego, esforzándose por hablar en inglés lo mejor posible.

—¿Hace mucho que vives en Estados Unidos?

—No, la verdad es que tengo muy poco tiempo aquí. Y tú, ¿de dónde eres? —interrogó Diego tratando de cambiar el rumbo de la conversación.

—De Nueva York —respondió ella.

—Estás lejos de casa.

—Es que he tomado unas cortas vacaciones en casa de unos familiares que viven en Corpus Christi, después de graduarme en Administración de Negocios.

—¿Estás regresando a Nueva York?

—Todavía no. Primero voy a pasar unos días en el rancho de unos amigos, luego regresaré a Corpus Christi a devolver este auto que le pertenece a una tía. Y tú, ¿a dónde te diriges?

—A Virginia, a casa de unos familiares. Tal vez allá viva por un tiempo.

—¿A Virginia? ¿Y por qué tomaron este camino?

—Ni yo lo sé. Ese sujeto dijo que necesitaba algo de dinero y de pronto tomó este rumbo.

—Es extraño, ¿verdad?

—Sí, a mí también me pareció extraño.

—Virginia es un estado muy hermoso —señaló la rubia—. Dondequiera encuentras bosques y áreas de recreación al aire libre. Es algo que se extraña en la ciudad de Nueva York.

—¿Cómo te llamas? —interrogó el peruano.

—Laurie... Laurie Barns.

—Un lindo nombre... para una linda chica —dijo con galantería.

—Gracias —dijo Laurie, algo ruborizada—. ¿Y cuál es tu nombre?

—Diego Hernando.

—Diego... Her... nando —repitió Laurie sin poder pronunciar el apellido correctamente—. Disculpa, no puedo hablar bien el español.

—Mi inglés tampoco es muy bueno que digamos.

—Pero te dejas entender bastante bien.

—Una de las primeras cosas que voy a hacer es perfeccionar el inglés.

—¿A qué te dedicabas en tu país? —interrogó Laurie.

—Escribía artículos en un periódico y supervisaba las ventas en una distribuidora de alimentos.

—¿Qué tipo de artículos escribías?

—Básicamente relacionados a la situación socioeconómica del Perú. Hace poco publiqué un libro con la recopilación de algunos de ellos.

—¡Qué interesante! —exclamó Laurie—. Yo también estoy vinculada de alguna manera con los libros.

—¿Si?... ¿De qué manera?

—Mi padre es el dueño de una editorial en Nueva York. Yo también trabajo allí, en el departamento de relaciones públicas.

—¡Qué bien! —exclamó Diego—. Esa es una área importante y amena.

—Sí, ya lo creo. Pero yo estoy más interesada en la parte administrativa. Me gustaría ayudar a mi padre a dirigir la editorial, pero sueño con desarrollar otros proyectos por mi cuenta.

—Es bueno tener sueños. Ojalá todos pudiéramos hacerlos realidad —señaló el joven, algo apesadumbrado.

—¿Por qué decidiste venir, Diego?

—Bueno, para responderte voy a tratar de resumir una vida que te puede parecer fantástica.

Él le sintetizó, brevemente, algunas de sus vivencias que incluyeron los problemas que casi le cuestan la vida en el Perú; parte de la odisea que pasó para llegar a los Estados Unidos, su dramática travesía después de cruzar la frontera y su primera experiencia laboral.

—Realmente es impresionante todo lo que me has contado —dijo Laurie sorprendida—. Esa historia podrías publicarla con éxito.

—La verdad es que cada inmigrante podría contar una historia fascinante; y sí he pensado seriamente en la posibilidad

de escribir sobre mis vivencias —le dijo Diego—. Ya encontraré la forma de difundirlas.

—En la editorial estamos relacionados con algunas publicaciones. Si algún día decides ir a Nueva York, comunícate conmigo. Tal vez podamos hacer algo —dijo Laurie entregándole una tarjeta de presentación.

—Te lo agradezco. Después de todo parece que mi suerte no está tan mala como pensé —señaló sin dejar de mirar el encantador rostro de su acompañante.

—¿Sabes? —dijo Laurie dejando transcurrir una pequeña pausa—. Me habían hablado de los inmigrantes ilegales y del efecto negativo de su presencia para nuestro país. La verdad es que nunca pensé conocer a uno de ellos, llevarlo en el auto y comprobar que, por el contrario, pueden ser buenas personas que no nos van a causar daño alguno.

—Es cierto que muchos ilegales son la escoria de la sociedad, pero existen muchos más que ven en los Estados Unidos la única esperanza para ellos y los familiares que dejan, mientras que otros venimos en busca de la realización personal que se ve tan lejana u obstruida por diversas circunstancias en nuestras naciones, optando por el ingreso ilegal ante las trabas o las exigencias que impiden nuestra llegada por la puerta principal.

—Yo nunca los había visto desde esa perspectiva, tal vez por estar tan influenciada por mi padre que detesta a los inmigrantes ilegales, especialmente a los hispanos —dijo la hermosa Laurie.

—Me va a dar muchísimo gusto conocer a tu padre —dijo Diego, irónicamente.

—Realmente no es tan malo como parece. Ha tenido problemas, pero eso te lo contaré en otra oportunidad, si el futuro permite que nos reencontremos.

—Espero que esa oportunidad se presente, Laurie.

Al concluir aquella parte del diálogo, se detuvieron en un aislado restaurante. Cuando todavía se encontraban en el estacionamiento, la inteligente Laurie le hizo una pregunta al peruano, como si quisiera estar segura de que ese hombre merecía su amistad.

—¿Qué ves al final, Diego? ¿Cuáles son tus metas, tus sueños dorados?

Tras una pausa él respondió mientras alternaba sus miradas entre el despejado firmamento y los preciosos ojos azules de su compañera de viaje.

—Sueño desarrollar mi vocación a niveles insospechados; sueño ser aceptado y reconocido en este país, sin falsas modestias ni alejado del anonimato; sueño sentirme orgulloso de mis logros para que todos sepan que en el llamado tercer mundo existimos gente que puede surgir en medios más avanzados y competitivos, a pesar de las trabas y dificultades; sueño contribuir para modificar esa imagen negativa generada por algunos cuantos que da origen a los resentimientos; sueño ayudar, en alguna medida, a que mi país y muchos otros salgan del abismo en que se encuentran; sueño despertar en los jóvenes esa inquietud perdida por la evolución que les permita trascender, alejados de las malas influencias; sueño desposar a una mujer hermosa e inteligente, que me ame y respete, que aprecie lo que hago y me ayude a superar mis defectos, que desee tener hijos para que juntos los encaminemos por el sendero correcto, sin dejarlos de lado por las ambiciones personales; sueño regresar a mi país para estrechar a mis familiares y amigos, para recorrer nuevamente sus maravillas milenarias y su fantástica geografía; sueño ser un anciano que no se arrepienta de haber envejecido, que se sienta realizado, que mire atrás en el tiempo y pueda decir «Ha valido la pena vivir, no le temo a la muerte porque no moriré».

Después de aquella sensible exposición Diego notó que Laurie Barns se quedó prendada por sus palabras, a la vez que lo miraba de una forma encantadora.

—Laurie...

—¿Si?

—¿Y qué me dices de tus sueños?

—Este... bueno... tal vez no sea tan elocuente como tú, pero por lo menos te puedo decir que aspiro a ser una profesional exitosa, capaz de desarrollarme en base a mis propios méritos y no bajo la sombra de un padre “todopoderoso”; sueño ser una buena esposa y madre, y tener la dicha de encontrar en el camino a un hombre honesto, que sepa valorarse, que me ame, me apoye y comprenda —dijo la bella rubia, sin quitarle la mirada a Diego, como si presintiera que estaba ante ese hombre.

Al terminar el diálogo se quedaron en silencio por algunos segundos, cada uno con los ojos puestos en los del otro.

Cuando estuvieron en el restaurante, disfrutando de una hamburguesa con papas fritas, el peruano le hizo una pregunta curiosa.

—Laurie, ¿sabías que la papa, que alimenta al mundo, es oriunda del Perú?

—La verdad es que si lo sabía ya lo he olvidado.

—Del Perú no solo provienen muchas de las cosas que el mundo tiene ahora, sino que allá también existen maravillas de toda índole.

—Oh, por favor, méncioname algunas.

—Tenemos los bosques más fabulosos, la fauna y flora más rica, el lago más alto, el río más largo y caudaloso, la montaña más bella, un valle colmado de volcanes, dos de los cañones más profundos, la cordillera tropical más alta, los restos arqueológicos más fantásticos, recursos naturales incalculables y muchas otras maravillas.

—¡De solo escucharte ya deseo conocer tu país!

—Tal vez algún día lo hagas.

Al cabo de unos treinta minutos más de viaje, ambos se sorprendieron de ver al malandrín del auto deportivo negro, acelerando exageradamente su vehículo al salir de una gasolinera bastante solitaria. Sin percatarse de la presencia de Diego y Laurie, aquel sujeto se perdió rápidamente en el horizonte texano. De pronto notaron que un hombre estaba tendido en el suelo, muy cerca de la puerta que daba acceso a una pequeña tienda. A duras penas el hombre pedía auxilio. Sin pensarlo dos veces se acercaron, encontrándolo con la ropa ensangrentada, perdiendo el líquido vital por una profunda herida que tenía en el abdomen.

—¡Él me disparó! ¡El desgraciado del auto negro! —dijo ese hombre de contextura gruesa y de unos 50 años.

—Tranquilícese, señor. Es preferible que no hable —señaló Diego—. ¡Por favor, Laurie, pide una ambulancia!

Inmediatamente ella se dirigió al teléfono público que estaba a pocos pasos de la puerta de ingreso, marcando el número 911, correspondiente al servicio de cualquier emergencia en todos los Estados Unidos.

El agraviado ya había perdido mucha sangre, y para mantener las esperanzas de que viviera, Diego tendría que quedarse con él, presionando la herida hasta que llegaran los paramédicos. En menos de diez minutos se hizo presente un auto patrullero. Cuando Diego trataba de explicarle los hechos al policía, hicieron su aparición dos unidades policiales más y los paramédicos. De repente el lugar se alteró por las innumerables luces multicolores y el sonido estridente de las sirenas, las que poco después se silenciaron cuando los vehículos se detuvieron. Los paramédicos revisaron al desfallecido lesionado con una celeridad impresionante, destacando la capital presencia de Diego, sin cuya intervención

ese hombre ya habría muerto desangrado o víctima de un paro cardíaco. Pocos segundos antes de quedar inconsciente se le oyó decir: «El auto negro..., el auto negro». Luego lo llevaron al hospital del condado.

Aquellas palabras corroboraban las declaraciones que Diego y Laurie hicieron a los oficiales de la policía respecto al sujeto del auto negro, al cual describieron para facilitar su captura. En su calidad de testigos ambos serían citados en un par de semanas para que se presentaran ante la Corte de Justicia. A pesar de carecer de documentos que lo acreditaran como un residente legal en Estados Unidos, Diego no fue detenido ya que solamente las autoridades de inmigración podían hacerlo. Los policías solamente se limitaron a recabar información básica y el testimonio de los hechos.

A Diego se le complicarían las cosas si daba la dirección de sus familiares o amigos, no solo porque no había podido comunicarse con ellos, sino también por lo dificultoso que sería para él regresar para asistir a la corte texana. A sugerencia de Laurie señalaron como dirección mutua la de sus amigos del rancho cercano. Ella los conocía muy bien y sabía que a nadie le molestaría la presencia de Diego por algunos días. Después de dar su testimonio ambos se dirigieron allá.

El Rancho Warner estaba ubicado en el condado Comal, cerca del pequeño poblado de Sattler y del bello lago Canyon. Aunque a Diego no lo esperaban, la familia Warner lo recibió de una manera muy cordial; para ellos era suficiente el hecho de que estuviera acompañando a Laurie Barns. Ella era buena amiga de Allison, la joven hija de los propietarios. La había conocido en París cuando estuvieron juntas en el mismo instituto donde aprendieron el idioma francés. Además de Allison, los Warner estaban constituidos por su padre, el señor Charles, quien destacaba por su buen humor; su

madre, la señora Annette, una bella dama de origen francés; y su hermano mayor, Gary, el que guardaba un parecido sorprendente con su padre, con quien se encargaba de dirigir ese enorme y productivo rancho.

Sentados en la acogedora sala de la bellísima casa de madera estuvieron platicando durante un largo rato. Diego les habló acerca de sus actividades en el Perú y del poco tiempo que estaba en los Estados Unidos, pero nadie le preguntó acerca de su estatus legal para no incomodarlo.

Después de cenar y extender la sobremesa por más de una hora, Diego y Laurie fueron guiados hasta sus aposentos, tan bien acondicionados que daban la impresión de que siempre estaban listos para recibir visitas inesperadas.

Extenuado por los acontecimientos del día, aunque también sorprendido por las circunstancias que lo habían llevado hasta ese hermosísimo lugar, Diego Hernando se durmió de una manera muy placentera, tal vez más de lo que hubiera imaginado.

Al alba del día siguiente el hispano se despertó apaciblemente al escuchar el melodioso canto de las aves que habitaban los bosques que los rodeaban. Al dar un vistazo al exterior se quedó fascinado del paisaje montañoso que poco a poco se iba iluminando.

Después de tomar un desayuno abundante y variado acompañó al señor Charles y a Gary a supervisar los envíos de ganado. Mientras tanto, Laurie, la señora Annette y Allison darían un saludable paseo campestre.

En el transcurso de esa mañana Diego se percató de que, por desgracia, Gary había sucumbido al lamentable vicio de fumar tabaco. Su adicción a la nicotina lo impulsaba a consumir de quince a veinte cigarrillos al día. Aun sin verlo fumar se notaba que lo hacía; lo delataban su mal aliento, el penetrante olor de su vestimenta, la amarillenta apariencia

de sus dientes, uñas y dedos, la persistente tos que a veces lo atormentaba, y el cansancio excesivo que le producían las jornadas rutinarias. Además, era seguro que, desde el día que empezó a fumar, sus pulmones estarían almacenando una sustancia negruzca y cancerígena, y sus otros órganos se estarían perjudicando. Como se sabía que el daño que producía el humo del cigarrillo se extendía a los no fumadores, al joven texano no se le permitía fumar dentro de la casa. Él le confesó a Diego que había empezado a fumar a los 13 años, seducido por la publicidad comercial y presionado por los compañeros de escuela. Ante el peruano nuevamente prometió alejarse de ese hábito pernicioso, aunque no estaba seguro de poder lograrlo.

Al mediodía, cuando estuvieron de regreso, Diego trató en vano de comunicarse con sus familiares en Virginia.

En el transcurso de la tarde él se dedicó a corregir algunos de sus escritos, siendo ayudado por las jóvenes amigas estadounidenses a mejorar gramaticalmente algunos que había traducido. Aunque todavía no sabía dónde ni cuándo los publicaría, él se estaba preparando para cualquier eventualidad.

Durante los días siguientes, la benignidad del clima les permitió a Diego y a Laurie conocer y pasear por las inmediaciones, acompañados generalmente por Allison y su novio Henry, un guardabosque que se encontraba gozando con ellos de unas breves vacaciones.

Varias veces recorrieron los alrededores del lago Canyon, hermosamente engalanado de verdinas colinas que lo rodeaban. También disfrutaron de paseos en bote, surcando sus tranquilas aguas que cobijaban numerosas especies de peces que hacían de ese bello lago un excelente lugar para pescar.

Lo que más le llamó la atención al escritor peruano fueron los centenares de huellas de dinosaurios, descubiertas en 1982 sobre una llanura, que antes había estado cubierta por

un antiguo mar, ubicada muy cerca de Sattler. Seguir aquellas enormes pisadas les resultaba una experiencia realmente fascinante, casi sobrecogedora. Él tenía conocimiento de que el suelo norteamericano es rico en fósiles de ese género extinguido, pero no imaginó estar tan pronto recorriendo los mismos caminos que habían usado esos gigantescos reptiles 100 millones de años antes.

Una tarde, cuando Diego y Laurie se encontraban cabalgando por unos bellos parajes, disfrutando de estar juntos, sonrientes como siempre, se animaron a descansar sobre la cima de una colina boscosa que dejaba al descubierto el valle montañoso.

—¿Sabes, Laurie? ... —empezó a decir el peruano para luego detenerse brevemente.

—Dime —le respondió ella, como si quisiera apresurar la conversación.

—Quería agradecerte por todo esto.

—¿Todo? ¿A qué te refieres, Diego?

—Bueno, al hecho de darme tu confianza, de traerme a la casa de tus amigos. En la gasolinera bien pudiste no sugerir que viniera aquí.

—Ni yo estoy muy segura por qué lo hice. Hay algo en ti que me inspira confianza.

—También hay algo en ti que...

—¿Si?

—Quería decirte que me siento bien al estar a tu lado.

—Yo también siento lo mismo, Diego.

En ese momento se dieron una pausa para mirarse fijamente, como si estuvieran esperando que alguno tomara la iniciativa para acercar sus rostros y besarse por primera vez, pero ambos lo hicieron al mismo tiempo. Cuando sus labios se unieron tierna y amorosamente, súbitamente un tibio ventarrón subió por la colina como si quisiera separarlos antes

de que tomaran una acción precipitada e inapropiada. En ese instante Laurie bajó lentamente el rostro, inclinándolo ligeramente hacia la derecha, cubriéndolo con sus cabellos dorados que se movían bajo el antojo eólico.

—No, Diego. Aún no estoy preparada. Hay muchas cosas de por medio y algunos vacíos por llenar.

—¿Alguien te espera en Nueva York?

—No, nadie. Pero no se trata de eso. Es que...

—Es que... soy un ilegal hispano. ¿Eso cambia tanto las cosas, Laurie?

—En parte, sí.

—¿En parte?

—Es que no te conozco bien. Tienes sueños maravillosos, pero...

—Pero no te puedo dar la seguridad que necesitas.

—En parte, no.

—¿En parte?

—Hay mucho en qué pensar: mi carrera, mis familiares... Pero ¿qué estoy diciendo? Ni siquiera sé si como amigos tenemos futuro.

—Yo sé que sí.

—Yo no, Diego. Lo siento.

—Está bien, Laurie. Cambiemos de tema.

—Cabalgemos de regreso al rancho.

Cuando estuvieron allí, se encontraron con las citaciones para asistir a la Corte de Justicia de San Antonio. En tres días más tendrían que ir allá a declarar ante el juez.

A media mañana del día señalado, después de despedirse efusivamente de los Warner y agradecerles su hospitalidad, se encaminaron hacia la gran ciudad sureña. El juez los esperaba a las tres de la tarde.

Al llegar tuvieron que esperar cerca de una hora para ser atendidos. En la corte también se encontraba el policía que

los interrogó el día del atraco e intento de homicidio. Uno a uno, los citados fueron pasando ante el juez, coincidiendo las declaraciones que todos hicieron.

Después de eso fueron trasladados a la morgue con la finalidad de reconocer el cadáver del malandrín del auto negro, quien había fallecido durante una balacera al intentar asaltar otra gasolinera texana. Para Laurie iba a ser una experiencia desagradable. Ella se sentía nerviosa, sobre todo porque fue llevada sola en un patrullero, ya que las leyes prohibían que personas de diferente sexo fueran movilizadas en el mismo vehículo policial.

Luego de reconocer el cuerpo del malogrado sujeto se toparon con el propietario de la gasolinera. Estaba sentado en una silla de ruedas. Él había ido al lugar con el mismo propósito a pesar de estar convaleciente. Al ver a Diego inmediatamente le dirigió la palabra.

—Jamás podré olvidar a la persona que me salvó la vida —dijo el agradecido sujeto, mientras le estrechaba las manos al joven peruano.

—Era lo menos que podía hacer por usted, señor.

—No sé cómo demostrarte mi gratitud.

—Recuperándose plenamente.

—¿Piensas quedarte en Texas?

—No. Debo viajar a Virginia.

—Entonces solo me queda ofrecerte mi amistad y pedirte que me visites cuando pases por acá.

—Así lo haré, señor.

—Que Dios te bendiga y te guíe, mi joven amigo.

Luego se dieron un apretón de manos que selló el reconocimiento de la gratitud.

Cuando terminaron con esa gestión, Diego y Laurie fueron trasladados de la misma forma al centro de San Antonio, donde estaban ubicadas las oficinas del Departamento de

Justicia. Ahí nuevamente se reunieron los jóvenes amigos, pero únicamente para despedirse. Él seguiría el rumbo hacia Virginia, y ella regresaría a Corpus Christi para devolver al automóvil que le habían prestado y pasar algunos días antes de viajar a Nueva York.

—Laurie, llegó la hora de la partida —dijo el indocumentado hispano.

—A veces las despedidas son un poco tristes —señaló Laurie.

—Sí, creo que sí.

—Pero nos veremos pronto, ¿verdad?

—Disculpen la interrupción —dijo de repente uno de los dos policías del servicio de inmigración que se pusieron a su lado.

—¿Sí? —preguntó Diego algo preocupado.

—¿Podrían mostrarnos sus documentos, por favor?

En respuesta, Laurie mostró su licencia de conducir, mientras que Diego se quedó inmóvil sin saber qué hacer.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó el mismo policía.

—Diego Hernando.

Inmediatamente el policía se puso a revisar un legajo que tenía, para luego señalar: «Usted no mostró documentos anteriormente, cuando se los solicitaron en la gasolinera. ¿No los tiene?».

—La verdad que no, señor.

—Va a tener que acompañarnos, señor Hernando, para esclarecer su estatus legal en este país.

—¡Diego...! —exclamó la aturdida y nerviosa Laurie cuando se lo estaban llevando.

—¡No te preocupes, Laurie, pronto te escribiré!

—¡Por favor, no dejes de hacerlo! —dijo finalmente ella, quedándose estática al ver cómo se alejaba el vehículo policial.

Como ya era bastante tarde, Diego pasaría la noche en la estación de la Policía de Inmigración. Era la primera vez que estaba tras los barrotes de una cárcel. Aunque la situación lo incomodaba, recibió un buen trato y alimentación adecuada. Cerca de él había varios sujetos que estaban en la misma condición. Poco antes de dormir lo interrogaron brevemente con la finalidad de llenar algunos formularios.

Al día siguiente, muy temprano por la mañana y después de desayunar, le entregaron a Diego un documento que indicaba que se le había impuesto una fianza de 3000 dólares para recuperar su libertad, y así poder continuar el caso ante el Servicio de Inmigración y Naturalización del Departamento de Justicia sin estar detenido.

Seguidamente, a él y a los demás indocumentados los subieron a un ómnibus que los trasladaría al Centro de Detención para Inmigrantes Ilegales, desde donde podrían comunicarse con sus abogados o familiares.

Capítulo 18

Entre “El corralón” y las esperanzas

En el mismo ómnibus en que viajaba Diego había decenas de mexicanos, los que fueron bajados en la línea fronteriza cerca de Brownsville, desde donde se encaminaron a la ciudad mexicana de Matamoros. En ese momento el peruano comprendió por qué a ellos no se les había impuesto fianza alguna. Además de él quedaron dos nicaragüenses, un salvadoreño, un hindú y una guatemalteca, quienes habían subido en Corpus Christi.

“El corralón”, como se le conocía al Centro de Detención para Inmigrantes Ilegales, estaba ubicado cerca de la costa sur del estado de Texas que linda con el Golfo de México. De lejos se veía como un oasis de verdor en medio de un panorama incoloro debido a la sequedad de la vegetación y de la llanura pedregosa. Al llegar pudieron comprobar que su aspecto verdino provenía de la grama, bien cuidada, de las canchas deportivas de ese lugar.

Primero fueron guiados hasta la zona de recepción que ahí se llamaba Proceso, donde les dieron unos uniformes anaranjados, zapatillas azules y una bolsa de plástico para colocar sus pertenencias y la ropa que llevaban puesta. Luego separaron a hombres de mujeres, ubicándolos en edificios diferentes. Inmediatamente después los hicieron ingresar a unos baños amplios y muy limpios, donde se desnudaron para ducharse bajo los artefactos individuales que ocupaban un espacio común donde se podían bañar diez personas.

Acto seguido fueron desinfectados por un sujeto de origen latino que vestía uniforme rojo, el que se valió de un rociador para esparcirles el antiséptico, indicándoles que se taparan los huevos y cerraran los ojos, por lo que se cubrieron los

testículos con ambas manos, bajaron los párpados y, por precaución, detuvieron la respiración.

Cuando estuvieron uniformados, los policías del servicio de inmigración, vestidos de verde, les tomaron las fotos de rigor y las huellas digitales de los diez dedos; les devolvieron sus pertenencias, previamente revisadas, y les entregaron una pequeña bolsa con un cepillo y pasta dental, jabón y afeitadora, siendo dirigidos a la barraca que les asignaron. Ahí escogieron una entre las camas que estaban desocupadas.

Como faltaban pocos minutos para las cinco de la tarde, hora en que servían la cena, los llevaron directamente al comedor, donde recibieron una comida suficiente y nutritiva. Después les permitieron permanecer en la zona de recreación, ubicada en el edificio 2A o Dos Alfa, como le decían. Ahí estaba el gimnasio. Había cinco mesas de ping-pong, una sala de lectura y otra de televisión, además de dos máquinas expendedoras, una de gaseosas en lata y otra de dulces y galletas, similares a las que había en todas las barracas. También existían varios teléfonos públicos desde donde uno podía realizar las llamadas que creyera conveniente. Diego aprovechó de esa facilidad para tratar de comunicarse con su tía de Virginia, pero por más que insistía las llamadas no eran contestadas. Él estaba muy preocupado porque sabía que de no contar con apoyo legal sería deportado muy pronto. Al día siguiente intentaría comunicarse con ella, y solamente si fuera necesario recurriría a sus amigos o a los abogados que desde ahí podría conseguir.

Al recorrer las instalaciones del gimnasio conoció a un brasileño que se convertiría en uno de sus mejores amigos. Brasil, como le decían, era un tipo bonachón, sano, dedicado por entero al deporte. Su fortaleza superaba con creces a la de él. Le explicó al confundido peruano, en castellano mal pronunciado, que llevaba un mes en “El corralón” y que en breve

saldría de ese lugar gracias a un familiar del uruguayo que había conocido, que les facilitaría el dinero que cubriría el 30% de cada una de sus fianzas.

Explayándose más, le manifestó que en los Estados Unidos había fiadores que pagaban el íntegro de la fianza exigida, a cambio del 30% de su valor por adelantado y el total de la cantidad que devolvería el Estado cuando el caso concluyera. Eso sí, estando fuera de “El corralón” él tendría que asistir a las llamadas de la corte, porque al declarársele fugado los fiadores lo buscarían para exigirle el adeudo, aunque tuvieran que amedrentarlo para lograrlo. Para Diego Hernando esa era una alternativa poco viable porque, en primer lugar, no tendría para pagar el 30% de la fianza que le habían impuesto; en segundo lugar, no había comenzado las gestiones que podría realizar con sus familiares y amigos; y en tercer lugar, no lo convencía el verse involucrado con aquellos sujetos que lo podrían perjudicar de alguna manera.

Diego y Brasil se dirigieron juntos a la barraca alrededor de las diez de la noche. Aunque había sujetos de su talla y corpulencia, ambos inspiraban sentimientos de temor y respeto. Estando ahí, el brasileño le hizo un recorrido para que conociera a los que serían sus “vecinos”, mostrándole además las instalaciones. La barraca era un edificio rectangular de unos 50 metros de largo. Dentro del recinto, a los costados de un largo pasadizo, había dos hileras de espacios con camas donde pernoctaban los ilegales; al fondo había una mesa de ping-pong, dos televisores, cuatro lavadoras y cuatro secadoras de ropa.

A Diego le causó sorpresa y jocosidad observar a una pareja de “esposos” homosexuales panameños que habían juntado sus camas como si se tratara de un lecho matrimonial. Uno de ellos tenía aspecto varonil y el otro derrochaba con gracia su feminidad.

También se percató de que había sujetos de las más variadas nacionalidades y de casi todas las razas imaginables. Aunque algunos se mostraban amables, otros eran totalmente indiferentes; y muchos de ellos se las pasaban jugando cartas mientras fumaban asiduamente.

A las once de la noche fueron apagadas todas las luces principales, encendiéndose automáticamente unas lucecitas anaranjadas similares a las que indicaban las salidas de emergencia. Las reglas internas prohibían que la gente hablara o realizara actividades que perturbaran el sueño de los demás, pero eso era algo que no se cumplía.

Diego no pudo dormir casi nada aquella primera noche en “El corralón”. Muy pronto se dio cuenta de que la penumbra despertaba a un mundo de noctámbulos. Un sujeto que dormía a su lado, y que era lo que hacía cuando llegó a la barraca, de repente se incorporó de su cama y, al percatarse de su nuevo vecino, le dijo: «Hora de levantarse», dirigiéndose al baño para darse un duchazo nocturnal. Aquello era para él una rutina diaria. A ese individuo lo llamaban con el sobrenombre de Filósofo porque siempre andaba buscando las razones de todo lo que acontecía. Sus ideas lindaban con una locura inofensiva. Se pasó la noche deambulando por la barraca, diciéndoles sus teorías sin sentido a quienes se animaban a escucharlo, u observando las partidas de cartas que se desarrollaban con entusiasmo desbordante bajo las lucecitas anaranjadas, fumando marihuana, al igual que los jugadores que apostaban grandes sumas de dinero que podían llegar a los tres dígitos. El barullo solamente se detenía unos segundos antes de que apareciera uno de los guardias de seguridad, quien recorría la barraca exactamente cada veinte minutos, casi sin hacerse notar, tal vez porque vestía un pantalón azul y una camisa celeste. Cuando se retiraba, todo volvía a la “normalidad”.

Diego llegaba a escuchar los quejidos lupinos del homosexual, quien estaba disfrutando de sus relaciones sexuales con el “marido”, ante la indiferencia de los demás que ya estaban acostumbrados a oírlos.

Filósofo, al notar que Diego Hernando no podía dormir, se le acercó para presentarse y ofrecerle una charla bastante amena que demostraba su falta de lucidez. Le dijo que era uruguayo y que trabajaba secretamente para la NASA. Él tenía la seguridad de pertenecer a ella, donde formaba parte de un importante experimento que tenía por finalidad saber cómo reaccionaba su mente en “El corralón”. Sus pensamientos estarían siendo detectados por un satélite espacial que siempre lo vigilaba. Además, aseguraba que todos sus movimientos ya estaban programados. Después de escucharlo y cuando se había ido, Diego se quedó dormido, aunque faltaba poco para el amanecer y padecía de una sensación tremenda de hambre.

A las cinco de la mañana fueron despertados y llevados directamente al comedor para tomar un desayuno suficiente y balanceado, después de las exageradas doce horas que los separaban de la cena. A las cinco y treinta regresaron para asearse y tender sus camas porque antes apenas tuvieron tiempo para mojarse la cara y orinar. Como carecían de celdas con barrotes, muchos escondían los zapatos o uniformes de sus compañeros, o hacían otras bromas que nunca trascendían negativamente.

Luego, a las ocho de la mañana, fueron trasladados a la soleada zona externa denominada Área. Ahí había canchas bien cuidadas de fútbol, básquetbol, voleibol y béisbol, y una pequeña área de gimnasia. En ese sitio se juntaban los ilegales de todas las barracas, con la excepción de las mujeres, que tenían su propia área de recreación; sin embargo, se las podía ver sin dificultad.

Diego estuvo haciendo algo de gimnasia con su amigo Brasil, hasta que decidió intentar comunicarse nuevamente con su tía de Virginia. Se enteró entonces de que ella había viajado de vacaciones a Miami junto con su esposo, y que regresarían en uno o dos días, según le informó una mujer que estaba haciendo la limpieza de la casa. Aunque se quedó muy preocupado por la noticia, optó por calmarse y esperar el retorno de sus tíos.

A las once de la mañana los condujeron al comedor para almorzar en turnos de veinte minutos para cada cincuenta personas, requiriéndose de ocho turnos para atender a los cuatrocientos detenidos, incluyendo a las mujeres. Al igual que en la mayoría de servicios, los de uniforme rojo servían la comida. Aunque ellos solamente eran ayudantes de cocina, todos los conocían como los “cocineros”. La preparación de los alimentos estaba a cargo de profesionales estadounidenses.

Durante la hora del almuerzo Diego no estuvo acompañado de su amigo Brasil porque él era uno de los “cocineros”. El brasileño le dijo que todos los trabajos que realizaban los de uniforme rojo se remuneraban a razón de un dólar por cada turno de seis horas, que en realidad era un pago simbólico si se consideraba que una cajetilla de cigarrillos costaba más que eso. Haciendo otro parangón, le señaló que dentro de “El corralón” un “pito” de marihuana se vendía a ese precio.

En ese desacostumbrado almuerzo mañanero, el escritor peruano se sentó a la diestra de un iraní de unos 35 años. Este inició la conversación en un inglés fluido, haciéndole ver que no había colocado su nombre en algún lugar visible de su uniforme. El iraní, al que le decían Sha, le contó que tenía más de dos años de permanencia en “El corralón” y que estaba desesperado por salir, aburrido de la vida rutinaria que

lo estaba volviendo loco, y del encierro que detestaba. Después de haber sido aviador de guerra en su país, se sentía aprisionado en una jaula de pájaros.

Reconoció que él tenía la culpa de su situación. Cuatro años antes le habían otorgado asilo político en los Estados Unidos, habiendo regresado a Irán furtivamente para ver a sus padres, contraviniendo las normas legales que establecen que el asilado no debe regresar a su país, actitud que hace perder ese estatus. Cuando retornó, las autoridades, sabiendo del hecho, le anularon esa condición, siendo tratado después como un indocumentado más.

La razón de que estuviera tanto tiempo en ese centro de detención se debía a que no existía el proceso de deportación a Irán. Como su situación era incierta y no deseaba que lo enviaran de vuelta a su país, estaba dispuesto a correr los riesgos de una fuga, confesión que se la dijo en un tono muy bajo para evitar que los guardias se enteraran de sus intenciones.

Aunque algunas veces, después de almorzar, los llevaban nuevamente al Área, esa tarde fueron conducidos a las barracas. Ahí Diego y un salvadoreño que se presentó a sí mismo, recorrieron los aposentos de los detenidos, que durante el día se convertían en puestos de venta desautorizados, comprando ropa interior y revistas a precios mayores que en las tiendas de la ciudad.

Al igual que la marihuana y la cocaína, que también se podía adquirir a precios exorbitantes, todos los productos que se ofertaban ingresaban a “El corralón” los días domingo, cuando se permitía la entrada de visitantes.

Resultaba curioso que los indocumentados no tenían contacto físico con sus abogados, familiares o amigos, ya que conversaban en unos cuartos donde había mesas separadas por ventanales especiales. Los encargos que ellos llevaban

eran revisados por los guardias de seguridad que luego se los entregaban.

Era difícil aceptar que las autoridades policiales no se dieran cuenta del contrabando que ingresaba, o del olor de los cigarrillos encendidos de marihuana que a ratos se sentía inconfundiblemente, sobre todo en las noches cuando las barracas se llenaban del humo del alucinógeno esterilizante y embrutecedor.

En alguna medida las personas que estaban alejadas de las drogas también se afectaban al inhalar indirectamente aquella dañina combustión. Daba la impresión de que todo eso, prohibido por las reglas, era permitido solapadamente para mantener los ánimos calmados.

El salvadoreño, al que le decían Apache por su enorme parecido a los pieles rojas del antiguo oeste norteamericano, no solo por las características de su rostro, sino también por su larga y lacia cabellera, tenía por costumbre fumarse dos o tres pitos de marihuana al día, droga que desconocía antes de llegar a “El corralón”.

Bajo sus efectos el pobre sujeto a ratos se reía hasta de las situaciones más estúpidas, aunque en otros momentos se sentía exaltado, deprimido o angustiado. Lo que no se le alteraban eran sus enrojecidos y achinados ojos, y el proceso de esterilización e impotencia que seguramente se había iniciado en él.

Al atardecer, mientras cenaban, la atención de todos se centró en una curiosa persecución: un vietnamita misántropo, muy menudo y delgado, que siempre estaba solo y callado, como si estuviera alimentando el odio y la xenofobia que había en su mente, de pronto se levantó de su asiento para perseguir furiosamente a un nicaragüense que lo había mirado a los ojos por algunos segundos, algo que el asiático consideró excesivo.

Por un rato lo estuvo persiguiendo de mesa en mesa ante la incertidumbre general y la acción infructuosa de los guardias que no podían detenerlos.

Cuando sujetaron al nicaragüense, salvándolo de su perseguidor, el vietnamita comenzó a dar volteretas incontrolables en el aire y golpes certeros en objetos de madera que rompía fácilmente, pateando la pared con una furia rabiosa, mientras gritaba en forma espeluznante.

Nadie se atrevió a sujetarlo. Al cabo de algunos segundos de la demostración colérica de su conocimiento de las artes marciales, aquel misántropo asiático se detuvo intempestivamente, dirigiéndose luego a terminar de cenar. Como todos se quedaron mirándolo, dio un último grito que los obligó, a la vez, a voltear las caras y regresar a la cena. Esa misma noche el vietnamita fue trasladado a la barraca de los sujetos más peligrosos, donde estaban detenidos aquellos indocumentados que habían cumplido condenas en diferentes penitenciarías del país por cometer actos delincuenciales.

Los únicos mexicanos que había en “El corralón” estaban en ese grupo, esperando que el juez de inmigración decretara la anulación de su residencia antes de ser deportados al su-reño país.

Cuando estuvieron en la barraca, Diego Hernando demostró su pericia en el juego de ping-pong lo que le valió el acercamiento positivo de muchos de los detenidos. En esos momentos conoció a otro peruano a quien le decían Terruco, en alusión a las actividades terroristas que se desarrollaban en el Perú. Era un sujeto acholado, grueso, vulgar y de poca educación; provenía de una peligrosa zona del distrito de La Victoria, en Lima, habiendo crecido entre delincuentes, suciedad y carencias de todo tipo. Diego había conocido aquel lugar cuando trabajaba en la distribuidora de alimentos, por lo que sabía que era un tipo de cuidado.

No obstante que los acontecimientos nocturnos fueron similares a los de la noche anterior, Diego se quedó profundamente dormido hasta el amanecer, vencido por las preocupaciones, el cansancio y su pasado desvelo. Pero no fue despertado por la timbrada oficial, sino por las imágenes finales de su último sueño, que deseaba fueran premonitorias, en las que un numeroso público no cesaba de aplaudirlo después de una disertación que hizo. De todos modos, se levantó más animado, como si un mensaje de esperanza le hubiera surgido de la inconsciencia... o le hubiera sido transmitido desde las alturas.

Poco antes de almorzar llamó por teléfono a su tía de Virginia, esperando escuchar su voz con cierta acuciosidad poco disimulada. Tuvo que marcar con insistencia hasta que por fin pudo comunicarse con ella.

No era de extrañar la enorme sorpresa de la tía Elena al escuchar a Diego, pero mayor fue su preocupación al saber que estaba recluso. Como era de esperar, ella inmediatamente le ofreció toda su ayuda. Inclusive le manifestó que se pondría en contacto con sus abogados a la mayor brevedad posible para que le procurasen la asistencia legal que necesitaba.

Felizmente para él, en sucesivas llamadas lograron coordinar la visita que los abogados le harían un domingo próximo.

Bastante más tranquilo esperaría la llegada de ellos, confiando plenamente en las gestiones realizadas por la tía Elena.

En Estados Unidos había otra persona que se interesaba en él. Laurie Barns no había podido separar de su mente la imagen de aquel indocumentado hispano que ansiaba realizarse. Tampoco se sentía bien al desconocer la suerte que había corrido. Desde Corpus Christi hizo una serie de averiguaciones tratando de ubicarlo. Cuando finalmente le informaron desde

“El corralón” que Diego se encontraba en ese lugar, ella solo atinó a agradecer aquel dato y colgar el teléfono. Después se quedó pensativa ante la duda de comunicarse con él o tratar de olvidarlo. Aunque se había sentido extrañamente atraída por el escritor peruano, optó por lo segundo tal vez influenciada por algunos prejuicios. De cualquier manera, ella suponía que muy pronto sería deportado.

Por su lado, Diego a ratos tomaba la tarjeta que Laurie le había dado, recorriéndola varias veces con los dedos, a la vez que ocupaba sus pensamientos con la bella profesional estadounidense. Él imaginaba que tal vez algún día volvería a verla, al menos era lo que deseaba.

El intelectual alternaba el tiempo entre la práctica de levantamiento de pesas y el diario trotar, entre la lectura de libros o revistas y la escritura de ensayos, pensamientos y cartas, entre las partidas de ping-pong y las charlas amenas con sus compañeros. Esas actividades, aunque no lo aburrían, tampoco evitaban que sintiera el tedio de hallarse prisionero.

Al sexto día de su llegada, Diego fue llevado a la corte instalada en “El corralón” para que se definiera su situación. Previamente aconsejado por los abogados de su tía Elena, ante el juez de inmigración solicitó tiempo hasta que pudiera conversar con ellos personalmente, siendo aceptada su petición inmediatamente.

Esa misma mañana coincidieron el cambio de uniformes, sábanas y cubrecamas, lo que se hacía cada tres días, y la desinfección general de “El corralón” que se efectuaba cada dos meses. Al atardecer, las autoridades le preguntaron al escritor peruano si deseaba ser ayudante de cocina en el turno y medio de la mañana, es decir, entre las cinco de la mañana y las dos de la tarde, solicitud que habían tomado en cuenta gracias a las recomendaciones de su amigo Brasil y

porque se habían percatado de su comportamiento serio y responsable.

De buena gana el escritor aceptó su nuevo papel de “cocinero”, no solamente por considerar interesante la experiencia, sino porque de paso se libraría del Sol abrasador y sofocante de las mañanas texanas, que para muchos de los ilegales era un incordio permanente y a veces exasperante.

Acompañado de su amigo Brasil, Diego cortaba verduras y frutas, preparaba salsas, lavaba los trastes, limpiaba los pisos y durante la comida servía los alimentos. Esos trabajos los realizaban con eficiencia a pesar de que no eran precisamente de su agrado, y por los cuales se le remuneraba apenas con un dólar y medio al día.

Un día el brasileño inició un diálogo interesante, en referencia a un tema que lo tenía preocupado.

—Diego, tengo una duda que tal vez me puedas aclarar —dijo él, esforzándose un poco al hablar en castellano.

—Dime, Brasil.

—Algunas veces me han dicho que yo soy hispano. ¿Los brasileños somos hispanoamericanos?

—No, Brasil, no es así —respondió Diego.

—¿Entonces...?

—Te voy a explicar. Hispanoamérica es el conjunto de los países americanos de lengua española, por lo tanto, somos hispanoamericanos los que tenemos origen en estos países. Aquí se nos llama hispanos, aunque este término se extiende también a los españoles.

—¿Y los brasileños y los haitianos? —preguntó Brasil aún confundido.

—Aquí es donde debo referirme a los términos Iberoamérica y Latinoamérica (o América Latina). El primero designa a los países americanos que tienen lenguas de la península ibérica, esto es español y portugués; y el segundo, a los que

hablan lenguas de origen latino, que en nuestro continente son el español, el portugués y el francés.

—O sea, los brasileños somos iberoamericanos.

—Así es, Brasil, y también son latinoamericanos. Es decir, considerando el origen, en América Latina los que hablamos español somos hispanoamericanos, iberoamericanos y latinoamericanos; los que hablan portugués son iberoamericanos y latinoamericanos; y los que hablan francés son únicamente latinoamericanos. Debemos tener en cuenta que Latinoamérica y sus derivados aluden fundamentalmente a cualidades políticas y económicas, mientras que Hispanoamérica, Iberoamérica y sus derivados aluden más propiamente a una cualidad lingüística y cultural.

—Entonces, en los formularios que existen en este país debería excluirse el término “hispanico” —manifestó el brasileño con toda seguridad.

—No debe usarse para determinar la raza de los individuos porque hay hispanos blancos, negros, mestizos, indígenas y de otras razas. Puede considerarse para determinar el origen lingüístico y cultural, pero de ninguna manera el racial. Así debe ser para todos los latinoamericanos.

—Gracias, Diego, ha sido una explicación muy clara.

Brasil, a pesar de su corpulencia, era una persona bastante tranquila, tanto, que dos centroamericanos, que también trabajaban como “cocineros”, pensaban que tras su apariencia se ocultaba un sujeto cobarde e inofensivo. Empezaron haciéndole algunas bromas intrascendentes que varios días después fueron tornándose ofensivas y provocativas.

Un día, después del almuerzo, Brasil se enfureció de tal manera que dejó de lado su pacifismo, sujetando a ambos sujetos de las mandíbulas, uno en cada mano; los levantó del piso, poniéndolos sobre la pared, para vociferarles que si seguían molestándolo se arrepentirían de ello por el resto de

sus vidas, asustándolos de tal manera que solo atinaron a pedirle disculpas con las voces temblorosas que denotaban el miedo que sintieron.

De ese incidente se percató el chef principal que informó de lo sucedido a las autoridades policiales. Ellos les dijeron a Diego y a Brasil que no podrían seguir siendo “cocineros”, pero les dieron la oportunidad de trabajar refaccionando y pintando algunas casas de la villa oficial ubicada a unos 10 kilómetros. Aceptaron el ofrecimiento con cierto entusiasmo porque de esa manera saldrían por algunas horas de su encierro.

Al día siguiente empezaron a trabajar en aquel lugar, juntamente con otros tres sujetos: un hondureño y dos uruguayos. Los cinco se sentían tan felices de estar fuera, que durante el trayecto de ida y también en el de vuelta se ponían a cantar o tararear canciones típicas de sus países. A ratos, el hondureño, a quien le decían Saturno, por su corpulencia y estatura desmedidas, se quedaba pensativo, mirando los pequeños montes que se divisaban desde la villa oficial, diciendo, en voz baja, pero entendible, que a la primera opción se fugaría.

Tres días después, ante un descuido del guardia que los vigilaba, Saturno corrió raudamente en dirección de los montes. El policía, perplejo por la fuga, dio la voz de alarma. Pronto, un helicóptero sobrevolaba a ras la zona de la huida, siendo acompañado en la búsqueda por patrulleros, motocicletas especiales y perros adiestrados.

No tardaron mucho en encontrar al prófugo. En castigo fue trasladado por un lapso de quince días a la prisión del condado. Además, se le duplicó la fianza. Cuando regresó a “El corralón”, lo pusieron por un tiempo similar en “La loba”, un claustrofóbico cuarto metálico que apenas tenía espacio para un catre rústico y un simple lavabo, bajo el cual se

hallaba un excusado diminuto. Ese lugar se calentaba terriblemente durante el día y se enfriaba demasiado por la noche. Los alimentos se pasaban por una puertita que había en la parte baja de la principal. Saturno después confesó que se sentía tan aburrido en ese lugar que optaba por masturbarse hasta siete veces al día.

Aquel intento de fuga no fue el único que vio Diego Hernando: una tarde la alarma de “El corralón” empezó a sonar estridentemente, y todos fueron obligados a tirarse al suelo. Desde esa posición, Diego alcanzó a ver a Sha, el iraní, que corría presuroso hacia el pequeño aeropuerto, después de haber traspasado las dos altas rejas que circundaban las instalaciones, ayudado con una escalera, sin que se pudiera explicar dónde la había obtenido. Logró subir a una de las dos avionetas que estaban estacionadas, encenderla e intentar el despegue.

Mientras avanzaba sobre la pista recibió una andanada de disparos provenientes de los policías de inmigración que pretendían inutilizar el tren de aterrizaje; sin embargo, uno de los proyectiles alcanzó el tanque de gasolina, produciéndose una terrible explosión que elevó por los aires un hongo de fuego y humo. Sha terminó calcinado entre los fierros retorcidos y candentes del aeroplano..., por fin encontró la libertad que tanto ansiaba.

Después de su muerte a nadie le quedó ganas para jugar, apostar o reír. Con excepción de algunos sujetos despreciables, la mayoría quedó acongojada por la pérdida de un compañero que simbolizaba el ideal de sentirse libres.

Paradójicamente, se encontraban detenidos individuos que no deseaban salir. Habían sufrido la inopia más degradante en sus países de origen, que para ellos “El corralón” representaba el prototipo del paraíso terrenal: contaban con un techo bien acondicionado; se alimentaban tres veces al día; les

proporcionaban vestimenta y calzado; disfrutaban de atención médica gratuita; tenían la oportunidad de trabajar sin muchas presiones y ganar 30 dólares mensuales, tanto o más de lo que podían aspirar en sus países.

Se daba el caso de sujetos que eran dejados en libertad, después de dos años de permanencia, para que continuaran sus trámites judiciales desde fuera, pero ellos preferían delinquir para dejarse capturar y terminar finalmente en el “paradisíaco” encierro.

El tercer sábado de su permanencia, cuando se disponían a dar el rutinario duchazo matutino, Diego y otros indocumentados se sorprendieron al encontrar a un hispano iletrado, que había ingresado el día anterior, defecando en uno de los urinarios, siendo reprendido severamente por casi todos, aunque segundos después fueron calmados por el escritor peruano, quien señaló que el sujeto no debía ser maltratado por la ignorancia de la cual, lo más probablemente, no era culpable.

En la tarde de ese mismo día, Diego encontró despierto al noctívago Filósofo, quien le manifestó que estaba escribiendo unas cartas dirigidas al presidente de los Estados Unidos, al Papa y a la NASA. A los dos primeros les pedía que intercedieran por él para que el experimento que estaban realizando con su persona terminara a la mayor brevedad posible, porque sentía que se estaba volviendo loco por estar entre tantos marihuaneros, coqueros y delincuentes internacionales con quienes no podía comunicarse. A la NASA le solicitaba que se dignara responder a los mensajes que enviaba con el pensamiento.

Al intelectual peruano le daba lástima observar al gracioso sujeto que días antes se había cortado todo el cabello, dejando al descubierto una calva erizada, blanquecina y desproporcionada.

No era de sorprender el apremio de Filósofo por terminar sus misivas puesto que, los días domingo, los curas que auspicaban las misas recogían la correspondencia de los internos y las despachaban sin ningún costo para ellos.

Ese tercer domingo, Diego Hernando recibió finalmente la visita de los abogados que enviaba su tía Elena. Eran dos profesionales, uno bastante serio y cuarentón; el otro, joven y algo nervioso. Ambos estaban vestidos impecable y elegantemente.

—Veamos, señor Hernando, qué podemos hacer para ayudarlo —dijo el abogado de mayor edad.

—Aquí le tengo preparado un legajo de documentos que demuestra la delicada situación que padecí en el Perú —dijo Diego con seriedad.

—Algo nos adelantaron —dijo el mismo abogado—. Permítanos que revisemos esta documentación.

El escritor peruano le entregó el legajo a uno de los guardias de seguridad, que a su vez se lo dio a los abogados.

Por algunos minutos se quedaron viendo todo aquello, a ratos con serenidad, pero por momentos sin poder ocultar su perplejidad. El más joven era bilingüe, lo que facilitó la comprensión de las informaciones.

—Todo indica que una solicitud de asilo político es la alternativa más viable para resolver su caso, señor Hernando —dijo el abogado después de conversar con su joven colega.

—Eso pensé —dijo Diego—, pero me preocupa que pase el tiempo y se decida mi deportación.

—Despreocúpese de eso, nosotros nos encargaremos de que tal cosa no suceda.

—¿Cuánto tiempo cree que permaneceré en este lugar? —preguntó el escritor peruano.

—Estimo que entre tres y cuatro semanas más —respondió con bastante seguridad el mismo abogado—. Mañana, a

primera hora, prepararemos un informe sobre su caso para remitirlo a nuestros asociados de Virginia. Como comprenderá, necesitamos llevarnos toda esta documentación que primero debe ser traducida.

—Por supuesto —señaló Diego.

—¿Tiene en su poder los originales?

—Están en mi país, al cuidado de mis padres.

—Bueno, pero llegado el momento vamos a requerir de ellos.

—Cuando usted guste —dijo Diego—. ¿En cuánto tiempo cree que se resolverá el otorgamiento o la negación del asilo político?

—Ese es un trámite que requiere de varias etapas y algunos meses.

—Pero usted mencionó que permaneceré aquí solamente pocas semanas —replicó Diego algo preocupado.

—Así será. Cuando salga de aquí, en tanto se decida su caso, el Servicio de Inmigración y Naturalización le otorgará un permiso provisional de trabajo. Además, usted podrá solicitar su tarjeta del Seguro Social, importante documento que también le servirá para pagar los impuestos a la renta. Luego podrá recabar una licencia de conducir la que, generalmente, lleva el mismo número del Seguro Social.

—Eso me tranquiliza bastante.

—Tenemos indicaciones de poner todo nuestro esfuerzo en solucionar su caso, señor Hernando. Para ello será necesario pagar su fianza.

—Respecto al dinero... —empezó diciendo el intelectual cuando fue interrumpido por su interlocutor.

—De eso también nos encargaremos, pierda cuidado. Bueno, ya le estaremos informando por escrito sobre los avances realizados, señor Hernando.

—Les estoy muy agradecido por su atención.

—Para nosotros siempre es un placer poder atender las solicitudes de nuestros clientes. También me han encargado decirle si por favor puede comunicarse con la señora Elena el día de mañana por la noche.

—Así lo haré, y muchas gracias nuevamente.

Los guardías y los compañeros de Diego fueron los más impresionados con sus visitantes. Normalmente ese tipo de visitas no eran recibidas por los indocumentados, salvo raras excepciones.

Sabiendo que pronto saldría de “El corralón”, Diego Herando, en su afán altruista de dejar algunas ideas positivas, solicitó autorización para colocar en la vitrina de publicaciones del Proceso algunos de sus escritos que tenían que ver mucho con la búsqueda de la realización y los malos hábitos que él no compartía.

La autorización se la darían después de revisar los escritos, por lo que tendría que esperar algunos días.

Al día siguiente, como todos los lunes, reunieron en el Proceso a los hombres y mujeres indocumentados, quienes por un lapso de veinte minutos podían compartir gratos momentos de conversación. Aunque Diego no lo pudo comprobar, algunos sujetos se ufanaban de llevarse tan bien con los guardías, que les permitían, a escondidas, besar y acariciar a sus chicas por breves segundos. Cuando concluyó el barullo producido por las voces altas y las risotadas, continuaron con la rutina acostumbrada.

Al anochecer se comunicó con la tía Elena, quien se alegró al escucharlo.

—¡Diego!, esperaba tu llamada —dijo emocionada esa amable mujer—. Sé que recibiste la visita de los abogados, ellos ya me informaron de su reunión.

—Sí, así fue, tía Elena. Realmente no sé cómo agradecerte todo el interés que has puesto en ayudarme.

—Saliendo adelante y haciendo realidad los objetivos que te han traído a este país, Diego —le respondió.

—De ello puedes estar segura, tía.

—Sé que así será.

—Comprendo que estás incurriendo en una serie de gastos en mi caso, pero prometo devolverte el dinero lo más pronto posible.

—Ya habrá oportunidad de hablar de eso, Diego. Dime, ¿qué tal te tratan en ese Centro de Detención?

—Bastante bien. Además, es un lugar donde suceden cosas interesantísimas y difíciles de creer, lo que ya te contaré cuando salga.

—¿Qué haces allí? —interrogó con bastante curiosidad.

—Bueno, de martes a sábado estoy trabajando pintando casas en la villa oficial con otros muchachos, pero solo desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde.

—Me imagino que te pagarán por ese trabajo.

—Sí..., la “fabulosa” suma de un dólar diario.

—Pero ¡eso es un abuso! —exclamó desconcertada.

—Tal vez sí —dijo Diego—, pero se trata de un trabajo voluntario y entretenido. También practico deportes, leo, escribo, y estoy conociendo gente de muchos países que me relatan fascinantes historias. En fin, estoy tratando de sobrellevar mi encierro de la mejor manera posible.

—Muy pronto estarás libre, disfrutando de un estatus legal en este país que te permita desarrollar lo que has planeado.

—Estoy ansioso de que eso suceda —dijo bastante confiado. —Dime, tía, ¿qué has sabido de mis padres y de Juan Carlos?

—Sé que están bien. Ayer conversé con ellos y les dije que te habías contactado conmigo y que en algunas semanas estarías aquí. No les indiqué dónde estabas para no preocuparlos innecesariamente.

—¿Cómo les va con tantos problemas?

—Superándolos. Felizmente, Arequipa es una ciudad bastante tranquila, así que no te preocupes mucho.

—Me has dado una buena noticia, tía. Te lo agradezco.

—De nada. Todo sea por tu bien y el de tu familia.

—Bueno, tía Elena, tengo varias personas atrás de mí que necesitan el teléfono, y solo me queda una moneda.

—Está bien, Diego. Ahora estaremos a la espera de las gestiones de los abogados. Por favor, escríbeme algunas líneas y llámame por cobrar cuando lo creas conveniente.

—Así lo haré. Cuídate, tía.

—Tú, también. Ya nos veremos u oiremos tan pronto como sea posible

En la tarde del día siguiente Diego Hernando recibió la autorización del complacido director para publicar sus escritos en la vitrina mural, destinándole dos espacios para ello. Inclusive, le proporcionaron una pequeña máquina de escribir para que sus manuscritos fueran leídos con toda claridad.

Después de sus primeros trabajos aparecidos, y a pesar de que no estaban muy bien traducidos al inglés, a Diego se le conocía con el sobrenombre de Escritor, llamando la atención uno titulado *La gran diferencia*, el cual comenzaba con una interrogante muy interesante: *¿Sabes dónde está la gran diferencia?*

1.- Entre *la cocaína* que confunde tú escala de valores, apoderándose de tu voluntad, debilitándola lentamente, hasta hacer de ti un ser inferior y despreciable; y *los deseos de superación* que provengan de tu sabiduría e intelecto y de las sublimes manifestaciones de tu espíritu.

2.- Entre *la marihuana* que altera tus sentidos y te embrutece poco a poco, modificando tu personalidad, además de poner en peligro tu fertilidad y la salud de tus descendientes; y *los estudios* que desarrollan tu inteligencia, potencializan

tu creatividad hasta sentirte más satisfecho de tus actos y realizado a plenitud.

3.- Entre *los fármacos-dependientes descontrolados* que afectan la fortaleza de tus nervios, limitando la individualidad de tus decisiones; y *la higiene mental*, producto de una vida sana al contacto de la naturaleza y la cultura.

4.- Entre *el abuso del alcohol* que consume tu integridad física, destruyendo la unidad de tu familia, alejando a tus conocidos y decepcionando a tus amigos; y *el adecuado uso de tus facultades* que hace de ti una persona prudente, conciliadora, con ideales, amigable y respetuosa consigo misma y con los demás.

5.- Entre *el tabaquismo* que envicia el aire que respiras, envenena tu organismo, incrementa tu fatiga casi crónica, acentúa tu pasividad, y te convierte en agresor desconsiderado de los seres que te rodean; y *los deportes* que permiten que te conviertas en un ser humano más optimista, positivo y saludable.

6.- Entre estas y otras drogas como *el opio, el hachís y el crack*, tan potentes como dañinas, que te destruyen el cuerpo y el alma, alejándote de Dios y de un porvenir provechoso, volviéndote un adicto peligroso, generando en ti las semillas de la inseguridad, la inmoralidad y el desatino; y *la alegría de actuar con verdadera libertad* para comprender que al elegir la senda del bien habrás dignificado tu condición de ser humano, entendiendo el significado maravilloso de aquel sentimiento que brota de lo más profundo del corazón, que llamamos amor.

Sin lugar a duda..., *la gran diferencia está en ti.*

Algunos reaccionaban favorablemente a lo que escribía; sin embargo, otros se burlaban de su virtuosismo en un mundo donde supuestamente “la mayoría” se drogaba o alcoholizaba, cuando, en realidad, eran ellos los que formaban

parte de una viciosa minoría. Esto último no lo podían aceptar porque se desenvolvían en ese tipo de ambientes, donde dependían de esos dañinos elementos para sentir la felicidad o escapar del mundo real, carente de bienes materiales y espirituales y de objetivos alturados por los que valiera la pena luchar sanamente. Esa incapacidad de exteriorizar la felicidad o los chispazos de creatividad, sin alucinógenos, alcaloides o alcohol, podían ser signos de una enfermedad en la mente o en el alma.

Una mañana, después del desayuno, algunos individuos se mofaron de Diego, jactándose que las drogas los ayudaban a evacuar sus intestinos. Para ello solo requerían de fumar un pito de marihuana o de aspirar un poco de cocaína, aunque a veces solo necesitaban de un cigarrillo de tabaco. Diego les replicó que él había notado que lo mismo les sucedía a las cucarachas después de ser envenenadas con insecticida. Casi todos rieron, pero los más sensatos quedaron pensativos.

Una tarde, cuando estaba escribiendo un pequeño ensayo sobre las preferencias vocacionales, se le acercó un colombiano que había sido capturado cuando intentaba cruzar la frontera con un enorme cargamento de cocaína.

—¿Sabes, Escritor? —empezó diciendo, haciendo un gesto despreciativo—. Estás perdiendo el tiempo con las cojudeces que escribes. Este mundo está plagado de tentaciones y va a terminar hecho mierda, sobre todo este país que se jacta de su desarrollo y poderío. ¿Por qué crees que Estados Unidos es el primer consumidor de cocaína en el mundo, con millones de sujetos que la compran? No se debe únicamente a la capacidad financiera de su gente. Esta sociedad está llena de sujetos “rayados” por sus aires de liberalidad que han perdido el respeto de sí mismos. ¿Qué futuro le puede esperar a esta nación, si de generación en generación van a seguir transmitiéndose esas inclinaciones decadentes?

A mí me conviene que los que se jactan de ser “buenos padres” sigan abandonando a sus hijos para trabajar por “su futuro”, casi sin verlos, sin saber qué es lo que sienten, sin saber que andan fornicando con cualquiera, sin saber que se alcoholizan o se drogan. Por si no lo sabías, aquí el 50% de los estudiantes de los últimos años de secundaria fuma marihuana, y casi el 10% consume cocaína. En ellos está mi futuro, en mis jóvenes compradores, y “lo mejor de todo” es que cuando a ellos les toque ser padres, en sus hijos estarán los próximos consumidores de drogas.

—Escúchame, narco —dijo Diego, visiblemente mortificado—. En primer lugar, no puedo exigirte respeto por lo que escribo porque tú también estás en ese camino de la decadencia. En segundo lugar, no puedes generalizar cuando hablas de la gente “rayada” de este país. Es cierto que muchas personas, en los Estados Unidos o en cualquier otro sitio, tienen confundida u olvidada su escala de valores, pero no por ello voy a dejar de transmitir ideas positivas para hacer que la gente reflexione sobre sus actos.

—Ese es tu problema. Yo seguiré vendiendo drogas para aumentar mi riqueza y disfrutar de la vida. Además, si no lo hiciera, vendría otro a ocupar mi lugar en este mercado fabuloso e interminable. Por último, si he de terminar en el infierno, por lo menos habré disfrutado de la vida, no como esos drogadictos que van a terminar en el mismo sitio después de haber vivido como unas piltrafas.

—Ya has hablado demasiado. Ahora, déjame tranquilo —dijo Diego.

—Voy a enseñarte algo antes de irme de esta pocilga, para demostrarte el poder que gobierna en cualquier parte del mundo —le dijo el narcotraficante mientras desplegab, con parsimonia y hasta desfachatez, un documento de la oficina de inmigración.

Diego leyó con sorpresa la fianza de 100 000 dólares que le habían impuesto.

—Hace dos días que he llegado..., y mañana me largo de aquí. Vamos a ver quién llega más lejos, si tú, con tus escritos al vacío, o yo, con mi negocio floreciente —dijo el colombiano, arranchándole el papel y retirándose de la barraca.

Al día siguiente ese despreciable traficante de drogas salió en libertad después de que sus abogados pagaran la fianza exigida. El poder del dinero había ganado una nueva batalla a favor de la delincuencia. De hecho, esa cantidad que recibiría el fisco de los Estados Unidos sería insignificante al lado del enorme daño que produciría.

El intelectual peruano, a causa de sus escritos, tuvo la oportunidad de conversar con gente de varias nacionalidades, aprendiendo mucho acerca de ellos y de sus países. A veces, los hispanos analfabetos le pedían que escribiera por ellos las cartas que dirigían a sus familiares o enamoradas, algo que nunca negó.

Conoció también a un chino basquetbolista que había desertado durante un certamen deportivo, cansado de la represión que sufrían los estudiantes de su país cuando exponían sus ideas democráticas; a un cubano que había cruzado en una balsa el canal de la Florida, sin agua ni alimentos, en busca de las libertades de culto y de pensamiento y de un lugar donde pudiera vivir y desarrollarse con dignidad; a unos pacíficos hindúes, de sectas religiosas diferentes, que huyeron juntos de su país, donde sus partidarios se enfrentaban a muerte, deseosos de encontrar la paz que los perfeccionara espiritualmente; a un grupo de negros sudafricanos, sumamente pulcros, amigables e inteligentes que huyeron de la más reprochable segregación racial, aspirando a sentir la igualdad que merecen todos los seres humanos; a una joven pareja de esposos rusos que cruzaron el mundo pretendiendo

alcanzar el sueño americano del que tanto habían oído hablar, ya que en su gran nación no vislumbraban un buen futuro, ni para ellos ni para los hijos que esperaban procrear.

El caso del cubano terminó en un dramatismo espeluznante, no obstante sus buenos deseos. Le contó a Diego que en su país la situación se había tornado insoportable. Él había trabajado en la aduana del Aeropuerto Internacional José Martí en La Habana, donde eran obligados a decomisar toda la mercadería que ingresaba para luego enviarla a dependencias del gobierno, sin saber cuál sería su paradero final. A veces, por órdenes superiores, suspendían las restricciones para que se corriera la voz de las facilidades existentes. De esa manera esperaban que los ingresos se incrementaran para decomisar cantidades mayores y artículos más preciados.

El pobre cubano, al que le decían Fidel, contaba que había sufrido tremendamente cuando abolieron la celebración de la Navidad en su país, cuando los colegios católicos fueron cerrados y los sacerdotes y monjas, desterrados masivamente. Desde entonces celebraban el nacimiento de Jesús en forma clandestina y silenciosa, temerosos de ser encarcelados por ello.

Pero el pueblo cubano no solo temía a las fuerzas del orden, sino también a los comités de control de pertenencias, los que se encargaban de controlar que los bienes que se poseían no excedieran los límites impuestos por el gobierno. Recordó que en cierta ocasión su padre compró, a escondidas, trozos de carne de una vaca que había sido sacrificada. Pero era tal el temor de que lo descubrieran, que prefirió regalarlos a pesar del alto precio que había pagado por ellos.

Desde su exilio voluntario él podía afirmar que la gran mayoría detestaba la situación imperante en Cuba, pero no podían darse el lujo de decirlo. También aseguraba que algunos pocos, más favorecidos, se aferraban al sistema del cual no

estaban convencidos, pues de lo contrario perderían los privilegios que tenían gracias a su acercamiento con la casta de gobernantes.

El cubano se expresaba de tal manera que no podía ocultar el odio volcánico que dominaba todos sus pensamientos, y que parecía estar llevándolo hacia los caminos de la locura. Tal era su obsesión que les suplicaba a quienes se dirigían a él que no le dijeran Fidel.

Una tarde calurosa, cuando Diego regresó del gimnasio, encontró al cubano en una posición lastimosa: arrodillado, llorando y golpeando el piso con las manos cerradas, sin cesar de repetir «¡No me digan Fidel!... ¡No me digan Fidel!».

A la mañana siguiente encontraron al cubano salpicado en sangre, dando vueltas como un orate. Se había hecho algunos cortes en los brazos, y con su propia sangre tatuó su súplica en la pared: «¡No me digan Fidel!».

Otro caso interesante y lastimero era el de un chileno, de unos 40 años, conocido como El roto roto. Pronto, Diego se enteró de una horrible manera la razón de su sobrenombre.

Conversando con él, de repente se sacó la extraña nariz que tenía, quedando su rostro con una espantosa apariencia cadavérica. Le explicó que durante muchos años había pescado en las aguas de la cercana Antártida, cuando vivía en Punta Arenas, la ciudad más austral de Chile. Los demás pescadores, al igual que él, siempre se quejaban de un constante lagrimeo y de un escozor incomprensible, aunque nunca le dieron la importancia debida, hasta que un día le detectaron un grave cáncer en la piel, siendo enviado a los Estados Unidos donde le extirparon la nariz para luego sustituirla con la prótesis que llevaba en su lugar.

Los males que sufrían esos hombres de mar, sus familiares y el enceguecido ganado de esa región, eran ocasionados por el constante y excesivo bombardeo de los rayos ultravioleta

del Sol, que atravesaban la alta atmósfera de la Antártida y alrededores al ser destruida la delgada capa de ozono de esa zona debido a la perniciosa contaminación de clorofluorocarbonos (CFC's) —compuestos químicos usados principalmente en aerosoles y como refrigerantes en los sistemas de aire acondicionado y en los refrigeradores.

Este importante protector natural debería cubrir la Tierra para proteger a los seres vivientes; sin embargo, se sabía que el forado producido ya ocupaba un espacio tan grande como el territorio continental de los Estados Unidos, sin contar la superficie de Alaska. Además, las investigaciones revelaban que este problema ya estaba afectando al Ártico.

El chileno decidió emigrar a la desarrollada nación norteamericana, no solamente para prolongar su vida, sino también para sacar a su familia de ese lugar peligroso y prodigarle el futuro mejor que había visualizado durante su primera visita. Inclusive, afirmaba que intentaría regresar si era deportado, a menos que encontrara una alternativa viable para emigrar a otro país, o poder vivir con decoro y seguridad en algún lugar del norte de Chile.

Diego se preguntaba alarmado: «Si ese problema estaba afectando el sur del continente americano, ¿qué les estaría sucediendo a los niños y adultos que tenían que vivir en bases de la Antártida, o cerca de la zona ecuatorial donde los niveles de los rayos ultravioletas son altísimos durante todo el año?».

Un día, temprano por la mañana, durante la hora del baño matutino, Apache, el salvadoreño, y Terruco, el peruano, protagonizaron una bronca tremenda que terminó cuando Apache se valió de un tubo para propinarle una golpiza furiosa a Terruco, a quien finalmente llevaron de emergencia a la enfermería después de que el salvadoreño le tiró un tacho de basura sobre la cabeza que ocasionó su desvanecimiento.

La venganza de Terruco no se hizo esperar. Dos días después arremetió con furia sobre Apache usando un bate de béisbol, descargando sobre él tal cantidad de batazos que, cuando la guardia lo detuvo, el salvadoreño ya había dejado de existir. El malogrado centroamericano estaba totalmente desfigurado; su cráneo quedó destrozado, tanto que en el suelo se podían ver trozos de su cerebro; su cuerpo mostraba innumerables huesos rotos, algunos de los cuales se veían a simple vista. En el piso quedó la filuda cuchilla que Apache no pudo usar para defenderse.

En “El corralón” también se presentaron situaciones jocosas, como aquel día en que llegó un afeminado, cuyo exuberante cuerpo, colmado de hormonas femeninas, lo hacía pasar como una mujer, siendo detectada su masculinidad cuando se desnudó para bañarse, ante el escandaloso griterío de las ilegales. Como no podían llevarlo a las barracas de los hombres con ese aspecto femenino, tuvieron que mantenerlo en “La loba”, completamente aislado, hasta que desaparecieron sus forzadas redondeces.

Varios días después, ese homosexual declarado, juntamente con otros dos, realizaron un desfile de modas y un certamen de belleza que causaron un verdadero alboroto en la barraca donde pernoctaba el indocumentado escritor peruano.

Una mañana, Diego recibió por escrito la comunicación de los abogados que confirmaba la recomendación de que solicitara el Asilo Político, requiriéndose su autorización para iniciar los trámites pertinentes y proceder con el pago de la fianza para que obtuviera la libertad.

Su respuesta no se hizo esperar, por lo que el domingo siguiente entregó la correspondencia a los sacerdotes que se ocupaban de repartirla desinteresadamente. También remitió una misiva extensa que había escrito minuciosamente para

sus tíos de Virginia, y otra similar dirigida a Laurie Barns, aunque sabía que ella no la leería hasta que retornara a Nueva York, al término de sus vacaciones.

La semana siguiente, la última que pasaría Diego en “El corralón”, parecía demasiado calmada hasta que, el jueves por la tarde, fueron sacudidos por unos ventarrones que no permitían caminar normalmente. Se sabía de la presencia de un huracán sobre el Océano Atlántico, pero su lejanía ahuyentó sus preocupaciones. Sin embargo, antes de la medianoche, todos fueron despertados por el tremendo golpeteo de pequeñas rocas que chocaban aparatosamente sobre las ventanas, como si hubiera un ejército afuera dedicado únicamente a eso. Algunos segundos después, cuando se estuvieron rompiendo los vidrios, dejando que se colaran los peligrosos proyectiles pétreos, el arrasador viento huracanado y la abundante lluvia, sonó la alarma estrepitosamente y se encendieron por un breve lapso todas las luces.

El fortísimo huracán estaba asolando la zona costera de Texas. Todos los detenidos fueron llevados a lugares más seguros, donde quedaron apiñados hasta que el ambiente se tornó lo suficientemente calmado como para que retornaran a sus barracas, a ordenar el gran revoltijo que había producido el fenómeno a su paso.

Al día siguiente pudieron observar un panorama exterior caótico y desolador. Las canchas deportivas habían sido virtualmente enterradas bajo el lodo y las piedras, su otrora verdino aspecto se había transformado en una grisácea apariencia; el pavimento estaba lleno de fragmentos vítreos, haciendo difícil y peligroso el caminar por el lugar; y, para mayor sorpresa de todos, la única avioneta que quedaba ahí amaneció recostada sobre el enrejado de “El corralón”, bastante alejada del pequeño hangar que supuestamente debió protegerla de los vientos huracanados. Los daños habían sido

materiales y personales, pero, felizmente, estos últimos de poca consideración.

El lunes siguiente todo había vuelto a la normalidad. Al amanecer de ese día, el cielo texano se fue iluminando lentamente con los primeros rayos del Sol que aún no aparecía sobre el horizonte. A esas horas, los indocumentados iniciaban las rutinarias acciones matutinas, aunque para Diego Hernando tenían un significado especial... era la última vez que las haría. En el transcurso de la mañana irían a buscarlo sus abogados, al haberse finalizado los primeros trámites ante el Servicio de Inmigración y Naturalización.

Durante el desayuno, algunos de los que sabían que el escritor dejaba por fin “El corralón” se aproximaron a él para darle palmadas en la espalda o estrecharle las manos, como si quisieran agradecerle de alguna manera los escritos que los habían hecho reflexionar.

En la barraca, cuando se encontraba preparando las pocas cosas que tenía, se le acercaron otros compañeros para despedirlo, sintiendo la ausencia de Brasil, quien había salido una semana antes, y del pobre Filósofo, a quien habían trasladado a un manicomio.

Bajo un día soleado y esperanzador, Diego Hernando salió libre, acompañado del joven abogado que lo visitó anteriormente. Mientras avanzaban en el vehículo, el escritor hispano se quedó observando las instalaciones de “El corralón”, el cual se iba empequeñeciendo poco a poco. Él sabía que no podría olvidar todo lo que allí había sucedido, ni tampoco lo acaecido durante su odisea por América.

Ahora se le abría un panorama distinto, una ventana al futuro. Ante sí tenía un nuevo trecho que recorrer en la senda que estaba forjando. Ni sus sueños ni sus aspiraciones podían quedar estancados en su mente, porque él estaba convencido de que si estaban en su mente ya tenía la mitad del camino

recorrido. Estaba dispuesto a realizarlos con fervor y tenacidad, pero también con paciencia y honestidad.

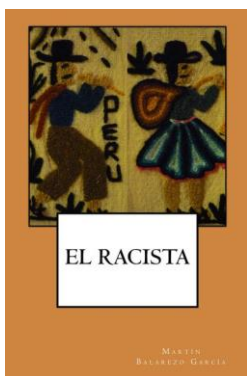
Ahí estaba él, frente a nuevos retos, en un país de contradicciones, pero también de oportunidades. Entre el triunfo y el fracaso estarían de por medio sus decisiones, y él estaba dispuesto a tomar las que lo guiaran correctamente.

Los sueños de Diego Hernando, los “sueños de un ilegal”, no quedarían aprisionados en sus pensamientos, ni oscurecidos por la penumbra del conformismo, ni atrapados en los deseos del pasado, porque para él era más lamentable abandonar aquellos que uno había conceptuado, que nunca haberlos tenido.

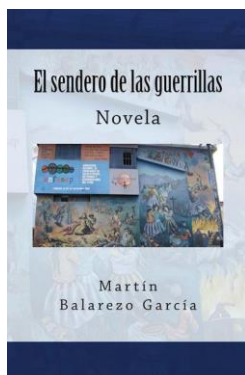
*«Los sueños se conquistan y los sueños conquistados
deben fortalecerse, si no, corren el riesgo
de desvanecerse».*

Martín Balarezo García

Otros libros del autor



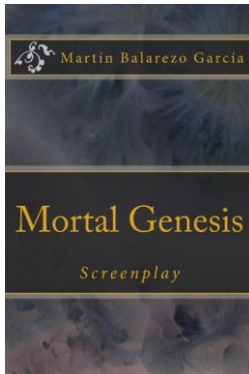
En esta novela corta, entretenida de principio a fin, el autor narra la historia de un niño racista que va madurando no solo al ir creciendo, sino también por sus enriquecedoras y dilemáticas vivencias.



Una novela donde la creación literaria se fusiona con la realidad desgarradora, el antagonismo de los sentimientos humanos, la descripción de sucesos impresionantes, y el augurio de un futuro esperanzador.



Este manual del caballero moderno, romántico y enamorado incluye 144 consejos sobre cómo ser el mejor caballero posible, sobre cómo conquistar y ser conquistado, sobre cómo mantener encendida la chispa del romanticismo y la pasión.



Génesis mortal

Dos agentes del FBI y un agente de la CIA se unen para detener a una organización neonazi internacional que pretende apoderarse del mundo a través de un virus que matará a miles de millones de personas.



Esta es una obra de fondo filosófico y social donde el autor expresa ideas personales sobre temas de interés universal. Sus ideas han evolucionado y siguen evolucionando, por lo que ya no está de acuerdo con algunas de las que expuso.



Este libro incluye cien relatos, de 350 palabras cada uno, sobre temas variados del acontecer mundial donde hay mensajes positivos tras una lectura entretenida e interesante.